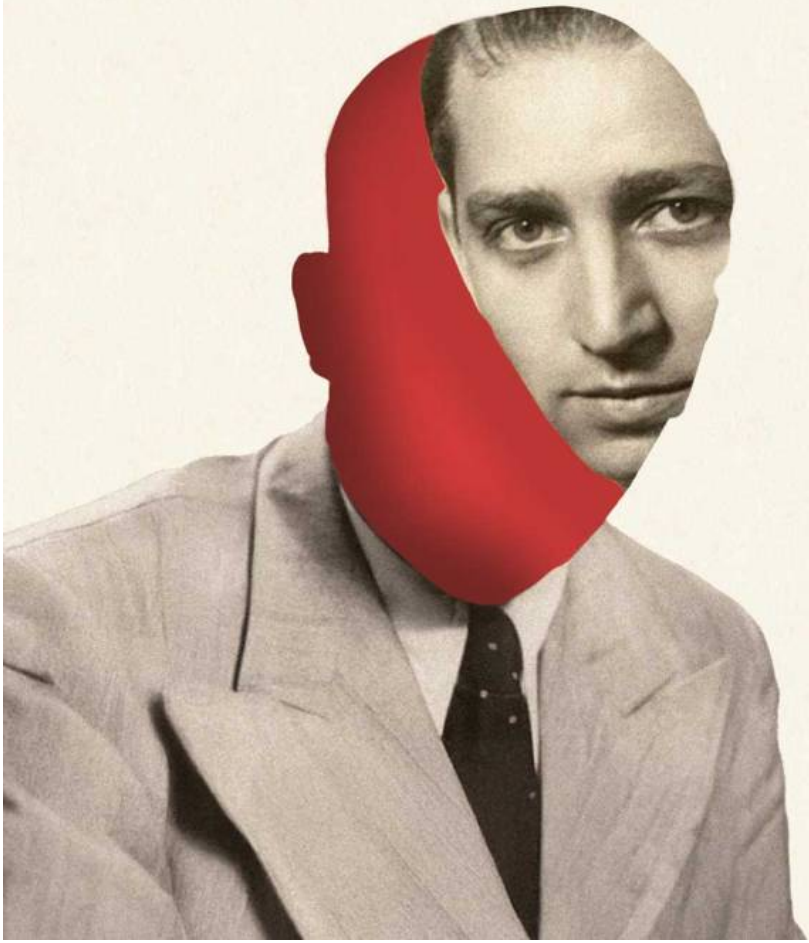
MIHAIL SEBASTIAN

Desde hace dos mil años

Cómo me convertí en húligan

Traducción y edición de Marian Ochoa de Eribe



MIHAIL SEBASTIAN

DESDE HACE DOS MIL AÑOS

CÓMO ME CONVERTÍ EN HÚLIGAN

IMPEDIMENTA

Nota de la traductora

Contra ese prólogo me quedaba una sola venganza, que era, al mismo tiempo, una obligación: publicarlo. Lo he publicado.

Con estas palabras, Mihail Sebastian pone punto final al capítulo de su confesión *Cómo me convertí en húligan*[1] donde ejerce el derecho a réplica a uno de los prólogos más insólitos —y corrosivos— de la historia de la literatura rumana, el que el propio autor había pedido en 1931 a su maestro y amigo Nae Ionescu para que sirviera de introducción a su novela *Desde hace dos mil años*, y que acabó derivando en un ataque al propio libro. Tres años después, al publicarse definitivamente la obra, descubrió que aquel mentor se había convertido en otra persona: su ideario, antes antiliberal y antiburgués, había virado hacia un antisemitismo feroz que se derramó, sin reservas, sobre las páginas destinadas a presentarlo.

El objetivo primordial de esta breve nota no es otro que el de situar a los lectores que se acerquen a esta nueva traducción de *Desde hace dos mil años* en el marco histórico, cultural y personal de Mihail Sebastian. Nacido en 1907 en Brăila, Sebastian, cuyo verdadero nombre era Iosif Hechter —se sirvió de los pseudónimos de Mihail Sebastian y Victor Mincu para sortear el creciente antisemitismo de la Rumanía de entreguerras—, fue uno de los grandes nombres de la vida cultural rumana de su época: novelista, dramaturgo, periodista y testigo lúcido de su tiempo. Desde su condición de judío en una Europa atravesada por el antisemitismo, le tocó vivir la

amistad y la traición de algunos de los intelectuales más influyentes del momento.

No es la primera vez que *Desde hace dos mil años* se publica en español: una primera edición vio la luz en el año 2008, en la editorial Aletheia, con traducción de Joaquín Garrigós. La novedad fundamental de esta edición, sin embargo, es que la novela viene acompañada por primera vez del polémico prólogo antisemita que Sebastian encargó a su mentor intelectual Nae (Nicolae) Ionescu, así como de *Cómo me convertí en húligan,* la respuesta que Sebastian escribió a raíz del escándalo apocalíptico provocado por dicho prefacio. Ionescu, influyente filósofo, periodista y profesor rumano, nacido también en Brăila en 1890, fue una de las figuras más carismáticas de la vida intelectual de entreguerras y maestro de varias generaciones de escritores. Su deriva hacia el ultranacionalismo y el antisemitismo acabaría marcando profundamente su legado.

La publicación de este «tríptico» —el prólogo, la novela de Sebastian y *Cómo me convertí en húligan*— pedía, en nuestra opinión, una sucinta presentación del contexto que envolvió los acontecimientos. Lejos queda de nuestra intención abordar en profundidad la compleja relación entre Nae Ionescu y Mihail Sebastian o la fascinación que este filósofo ejerció en una de las generaciones literarias e intelectuales más brillantes que ha conocido Europa —Mircea Eliade, Eugène Ionesco, Cioran…, por citar tan solo a los más conocidos entre nosotros—, un análisis del que se han ocupado ya, por otra parte, numerosos ensayos publicados recientemente en Rumanía.

Desde hace dos mil años es una de las novelas más influyentes de la literatura rumana moderna. En ella, un héroe anónimo de origen judío madura en medio de la crispación política y social de las primeras décadas del siglo XX, en plena efervescencia de las ideologías revolucionarias de extrema izquierda y de extrema derecha, liberales y antiliberales, burguesas y antiburguesas. Como señala Norman Manea en la introducción a la primera edición en español: nuestro antihéroe es «…un solitario obsesionado por la inutilidad y el milagro de la existencia, obligado a hacerse preguntas sobre su identidad en los convulsos tiempos que corrían. El escéptico que anhela vivir con intensidad el momento inmediato, librarse de los excesos de la lucidez y del juego engañoso de las ideas aspira a reencontrar la naturaleza primaria y simple de lo humano».[2]

Una vez tomada la decisión de publicar una nueva traducción de la novela junto con el prólogo y la refutación de Sebastian, se planteó otra cuestión no menos crucial: la del orden de los mismos. ¿Había que respetar

el orden «natural» o canónico de los textos —es decir, el prólogo, la novela y la autodefensa del escritor ante los ataques que le llovieron desde todas partes—, o apostar por una presentación que primara la experiencia literaria sobre el planteamiento teológico y filosófico del prólogo, emplazando este tras la propia novela?

Finalmente se optó por esta última opción. El volumen que los lectores tienen entre manos se abre, pues, con la novela, y no con el prólogo de Ionescu que lo antecedió en su edición original de 1934, en un afán por compensar una cierta injusticia histórica, pues el agrio debate en torno al problema judío provocado por dicho prólogo eclipsó la recepción literaria propiamente dicha de la obra. Aunque Mihail Sebastian negó siempre el carácter autobiográfico de su novela, muchos la han considerado un *roman à clef* en el que no cuesta identificar a Nae Ionescu detrás del profesor Ghiţa Blidaru, algo que el propio Sebastian admite en *Cómo me convertí en húligan*. Otros críticos han reconocido además a Cioran en el nihilista Ştefan Pârlea, al escritor Camil Petrescu en Mircea Vieru (resulta curioso que sea precisamente este personaje, y no Blidaru, el que se hace eco de un discurso abiertamente hostil a los judíos) o al revolucionario y activista Belu Silber en S. T. Haim.

En la edición que presentamos hemos preferido, así pues, primar la figura del Sebastian narrador por encima de la del cronista vapuleado por sus contemporáneos, de ahí que sea la novela la que encabece el tríptico en cuestión, y no el polémico prólogo, que hemos decidido emplazar a continuación del cuerpo de la novela.

La redacción de *Desde hace dos mil años* fue, a tenor de los testimonios de su autor, un proceso largo y costoso, y no consiguió finalizarla y publicarla hasta 1934. Al parecer, la comenzó durante su estancia en París, donde disfrutó de una beca entre 1929 y 1931. Nae Ionescu cumplió su palabra y entregó el prólogo prometido, pero, para sorpresa de Sebastian, se trataba de un texto que no guardaba relación alguna con la obra, con su argumento, con la desazón existencial del protagonista, con el malestar íntimo que lo atenaza en los ambientes intelectuales y sociales que frecuenta. La intención de ese prólogo no es otra que justificar con razones teológicas el sufrimiento de Judá. La respuesta de Ionescu es implacable: Judá debe sufrir porque ese es su destino, el sufrimiento es la única realización existencial al alcance del pueblo judío y su única razón de ser.

¿Por qué solicitó Mihail Sebastian el prólogo de su novela a un filósofo de derechas, antiliberal, antiburgués y antisemita como Nae Ionescu? ¿Qué

vínculo intelectual y humano puede justificar la ceguera de Sebastian respecto a la deriva extremista de su mentor? La relación entre ambos se forjó a raíz de la colaboración de Sebastian en la revista *Cuvântul*, dirigida desde 1926 por Nae Ionescu, que se convertiría en su propietario a partir del verano de 1928. Mihail Sebastian comenzó a escribir sus artículos en *Cuvântul* en 1927. Tenía por aquel entonces veinte años recién cumplidos y era estudiante de Derecho en la Universidad de Bucarest. Siempre bajo la protección y la influencia del director, su colaboración se prolongó hasta 1934, año del cierre de la misma y de la detención de Ionescu por cuestiones políticas. Si hubiera que definir con una palabra la naturaleza esencial de la relación entre el discípulo y su mentor, esa palabra sería «fascinación», un sentimiento que quedó fijado desde su primer encuentro en la redacción de la revista y que ni siquiera el durísimo prólogo que Ionescu le brindó alcanzó a romper ni a erosionar. El propio Sebastian lo resume perfectamente en *Cómo me convertí en húligan*: «Me dijo muchas cosas aquella primera tarde y todas me parecían importantes, decisivas, abrumadoras, como una hora en la que se sella tu destino o se abre un camino». O, más evidente aún: «Siento lástima por los jóvenes que no han encontrado a tiempo un hombre así en el que creer, un hombre capaz de apasionarlos hasta el punto de cambiarles la vida. Es una suerte que merece ser pagada con entusiasmo, por muy excesivo, imprudente o ridículo que pueda parecer a ojos de los extraños». Mihail Sebastian descubrió en él al modelo de virtudes que buscaba: una inteligencia deslumbrante, originalidad de pensamiento, una extraordinaria preparación filosófica, un estilo profético y oracular…, a los que se unía su naturaleza seductora y su incuestionable carisma.

La carrera periodística de Sebastian se inició en la sección de cultura: crítica literaria, crítica de teatro, sociedad…, aunque sus crónicas viraron paulatinamente hacia cuestiones de carácter político. Su obra, muy prolífica, demuestra una extraordinaria intuición, una impecable formación afrancesada, un buen gusto y una agudeza crítica que muy pocos ponen en tela de juicio. Con sus artículos audaces y su tono perentorio, no le costó hacerse un hueco privilegiado en el panorama literario bucarestino.

La revista *Cuvântul,* por su parte, fue siempre una publicación conservadora que, en manos de Nae Ionescu, siguió el compás de la evolución ideológica de este y acentuó su acercamiento a los postulados de la extrema derecha: partiendo de una ideología antiliberal y antiburguesa, defensor de la monarquía y del Partido de los Campesinos, el filósofo acabó

por alejarse del rey y por perder su confianza, al mismo tiempo que abrazaba un ideario abiertamente antisemita. Ionescu defenderá que la identidad rumana se vincula indisolublemente a la Iglesia ortodoxa: no se puede comprender, en su opinión, la *rumanidad* sin la ortodoxia. Al margen de esa *rumanidad* quedan, por tanto, las minorías y demás creencias religiosas que conformaban la población rumana. El filósofo rechaza de raíz la posibilidad de la asimilación, porque toda cultura tiene una semilla, un elemento generador que no se puede transmitir ni generar (cito libremente las palabras de Marta Petreu en su exhaustivo análisis de la relación entre Sebastian y Nae Ionescu)[3] y que, en el caso de la cultura rumana, gira en torno a la ortodoxia esencial de los rumanos. Es cierto que la deriva abiertamente antisemita de Ionescu y de su revista no se manifestó de manera evidente hasta 1933 —entre 1929 y 1933 la extrema derecha rumana solo había mostrado aún su rostro más «blando»—, pero resulta difícil, desde la perspectiva actual, comprender la fidelidad de Mihail Sebastian a una revista de extrema derecha cuyos valores atacaban frontalmente su condición de judío. A pesar de que Ionescu había enunciado ya con claridad las premisas de su antisemitismo, a pesar de que el propio Sebastian había abrazado algunos supuestos del pensamiento antiliberal de su mentor, a pesar de la comunión intelectual que compartieron durante todo el periodo en que Sebastian colaboró en *Cuvântul,* este se declaró impactado por el antisemitismo feroz del prólogo como si fuera una novedad. ¿Hasta dónde llegaba la fascinación del discípulo por su profesor? ¿Por qué no se esperaba ese prólogo fulminante? Como apunta Marta Petreu, el prólogo fue un acto brutal y cruel de rechazo, de expulsión de Iosif Hechter-Mihail Sebastian del círculo de su señor, Nae Ionescu. La publicación de la novela con las palabras preliminares de Ionescu colocó a nuestro autor en el centro de la diana y fue el detonante que propició el ataque indiscriminado desde todos los frentes. Los lectores que se adentren en el apasionante intercambio de artículos e invectivas *ad hominem* recogidos en *Cómo me convertí en húligan* comprenderán muy bien las tensiones subyacentes en la sociedad rumana, y no solo en ella. No resulta complicado identificar en ese debate el afianzamiento en Europa de los extremismos, del racismo, del nacionalismo, del antisemitismo, de las ideologías de carácter esencialista basadas en identidades monolíticas…

La crueldad que Ionescu despliega en el prólogo supuso un durísimo golpe para Mihail Sebastian, pero, paradójicamente, le obligó a tomar

conciencia de su condición de judío y a distanciarse de la derecha antidemocrática rumana. En cuanto a la relación personal con su mentor, esta resistió no solo el impacto de ese ataque inmisericorde, sino que se prolongó hasta la muerte del filósofo en 1940. Sebastian formó parte del restringido grupo de escritores e intelectuales a los que Nae Ionescu recibía en su villa de Băneasa, entre sus estancias intermitentes en la cárcel, y lloró ante su cadáver en el cementerio de Bellu, en Bucarest.

MARIAN OCHOA DE ERIBE

Desde hace dos mil años

J'ose non seulement parler de moy, mai parler seulement de moy: je fourvoye quand j'écris aultre chose, et me desrobe a mon sujet. Je ne m'aime pas si indiscretement et ne suis si attaché et meslé a moy, que je ne me puisse distinguer et considerer à quartier, comme un voysin, como un arbre.

Montaigne, *El arte de conversar*

PRIMERA PARTE

I

Creo que nunca he recelado de las personas ni de las cosas, solo he tenido miedo de las señales y de los símbolos. El tercer álamo del patio de la iglesia de San Pedro, misterioso, alto, negro, envenenó mi infancia: en las noches de verano su sombra caía por la ventana hasta mi cama, una banda negra que cortaba mi manta, una presencia que me amedrentaba, sin que yo entendiera por qué ni preguntara.

Pero he paseado con la cabeza descubierta por las calles desiertas de la ciudad ocupada por los alemanes; unas manchas blancas señalaban en el cielo el paso de los aviones, las bombas caían más o menos cerca, aquí, a dos pasos, con un sonido seco y corto al principio, con una amplia resonancia después.

Pero he contemplado impertérrito, con la fría curiosidad de un niño, cómo desfilaban ante mi puerta, en diciembre, carros con turcos congelados y nunca, ante aquella pirámide de cuerpos apilados como troncos de leña, me impresionó la presencia de la muerte.

Pero he atravesado el Danubio en una barca resquebrajada, hacia los pueblos lipovenos,[4] y simplemente me arremangaba la camisa cuando creía que el fondo podrido no iba a resistir más. Y solo Dios sabe lo mal que nado.

No, no creo haber sido nunca medroso, aunque los griegos del jardín grande, que nos arrojaban piedras cuando nos pillaban por allí, me lo gritaran a diario desde que tengo uso de razón, y aunque haya crecido con este grito lanzado por detrás como un escupitajo: judío cobarde.

Sé, sin embargo, lo que es el espanto. Eso sí. Me aterrorizaban hasta el agarrotamiento, hasta la parálisis, algunas pequeñeces junto a las que todo el mundo pasaba inmutable, pero que irrumpían en mi vida con grandes dimensiones, con profundos presentimientos. En vano me acercaba durante el día al álamo del otro lado de la calle, en vano palpaba su corteza negra y rompía, sangrando por la uña, astillas de madera pelada entre los surcos. «Solo es un álamo», me decía, apoyado de espaldas contra él para sentirlo cerca y no olvidarlo. Pero lo olvidaba por las noches, cuando me quedaba

solo en mi habitación, acostado como siempre a las diez. En la calle se oían aún los pasos de los transeúntes, voces ahogadas, algún que otro grito. Luego seguía el silencio habitual, con un ritmo y una gradación que ya conocía. Haciendo un esfuerzo, quizá conseguiría recordar ahora los tres o cuatro latidos interiores con que empezaba mi noche, auténticos escalones que me hacían descender físicamente a la oscuridad y al silencio. Entonces la sombra del álamo volvía a encontrarme agarrotado, con los puños apretados, con los ojos como platos, queriendo gritar y no sabiendo cómo ni a quién.

Curioso descubrimiento ayer en una librería de viejo. George Gissing: *La Rançon d'Eve.* Un libro del 1900 más o menos, creo. Ningún detalle sobre el autor (inglés, probablemente). Fueron cuatro horas estupendas.

Cuando lo terminé, salí a la calle a comprar los periódicos de la tarde. Ha habido otra vez altercados, sobre todo en la Facultad de Medicina y en la nuestra. Hoy tampoco he ido. ¿Para qué?

Me abordó por la calle Marcel Winder para decirme que habían vuelto a pegarle.

—Es la octava —me dijo, sin precisar si era la octava paliza o la octava herida.

Tenía ciertamente un cardenal negro bajo el ojo izquierdo. Estaba locuaz, casi contento, ufano en cualquier caso. Naturalmente, yo no he sido digno de algo así. Lo he evitado. Parece que los chicos están preparándose para el 10 de diciembre,[5] pero Winder no quiso darme detalles.

—Eso no es para ti, amigo mío. Tú tienes inquietudes de naturaleza superior. Y casualmente, pero solo casualmente, tus inquietudes de naturaleza superior te impiden correr peligro con nosotros. Simple coincidencia.

Winder pierde el tiempo. Se ha equivocado de tecla: no tengo semejantes vanidades.

De una carta de mi madre recibida hoy:

… Y, sobre todo, no vayas a la facultad. He leído en el periódico que

han empezado otra vez los altercados, y el hijo del sombrerero, que ha venido a casa, me ha dicho que ahí las cosas están peor que en otras partes. Deja que otros se hagan los valientes. Tú hazle caso a tu madre y quédate en casa.

«Deja que otros se hagan los valientes.» Si supiera mi madre cómo suena eso.

¿Eso habrá sido todo? He entrado esta mañana en la clase de Derecho Romano. Nadie me ha dicho nada. He tomado apuntes febrilmente, para no tener que levantar la cabeza del pupitre. Hacia la mitad de la clase, una bola de papel cae en el banco, junto a mí. No la veo, no la abro. Alguien me llama a gritos por mi nombre, desde atrás. No vuelvo la cabeza. Mi vecino de la izquierda me mira atento, sin decir una palabra. No puedo soportar esa mirada fija y levanto los ojos.

—¡Fuera!

Me lo ha dicho con un tono seco, cortante. Se levanta de su asiento, me hace sitio y espera. Siento a mi alrededor un silencio tenso. Nadie respira. Un gesto por mi parte y este silencio habría estallado.

No. Abandono mi pupitre y camino inseguro hacia la puerta entre dos filas de espectadores. Todo transcurre de forma civilizada, ritual. Pero alguien, junto a la puerta, me lanza de refilón un puñetazo que me alcanza a medias. Un puñetazo a destiempo, camarada.

Salgo a la calle. Mira, una mujer hermosa. Mira, un carruaje vacío. Todo está en el sitio que le corresponde: una fría mañana de diciembre.

Ha estado buscándome Winder para felicitarme por la hazaña de ayer. No sé quién se la ha contado. Y me ha dejado una nota diciendo que vaya pasado mañana al colegio mayor. Están organizando un grupo por cada facultad. Los chicos se empeñan en asistir a clase el 10 de diciembre. Es una cuestión de principios, dice Winder.

Y todo esto me mata de aburrimiento. Querría un gran libro, claro, severo, de pensamiento opuesto al mío, un libro que pueda leer con la vehemencia de mi primera lectura de Descartes. Cada capítulo era una lucha personal.

Pero no: aquí me tienes, enredado en una «cuestión de principios».

Ridículo.

10 de diciembre. Caminar erguido, sin sombrero, en medio de la lluvia, a ciegas, hacia delante, sin mirar a derecha ni a izquierda ni hacia atrás, sin gritar —¡ah!, sobre todo sin gritar—, dejar que pasen junto a mí el griterío de la calle, la mirada de los demás, esta hora de desconcierto. Así. Si cierro los ojos no queda más que la llovizna: siento las gotitas sobre el rostro, serpenteando desde el arco del ojo hacia la nariz y de allí bruscamente a los labios. ¿Por qué no soy capaz, por qué no puedo vivir la profunda calma de un caballo que tira de un carro vacío, por el barro, en medio de la tormenta?

Me han pegado. Eso es todo lo que queda. No me duele nada, y aparte del puñetazo bajo la cadera, no ha habido ningún golpe fuerte. El hombre tenía una cara curiosa debajo de la visera. Hasta que no he visto la mano levantada, no pensaba que fuera a pegarme. Era un extraño: quizá me veía por primera vez.

Me han pegado y el mundo no se detiene por algo así. Banco Italo-Rumano, capital depositado, cincuenta millones. Donde Minimax vigila, el fuego no se extiende. La capital de Islandia es… ¿Dónde andará Isidor Leibovich? Si ha dado con la puerta de la secretaría, se habrá salvado. Si no… ¿Cuál es la capital de Islandia, diantres? No es Christiania, hombre, ni tampoco Oslo, que son lo mismo…

Si lloro, estoy perdido. Tengo la suficiente conciencia de mí mismo como para saberlo. Si lloro, estoy perdido. Aprieta los puños, bobo, si es necesario, créete un héroe, encomiéndate a Dios, dile que eres hijo de un pueblo de mártires, sí, sí, díselo, date con la cabeza en las paredes, pero si quieres poder mirarte a los ojos y si no quieres que se te caiga la cara de vergüenza, no llores. Solo te pido eso: no llores.

Si pensara que va a servir de algo, rompería la página que escribí anteayer. Otra crisis patética como esa y renuncio al diario. La cuestión es si puedo comprender serena, críticamente, qué está pasando ahora conmigo y con los demás… Más allá de eso…

Dicen que esta tarde se decidirá la clausura indefinida de las facultades.

II

Ayer, en el andén, cuando me apeé del tren, bajo las bombillas mortecinas de la estación, me pareció que mi madre estaba más delgada y envejecida que nunca. Seguramente solo era su emoción de siempre, en el primer instante del reencuentro.

Su emoción… «¿Has cogido todas las maletas? ¿No has olvidado nada en el tren? Súbete bien el cuello. Si encontráramos un coche…» Habla mucho, deprisa, sobre cosas insignificantes y no se seca la lágrima de las pestañas por temor a que yo la vea.

Primer garbeo por la ciudad. Paseo triunfal por la Strada Mare, entre dos filas de comerciantes judíos que me saludan jubilosos, cada uno desde el umbral de su negocio, con un velado gesto de complicidad.

—No es nada, muchachos, aguantad. Dios es bueno, esto pasará.

«Desde hace dos mil años…» El señor Moritz Bercovich (manufacturas y calzados) intenta explicarme los motivos de la persecución de los judíos.

En la barbería, el dueño reclama para sí el honor de cortarme el pelo y enfrascado en la tarea me pregunta si conservo marcas, cicatrices…, en fin…, «usted ya me entiende».

—No, no entiendo nada.

—¿Y la paliza?

—¿Qué paliza?

—La de la universidad… ¿No le zurraron?

—No.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada.

El hombre calla contrariado. Me corta por obligación, sin entusiasmo.

Tarde en familia. Han vuelto mi prima Viky y su marido del viaje de novios. Al parecer, ella está encinta. Uno de los tíos bromea sobre el acontecimiento.

—¡Qué diligentes habéis sido!

Viky está sofocada; su marido, serio.

—¡Je, je, ya está, amigo! Se acabó lo bueno. Quieras o no quieras, te

apetezca o no…, tienes que… ¿Sabes la historia esa del tren?

Y cuenta la historia del tren. Todo el mundo ríe ruidosamente. Desde un rincón, mi madre me mira azorada.

Habría podido ser yo como todos ellos, un comerciante gordo, casado, satisfecho, que juega al póquer los domingos por la tarde y les dice groserías a los recién casados. ¿Te sabes esa del tren?

Algunas veces me pregunto con espanto si habré conseguido escapar de ellos por completo.

Le he pedido a mi madre que nos quedemos en casa. Ella trabaja, yo leo. Levanto la vista del libro y la veo hermosa, tranquila, con la frente más serena que conozco, con los ojos un poco cansados por la edad. ¿Cuarenta y tres? ¿Cuarenta y cuatro? Me da miedo preguntarle.

—¿Qué tal vives en Bucarest?

—Bien. ¿Por qué?

—Por nada.

Sigue trabajando, sin mirarme.

—Oye, mamá, si los cuatro mil que me mandas son demasiado…

No responde. Paso al otro lado de la mesa, tomo su mano derecha con la mía y se la estrecho con un gesto interrogante.

—Es tarde, hijo mío. A la cama.

Tendría que haberlo sospechado mucho antes. Las cosas en casa van mal. Ya no hay dinero. Le he dicho que de ahora en adelante me llegará con dos mil al mes. Me alojaré en la residencia. Allí también se está bien, hace calor, está limpia, es cómoda. (No parece creerme y me apresuro a hablarle, para mi propia sorpresa, de las cualidades que encuentro de repente en esos barracones de Văcăreşti.)

La oigo respirar en su habitación. Sé que no duerme y que esa respiración, intencionadamente acompasada, como de persona dormida, está hecha para engañarme y para tranquilizarme.

Qué chiquillada, debería sentir vergüenza, pero no la siento. ¡No poder a mi edad marcharme de casa tres meses sin sentir esta congoja, esta nostalgia que se apodera de mí antes incluso del abrazo de despedida! Si no me diera vergüenza iría ahora mismo a darle un beso, como hacía antes, por la noche, cuando me despertaba de una pesadilla. La pesadilla: esa

maleta preparada para el viaje.

III

El placer de estar solo en un mundo que te considera suyo. No es orgullo, ni siquiera timidez, sino la natural, simple, involuntaria permanencia en ti mismo. Algunas veces querría poder separarme de mí físicamente y contemplar desde un rincón de la habitación cómo hablo, cómo me pongo nervioso, cómo estoy alegre o triste, sabiendo que no soy nada de eso. ¿Doble juego? No. Otra cosa, otra cosa.

He almorzado en la cantina entre un ruso que olía mal y hablaba muy alto y una chica delgada con las manos desolladas y los labios mal pintados. Suelo de cemento, frío, el abrigo sobre los hombros, un plato de metal esmaltado ante mí, el tenedor de estaño caído en el suelo.

Nunca seré un rebelde social yo, que saqué en aquel momento, no sé de dónde, una sonrisa sin melancolía.

Somos, conmigo, once chicos en la habitación. Liova Sadigursky, mi vecino de la derecha, se afeita con las cuchillas usadas que le da Ionel Bercovich, el vecino de la izquierda. Por el momento, limito mis relaciones con ellos. Me da miedo ir más lejos.

De buena mañana, cuando me despierto, me gusta escuchar en esta habitación alargada y fría la respiración polifónica de las diez personas que me rodean: la respiración entrecortada del politécnico que está junto a la puerta, el silbido de flauta de su vecino, los suspiros de Liova, el zumbido de abejorro que hace no sé quién del fondo, junto a la ventana, y, por encima de todos, pesados, zoológicos, dominantes, los ronquidos de Şapsă Yankelevich, el gigante.

Los veo regresar de la facultad por la tarde, dispersos, uno a uno, cansados. Y numeran sus golpes con aplicación, como los puntos en el billar, no vaya a ser que el contrario sume dos de más.

Marcel Winder va por la decimoquinta paliza. Anteayer le rompieron también el sombrero, lo cual lo coloca a la cabeza en el camino al martirio.

Señala en medio del patio, a voz en grito, el lugar de los golpes. Aquí y aquí y aquí…

Hoy le han quitado el colchón a Şapsă Yankelevich. Lleva tres meses sin pagar y han aplicado el reglamento. Él observaba tranquilo, apoyado en la pared, sin protestar. Por la noche se ha tirado sobre las tablas de la cama soltando un juramento. Le he lanzado una de mis almohadas para que se la ponga en la cabecera. Me la ha arrojado de vuelta, tan alto que casi rompe la lámpara, y se ha colocado de cara a la pared.

Ha sido un día duro. Se había decidido que asistiéramos a toda costa a la clase de Derecho Civil, donde decían que iban a pasar lista. Hasta ahora hemos ido solos, en grupos de tres como mucho. Eso evita altercados mayores, pero no sirve de nada, porque habitualmente nos identifican a todos y nos echan.

Así que hoy había que cambiar de táctica. Entramos formando un grupo compacto. Nos sentamos en los bancos delanteros, frente al estrado. No respondemos a las pequeñas provocaciones, pero nos defendemos en caso de ataque. «Hasta el final», esta era la consigna.

Creo que es una estrategia equivocada, pero no voy a decírselo a los chicos, demasiado entusiasmados por el éxito de hoy. Quizá los otros se hayan llevado también una paliza, pero ahí estaba Isidor Leibovich aplastado contra la esquina del encerado, con el abrigo desgarrado y el labio roto, lleno de sangre. Şapsă Yankelevich ha hecho maravillas: estaba pálido y serio, blandía la pata de una silla que había arrancado para la pelea.

Por la noche, Marcel Winder ha elaborado la lista de los heridos para entregársela a la prensa. Le he dicho que me borre: no creo haber recibido más que un par de bofetones y, sobre todo, no hay necesidad de que se entere mi madre.

Frente en calma. Quizá se esté creando un estilo de vida en la adversidad.

—Compañero, ¿sería usted tan amable de enseñarme su carnet?

Me han rodeado tres y esperan. Saco el carnet y se lo tiendo al que me ha interpelado.

—¡Ajá! Le ruego que abandone el aula. Por aquí. —Me enseña el camino.

A Isidor Leibovich le han dado una paliza brutal. Yo no estaba presente, pero me lo ha contado Marga Stern, que estaba allí. Este chico está predestinado.

Y me gusta su discreción rígida, orgullosa, seca.

—¿Otra vez, Leibovich?

—¿Otra vez qué?

—Otra vez te han pegado.

—No.

—Que sí.

—Pues nada… Sabrás tú mejor que yo si me han pegado o no.

Gira sobre los talones y se va enfurruñado, con la cabeza hundida entre los hombros.

O los he perdido en el jaleo o me han quitado los guantes. Y hace un frío… ¡Qué miseria!

No, no soy un tipo fuerte. ¿Dónde están los juramentos que hice hace dos años sobre la portada de Zaratustra nada más terminarlo? ¿Por qué anduve por la calle anoche, solo, sin rumbo, sintiéndome desgraciado porque no puedo llorar y aterrorizado al mismo tiempo por la idea de que sí podría? ¿Por qué por las noches, cuando apoyo la cabeza en la almohada, me conmueve el cansancio de este gesto, como si lo hiciera sobre una piedra del camino por el que me han perseguido?

Imbécil, tres veces imbécil.

Lo que más me aflige es la sensación de perder cada día la seguridad de mi soledad, solidarizarme con Marcel Winder y Şapsă Yankelevich, descender la escalera de la compasión común, convertirme, a la vez que ellos, al igual que ellos, en un individuo que se compadece y se consuela. Esa cordialidad judía que detesto. Me tienta la idea de soltar una palabra brutal a la primera ocasión, para que se sepa que, aunque estoy aquí entre diez hombres que me consideran «compañero de fatigas», yo estoy solo, absolutamente solo, definitivamente solo.

Escucha, Marcel Winder, si vuelves a darme palmaditas en el hombro, te abofeteo. Es asunto mío si estoy herido, es asunto tuyo si te rompen la cabeza, no tengo nada que compartir contigo, no tienes nada que aprender de mí, sigue tu camino y yo seguiré el mío.

Desde hace tres días no encienden el fuego. Se ha terminado la leña y están esperando la subvención prometida.

Liova está enfermo: tiene 39º de fiebre. Ha venido un médico de Caritas y ha prometido llevarlo allí en cuanto se libere una cama.

Al de la Politécnica se le han helado las orejas y se las ha vendado con un trapo grande amarillento que le cubre todo el rostro y que me pone nervioso a la hora de comer, en la cantina, cuando lo veo con ese algodón y esa gutapercha andrajosos.

Şapsă Yankelevich ha lavado sus calcetines y los ha extendido en el borde de la cama para que se sequen. Hoy ha venido a verlo una chica de su pueblo, creo, y le ha traído un saquito de nueces. Él se ha echado a reír azorado: creo que le daba vergüenza aceptarlas delante de nosotros.

¿No seré yo un tipo ridículo, que tiene aquí, entre ellos, escrúpulos críticos y que controla su «actitud»? Un esteta. Eso es lo que soy. «Decencia, discreción, soledad»: valores de tres al cuarto en cuyo nombre le pides al dolor que se comporte con educación.

Cuatro días sin afeitarme. Hace demasiado frío como para pasarte un cuarto de hora delante del espejo.

Hoy ha habido una persecución que podría haber acabado mal. Bajaba de la clase de Administrativo, adonde había ido para calentarme, y estaba a dos pasos de la puerta cuando me sale Ştefaniu al paso. No me había visto. Ahora me doy cuenta de que no me había visto. Pero en ese momento no he mantenido la calma, he cometido la tontería de darme la vuelta para sortearlo y entonces me ha visto. Solo me ha alcanzado con el bastón (un buen golpe en el hombro izquierdo). He escapado corriendo, aunque me arriesgaba a llamar la atención de otros, y he girado a la izquierda por el pasillo. Él me ha seguido. He subido hacia la sala de reuniones, con la intención de meterme en la sala de profesores. Pero no estaba la llave en la puerta y no habría sido capaz de sujetarla con el hombro. Suerte que estaba abierta la puerta que da hacia la escalera de la sala de juntas. Una vez fuera, me imaginaba que no iba a seguirme. Así ha sido.

Y debería escribirle esta noche a mi madre. ¿El qué?

Las diez de la noche. El farmacéutico de Besarabia ha traído, hace un rato, dos tarugos de madera en los bolsillos del abrigo. Pero como no han hecho fuego desde hace mucho tiempo, la estufa echa humo y ahora, cuando ya se ha enfriado, flota en la habitación un olor acre que asfixia a Liova.

Ha salido alguien y ha dejado la puerta abierta. Nadie se levanta a cerrarla. Ionel Bercovich juega al póquer en su cama con Marcel Winder y otros dos a los que no conozco.

Se oye de vez en cuando la tos de Liova. Alguien bate palmas, porque le pone nervioso o por culpa del frío.

Sábado por la noche
Cada judío es un rey
Todos los rincones de las casas ríen
Y todo el mundo está alegre.

Şapsă Yankelevich canta. Apoyado en la pared, con el abrigo sobre los hombros, las manos en los bolsillos. Tiene una voz arrastrada, profunda, que sube con dificultad y se trompica un poco al final de cada verso.

… a ieider i-id a melah…, cada judío es un rey.

Es una melodía que oí hace mucho en otra parte. En casa, quizá, en tiempos del abuelo.

Siento los ojos húmedos. No pasa nada, muchacho. No te ve nadie. ¿Y no notas que te sienta bien, infinitamente mejor que el orgullo de apretar los puños y controlarte?

Canta, Şapsă Yankelevich. Eres un chico mayor, de veinticinco años, que no ha leído un libro en su vida, que ha pasado por el mundo aceptando todo lo que sucede y caminando tranquilo sobre sus piernas de animal bueno, te lavas tú mismo los calcetines y comes al mediodía un cuarto de pan con nueces, dices guarradas y solo tú te ríes de ellas, nunca has contemplado un cuadro ni has amado a una chica, reniegas de tu madre y escupes, pero mírate ahora: cuando nosotros, los demás, estamos aquí callados, como al borde de un camino, tú, Şapsă Yankelevich, tal y como eres, desgraciado, huraño y hambriento, tú cantas solo.

Había ido al rectorado a solicitar una información. Al volver, el vestíbulo, que diez minutos antes había dejado vacío, estaba abarrotado. No reconocí a nadie, pero parecía una trifulca seria.

Estoy cercado. Me observa alguien o me parece que me observa. Corro escaleras arriba. Salto los escalones de tres en tres, cierro las puertas que encuentro a mi paso, me golpeo contra las paredes al girar. En el segundo piso, hacia la izquierda, siento que no puedo seguir así mucho tiempo más: me pego a la pared y busco con mano febril una puerta. Bajo angustiado el picaporte, está abierta.

Un aula pequeña, incómoda. Diez o doce asistentes. En el estrado un hombre muy joven, estudiante o ayudante de cátedra. Habla. Probablemente se trate de un seminario.

Sigo aturdido. No sé si tengo miedo a los de fuera o si siento vergüenza ante estos de dentro. Debo hacer algo que concentre mi atención y me calme. Saco el lápiz y el cuaderno: tomo apuntes. De forma mecánica, distraído, por la simple necesidad de hacer movimientos organizados que contengan mis nervios. No sé de qué habla el hombre del estrado. Copio como un taquígrafo, como una máquina. Preocupado tan solo por el movimiento del lápiz sobre el papel, ajeno a todo lo que están diciendo, ausente de todo lo que sucede.

Y aquí estoy ahora, por la noche, con este curioso papel en la mano:

> Hay algo profundamente artificial en todo el sistema de valores sobre el que descansa nuestra vida. No solo en la economía política, donde las imperfecciones son visibles y el mal, fácil de localizar. Las turbulencias monetarias son las más evidentes, pero no son las más agudas del viejo mundo. Hay otras desintegraciones más graves, hay otras agonías más tristes. No entenderemos nada de la crisis económica que estudiamos si nos centramos en sus aspectos técnicos. Estos son secundarios, absolutamente secundarios. No es un sistema financiero lo que está cayendo hoy en día, sino un sistema histórico. No se están liquidando algunas formas, algunos hechos, algunos detalles, sino la estructura entera. Si existe una crisis de la noción de valor en economía y finanzas, esta no es un hecho particular, sino que se integra en una crisis general de valores en todos los planos de la vida moderna. Vivimos con demasiadas abstracciones, con demasiados fantasmas. Hemos perdido el contacto con la tierra. No solo se ha roto la relación entre el papel moneda y el oro, sino también entre todos nuestros símbolos y nosotros mismos. Hay un abismo entre el hombre y el entorno. Las formas de vida que ustedes ven ahora se han deshumanizado. Diría más bien, en rumano, que se han

despersonalizado.

Tomen una a una nuestras instituciones, nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestra inteligencia y nuestras tonterías, tómenlas una a una y golpéenlas con un martillo. Verán que suena hueco. La vida las ha abandonado, el espíritu se ha ido. ¿Por qué? No sé por qué. Quizá por abuso de inteligencia. No bromeo. Nos han creado una cultura y una civilización que parten de la inteligencia como primer valor, lo cual es un vicio caro y una osadía exagerada. Entre nosotros y la vida, hemos creído que decidimos nosotros. Eso es una trágica osadía. Nosotros no somos nada y hubo un tal Descartes que pensaba de otra manera. Miren, estamos pagando ahora los platos rotos hace trescientos años.

Me temo que ha llegado el tiempo de los tontos. En realidad, no lo temo en absoluto. Me alegro. Que ya hemos visto lo que ha sabido hacer la inteligencia y adónde nos ha llevado. Retornamos ahora arrepentidos, amargados y con un cansancio de tres siglos, regresamos a los bosques de la estupidez y de la vida viva.

A esto se le llamará oscurantismo. Tanto mejor.

No es ni estudiante ni ayudante de cátedra. Es profesor de Economía Política. Este año dicta un curso sobre «la noción de valor en la historia de las doctrinas económicas». Se llama Ghiţa Blidaru. Los chicos le llaman simplemente Ghiţa. Viene de Múnich o de Berlín, no lo sé exactamente. Es más viejo de lo que parece y más joven de lo que es: treinta y cinco años. Tiene un rostro chupado, alargado, asimétrico, con una sonrisa algo tímida y un gesto enérgico en las cejas. Habla con dejadez, lentamente, y se interrumpe a veces con un «¿no?» como un fogonazo.

De la clase de hoy, un pasaje que ha sido tan solo un paréntesis:

¿Ser lógico? Ser lógico no es, como dirán sus libros, pensar según fórmulas y ecuaciones, sino pensar según la naturaleza interna de las cosas. Si quieren una definición a toda costa, aquí tienen esta: la lógica es una sistematización de la intuición.

Y se echa a reír.

Clase sobre Adam Smith:

> Si me preguntaran ustedes qué estamos haciendo aquí, en un curso en el que los paréntesis son más largos que el contenido propiamente dicho del programa, quizá les respondería así: destronamos valores. Los sacudimos como árboles secos. Inteligencia, individualismo, libre albedrío, positivismo… Y buscamos un solo «valor», uno que supere con mucho a todos los demás. Se llama, si no me equivoco, vida.

Miércoles y viernes, de seis a siete, curso de Blidaru. Somos unos cuantos asiduos que nos conocemos sin hablarnos. A veces una cara nueva aparece en los pupitres del fondo. Me gusta volver la cabeza de vez en cuando y examinar, a medida que el hombre del estrado habla, la sorpresa del recién llegado.

Hablaba hoy sobre la superioridad de los fisiócratas respecto a las demás escuelas de economía moderna. Demasiado extenso como para transcribir aquí mis apuntes del curso. Hablaba impetuosamente, con un tono violento que prometía un giro brusco en la línea argumental (tiene semejantes efectos de buen actor). Yo esperaba intrigado el desenlace cuando, de repente, ha irrumpido bajo nuestras ventanas una marcha militar. Estaba desfilando una compañía con su estandarte.

Ha saltado del estrado, se ha abalanzado hacia la ventana, la ha abierto y se ha quedado allí mirando y siguiendo con la cabeza el ritmo del bombo.

Luego se ha vuelto hacia nosotros.

—¿A ustedes no les gusta la calle?

Tercera clase sobre los fisiócratas. El curso de Blidaru modifica las jerarquías más sólidas. Solo un par de palabras sobre lo que en los manuales es sacrosanto y, por el contrario, diez conferencias sobre lo que el manual desprecia con saña.

> Hay en la fisiocracia un elemento más poderoso que todas sus ingenuidades. Por supuesto, aquellos ancianos de 1750 no tenían ni idea del mecanismo de circulación de los bienes, y lo que ellos imaginaron en ese ámbito no solo es falso, sino también romántico y

fantasioso. Por encima de todos estos errores queda, sin embargo, una intuición infinitamente más valiosa que una estadística exacta. Su economía parte de la tierra y regresa a la tierra. Se trata de una idea campesina, una idea simple de la vida, una idea que viene de la biología, de las intuiciones más naturales del hombre corriente. Nada puede destruir semejante verdad breve, simple, clara.

Aunque estamos desorientados, reencontraremos tal vez algún día esa verdad que nos llevará de regreso a la tierra, algo que simplificará todo e instaurará un nuevo orden, no inventado por nosotros, sino cultivado por nosotros.

Hablan de nuevo de cerrar la universidad. Hay peleas enconadas. La facultad está ocupada por el Ejército desde hace una semana.

Prosigue el curso de Ghiţa Blidaru, escondido en esta aula oscura del segundo piso, adonde no viene nadie porque nadie lo sabe.

Por la noche, en la residencia, hay un silencio como de campo nevado. Solo de vez en cuando, por los corredores, unos pasos cansados, una puerta que se cierra, una llamada que queda sin respuesta.

Se trabaja bien en medio de este silencio. Releo un tratado de economía con los apuntes de Ghiţa en la mano. Una confrontación apasionante.

Es preocupante. Ha venido demasiada gente nueva al curso. Caras desconocidas, hostiles, en los primeros bancos.

Blidaru, deslumbrante. Quizá el éxito inevitable al fin y al cabo. Pero ¿y si es otra cosa? Ya veremos.

No, a esto no voy a renunciar. Me he ido de la clase de Civil, me he ido de la de Estética, me he ido de las que habéis querido que me vaya y me iré de las que queráis, de la de Historia, de la de Sociología, de la de Chino, de la de Alemán, pero no renunciaré al curso de Ghiţa Blidaru.

Por el momento he recibido dos puñetazos durante la clase de hoy y he tomado ocho páginas de apuntes. A cambio de dos puñetazos no está nada mal.

Me han parado unos en la puerta.

—¡El carnet!

Habría sido estúpido mostrárselo. He intentado pasar entre ellos

bruscamente, por sorpresa. Me han lanzado contra la pared de enfrente de un solo puñetazo. Los contemplo desde este rincón al que me han empujado. La puerta está entreabierta. Dentro se oyen risitas, voces, gritos de un pupitre al otro. Las seis menos cinco. Ghiţa Blidaru debe de estar a punto de entrar. Si me dejaran a mí también… Si me acercara a estos imbéciles de la puerta para hablar con ellos quizá lo entenderían. Venga ya, un sitio en el último banco… no es para tanto… No, es una estupidez… Se ha hecho el silencio. Aplausos. Seguro que ha entrado. Se cierra la puerta. Uno, el único que se ha quedado de guardia, me mira fijamente.

—¿Qué pasa, tú?

—¿Qué pasa? Pasa que me dais una vergüenza terrible tú y todos los demás, pasa que os saco una cabeza, pasa que nunca conocerás la orgullosa tristeza de estar vencido y solo entre diez mil y también pasa que mañana iré a ver a Ghiţa Blidaru y hablaré con él.

No puedo reproducir la escena. Ahora soy incapaz de acordarme de todo. Ha sido brusca. Dos o tres palabras, una mirada de desconcierto y listo.

Ghiţa salía de la secretaría. Me he acercado a hablar con él. Ya no sé qué he dicho. Juro que ya no lo sé y que no es un truco para ahorrarme un momento de disgusto personal.

Me ha interrumpido:

—¿Qué desea?

—Señor profesor, me han echado y…

—Ya, ¿y qué quiere que haga yo?

Se ha ido sin esperar una respuesta.

Tendría que correr por las calles una hora, dos, tres, tendría que pegarme con diez mil a la vez, tendría que cortar con un hacha un vagón de troncos para caer rendido en la cama por la noche y dormir y olvidar.

Tercera noche de póquer. Jugamos en la biblioteca, en torno a un candelabro, hasta las tres o las cuatro de la madrugada.

Ayer gané doscientos dieciséis *lei* y los dilapidé luego en el burdel, adonde fuimos de dos en dos.

Ionel Bercovich me dio un beso… «Fíjate, hombre, y yo que te creía un estirado.»

Es una tasca infecta. El vino blanco avinagrado da asco con solo mirarlo. Cierro los ojos con el primer vaso. Después funciona.

Y la noche termina tarde, en la Cruz, donde Mizzi, la puta de Cernăuţi, que por diez *lei* más hace cualquier cosa.

Hemos caminado todo el día entre bayonetas. Estábamos un grupo pequeño abajo, en la secretaría, cuando han venido unos retenes compactos de la Facultad de Medicina. Nos han rodeado por todas partes y solo hemos podido salir entre gendarmes, formados en doble fila. Nos han llevado así por las calles, seguidos de cerca, cambiando varias veces de ruta, apretando el paso, metiéndonos en algún patio solo para que perdieran nuestro rastro. Hasta la noche. Hasta ahora.

Si no existiera el gusto amargo, reconfortante, de las noches de juego, si no existiera la alegría embriagadora del póquer, ¿qué quedaría?

Sin embargo, hay algo más: la voluptuosidad de estar sucio, el orgullo oculto de hundirse, de renunciar hoy a cepillarte el sombrero, a cambiarte mañana de camisa, a arreglar pasado mañana los tacones desgastados. Entrar profundamente, hasta el fondo, de manera irrevocable, en la miseria y amarla por su propia mugre, por su aroma familiar, por los mendrugos de pan seco, por el calor íntimo de la humillación. Y saber que has perdido para siempre el timón de tu vida, que se te ha escapado de las manos una mañana en la que no te has cambiado el cuello de la camisa porque te trae sin cuidado.

¿No nos han dicho muchas veces que somos un pueblo sucio? Quizá sea verdad. Quizá nuestra mística, nuestro ascetismo, nuestra santidad sea eso, la suciedad. Es como si te arrodillaras, como si te mutilaras lenta, voluptuosamente, cada vez más lejos de la estrella blanca de la pureza.

Marga Stern me ha dicho esta mañana, en el patio de la residencia, azorada, como si fuera una noticia que no me afecta:

—Mira, viene la primavera.

IV

Me he marchado. Hace dos semanas, un día en que me dije que tenía que elegir entre ser el cuarto en el póquer o vivir. Me he marchado y me alegro de que haya sido difícil.

Es una habitación pequeña. Una buhardilla. Pero es mía. Una silla, una mesa, una cama. Cuatro paredes blancas y una ventana alta, al fondo de la cual se ven los árboles de Cişmigiu.

El cálculo es sencillo y me sorprende no haberlo descubierto antes. Dos mil *lei* al mes: mil la habitación; trescientos *lei,* treinta panes; trescientos *lei,* treinta litros de leche; cuatrocientos para todo lo demás.

Voy a escribirle a mi madre para que me borde en un paño esta frase que he descubierto: ¡LA VIDA ES SENCILLA!

Catorce días solo. Me gustaría saber con exactitud, estadísticamente, cuántas personas hay en esta ciudad, en este ancho mundo, que sean más libres que yo.

Encontré en una librería de viejo, por sesenta *lei,* un Montaigne soberbio, como de 1760, de fino papel mate, con anotaciones asombrosas. Apasionante. Aún más apasionante porque él es un libertino, un escéptico y un artista, y yo soy tan solo un ser atormentado.

Qué magnífico descanso. Y no imaginaba, no imaginaba, tonto de mí, que estas vacaciones pudieran existir.

He colgado en la pared, enfrente de la cama, un mapa grande de Europa. Necesitaría un globo terráqueo, pero no tengo dinero suficiente.

Quizá sea infantil, pero necesito el símbolo de un mapa en el que apoyarme y en el que leer las ciudades y los países. Me hace recordar cada día que el mundo existe. Y que cualquier huida es posible.

Estaba bellísimo Cişmigiu hace un momento, con ese sol metálico, blanco, con el agua de un verde vegetal, con los árboles aún sin hojas, desnudos como un rebaño de adolescentes en el reclutamiento.

Qué fea es la gente con sus abrigos ya pasados, con sus sombreros raídos por el invierno, con las sonrisas intimidadas por el sol, con los pasos lentos, encenagados. La veía pasar y me daba pena su inconsciente falta de gracia.

Había una chica joven, vestida con pulcritud, plantada en el bulevar ante el escaparate de una frutería. Le dije alguna tontería que se me pasó por la cabeza sin pensar. Se echó a reír y aceptó pasear conmigo.

No me preguntó adónde la llevaba; subió las escaleras y, después de cerrar la puerta, se desnudó sin apuro. Un cuerpo pequeño, agradable, sin belleza, muy joven. Nos amamos a plena luz del día, con la ventana abierta, ambos desnudos. La chica lloraba de placer y luego se paseó por la habitación con mi chaqueta sobre los hombros, curiosa, fisgando los papeles de la mesa, abriendo los libros, cerrándolos ruidosamente.

—¿Vas a volver?

—Voy a volver.

No me pidió nada. Se me olvidó preguntarle cómo se llamaba.

¡Qué alegría estar desnudo! Sentir con exactitud, con precisión, físicamente, tu equilibrio de animal reencontrado, escuchar tan solo el latido seguro de la sangre, conocer la voluptuosidad de levantar un brazo y dejarlo caer, tener la sensación detallada de tu vida física, la única.

Anotar esto en el elogio del amor.

Curioso encuentro con Ştefan Pârlea. Me ha abordado él. Yo no me habría atrevido, aunque sentía por él, desde el instituto, no sé muy bien por qué, una pizca de simpatía.

Un chico huesudo, duro, ceñudo, con un apretón de manos vigoroso, ojos de buitre, de una fealdad viril que es casi una forma de belleza.

—Mira, tú, el sol…

Hemos caminado los dos hacia los arrabales, sorprendidos por no encontrar nuestro Danubio de casa. Me ha contado cómo va el curso de Blidaru, que también él descubrió hace tiempo.

Hemos hablado mucho, sobre mil cosas: libros, recuerdos, mujeres. Nos hemos detenido en una panadería, al otro lado del puente, para comprar unos roscos de sésamo y los hemos comido por la calle, ante las miradas de la gente.

—Mira, Pârlea, podríamos ser amigos si no hubiera tantas tonterías que nos separan.

—No. Te engañas. Tú y yo no podemos ser amigos ni ahora ni nunca. ¿Tú no sientes que yo huelo a tierra?

Había en su mirada algo absurdo, estremecedor.

¿Si no siento que él huele a tierra? Pues sí. Lo siento. Y por eso lo envidio.

Siento una nostalgia inmensa por la simplicidad y la inconsciencia. Si pudiera volver a encontrar en cualquier lugar al fondo de los siglos unas sensaciones simples y fuertes —hambre, sed, frío—, si pudiera pasar por encima de dos mil años de talmudismo y melancolía y sentir una vez más, suponiendo que alguien de mi pueblo la haya sentido alguna vez, la alegría cristalina de vivir…

Pero mi felicidad, cuando llega, es tumultuosa, oscura, hecha de interminables rodeos, amenazada con caer a cada paso.

Era feliz hace tres días. Hoy estoy deprimido. ¿Qué ha sucedido? No ha sucedido nada. En algún sitio ha caído un puntal interno. Se ha abierto en alguna parte un recuerdo mal cerrado.

A los veinte años, sano y sin cargas personales, sentirte portador de un destino que te rompe en mil pedazos y que te anula en cada uno de ellos.

No, no somos un pueblo cómodo. Me siento tan estúpido en mi compañía… Qué estúpido debe de sentirse en esta compañía un extraño. Somos impulsivos. Estamos sobrepasados por nosotros mismos. Somos, sobre todo, impuros.

Somos: es decir, yo, Şapsă Yankelevich, Marcel Winder.

Él huele a tierra, qué afortunado.

Lamento, en esta confrontación conmigo mismo, conservar una cierta simpatía por mí. Lamento sorprenderme amando mi destino. Querría poder odiarme violentamente, sin excusa alguna, sin indulgencia. Me gustaría ser antisemita durante cinco minutos. Sentir en mí a un enemigo que debe ser eliminado.

Ha venido la chica de hace una semana. No la he recibido.

—¿No me dijiste que volviera?

—Sí. Y ahora te digo que te vayas.

Algo me dice que somos incapaces de vivir hasta el final un momento de vida. Uno cualquiera. Que nos quedamos siempre junto a eso que sucede, un poco más arriba, un poco más abajo, pero nunca en medio. Que dejamos los sentimientos y los acontecimientos a medias, colgando tras nosotros, aplazados. Que no hemos sido nunca canallas del todo o ángeles del todo. Que las hogueras del alma en las que hemos ardido están medio

apagadas. Que hemos vivido en eternos regateos con la fortuna y la desgracia.

Es mejor así. Catorce horas de trabajo. El examen que se acerca tal vez no sea sino un pretexto. Sin embargo, yo me siento bien en esta cárcel de libros hasta la que no llega nada, ni de fuera ni de dentro.

Me vendría bien ahora un tifus. Quizá este examen lo sustituya. Lo importante es olvidarme de mí mismo, mandar al cuerno todos los problemas del mundo y hacer algo mecánico, agotador, que me domine por completo.

Marga Stern ha pasado por la buhardilla con actitud amistosa. Llevaba un vestido blanco, tenía la mano caliente, tranquila, y me la ha puesto en la frente, de broma.

Demasiado poco para seducirme, querida muchacha.

Marcu Klein, eres un borrico y si te tuviera aquí, a mi lado, te abrazaría y luego te daría un par de buenos bofetones, para que no los olvides.

No estabas solo. Éramos unos cuarenta o sesenta, esperábamos el examen de Derecho Civil. Desde las ocho de la mañana, cuando estábamos convocados, hasta las once de la noche, cuando entró finalmente Mormorocea, el profesor. Era evidente que estaba borracho y medio adormilado. Lo vimos todos a la vez que tú, listillo. Estábamos cansados por aquel día tan largo, perdido inútilmente. Pero entramos y nos sentamos obedientes en los pupitres, tal vez un poco asqueados. Solo tú apretaste los puños, contrariado.

El hombre del estrado murmuró una pregunta y cabeceó. El chico que estaba a tu lado respondió muy tranquilo y con mucha exactitud. Cuando terminó, hubo un momento de silencio. Mormorocea gruñó, irritado por que el silencio hubiera interrumpido su sueño.

—No ha estudiado usted nada. Que responda el otro.

El «otro» eras tú. Te levantaste. Cerré los ojos porque presentí, ¿me entiendes?, presentí lo que iba a pasar.

—Señor profesor, esto es una vergüenza.

¿Por qué no te callaste, Marcu Klein? ¿Quién te empujaba a ti, loco, solo entre cuarenta, a hablar por todos, a condenar y a vengar? ¿De qué necesidad absurda de denunciar la injusticia nace tu grito? ¿De qué ancestral educación de la miseria y de la indignación? ¿Qué instinto perverso te impide pasar junto a una indecencia sin detenerte y sin

denunciarla? ¿No sabes lo fácil que es volverse insolidario? Siento una rabia inmensa hacia ti porque no puedo odiarte lo suficiente y porque pertenezco, al igual que tú, a un pueblo que no sabe aceptar y callar.

Telegrama para mi madre:

«Exámenes aprobados. Soy feliz».

¿Soy feliz? No lo sé. Tan solo sé que en casa, en la orilla derecha del Danubio, hay doscientos metros de arena caliente y, ante a mí, un río entero para nadar.

SEGUNDA PARTE

I

Noviembre, ¡el mes más hermoso! Esta llovizna ordinaria, indiferente, que te encierra por la calle en ti mismo, que te distrae de los incidentes de alrededor y te hace impermeable, seguro… Sales de casa con una pipa y una idea y caminas horas y horas por la ciudad, sin ver a nadie, tropiezas con personas, con árboles, con escaparates, para regresar tarde, como un barco a su puerto.

Es mi estación, noviembre. El mes en el que releo libros, en el que repaso papeles, en el que reúno mis apuntes. Siento una especie de hambre de trabajo, de agitación, de retomar todas las cosas.

Y este olor a vegetación húmeda por la mañana, cuando salgo… y el cerco cálido de luz de la lámpara por la noche, cuando regreso…

En una librería, donde había entrado a hojear unas revistas.

Alguien me da un golpecito en la espalda. Me vuelvo: Ghiţa Blidaru.

—No viniste a la lección inaugural…

Estoy asombrado, o muy contento, o me da miedo responder con una impertinencia: el caso es que me quedo callado.

—¿No quieres venir a visitarme? Mira, el jueves por la tarde, a las cuatro y media, en mi casa. ¿De acuerdo?

Se despide como un muchacho, llevándose un dedo al sombrero, y se va.

Tiene tres habitaciones llenas de libros y una cuarta vacía en la que hace la vida él: una cama sencilla que recuerda a un catre de campaña, y nada más. En la pared, junto a la puerta, una reproducción pequeña y exacta de un invierno de Brueghel.

Casi la mitad de la pared frontal está ocupada por una inmensa ventana rectangular de vidrio grueso, macizo, más cristal que vidrio.

Es un interior desnudo, preciso, somero, pero con un inexplicable aire

de intimidad y de calidez.

Estoy paralizado de la impresión. Tengo ante mí al hombre al que he querido a mi pesar. Han crecido en torno a él tantos círculos de leyenda a lo largo de un año, desde la tarde en que lo escuché por primera vez, arriba, en la universidad…

Con su mirada de amo predestinado, con su áspero entrecejo, con su mano medio perezosa, medio autoritaria, aquí lo tengo, en esta casa que tanto se le parece, lineal como él, precisa en cada objeto, estricta en cada detalle.

Con su batín largo de estar en casa, con una bufanda de lana al cuello, con la cabeza un poco inclinada en el círculo de luz de la derecha, hay algo monacal en su atuendo, en su mirada severa, levemente endulzada ahora por una sonrisa que arde mansamente en la sombra.

Lo escucho con cierto pánico. El pánico de que se calle de un momento a otro, un momento de silencio en el que tendría que hablar yo, ¿hablar de qué? Dios mío, responderle, contarle, decirle, ¿qué podría decirle? ¿Cómo decirlo bajo la presión de su presencia, que me inquieta mucho más de lo que me alegra, pese a lo mucho que me alegra?

¿Habrá percibido algo de mi pánico? Se incorpora, se dirige a buscar tabaco para la pipa y la enciende, después se acerca a la ventana y mira afuera atentamente, como si observara algo concreto mientras cae la tarde.

Querría no volver a verlo. Me siento avergonzado. Pocas veces he sido así de estúpido, de opaco, de rematadamente tonto. ¡Mi inteligencia! La buena disposición de alguien joven y nada más. Pero cuando no queda ni eso, no hay nada. Cómo explicar si no mi total ausencia de ayer. Dos horas habló él y dos horas callé yo. Participé con «sí» y «no» en una conversación de la que esperaba todo. No sé qué quiere decir este «todo», pero debe de ser mucho, ya que siento agudamente todo lo que he desperdiciado al desperdiciar la visita de ayer a Blidaru.

Habló el lunes en la Fundación, en el ciclo del Instituto Social. No corría peligro de que me viera en medio de aquella multitud inmensa, en mi butaca del segundo palco.

Qué capacidad de seducción y qué sencillez las de este hombre. Habla de forma enrevesada, afilada, con asperezas, con rodeos. Lanza una palabra aquí, abre una puerta secreta más allá, da una patada a una piedra que encuentra en el camino. Todo por casualidad, soltado en cierto modo al

azar. Y luego, hacia el final, cuando miras con desolación el campo de pensamiento que ha puesto patas arriba sin piedad, las cosas empiezan de repente a ordenarse, no sé cómo, no sé con qué vuelta de tuerca. Las ideas lanzadas durante tres cuartos de hora aquí y allá, sin relación entre sí, regresan en el último cuarto de hora a casa, tranquilas, claras, necesarias, con un rigor asombroso, rematando un ciclo de pensamiento como si remataran una obra sinfónica.

Algún día sabré, más adelante, cuando sea viejo, en qué medida es Blidaru un pensador. Sé, sin embargo, desde ahora, que es un gran artista.

Me encontró en el aula, cuando salía de la clase, y me agarró del brazo, con sencillez, como un camarada.

—Venga, vamos a dar una vuelta.

Lo acompañé a su casa a pie, por la avenida, e intenté varias veces, por el camino, hablar con él. Pero no pudo ser, no por mi culpa esta vez, sino por la suya, porque no tenía ganas de hablar, sino simplemente de caminar, con las manos en los bolsillos de su largo gabán, con el sombrero calado hasta los ojos y la nariz al viento, respirando el olor de la lluvia, de los árboles húmedos, de un noviembre a punto de acabar.

Caminaba junto a él nervioso, acechando una grieta entre sus palabras intrascendentes, una grieta por la que lanzar bruscamente unas cuantas preguntas que quiero plantearle, que no consigo aclarar, pero que son muy importantes para mí. Unas cuantas veces empecé una frase, pero renuncié. Unas cuantas veces reuní mentalmente tres palabras y no supe cómo continuar.

Debió de sentir cuánto me torturaba, allí, a su derecha, cohibido por el silencio y sufriendo por la necesidad de hablarle, porque se detuvo de repente a la luz de un escaparate y me miró fijamente, por sorpresa.

—¿Qué es lo que te pasa?

—Señor profesor, querría decirle…

Y no seguí.

—Sé lo que quieres decir. Quieres decir «todo». Eso es lo más difícil y lo más sencillo del mundo. Déjalo. ¿Acaso es urgente? No lo es, créeme. Hemos salido a pasear, así que vamos a pasear. Hablaremos otro día, cuando surja. Solo las cosas que «surgen», solo esas, se hacen bien.

Me ofreció un cigarrillo, me agarró del brazo y me hizo seguir caminando, cambiando inmediatamente de tema.

II

La universidad está cerrada desde anteayer, 9 de diciembre, en previsión del 10. Días tranquilos, sin embargo: algunos altercados aislados y una manifestación intrascendente por la calle.

De todas formas, las cosas se han apaciguado. He releído, en el cuaderno verde, la página del año pasado.

¡Qué joven era! Llegará un día en el que me golpearán sin que eso altere nada, absolutamente nada, de mi tranquilidad o mi intranquilidad íntima. Quizá sea la única forma de ser fuerte. Y ya sea así o de otra manera, seguramente tengo muchos golpes reservados todavía.

… Me pregunto si haber huido de la residencia, de mis compañeros, aunque sea para llevar la dura vida que llevo, ha sido un acto de valor o de cobardía.

Me pregunto si tengo derecho, en nombre de mi soledad, a reírme del heroísmo barato de Marcel Winder, que sigue anotando hoy en día con deleite las palizas que recibe. Él charlatán, yo sobrio, no es menos cierto que él recibe la adversidad de frente, mientras que yo le vuelvo la espalda. Será más elegante, pero ¿es también más justo?

No me olvido tampoco de Isidor Leibovich, que permanece en primera línea, paciente y callado, sin aspavientos, sin ilusiones, sin vanidad.

Visita a la residencia. Negra, negra miseria. Nada ha cambiado aquí. Las mismas estufas, frías o echando humo, las mismas habitaciones largas con el cemento agrietado, las mismas personas. Algunas caras nuevas, los chicos del primer curso.

Falta Liova. Ha muerto este verano. Estaba hecho para la muerte ese chico, y me parece que él se ha realizado con la tuberculosis como otros se realizan escribiendo un libro, construyendo una casa, concluyendo un trabajo. He hablado de él con mis antiguos compañeros de habitación del año pasado. Nadie sabía decir gran cosa.

—Tenía unas botas amarillas, casi nuevas —me ha dicho Şapsă Yankelevich— y cuando se fue las dejó aquí. Pero no sirven: son pequeñas.

Liova, muchacho, ni siquiera para eso habrá servido tu muerte.

Qué sopor tan curioso, qué frío tan horrible en esta casa con ese nombre, sin embargo, tan cálido, «hogar»…[6] Y viven aquí varios cientos de jóvenes. Una sola habitación, una sola, viva, agitada, que respira pasión: «la habitación de los problemas sociales». La llaman así, irónicamente,

porque aquí tiene su cama Winkler, el viejo estudiante de Medicina, que ha aplazado los exámenes por el sionismo, y S. T. Haim, de la Politécnica, formidable en matemáticas y marxista violento en las discusiones.

Los dos discuten inevitablemente.

—Voy a denunciaros —grita Ionel Bercovich, desesperado porque no puede leer hasta el final una página de Derecho Constitucional.

—¡Asno! —responde S. T. H. (como le llaman de forma abreviada, no sé por qué)—, ¿quieres que detengamos aquí el curso de la historia hasta que tú apruebes el examen?

Creo que ni Winkler ni S. T. H. me miran con buenos ojos. Me notan ajeno. En cualquier caso, me ven al margen, un transeúnte que observa, un espectador sin inclinación por una u otra causa. He escuchado tranquilo, en un rincón, sin intervenir, una discusión confusa y he resistido con firmeza las miradas terribles, relampagueantes, que me lanzaban por encima del hombro.

—Unos aficionados, eso es lo que sois —grita S. T. H.—, aficionados en todo lo que hacéis, en todo lo que sentís, en todo lo que creéis sentir, aficionados en el amor cuando tenéis la impresión de que hacéis el amor, aficionados en la ciencia cuando os ocupáis de la ciencia, aficionados en la pobreza cuando vivís en la pobreza. Nada hasta el final. Nada heroico. Nada hasta la muerte. Todo por la vida, por una vida conservada, regateada, tolerada. Tú, que te dices sionista, no tienes ni idea de que existe una tierra llamada Sion. Yo no creo en ella, pero tú *sí* crees. Entonces, ¿por qué no vas allí, a pisarla? Vives aquí, haces propaganda, es decir, arrancas los recibos de la cotización de otros diez mil listos como tú, que también arreglan el drama con un carnet de socio.

—¿Y tú? —pregunta Winkler, siempre tranquilo.

—¿Yo? Yo estoy aquí, donde hay que estar. Yo, esté donde esté, estaré donde sea necesario: porque yo hago la revolución. Por el simple hecho de que existo, por el simple hecho de que pienso. Cada palabra mía es una protesta, cada silencio mío, una llamada que va más allá de tus recibos, que va más allá de tu sonrisa…

… Y se vuelve bruscamente hacia mí, señalándome amenazador con el dedo, sacándome así de mi rincón apartado, porque mi reserva le irrita visiblemente y porque, al fin y al cabo, no ha podido aguantar una presencia extraña, ni hostil ni amistosa, sino tan solo atenta. Necesita público S. T. H., necesita adversarios, necesita resistencia.

Ahora, como me ha lanzado una provocación, espera que dé un paso

adelante, y sus ojos brillan con pequeñas llamaradas, unas llamaradas frías que, estoy convencido, vienen «de la cabeza», no del corazón. Se tensa como un filo doblado que vibra a punto de extenderse. Pero sostengo su mirada, la aguanto aunque siento cuánto quema y sigo callado, dejando su ímpetu suspendido por encima de un silencio en el que se va a precipitar de forma inevitable.

Espera un gesto por mi parte, una señal, un conato de réplica, algo que le permita finalmente explotar sin hacer el ridículo, pero me he propuesto no facilitarle las cosas en absoluto y toda su violencia, toda su furia queda en el vacío, rota, inútil.

Sin embargo, S. T. H. no pierde la partida. Cualquiera en su lugar la habría perdido. Él no. Se sacude de pronto el enfado, se pasa tranquilo la mano por la cabeza, da un paso hacia mí y, con voz amigable, sorprendentemente melodiosa para la vehemencia mostrada hasta ahora, me pregunta:

—¿Vienes al cine esta tarde?

S. T. Haim, mi buen amigo, qué bien jugamos a lo que tenemos que jugar, qué tristemente jugamos.

Me separé ayer por la noche de S. T. H. y por la mañana ha llamado a la puerta sobre las siete y media (¿cuándo ha dormido?, ¿cuándo se ha acostado?) para anunciarme que ha metido por debajo, por el hueco del umbral, una nota… He oído después cómo bajaba estrepitosamente las escaleras.

> Me gustaría inquietarte. Tu resignación me espanta. Montaigne, de quien me hablabas anoche, es una herejía. Stendhal, una frivolidad. Si con eso te basta para dormir tranquilo, peor para ti. Te deseo largos insomnios, sombríos insomnios.

«Me gustaría inquietarte». Si lo ha tomado de Gide, es ridículo. Si es de su propia cosecha, doblemente ridículo.

¡S. T. Haim, enviado por el destino para llamarme al orden! ¡S. T. Haim, venido con Montaigne bajo el brazo para alterarme y avivar en mí las tragedias de las que he huido!

Mesianismo y psicología son dos cosas que no concuerdan. S. T. H. es un misionero que no tiene ni idea de lo que les pasa a las personas con las

que se relaciona.

Él querría inquietarme. Yo querría encontrar una piedra sobre la que recostar la cabeza.

Si sintiera también yo, como él, la llamada de una misión, intentaría apaciguar a mi alrededor todas las cosas posibles, todas las conciencias posibles. En primer lugar la suya, la de S. T. H., ese lunático cansado, ese niño oprimido por fantasmas.

«… S. T. Haim —le diría—, eres un hombre fatigado. Detente, quédate quieto una hora. Mira. Toca esto y verás que es un trozo de piedra, agarra esto y verás que es un trozo de madera. Mira, esto es un caballo, esto una mesa, esto un sombrero.

Cree en estas cosas, vive con ellas, acostúmbrate a mirarlas con tranquilidad, sin buscar fantasmas temblorosos más allá de ellas. Regresa a las cosas simples y seguras, resígnate a vivir con ellas, en su estrecho horizonte, en su modesta familia. Y mira afuera, abandónate a merced de las estaciones, del hambre, de la sed: la vida sabrá qué hacer contigo, como sabe qué hacer tranquilamente con un árbol, con un animal.»

Pero ¿quién me dirá a mí esas mismas cosas? ¿Y quién me enseñará a ser el primero en aprenderlas?

Su hostilidad, la de los antisemitas, sería, al fin y al cabo, soportable. ¿Qué podemos hacer, sin embargo, con nuestra hostilidad, con nuestra propia hostilidad íntima?

Con ellos llegaremos a entendernos —¿quién sabe?— algún día. Sin embargo, con nosotros mismos ¿cuándo?

Huir de uno mismo un día, dos, veinte, no es fácil, pero tampoco imposible. Te dedicas a las matemáticas y al marxismo como S. T. H., te consagras al sionismo como Winkler, lees libros como yo, correteas tras las mujeres o juegas al ajedrez, o te das cabezazos contra la pared. Pero un día, en un momento de descuido, te encuentras contigo mismo en un rincón de tu alma, como si te encontraras en la esquina de una calle con un acreedor al que has sorteado en vano. Te miras a los ojos y entonces te das cuenta de lo

inútiles que son todas las huidas de esta cárcel sin muros, sin puertas ni rejas, de esta cárcel que es tu propia vida.

No existe defensa suficiente. ¡Unos disimulamos mejor, otros peor, algunos unos pocos años, otros tan solo unas horas! Al final llega de forma irrevocable el regreso a la tristeza como un regreso a la tierra.

Anoche me acordé, no sé por qué, de mi abuelo materno. Lo veo ante su mesa de trabajo, entre sus miles de arcos, muelles, tornillos, rueditas, cuadrantes y minuteros. Lo veo inclinado ante ellos, con una lupa colocada siempre en el ojo derecho, hechizando con sus largas manos aquel mundo de milagros mecánicos que dominaba con severidad, sometiéndolo, poniéndolo en movimiento.

Desde aquella mesa monstruosa a la cual, de niño, no tenía permiso para acercarme, porque una ruedita perdida significaba el comienzo del caos, a partir de aquellos minúsculos puntos de metal, él organizaba pequeños mundos autónomos, pequeños seres abstractos que aunaban cientos de voces rimadas con una música sutil y dentada que creaba una armonía estricta, severa, sumisa. Bajo el cristal de cada reloj había un planeta con vida propia, indiferente a todo lo que sucedía más allá, y el cristal parecía hecho para separarlo de este «más allá».

El viejo, inquieto como sabía yo que era, debió de envidiar más de una vez la serenidad de aquellos seres de metal salidos de sus manos. Vivía entre ellos absorto, horas, días, años. Su oficio debió de ser también una huida, un refugio. Quizá también él huía de sí mismo, quizá también él sufrió el pánico de encontrarse consigo mismo.

Porque por la noche, cuando oscurecía y, con un brusco sobresalto, se levantaba de repente de la mesa ante la cual había permanecido en silencio el día entero, sin pausa, sin una sonrisa de descanso en su rostro de buena persona, siempre tenía prisa. ¿Por qué iba apresurado? ¿Adónde iba tan apresurado?

Cogía su sombrero, la chaqueta, el bastón, se despedía de pasada y se marchaba, sin cerrar la puerta, a la calle, a la sinagoga de enfrente, donde irrumpía con el mismo aire de fugitivo, estrechaba unas cuantas manos y se detenía finalmente ante su atril, donde volvía a encontrar, inclinado ante un libro abierto, el mismo silencio tenso que ante las ruedecitas del reloj. Lo contemplé muchas veces mientras leía. Parecía sumido en la construcción de otros pequeños mecanismos, las letras del libro —terriblemente pequeñas— parecían otras piezas minúsculas que su ojo tenía que organizar, convocándolas de la nada, de la quietud. En casa eran

relojes, aquí eran ideas, unos y otras abstractos, fríos, exactos, bajo el control de un hombre que intentaba olvidarse de sí mismo. ¿Lo conseguía? No lo sé. Tenía a veces miradas que iluminaban desde lejos, a la espera de no sé qué, o desesperanzado quién sabe por qué.

Entre él y yo se interponen al menos sesenta años de vida y veinte de muerte. Quizá más, muchos más. Él vivía en la Edad Media, yo vivo hoy: unos cuantos siglos nos separan. Leo libros distintos de los que leyó él, creo en cosas distintas de aquellas en las que creyó él, me relaciono con otra gente, sufro por otras cuestiones y, sin embargo, hoy me siento tan nieto suyo…, descendiente de su melancolía incurable.

Nosotros, que nos rebelamos tantas veces, por tantas cosas, ¿por qué no nos sublevamos una sola vez contra nuestro gusto por la catástrofe, contra nuestra simpatía por el dolor?

Hay una camaradería eterna entre nosotros y el hecho de sufrir, y más de una vez, en mis momentos más lamentables, me sorprendo estremeciéndome de orgullo por este sufrimiento que halaga una remota vanidad mía. Quizá haya en esto algo trágico, pero hay con toda seguridad, al menos en igual medida, una inclinación al histrionismo. Sí, sí, incluso en este momento, cuando estoy profundamente triste, siento en algún lugar, más allá de la conciencia, cómo sale a escena el tenor metafísico que llevo en mi corazón.

Tal vez sea cruel por pensar así, pero nunca seré suficientemente cruel conmigo mismo, nunca me daré suficientes bofetadas, suficientes puñetazos.

Si me permitiera actuar como un juez, al antisemitismo le reprocharía, antes que cualquier otra cosa, su falta de imaginación: «masonería, usura, asesinato ritual», ¿y luego?

¡Ay, qué poco! ¡Ay, qué pobre!

La más débil conciencia de hebreo, la inteligencia judía más corriente descubre en sí misma pecados infinitamente más graves, zonas oscuras infinitamente más densas, catástrofes incomparablemente más destructoras.

Ellos solo tienen contra nosotros la piedra, algunas veces el revólver. Nosotros tenemos, en la lucha que mantenemos eternamente con nosotros mismos, ese vitriolo sutil que destruye despacio, pero irremediablemente, y

que es nuestro propio corazón.

Comprendo muy bien por qué un renegado judío es más terrible que cualquier otra clase de renegado. Él lleva consigo una sombra que, cuanto más pisotee, más cerca estará de él. Y el hecho de desdecirse de su pueblo, el hecho propiamente dicho de renegarse, es de nuevo un acto judío, puesto que todos nosotros, en nuestro fuero interno, abjuramos de nosotros mismos diez veces, mil veces; sin embargo, volvemos siempre a casa, por la voluntad de alguien que debe de ser el propio Dios.

Yo no soy creyente, por supuesto, y ese problema me resulta ajeno, no me crea conflictos serios.

No pretendo ponerme de acuerdo conmigo mismo a este respecto y acepto sin sonrojo todas las inconsecuencias. Sé —o afirmo— que Dios no existe y recuerdo con placer el manual de Física y Química del instituto, que no le hacía hueco en el universo. Esto no me impide rezar. Cuando recibo una mala noticia o cuando quiero prevenir alguna. Es un Dios familiar, al que ofrezco de vez en cuando sacrificios según un culto con reglas fijadas por mí y —creo— confirmadas por él. Le propongo un tifus para mí a cambio de una gripe que pensaba él dar a alguien querido. Le indico dónde aceptaría con gusto ser golpeado y qué querría que me perdonara y, por otra parte, lo que le doy es mucho más de lo que me quedo, puesto que le doy lo mío, y conservo lo de los demás, lo de los pocos a los que quiero.

Y creo que no le molesta esta conversación entre nosotros dos, que no la toma como un regateo y que tiene en cuenta la buena intención con la que me dirijo a él.

Y sin embargo… Siento a veces que detrás de todo esto hay algo más: el Dios con el que veo a los viejos pelear en las sinagogas. El Dios por el cual yo también me daba golpes en el pecho, hace mucho, siendo niño. El Dios cuya soledad voceaba yo cada mañana, cuando recitaba mi oración.

«Dios es uno, Dios es único.»

¿Que Dios es uno no significa acaso que Dios está solo? Solo como nosotros, quizá, con una soledad que nos viene de él y que por él conservamos.

Esto aclara tantas cosas y ensombrece tantas otras…

III

Larga conversación con Ghiţa Blidaru. Por fin le he dicho «todo», ese todo que me daba miedo y que él había adivinado tan fácilmente con una mirada. Todo lo que he pensado en los últimos tiempos, todo lo que he escrito en este cuaderno, todo lo que no he escrito…

He hablado atropelladamente, deprisa, mucho, con largas pausas, saltando de un tema a otro, con rodeos; he hablado mal, confusa, desordenadamente. Pero tiene una forma de escucharte que parece simplificar tus propios pensamientos, por muy mal que los plantees. Su simple presencia basta para poner orden a su alrededor.

—Deberías hacer algo que te vincule a la tierra. No sé muy bien qué. En cualquier caso, ni Derecho, ni Filosofía, ni Ciencias Económicas. Algo que te devuelva el sentido de la materia, si es que lo has tenido alguna vez, o que te lo enseñe de aquí en adelante si no lo has tenido. Una profesión hecha de certezas.

Me he encogido de hombros, desolado por un remedio tan vago. Y, en el fondo, ¿buscaba yo un remedio?

Pero ha continuado:

—¿Dibujas?

—Sí.

—¿Bien?

—Soy bastante malo en «dibujo artístico», como dicen en la escuela. Bastante bueno en dibujo lineal.

—¿Cómo andas en matemáticas?

—No me entusiasman. En el instituto las entendía, pero no me apasionaban.

No entendía el sentido de sus preguntas y respondía más intrigado que curioso. Lo que ha seguido ha sido sorprendente.

—¿No querrías ser arquitecto?

He guardado silencio. ¿Bromea? ¿Me está poniendo a prueba? ¿Quiere mostrarme así lo baladíes que son mis «problemas»? ¿Me está tendiendo una trampa?

Callo, confundido, y él no insiste, cambia rápidamente de tema, no sin dejar una posible puerta abierta al futuro.

—Bueno, en cualquier caso, piénsatelo seriamente. Merece la pena.

Me doy perfecta cuenta de que la propuesta del profesor está llena de riesgos. Nunca me he planteado el problema de mi «carrera», porque tengo la convicción de que siempre seré pobre y lo acepto de buen grado, pero lo que él me propone es, si no literalmente una aventura, en cualquier caso una imprudencia…. ¿Serán en verdad tan poderosas las razones psicológicas por las que me exhorta a intentar semejante cambio de vida como para que merezca la pena el esfuerzo de hacerlo?

Estoy confundido y me siento disgustado por que me haya provocado de repente esta pesadumbre.

«Cambio de vida». Viejas costumbres patéticas de las que no me puedo desprender. En el fondo, es mucho más simple lo que me pide él. Me he empeñado en creer que seré abogado. ¿Por qué? No lo sé. Por costumbre, por la pereza de elegir, por indiferencia hacia la profesión, hacia cualquier profesión.

Con un poco de tesón, me acostumbraría a verme como arquitecto. Simple cuestión de educación mental.

No habría hecho gran cosa en los tribunales, no voy a hacer grandes cosas en una obra. Pero no sería imposible encontrar aquí lo que allí con seguridad me faltaría: el sentimiento de servir a la tierra, a la piedra, al hierro.

Debe de ser una sensación de plenitud, de calma. Quizá la tranquilidad que persigo.

No, no puedo aceptar. Tengo detrás exámenes, cursos, trabajos, demasiadas cosas como para abandonarlas en el camino y empezar de cero, desde otro principio.

He ido a comunicarle a Ghiţa mi decisión, pero no lo he encontrado en casa, lo cual, debo reconocerlo, me ha alegrado, puesto que, por muy decidido que estuviera a rechazar su propuesta, me daba pena eliminar, con mi respuesta categórica, cualquier otra posibilidad… *Il faut qu'une porte soit ouverte ou fermée.*

No lo he encontrado en casa, y eso me da derecho a seguir manteniendo esa puerta ni abierta del todo ni cerrada del todo.

Al final he aceptado. No he tenido valor para decir claramente «no» y he planteado toda clase de objeciones. Él las ha rechazado una a una.

¿No es demasiado tarde ahora, a mediados de diciembre, dos meses después del plazo de matrícula?

No, no es tarde. Él asumirá la tarea de matricularme. Tiene buenos amigos en Arquitectura y lo conseguirá.

¿No será demasiado difícil ponerme al día con el programa? ¿No estarán los cursos demasiado avanzados ya? ¿No estarán los exámenes demasiado cerca?

No, no será difícil. Y si lo es, mejor todavía.

Asunto zanjado, no se le puede replicar nada. Me ha ganado para la arquitectura. Ha estrechado mi mano con fuerza.

—Que sepas que estoy contento de lo que he conseguido. Aprenderás a andar con los pies en el suelo. Muy importante para la vida. Ya lo verás.

IV

Cuanto más lo pienso, más milagroso me parece el encuentro de ayer en el tren. Aquel hombre menudo, vivaz, de mirada inquieta, con extraños estremecimientos en medio de la conversación, como en medio de un sueño agitado, aquel hombre rodeado de paquetes en el rincón del compartimento de tercera era el mismísimo Ahasvero.[7]

En un primer momento, cuando entró por la puerta precedido por dos maletas y seguido de otras tres, con incontables paquetes grandes y pequeños, mal envueltos en hojas rotas de periódico, en ese primer momento sentí una furia súbita contra él.

«¿Y ahora de dónde habrá salido este?». Acababa de congratularme por haber encontrado un buen sitio, un día tan señalado, en plenas vacaciones de Navidad, en un tren abarrotado de estudiantes y soldados que volvían a provincias, cuando he aquí al judezno ese, arrastrando consigo una casa entera, abriendo la puerta del todo para que se colara el frío, apartando mi maleta, pisándome los chanclos, lanzando su abrigo encima del mío y apretujándose después en el asiento, entre mi vecino y yo, pidiendo perdón con los ojos, pero no por ello menos tenaz en su decisión de conquistar un

sitio en virtud del billete de tren que blandía ostentosamente entre los dedos.

Era una aparición cómica y todo el mundo sonreía, lo que intenté hacer también yo a regañadientes, porque por una parte me daba pena su ridiculez, pero, por otra, no habría podido soportar que los demás sospecharan que sentía simpatía por él. No puedo explicarme por qué, pero tenía un raro sentimiento de complicidad del que necesitaba renegar urgentemente. Busqué enseguida mi agenda y me mostré enfrascado en mis cuentas, ajeno de repente a todo lo que sucedía a mi lado. Sin embargo, observaba a mi infeliz vecino por el rabillo del ojo.

Se había tranquilizado, feliz con el sitio ocupado, y ahora lanzaba a su alrededor miradas de reconocimiento. Tras observar con atención a cada uno de sus compañeros de compartimento, se detuvo por fin en mí y, aunque no parecía convencido, me dirigió de todas formas una sonrisa cordial: señal de que me había reconocido.

Eso me enfureció aún más. Me pareció que esa mirada, esa pretensión de familiaridad me hacía confraternizar con él, con su ridícula aparición, con su incómoda presencia.

Levanté la cabeza y lo fulminé con la mirada para que se diera cuenta de que no quería saber nada de él. Sentía que me moriría de vergüenza si me hablaba.

Pero mi hostilidad no lo desarmó, sino que siguió mirándome, moviendo la cabeza y parpadeando.

—No debe enfadarse, muchacho. El judío es un hombre con paquetes. Tantas desgracias, tantos paquetes.

Lo quise de repente por estas palabras y me embargó una oleada de vergüenza por lo cobarde que había sido con él y conmigo, hasta el punto de que sentí la necesidad urgente de castigarme de forma ejemplar.

Le respondí al momento con una brusca viveza, profundamente exagerada, en voz alta para que me oyeran todos los viajeros del compartimento y para que entendieran que no me avergonzaba de ese viejo incómodo, que reconocía en él a un amigo, que su acento judío no me enojaba, que sus botas llenas de nieve no me importaban, que sus paquetes insolentes no me molestaban, que, por el contrario, todo me parecía normal y que no entendía qué había de cómico en todo ello y de quién podrían reírse.

El viejo hablaba un rumano puro, con un leve acento de judío moldavo, y entonces, haciendo un esfuerzo, me puse también yo a hablar

con el mismo acento interrogante, tomado del yidis, algo que no había hecho nunca hasta entonces, pero había decidido castigarme duramente, ya que sentía que debía redimir mi cobardía inicial.

Sospecho que mi viejo Ahasvero entendió el juego que acataba por voluntad propia, porque esbozaba una sonrisa indulgente que paseaba sobre mí como el haz de luz de una linterna de bolsillo.

«Déjalo, déjalo —parecía decir su sonrisa—, yo no te pido tanto. Te conozco y sé que no eres ni tan malo como has querido ser hace un momento ni tan bueno como quieres parecer ahora. Me aguarda un largo viaje, qué quieres que haga con las piedras que me tiran o con las manos que me tienden… Yo, que no tengo tiempo ni de recibirlas ni de responderlas, porque ya ves, en algún sitio, muy lejos, me están esperando, siempre me esperan y tengo que ir allí incluso aunque no llegue nunca.»

Sonreía con la misma desconfianza, con el mismo meneo de cabeza, y entendí que verdaderamente no podía hacer nada por él, pero que los otros no podían hacer nada contra él.

Me dijo que se llamaba Abraham Sulitzer, para mi desilusión, porque para la integridad del símbolo tendría que haberse llamado claramente Ahasvero.

—¿A qué se dedica? —le pregunté— ¿Qué hace?

—¿Qué va a hacer un judío? Deambulo.

La respuesta le parecía suficiente.

Abraham Sulitzer deambula: ese es su oficio. Es comerciante de libros judíos. En las decenas de cajas, cofres y paquetes que arrastra consigo, lleva toda clase de libros: biblias, talmudes, comentarios, historias jasídicas, historias del gueto, poemas hebreos, literatura yidis…

Es el enlace entre las imprentas de Alemania o Polonia y los lectores del gueto moldavo. Conoce todos los pueblitos de Bucovina en los que se estudia con seriedad, todas las casas de Besarabia donde se reflexiona en profundidad sobre un texto del Talmud, todas las sinagogas de barrio donde se plantea un problema a partir del pensamiento judaico. Guarda en su memoria un catálogo general de todos los manuscritos y textos hebreos que hay en el país, sabe en qué pueblo, sabe en qué casa. Cierra los ojos y puede decirte quién posee un rarísimo ejemplar del *Megillat Efa* de Sabatai Cohen, el lituano, un libro impreso en Ámsterdam en 1651. Piensa un momento y te dice con precisión qué rabino, dónde y cómo puede informarte sobre el gran debate del talmud de Barcelona de 1240 o el de Tortosa de 1413…

Lo sabe todo, lo tiene todo reunido bajo su frente estrecha, detrás de esos ojos que parpadean rápidos e interrogantes.

Libros, manuscritos, autores y problemas de los que yo nunca había oído hablar, palabras extrañas, nombres de otros siglos, datos de una historia que no imaginaba… Abraham Sulitzer los lleva todos consigo, vivos, tan vivos hoy en su mente como lo estaban siglos antes en la mente de quien los escribió y pensó. Él los vive en su actualidad, en su pasión permanente, y en vano han pasado por encima de estas verdades varios cientos de años, en vano ha cambiado la faz de la tierra, en vano se han derretido en la nada esos tiempos; esas antiguas luces siguen presentes, esas viejas pasiones siguen siendo inquietantes.

Y Abraham Sulitzer las acarrea por todos los caminos, en aras de su eternidad.

Le compré una Biblia en yidis ilustrada para mi abuela y una historia alemana de Şapsă Zwi para mí.

Me daba la impresión de que le costaba separarse de ellas: parecía preguntarse si no las estaba dejando en malas manos.

Una ventisca tremenda. He intentado bajar al Danubio por la mañana porque he oído que se ha helado y me habría gustado pasar a pie a la orilla derecha, pero no ha habido manera de llegar al embarcadero. Verdaderas oleadas de nieve venían desde el puerto hacia arriba, hacia la ciudad.

Me he decidido por una fiesta familiar. He reunido en torno a la estufa a las dos abuelas: la Mamá Grande y Baba.

La Mamá Grande es la madre de mi padre. Baba es la de mi madre. La Mamá Grande tiene unos ochenta y cinco años, no creo que Baba pase de setenta. Más joven, es también más vivaz: conserva aún amor propio, vanidad, coquetería.

Fue muy hermosa de joven y lo sabe. De su antiguo esplendor quedan sus bellos ojos azules, puros, con una pizca de orgullo en su brillo ligeramente malicioso.

Lleva sombreros de seda y paja, se prueba los vestidos tres veces y da consejos a la modista, se mira mucho al espejo y, cuando no la ve nadie, se empolva un poco, muy poco. Como el abuelo era relojero y joyero, conserva grandes pendientes de diamantes, una cadena de oro, gafas de oro, un brazalete de rubíes.

Lo luce todo con aires de importancia, visiblemente encantada por sus

recuerdos de mujer hermosa.

La Mamá Grande, por el contrario, se adentró en la vejez con total resignación, sin lamentarlo, sin vanidades tardías. Desde que la conozco, lleva un solo modelo de vestido negro, recto, simple, cerrado con botones corrientes de hueso. Blanca, cansada, tranquila…, es una abuela de cuento. Habla un rumano áspero, un rumano de pueblo, de aldea de la montaña. Nació aquí, en la ciudad, en la época del Reglamento Orgánico, y ha vivido mucho tiempo en la provincia. Su padre trabajó durante años en una hacienda de Gropeni, donde se ocupaba de las cuentas, y más adelante su marido, mi abuelo por parte de padre, fue trabajador en el puerto. Ella, la Mamá Grande, ha vivido frente al Danubio. Cuando le pregunto y tengo tiempo de escucharla, relata cosas asombrosas sobre el siglo pasado, sobre la ciudad, sobre sus gentes, sobre la vida mundana de aquellos años. Habla sobre todo de un baile, su primer baile, que debió de ser un acontecimiento sensacional en la vida de la localidad. Por los detalles que me ha contado, creo que fue por 1848, quizá en los primeros días de la Proclamación de Islaz. He ahí la historia aliada con mis crónicas familiares.

Son muy curiosas las diferencias entre nuestras ramas ascendentes. Por parte de mi padre, contamos por lo menos con un siglo de vida rumana, en la capital y en el distrito, viviendo con vecinos rumanos, trabajando con ellos, manteniendo relación con ellos. No sé, sin embargo, cuántas décadas o cuántos siglos más habremos estado aquí, aislados de los demás. Pero en 1828, en el censo de la ciudad, el nombre de mi bisabuelo aparece claramente. No se puede hablar de asimilación, por supuesto, pero siento en esta línea familiar un aire de dureza que se debe con toda seguridad al Danubio, junto al cual crecieron cuatro generaciones seguidas. Aquel bisabuelo de 1828 —Mendel el de Gropeni, como lo llamaban— hablaba y escribía en rumano, llevaba botas y levita. Por lo que a mi abuelo respecta, aún recuerdo el curioso aspecto de barquero que tenía por la tarde, cuando volvía de los muelles, con sus pesadas botas de tachuelas y herraduras, con las manos encallecidas, blanco de pies a cabeza por el polvo de los sacos de trigo y maíz que respiró toda su vida, catorce horas al día, de sol a sol. Había en él algo áspero y anguloso: algo de barquero, de carretero, de jornalero. En las tardes de fiesta leía también él no sé qué inmensos libros judíos, pero no ponía en la lectura esa pasión que yo sentía palpitar en mi otro abuelo, el padre de mi madre. Este era un intelectual, aquel no, aunque también él tenía —dicen— una gran cultura.

Vivía fuera, al aire libre, con los pies en la piedra y la tierra,

escrutando la crecida de la laguna, hablando fuerte para cubrir con su voz el murmullo del río, la sirena de los barcos, el rugido del elevador. Un hombre del Danubio.

La familia de mi madre, sin embargo, abandonó el gueto mucho más tarde. Los moldavos y los bucovineanos eran gentes que vivían en casa, a la luz de la lámpara, inclinados sobre los libros.

Han vivido siempre a la sombra de las sinagogas. De ahí vienen quizá sus ojos negros, las manos largas y finas, la palidez de las mejillas. Tienen una salud precaria, vacilante, que resiste más por la tensión de los nervios que por la fuerza del cuerpo.

Una mala noticia, una noche en vela, una espera, los trastorna de repente: ojeras, labios blancos, ojos enrojecidos. Una curiosa fragilidad de invernadero junto a la que la dureza de los hombres de la familia de mi padre parece una vulgaridad. Quizá así se explique la sorda incomprensión que los separó siempre, unos demasiado despreocupados, otros demasiado susceptibles, el vigor de unos les parecía a los otros basto, y la sensibilidad de estos, a su vez, les resultaba forzada a los primeros.

Incomprensión entre el Danubio y el gueto.

Pienso a menudo en aquel bisabuelo de 1828. Debió de nacer en las últimas décadas del siglo XVIII. La Revolución francesa, la Revolución americana, Napoleón… Me parece que hay algo fabuloso en su existencia y he intentado reunir algo de información a través de unas tías ancianas que lo conocieron en sus últimos años de vida, pero no he averiguado gran cosa.

Nació aquí y vivió aquí. Trabajó muchísimo durante toda una vida, casi un siglo entero.

Un buen día —había sobrepasado con creces los noventa años— recogió sus cosas y llamó a sus hijos, les repartió lo que tenía para repartir y se quedó con unas cuantas monedas de oro, unos cuantos libros y unos papeles; lo puso todo en una alforja y dijo que se marchaba. ¿Adónde? ¡A Eretz Israel! A casa. ¿Con quién? Solo.

Esta decisión en un hombre de cien años me parece tan irracional que le he hecho miles de preguntas a la Mamá Grande para entender qué había en la raíz de esa huida. La verdad es que no fue una huida. Todo era de una simplicidad máxima. El viejo se despertó una mañana con esa idea… y se acabó.

Le suplicaron, intentaron retenerlo a la fuerza, pelearon para obligarle a aceptar al menos un acompañante hasta Jaffa —que uno de sus hijos lo acompañara hasta allí y le buscara una casa—, todo en vano. Se mostró inflexible. Les dio todo lo que tenía, se echó a la espalda lo poco con lo que se había quedado y bajó hacia el puerto, seguido, como en una escena bíblica, por sus hijos, hijas y nietos, todos llorando, tan solo él meditabundo, lúcido, en paz.

Un viejo impetuoso. Murió en Jerusalén unos meses después de su llegada. La Mamá Grande sostiene que aquella noche se le apareció en sueños, con su mortaja, y le dijo: «Ya está, yo he muerto. Tendrás un hijo y le pondrás mi nombre».

Era el año 1876. Con este detalle tan preciso quizá no sería difícil encontrar un día su tumba, si es que alguien le puso una lápida.

Es mucho más probable, sin embargo, que su tumba sin nombre se haya perdido entre otras tumbas sin nombre.

No hay en la familia ninguna fotografía del viejo. Se negaba a hacer semejantes tonterías. Había llegado poco antes a la ciudad un alemán con un aparato complicado y se había instalado en la esquina de la calle principal. Camino del puerto, cuenta la Mamá Grande, el día de su partida, todos se detuvieron allí y le suplicaron que les dejara al menos ese recuerdo: una foto. Sacudió la cabeza, enfadado. No.

Si tuviera tiempo, sería revelador seguir sobre un mapa las migraciones de mi familia. Hubo, al parecer, pocas partidas.

Si los miembros de mi familia pueden ser, por separado, intranquilos, lunáticos e inestables, su espíritu de grupo es sobre todo lento, sedentario, tenaz.

Hubo algunos que se desgajaron, se fueron, se perdieron. Sus raíces, sin embargo, quedaron aquí, con las tradiciones inalterables, con una unidad perseverante contra todas las huidas.

Me parece muy interesante el hecho de que toda nuestra familia esté fuertemente aglutinada en dos grupos compactos: mis parientes por parte de padre, aquí, en el recodo del Danubio; y por parte de madre, arriba, en el norte de la Bucovina. Los desplazamientos se producen en un radio muy pequeño y, en cualquier caso, el centro de gravedad familiar sigue siendo el mismo en la mente de todos, puesto que es suficiente un acontecimiento familiar —una muerte, un nacimiento, un disgusto— para que se reúnan,

felices o alarmados, en busca de una palabra de orden.

Mucho más difíciles de explicar son las huidas, aunque hayan sido pocas y dispersas.

He oído hablar de un tío que se fue de joven a Viena, en pleno invierno, en trineo, el siglo pasado, en pos de una mujer. Vaga historia de amor, y la única, creo, en una familia cuyos miembros, en ese aspecto, son sensuales, pero no apasionados. También he oído hablar de un hermano de mi madre que partió a América en 1900. Hay por ahí, en un viejo álbum, una fotografía suya de aquel tiempo: un rostro joven, casi adolescente, una frente audaz de pionero y, por encima de todo, una especie de sombra, una especie de luz, que presagiaba ya entonces las futuras derrotas.

Partió con unos cuartos en el bolsillo y la cabeza llena de pájaros. «Socialista», susurraba la gente maliciosa. «Loco», profería en voz alta el abuelo, que no quería saber nada y que le cerraba la puerta por la noche, cuando se le hacía tarde en la ciudad.

Al parecer, aquellos años partieron muchos en pequeños grupos, desde todos los rincones del país, hacia Alaska, hacia California, unos en busca de oro, otros en busca de fantasmas. Poco antes de la guerra, a través de la delegación americana, llegó un papel que informaba de su muerte en una pequeña ciudad de Texas, donde acabó siendo, no sé cómo, trabajador en una plantación.

Le he regalado a Baba la Biblia ilustrada que le compré en el tren a Abraham Sulitzer, y ahora nos la lee en voz alta a mí y a la Mamá Grande, que no sabe leer.

Es una traducción yidis bastante ordinaria, creo: una edición popular —se ve— en papel barato, con grabados burdos. Baba lee con un cierto aire de superioridad dirigido a la Mamá Grande y a mí, que somos, desde su punto de vista, igualmente analfabetos, puesto que para ella y para su Biblia todos mis libros franceses y alemanes no me hacen menos ignorante.

Hemos empezado desde el origen, desde la creación del mundo. Escucho a Baba y me parece que la historia es nueva, de un interés casi periodístico, no bíblico. Baba lee con avidez, con visible curiosidad, pasa nerviosa las hojas y participa en la lectura como si se tratara de personas a las que conoce, de vecinos del barrio, de familiares cercanos.

A veces, en los pasajes decisivos, se detiene un poco, menea la cabeza y hace con la lengua pegada paladar un ruido de admiración, lamento o pena

(«psche, psche, psche»), como si quisiera llamar la atención de Abraham, de Esther, de Sara o de Jacob cuando cometen una tontería o una imprudencia.

No hay nada ceremonioso en la lectura de Baba. Los patriarcas no la intimidan. También ellos son buenos padres de familia con hijos y esposas, con adversidades y preocupaciones. Y si ella, mi abuela, puede poner a su disposición su experiencia de anciana que ha visto y ha vivido muchas cosas, ¿por qué no hacerlo?

¿Quién sabe? ¿Tendrán esos patriarcas un hijo enfermo al que hay que masajear con vinagre aromático? ¿Se habrá golpeado alguien en un dedo y le harán falta unas hojas de árnica? Vete a saber. ¿Necesitará alguna esposa de la Biblia un poco de sal de limón para poner en la comida, pero se le ha acabado y la tienda queda lejos…? Sucede, sucede en la vida, ¿por qué no habría de suceder en la Biblia?

Una mañana blanca, inmensa, de cristal. El viento norte ha azotado con furia toda la noche, por las calles, por las ventanas, por los tejados.

Ahora todo está inmóvil y transparente, como bajo un infinito globo de cristal. Si gritas en un extremo de la calle, se oye en el otro, e incluso más lejos, quizá en el Danubio.

He estado, por fin, en el puerto. Los montones de nieve que ayer subían tempestuosos hacia nosotros yacen ahora vencidos como fieras inmensas, con el morro entre las patas. Unos leones blancos, gigantescos, peludos, de melena sedosa, lisa.

Es una luz total, como atrapada en una pepita de sol congelada. Hay algo abstracto en este silencio y este fulgor petrificado.

Solo el Danubio está revuelto y áspero. Pedregoso, ceniciento, con su oleaje inmóvil, hay algo agónico en su calma aparente. Parecería que se ha helado ola a ola, que ha luchado por cada una de ellas, que le ha dolido su pérdida.

Nada recuerda a mi vivo y rápido Danubio de marzo, a mi lento, imperial Danubio de otoño. Es otra cosa, algo completamente diferente, más profundo, más tumultuoso, más sordo.

V

Por la tarde tenemos siempre taller: diseño y modelaje. Me cuesta, tengo que reconocerlo. Pero es, de cualquier manera, un trabajo que podría gustarme, a diferencia de los cursos propiamente dichos de la mañana, tan mediocres aquí como los de Derecho o Filosofía. Por eso retomo siempre con agrado la plastilina y el barro del taller. Sé que lo que hago no tiene ningún valor, y me pregunto si conseguiré algún día realizar algo en este mundo de tierra, piedra y cemento.

Como ejercicio mental, sin embargo, jamás he hecho nada más relajante que este juego con plastilina, materia dócil y maleable, pero que, al mismo tiempo, presenta curiosas iniciativas, pues a veces descubro entre mis dedos una forma que no he buscado, un óvalo con una inclinación graciosa, un rostro anguloso con líneas lapidariamente rotas o qué sé yo cuántas cosas extraídas sin querer de la indiferencia de la materia que esconde tantos rostros.

Y, entretanto, con las manos ocupadas, con el pensamiento sumido en el pequeño fenómeno que se desarrolla ante mis ojos, tengo una sensación de libertad que no creo haber sentido nunca, ni en los mejores días de vacaciones.

Es una separación de mí mismo, tan precisa como una sensación física.

Si fuera un poco más idílico, escribiría una loa a las herramientas, un canto a la alegría de trabajar. Sin embargo, soy por fortuna lo bastante consciente de la ridiculez de mis efusiones íntimas como para darme cuenta de lo pueril y superficial que es mi entusiasmo. Tengo algo del candor de un estudiante de primer curso de Medicina dispuesto a curar el cáncer. Un verdadero arquitecto se reiría seguramente de buena gana si leyera lo que escribo aquí.

Al parecer, las últimas clases de Blidaru, desde que acabaron las vacaciones de Navidad hasta hoy, han sido formidables. «Esto ya no es Economía Política», he oído que exclaman los especialistas en la sala de profesores. Quizá tengan razón. Por lo que he sabido del propio profesor, por lo que me han contado otros, parece ser que, en sentido estricto, su curso sobre la moneda ya no es un curso de Economía sino más bien uno de Filosofía de la Cultura.

Mi horario de clases no me deja siquiera una hora libre los jueves o los sábados, cuando tienen lugar las conferencias de Ghiţa Blidaru. Por otra parte, me aseguró que, si me pillaba por allí, me echaría sin contemplaciones: «No tienes nada que hacer en mi clase. Quédate donde estás y trabaja».

Lo veo en raras ocasiones, por las tardes, en su casa, pero cuando lo veo nos quedamos hablando hasta bien entrada la noche. No he descubierto todavía una buena técnica de conversación con él. Querría decirle tantas cosas y, sin embargo, apenas consigo hablar. A veces me preparo desde casa, por el camino, como un escolar, el esquema de lo que tengo que decirle, pero una vez con él, todo se viene abajo porque es una de esas personas que hacen la ley para todos y te obligan a someterte no tanto a sus argumentos cuanto a su naturaleza y su estilo. ¡Cuánta pasión hay en este hombre tan límpidamente construido, cuántas tormentas esconde el dominio de sí mismo, su pensamiento geométrico! Es, hasta hoy, el único hombre al que me siento obligado a someterme sin tener, en cambio, el sentimiento de abdicar, sino, por el contrario, el de realizarme, el de recuperarme.

Le pregunté, hace unos días, si no cree que la arquitectura me condena a unas preocupaciones demasiado específicas, si no va a aislarme en un círculo de problemas completamente profesionales y si no va a arrebatarme eso que, sea cual sea mi oficio, me parece esencial, por encima de todas las cosas: permanecer en contacto con lo que se forja en tu tiempo, con la sensibilidad de ese tiempo, con sus inquietudes, con su sentido general.

—No —me respondió—, no puede hablarse de aislamiento. La arquitectura o la medicina o la música o la economía son planetas del mismo sistema solar. Independientemente de lo que hagamos o de a qué nos dediquemos, desciframos unas mismas líneas directrices que son comunes para todos. Las verdades y los sentidos de la vida de una época tienen una unidad orgánica, de familia. Es ingenuo pensar que una revolución iniciada en una parte, en una disciplina concreta, pueda limitarse a ese ámbito. La historia se crea desde dentro, no desde fuera, desde el centro, no desde la periferia. Es un burdo error nuestro no percibir más que los cambios visibles, directos, que afectan inmediatamente a

nuestra vida. Imaginamos por eso que se llama revolución, tan solo y en primer lugar, a un vuelco político o económico, lo cual es de una ingenuidad angelical. El punto de partida de una revolución puede estar en la física, en la astronomía, en las matemáticas, en cualquier parte, en suma. Es suficiente que en un solo plano del pensamiento o de la vida humana cambie algo de forma estructural para que, desde ese momento, todo pueda cambiar. Todo está unido en este mundo, no hay acontecimientos ni preocupaciones aislados. Todo entra en un ciclo. ¿Por qué querrías excluir la arquitectura de esa cadena? Trabaja tranquilamente: quieras o no, acabaremos por encontrarnos, tú, que te dedicas a la arquitectura, yo, que me dedico a la economía política, ese, que se dedica a la antropología, ese otro, que se dedica al álgebra. Los vehículos son diferentes, el camino es el mismo.

Recordé hace poco, una noche, cuando volvía de casa de Ghiţa Blidaru, la brutalidad de mi primera conversación con él. ¡Conversación! Si es que se la puede llamar así… Lo abordé para quejarme porque me habían echado de su curso. ¡Y la firmeza con que me despachó! Ni siquiera me tomó en consideración. Y hoy, al acordarme, me muero de vergüenza. ¡Cuánto sufrí entonces! Le he hablado de aquel día y, aunque me daba miedo que pudiera tomárselo como un reproche temerario, no he podido evitar preguntarle:

—¿Podría decirme qué sucedió entonces, por qué fue tan brusco, tan tajante?

—No lo sé, ya no me acuerdo. Estaría disgustado, o enfadado. No lo recuerdo. Pero, a decir verdad, no me parece mal. Nunca me ha gustado mostrarme cordial con la gente, ni siquiera con los seres más queridos. Sobre todo con ellos. Me digo que, de entre cien pescozones dados al azar, habrá dos que caigan bien y que den fruto. Cuando camino por la hierba, no me preocupo por sortear una brizna o una cucaracha. A la tierra no le gusta que tengas semejantes delicadezas con ella. Pisa, aplasta lo que quieras, bajo tu huella continuarán creciendo las raíces si hay raíces. Cuando camines sobre la tierra, camina sobre la tierra. Cuando camines entre personas, camina entre personas. Un poco a ciegas. No importa. Quizá destruyas algunas cosas, las más débiles. Pero fertilizarás otras. Comer «vaca rabiosa» es un ejercicio indispensable. No me lo he ahorrado a mí mismo y no pienso ahorrárselo a nadie, sobre todo si le tengo cariño. Es

un alimento tonificante. Aprietas los dientes y sigues adelante.

VI

Me doy cuenta, hojeando este cuaderno (no lo había releído, pero ayer, buscando *Les liaisons dangereuses* para prestárselo a Marga, lo encontré y lo he leído con cierta curiosidad, como si fuera un libro ajeno), me doy cuenta, digo, de que no he escrito aquí nada sobre ella, sobre Marga Stern, desde hace mucho tiempo. Es un poco raro, ya que últimamente no me ha sucedido nada más valioso que conocerla. (No sé por qué evito decir «amor», que sería más simple y también más exacto, una vacilación en la que ella ha reparado asimismo varias veces, sin reprochármela, por supuesto, pero con un deje de amargura.)

No creo que esa ausencia sea una simple casualidad. Pero, con un cierto ejercicio de memoria, he descubierto, al releer este cuaderno, algo aún más curioso. Observo que casi todas las pausas largas del diario coinciden con los momentos culminantes («culminante» es mucho decir) de nuestro amor. Siempre que existe una interrupción de varias semanas en mis notas, busco con atención y descubro que bajo este silencio hay algo que tiene que ver con Marga.

Soy un «amante difícil» —como dice ella— y, afortunadamente, ella sabe aceptar esta dificultad.

Le pido a Marga que venga, le pido que se vaya, la llamo varios días seguidos para evitarla luego durante varias semanas, un juego que podría ser atroz si no existiera entre los dos un pacto tácito de libertad y pereza. Le estoy agradecido por saber respetar con tanta lucidez las reglas del juego. Además, hay en ella un cierto cansancio que le impide ser patética. Y hay algo más. Una leve sonrisa de desaliento que debe de ser su venganza contra mí.

Pero heme aquí haciendo psicología… y no era mi intención.

No deja de ser extraño que, sin excepción, todos los momentos buenos de nuestro amor están recogidos aquí, en mi diario, con una página en blanco.

Hay días en los que amo a esta muchacha con una simplicidad y una

buena fe que a mí me calman y que siento que a ella la alegran. La espero sin angustia, sin prisa —quizá con una cierta indiferencia, la pizca de indiferencia necesaria para este amor tranquilo— y, cuando viene, cuando la siento cerca, apoyada en la estufa, acurrucada en la esquina derecha del diván, o inclinada con atención por encima de mi hombro sobre la mesa en que trabajo… todos estos pequeños detalles son también grandes alegrías, iguales y cristalinas.

Es evidente que existe algo verdaderamente incompatible entre Marga y mi diario. Hay en él demasiadas ideas generales, demasiados «problemas».

Observo que he adquirido la odiosa costumbre de declarar verdades categóricas. En este cuaderno hablo muchas veces en plural («nosotros» somos así, «nosotros» no somos así, «nuestro» destino, «nuestra» llamada) e incluyo en este «nosotros» experiencias colectivas y confusas que en otro tiempo no habría dejado pasar así, sin una verificación personal.

Marga, que alardea de no tener aptitud alguna para las ideas generales, es para mí —utilizando un término pedante— «un llamamiento a lo individual». (Si lo leyera se espantaría. Ella, que perdona tantas cosas, no perdonaría esta.) ¡Qué sé yo! Quizá también nuestro amor tenga sus «problemas», pero concretos, cercanos, de ella hacia mí y de mí hacia ella. Nada destruye de forma más radical los juicios abstractos y las ideas generales que un amor, puesto que el amor lo reduce todo a tu sensibilidad, recompone las supersticiones y las certezas, las dudas y los valores; te obliga a vivirlos, a verificarlos, a crearlos de nuevo. Hay en cualquier amor algo de *originario,* un principio de nacimiento, de creación de todas las cosas desde el comienzo.

No, no amo a Marga con pasión, lo sé perfectamente, y también lo sabe ella, pero es suficiente con que se presente en el momento adecuado para arrinconar de golpe «las grandes preguntas» y para poner en su sitio un mundo entero de ecos íntimos, vivos, inmediatos, unos valores mediocres, seguramente, pero vivos, vivos.

Lo que más me gusta de ella es su terrible pánico a la abstracción. Si sucede alguna vez que, por descuido, le hablo sobre alguno de mis famosos procesos de conciencia, esta joven, por lo demás tan comprensiva, se cierra de repente con discreción, pero también con decisión, y se niega no solo a contestar, sino incluso a comprender. Tiene una especial inclinación por las

cosas, por los objetos, por los hechos concretos, por las personas firmemente determinadas.

Yo, tú, este libro, esta silla, esta ventana. Ella es la única de todo mi mundo —familia, amigos, conocidos—, la única que no consideró una extravagancia mi paso de Derecho a Arquitectura. Cuando se lo comuniqué, lo aprobó casi sin sorpresa. «Haces muy bien.» Muestra por mis nuevas ocupaciones una atención y un interés que me sorprendieron al principio. Me pide aclaraciones concretas, quiere detalles, observa, pregunta. Me obligó a llevarla un día al estudio y permaneció allí toda la tarde, paseándose con naturalidad entre las mesas, entablando amistad con mis colegas; ella, tan poco expansiva de costumbre, les hacía preguntas, pedía explicaciones técnicas, amasaba la plastilina con familiaridad para intentar modelar. Cuando viene a mi casa, si me encuentra trabajando en el tablero de dibujo, me prohíbe que deje de trabajar, acerca una silla, se arrodilla en el asiento y, con los codos apoyados en la mesa, observa todo con una seriedad que me parece indeciblemente infantil. Una verdadera vocación.

Hay en verdad algo simple en su inteligencia —quizá también algo limitado al mismo tiempo—, algo que tiene que ver con el sentido común, con el sentido de la mesura. Ahora entiendo por qué, cuando la escuché por primera vez, hace ya mucho tiempo, tocar el piano, me quedé sorprendido por su reputación de buena pianista. Técnicamente lo será —yo no soy ningún experto—, pero, musicalmente, su forma de tocar es, cuando menos, rara. Interpretó entonces, por desgracia, un nocturno de Chopin que ella transformaba en algo irreconocible, lineal, preciso, de perfiles exactos, fijos. Marga no toca: esquematiza. Solo escuchándola a ella conseguí entender por vez primera qué puede significar la «construcción» de una pieza musical. Me parecía verla dibujada, frase a frase, ciclo a ciclo. (Tal vez de ahí venga su curiosidad por la arquitectura.) Ese estilo presenta, seguramente, innumerables riesgos musicales, pero también ciertas ventajas. Es un verdadero gozo oírla interpretar a Mozart: un Mozart lapidario, enfático, minucioso, de una finura ideal, como los dientes de un serrucho quirúrgico.

¿De dónde saca Marga Stern esa calma que la pone en relación directa con los objetos, de dónde le viene esa opacidad saludable que la protege de los sueños y los fantasmas? Envidio su espíritu aplicado, concreto, feliz en su perfecta salud. Envidio su falta de imaginación y su resistencia a la

abstracción. Siento, ante ese espíritu bien gobernado, la misma admiración que tendría ante un cuerpo bien formado, sereno en su vigor y armonía física.

¿No habrá nada judaico en esta muchacha amada, ningún estremecimiento, ninguna sombra, ningún regreso al interior, hacia los estratos rotos de los recuerdos ahí depositados? Se lo pregunté de pasada, como si le estuviera preguntando si le dolía la cabeza. Me respondió encogiéndose de hombros.

—No entiendo qué quieres decir. Por supuesto que también yo tengo mis momentos de melancolía. Cuando tú te muestras odioso, o cuando te quiero demasiado o, en fin, cuando me sucede algo malo.

Lo cierto es que Marga es mujer antes que judía. Y que, si el destino de la raza la aboca a la zozobra y a los sueños turbulentos, su destino de mujer —más poderoso— la trae de vuelta a la tierra y la une a esta, la devuelve a las leyes de la vida, que en ella son sordas, a la espera del siguiente paso, a través de la maternidad. Hay aquí una calma biológica que se traduce a diario gracias a un tenaz sentido práctico, sentido de previsión y de espera.

Releo lo que he escrito más arriba y me echo a reír. ¡Querida muchacha! ¿Qué queda de ti, de tu risa cálida, de tu beso dulce y lento, de tus brazos que se trenzan en mi cuello, qué queda de ti en estas líneas que te complican, te comentan, te cambian?

Hay algo obediente en su sensibilidad, algo sumiso y tranquilo, con estremecimientos que le cuesta controlar bajo una virginidad protegida tanto contra sí misma como contra mí. Conozco su cuerpo afligido por la espera, conozco la línea de sus caderas combada bajo el vestido con tanta apatía, con tanta melancolía.

No, no existen grandes interrogantes, solo hay pequeñas certezas que tienen que ver con ella y que se iluminan en su presencia.

VII

Las líneas sobre Marga Stern que escribí aquí hace unos días, en relación con lo que llamaba irónicamente «grandes interrogantes», son de una

mediocridad espantosa. Si no hubiera decidido aceptar mis tonterías de una vez por todas, rompería la hoja, pero escribir un diario sería algo demasiado simple si tuvieras la posibilidad de modificarlo después, de enmendar lo que fue mal concebido en ese momento. No puedes enmendar sin fingir. Y no quiero eso.

Pero he sentido vergüenza hasta la humillación, hasta no reconocerme a mí mismo, por la suficiencia de esos pensamientos, por su vulgaridad, por esa pobreza tan cómoda, y sentí vergüenza anoche, por la calle, cuando, al doblar una esquina, me di de repente de bruces con el drama de la revolución social. No sé con exactitud cómo se desarrollaron los acontecimientos. Se había celebrado una asamblea obrera de barrio y, al acabar, intervino la policía. Los asistentes se negaron a abandonar la sala, o la evacuaron demasiado despacio, o hubo uno que gritó alguna sandez revolucionaria y entonces empezó la trifulca. Pasé demasiado tarde por allí como para pillar la refriega en pleno apogeo y, por otra parte, no habría visto gran cosa, puesto que la reyerta tenía lugar dentro, en la sala y en las puertas, demasiado pocas y estrechas como para permitir escapar a los que se atropellaban para salir.

Ahora estaba en las últimas. A la mayoría se los llevaban entre bayonetas, molidos, con la ropa hecha jirones. Algunos estaban tendidos en la acera, sangrando. Había uno que lanzaba unos gemidos horribles, con la cabeza rota, bajo un canalón del que goteaba lentamente el deshielo. Sentía que en mi interior algo se rebelaba, no enfado, no indignación, sino un sentimiento intolerable de impotencia ante el dolor, y debo reconocer que mi primer pensamiento fue la «mala pata» de haber pasado por allí, puesto que habría preferido no haber asistido a ese altercado, no haber sabido que existe, no haberlo visto, no haberlo oído. Pero, una vez allí, no podía, *era imposible* seguir adelante, no solo porque me habría repugnado esa especie de deserción, sino porque tenía la aguda sensación de que no podría perdonármelo nunca, de que eso rompería irremediablemente el resorte de una intimidad que quedaría herida para siempre en lo más recóndito de mi ser.

Sentía que era necesario que yo también tuviera un gesto solidario con esos desgraciados, que gritara, qué sé yo, «¡viva la revolución!» o «¡abajo la burguesía!» o «¡queremos una subida salarial!» o, en fin, cualquier cosa que sirviera para ser apaleado con ellos, detenido con ellos… ¡Aunque al mismo tiempo advertía lo cómico, sentimental y filantrópico que resultaba con mis buenas intenciones! Era ridículo, de un ridículo sin par, con mi pequeña

crisis de conciencia allí, en medio de la calle, entre unos hombres que —ya fuera el vapuleador o el vapuleado— tenían un objetivo, una vocación, una deuda que pagar. Me sentí solo, desarmado, inútil, arrastrado por una ola de vida que pasaba junto a mí implacable, lanzándome lejos, a la orilla, y llevándose consigo a todos los demás.

Volví a encontrar mi habitación vacía, mis láminas carentes de sentido, mis libros huecos. Mañana, pasado mañana, restableceré mi estúpido orgullo de hombre solitario. Y seré otra vez un intelectual, un burócrata.

La alegría de vivir a través de la fuerza de la masa, como un árbol gracias a las fuerzas latentes del bosque, el sentimiento de pertenecer, de participar, de realizar con tu vida un círculo de vida mayor, que también pasa a través de ti para ir más allá, hacia los poderes difusos, oscuros, biológicos, de la especie…

Nunca he conocido eso y nunca lo conoceré. «Yo». Todo lo que hago, todo lo que pienso, todo lo que sufro, queda bajo esta barra fija: «yo». Y tengo el valor deplorable de estar orgulloso de esta enfermedad, de llamar «posición» a la ventana desde la que contemplo el mundo, cuando no es más que un escondrijo, el valor de creer en mi soledad como si fuera una virtud, cuando no es sino ineptitud.

A pesar de que me cuesta confesar este pecado y de que lo hago con patetismo, no por ello me doy menos cuenta de su existencia real. Soy un árbol que ha escapado del bosque. Un árbol con orgullo, enfermedad que no mata de manera violenta, sino que ataca pacientemente, desde abajo, desde las raíces, desde los primeros recursos de la vida.

El suceso de ayer, que me sorprendió tan aturdido y desarmado, me ha aclarado sin piedad la triste condición de esa clase de hombres a la que pertenezco y a los que llaman intelectuales. Curiosa perversión: estar junto al camino, mirar quién pasa y qué sucede y extraer de este drama que te elimina, puesto que desdeña a los espectadores, extraer «ideas» para pasarlas a limpio en un registro. Sería demasiado amable conmigo mismo si dijera que eso se llama «conflicto entre pensamiento y acción», dos funciones diferentes, incompatibles, pero en el fondo igualmente justificadas. En realidad, no se trata de eso —demasiado abstracto y benevolente—, sino de una incapacidad para la Vida con mayúsculas, una incapacidad metódicamente sustentada con lecturas, con reflexiones, con dialéctica. Es una deformación lenta, una educación sistemática, día a día,

una atrofia paulatina de los reflejos, de los impulsos, una anulación gradual del ímpetu vital, capaz de hacerte atravesar sano y salvo las tempestades.

No creo que ningún intelectual haya hecho algo decisivo en la historia de la humanidad cuando se trataba no del valor de una cultura, sino de la salvación de la especie, lisa y llanamente. Tendría que releer la historia desde este punto de vista; me sorprendería no tener razón. ¿Qué se puede hacer con estas plantas de interior, incapaces de soportar el viento fuerte?

Y existe con seguridad una circunstancia agravante para el intelectual judío, sacado por partida doble del juego activo de la existencia, una vez como intelectual y otra como hebreo.

Leí en la historia de Şapsă Zwi que me vendió en diciembre Abraham Sulitzer, mi amigo del tren, que aquel año —1646— decenas de miles de judíos fueron masacrados en Polonia y Rusia, cientos de comunidades y pueblos fueron borrados de la faz de la tierra, y que mientras los pueblos ardían, mientras la sangre derramada avanzaba arrasándolo todo como la lava ardiente de un volcán, en las sinagogas, entre las llamas y la sangre, debatían sobre algunos textos del Talmud.

Y el historiador narra esta atrocidad con orgullo, como un hecho heroico, mientras que a mí me parece una abdicación siniestra de la vida, una anemia vital peligrosa, una vergonzosa huida de la biología.

Me encontré con Sami Winkler en el momento más oportuno. «Mira, ahí va el hombre que necesito», me dije contento cuando reconocí desde lejos su silueta de boxeador, cuadrado y macizo, en la esquina del Teatro Nacional, donde se había detenido un momento, sin ningún motivo en particular. No lo había visto desde comienzos de diciembre, desde el día en que fui a la residencia y lo sorprendí discutiendo con S. T. Haim, su antiguo enemigo.

Me gusta Winkler por su parsimonia, por la compacta fuerza física que adivino en él, en fin, por su aparente mediocridad, bajo la cual esconde en realidad tantas cosas aprendidas con tesón, con método, con aplicación. Alguien me mostró una vez, en una revista sionista extranjera, un informe técnico presentado por Winkler, en nombre de la delegación rumana, en el congreso sionista anual de Bassel: el asunto no me interesaba, pero me di cuenta de cuánto trabajo había allí, cuánto sentido del orden, qué excelente erudición en la disposición del material documental.

«Tiene corazón de burócrata», dice maliciosamente S. T. H. sobre Winkler. S. T. H. es apasionado e injusto. Y además me parece que el valor de Winkler no radica en lo que es, sino en lo que no es. No es lunático, no es metafísico, no es sospechoso de dudar, no tiene complicadas y venenosas crisis de conciencia. No tener nada de esto y seguir siendo judío, he aquí una dificultad seria. Tengo la impresión de que Winkler la supera fácilmente.

Por tanto, al volver a verlo me dije que él sabría responder a mis últimas deliberaciones y, aunque no me gusta la confesión ni la practico, le hablé sobre el suceso del otro día, sobre todo lo que he pensado acerca del aislamiento de los judíos, del intelectual judío en especial, su aislamiento de la masa, su incapacidad para la vida social y, en definitiva, para la vida.

—Tú, que crees en el sionismo y que trabajas para levantar un país nuevo, ¿no te has topado nunca en tu conciencia con este sentimiento estéril de la soledad judía? ¿No crees que el esfuerzo colectivo con el que colaboras está, en cierto modo, más allá de la naturaleza judía, destinada a vivir y predestinada también a no poder romper el círculo de hierro que la separa del mundo? Discúlpame, sé que lo que digo es demasiado abstracto y pretencioso, pero escúchame de todas formas. Procuraré ser más claro. Mira, me parece que en una empresa como esa, en la que se trata de construir un país, en una empresa así, digo, no cuentan tanto sus elementos técnicos —industria, economía, finanzas, recursos geográficos— cuanto otra cosa, algo de orden psicológico, metafísico, si eso no te asusta. Un poco de locura, una cierta indiferencia respecto a uno mismo, un poco de irresponsabilidad, incluso. Me pregunto si no llegamos con demasiados problemas allí adonde hay que ir tan solo con dos manos para trabajar. No sé, no estoy informado y no quiero estarlo, porque no creo demasiado en las cifras, pero, sin haber reflexionado sobre el sionismo, me parece que parte de una violación de nuestra propia esterilidad, que se trata de un intento más bien trágico de salvación antes que de una vuelta natural a la tierra. Hace unos días me sentí tan ridículo en unas circunstancias que me confrontaron bruscamente con la vida y con la gente que, al pensar que hay hombres jóvenes, como yo, que han renunciado a los libros y han ido a trabajar con pico y pala a quién sabe qué miserable colonia palestina, me pregunto si esta partida es, como seguramente crees tú, un acto de heroísmo o solo un acto de desesperación.

—Yo no creo nada —me respondió Winkler—. Te escucho y me doy cuenta de que no te entiendo. Hay demasiada psicología en lo que dices y

no tengo tiempo para psicologías. Te confieso con el corazón en la mano que nunca he tenido semejantes vacilaciones. He estado siempre seguro, siempre he sabido lo que tenía que hacer. Veo tú desazón, veo cómo se atormenta S. T. H., veo a tantos otros y no lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. Respecto a tus preocupaciones sobre la reconstrucción del país, no sé qué decirte. Quizá tengas razón, quizá no, no tengo ni idea. A mí todo me parece normal, justo y claro. No tengo duda alguna sobre la victoria final, pero tampoco tengo prisa. Trabajo y espero.

Calló como si diera por concluida la conversación y, a continuación, tras unos pasos, añadió:

—Mira, si quieres más explicaciones, ven conmigo el jueves por la tarde a la conferencia de Jabotinsky. Es un sionista disidente que saca de quicio a la dirección central debido a su actitud violenta. Todo un personaje, ya verás. Organizó hace tiempo, durante la guerra, una legión militar judía con la que luchó por la conquista de Jerusalén. Ven a escucharle, a lo mejor él aclarará tus dudas.

Escuché a Jabotinsky y no me aclaró nada. Sin embargo, Winkler tenía razón: es «todo un personaje». Habla de forma entrecortada, con frases breves, sin ardor, pero con una animación lúcida que delata una vocación de luchador. Muy pocos gestos, muy pocas sonrisas o movimientos de cejas. Una cierta severidad en su atuendo, incluso una cierta falta de expresividad que no me sorprendería que fuera intencionada. Muchos números, mucha información, pero repartidos en unas pocas ideas simples, vehementes en su simplicidad. No entiendo de política sionista, pero creo que he entendido en líneas generales la posición de Jabotinsky respecto al consejo oficial del movimiento.

—El Órgano Ejecutivo se imagina —decía él— que el sionismo se puede llevar a cabo a través de la diplomacia. Parte de un hecho jurídico: el mandato de Inglaterra de crear en Palestina un hogar judío. A mí el término «hogar» me parece impreciso y poco definido. Preferiría que dijeran claramente «Estado». Pero sigamos adelante. Así pues, la Oficina Central Sionista supone que, basándose en este documente jurídico, puede negociar con Inglaterra, puede ganar terreno, obtener prerrogativas y alcanzar paulatinamente el fin nacional y político del movimiento. El método es simple: los judíos serán obedientes y, a cambio, los ingleses serán magnánimos.

»De acuerdo, pero esta política de regateo y esperanzas me parece un sofoco lento del movimiento. Un suicidio. Una acción nacional que pende de un documento es un comienzo de muerte. Nuestra fuerza no puede proporcionarla un pacto diplomático, sino un espíritu de creación interno. Con la carta de lord Balfour[8] o sin ella, con el mandato de Gran Bretaña o sin él, el sionismo es igualmente grande o igualmente pequeño. Pero sin la voluntad de crear, sin la voluntad de querer, el sionismo no es nada, absolutamente nada, diez veces nada.

»"¿Pero tú qué quieres hacer?", me preguntan los judíos prudentes, que han oído decir aquí y allá, entre susurros, que quiero reunir una especie de ejército y empezar una guerra, o algo parecido. "¿Quieres vencer a Gran Bretaña? ¿Quieres destruir la flota inglesa? ¿Quieres pelear contra submarinos, torpederos y cruceros del almirantazgo?"

»Mis judíos, como pueden ver, tienen mucho sentido del humor. Pero yo también lo tengo cuando hace falta y, miren, les responderé que no sé lo que quiero. Ni lo sé ni siento curiosidad por saberlo. No me paro a preguntarme qué saldrá ni cómo será. Solo percibo que así no funciona y que el pivote del movimiento debe ser trasladado del marco internacional a nuestro propio marco. Que las fuerzas que tenemos que utilizar no pueden ser jurídicas, sino solo espirituales. Que, a fin de cuentas, nuestro esfuerzo más arriesgado es mil veces más fértil, incluso si fracasa, que el sensato llamamiento a la benevolencia extranjera, aunque este prospere.

…Y así dos horas más. No fue un éxito. Había mucha gente, pero contrariada, asustada incluso por la temeridad del orador.

Al final, en la calle, Winkler me dio un golpecito en el hombro.

—¿Qué tal?

No supe qué decirle. Ese hombre me interesa, pero la cuestión sigue siendo igual de confusa. Como dio la casualidad de que en la sala nos encontramos con S. T. Haim, nos fuimos los tres a charlar a un café.

S. T. H. se mostraba implacable.

—Un fascista, eso es lo que es. Un fascista. Y no me pidáis que lo considere menos abyecto solo por el hecho de ser judío. La teoría del Estado hebreo palestino, creado gracias a un acto de voluntad nacional… ¡Qué aberración! Y qué salvajada al mismo tiempo. ¿Vosotros no veis que hay una maquinación inglesa en todo este asunto, una carrera capitalista que van a pagar los lugareños árabes y los trabajadores judíos de la colonia explotados hasta la sangre en aras de un ideal nacional? Gran Bretaña necesita alguien de confianza en el canal de Suez para poder controlarlo y

entonces se inventa el cuento del «hogar nacional judío». «Hogar» es una palabra demasiado hermosa. La concibió, estoy seguro, algún cuáquero o algún puritano. Y unos cuantos millones de judíos sentimentales la dieron por buena. Me parece estar oyendo a vuestro Jabotinsky: «Un país no se construye con elementos técnicos». ¿En serio? ¿Entonces con qué? ¿Con el espíritu? Quizá, pero antes que el espíritu existe la geografía y esta es algo exacto, no puedes enredarla con declaraciones líricas, como cuando embaucas a un salón de hebreos de buen corazón. La geografía tiene unas exigencias terribles: tantos kilómetros cuadrados de tierra, tantos montes, tanta agua, tanta lluvia, tanta sequía. ¿Cómo va a colonizar un pueblo de quince o diecisiete millones un país que equivale a tres provincias? ¿Qué vas a hacer con los árabes, que también tienen derecho a morir de muerte natural y no por el exterminio sionista? ¿Cómo vas a dar vida a unos asentamientos artificiales de gentes traídas de todas partes y que forman un mecanismo, digamos, nacional, ignorando los problemas más sangrantes del proletariado, de la clase social, de economía política falsificada? Me gustaría saber si el señor Jabotinsky ha oído hablar de los conflictos laborales palestinos, del proletariado palestino, de la economía palestina. Y me gustaría saber cómo los resolvería. O sea, no me gustaría saberlo. Porque lo sé sin que me lo diga él. Me parece estar oyéndolo: *Todos los problemas de lucha social están subordinados a un imperativo nacional*. Ni siquiera Mussolini habla así. Ni los contrarrevolucionarios alemanes. Ni Nicolás I, el zar de todas las Rusias. La unidad nacional hebrea es una aberración. No conozco judíos, conozco trabajadores y burgueses. No conozco un problema nacional de Palestina. Conozco un problema económico y técnico de Siria, de Palestina y de Mesopotamia, que no es ni una pizca más interesante que el problema de Cuba, de Indochina o de Rumelia oriental. El resto es mito, ilusión y engañabobos.

El marxismo de S. T. H. es incurable. No es tan solo un sistema de pensamiento político; es una verdadera incapacidad general para entender la vida de otra forma. Según él, todo lo que no sean cifras no es real. Para cada hecho tiene un documento, para cada prueba, una contraprueba y, más allá, el resto —como afirma él implacable— es ilusión…

Me temía que Winkler aceptara una discusión planteada en esos términos y que intentara una demostración técnica. No sé si habría perdido —aunque la pelea con un polemista como S. T. H. es dura—, pero sí que sé que habríamos desperdiciado la velada. Winkler habría aportado una serie de cifras que demostrarían la viabilidad de un Estado palestino y S. T. H.

habría aportado otras que demostrarían exactamente lo contrario.

Me he percatado una vez más de que Winkler, a pesar de su apariencia obtusa, capta enseguida los matices y comprende fácilmente la situación. Le respondió a S. T. H. llevando la discusión a un plano que cambiaba por completo los puntos de vista.

—No voy a discutir contigo sobre cuestiones de geografía y economía palestina, aunque podría. Tampoco voy a demostrarte lo débiles que son tus argumentos sobre los árabes y los trabajadores judíos. No niego su realidad, pero existe una jerarquía entre las realidades, y eso es lo que tú no quieres reconocer. Y es que, entre dos hechos igualmente verdaderos, uno puede anular al otro porque tiene otro significado, otro coeficiente. Pero dejémoslo así. La cuestión para mí no es si los judíos pueden crear un Estado palestino, sino si pueden hacer otra cosa. ¿Entiendes? No son las posibilidades de éxito de la empresa lo que cuenta, sino su obligatoriedad. Si no lo hacemos, moriremos todos. Si lo hacemos —dices tú—, moriremos igualmente. No lo sé. Quizá sí o quizá no. Y tal vez por este «quizá» merezca la pena ponerse en camino. No le pidas a un pueblo que ha partido a construir un país que cuente su dinero, que firme una póliza de seguro contra accidentes y que reserve por telegrama una habitación de hotel… Y además, para ser sincero, toda esta discusión me parece vacua. Yo soy soldado, albañil, minero. Escucho y trabajo. El resto es ilusión, si me permites citarte.

—No te lo permito. Razonas como una señorita. ¿Por qué me quieres? «Porque sí.» ¿Por qué no me quieres? «Porque no…» Reconoce que tu respuesta no es mejor. Y te justificas con este «Porque…» ¿Por qué eres sionista? «Porque sí…»

Aquí intenté intervenir yo, aunque la mirada fulminante de S. T. H. hacía arriesgada cualquier réplica.

—Le pido disculpas a Winkler por responder en su nombre. Solo quiero decirte, querido S. T. H., que este «porque sí» del cual te ríes es, sin embargo, una respuesta decisiva. Ser sionista «porque sí», porque lo eres, significa ser sionista de forma auténtica, por destino, como eres blanco, eres rubio o eres moreno, ser sionista igual que llueve, igual que nieva, igual que amanece o anochece… Sin embargo, me parece que de aquí nace el drama sionista. En cualquier caso, aquí empiezan mis dudas. Porque no creo que el judío sea capaz de vivir directamente, como un fenómeno natural, semejante acto de vida colectiva. Lo digo con pesar, y además es la primera vez que lo pienso. Tengo la sensación de que el movimiento

sionista viene dado por la desesperanza: un alzamiento en contra del destino. Un esfuerzo trágico en busca de la simplicidad, de la tierra, de la calma. Unos intelectuales que quieren escapar de su soledad. Y creo que, en el fondo, el sionismo esconde esa semilla de tragedia que pisoteamos para ver si conseguimos olvidarla… ¿Saldrá algún día a la superficie? Esa es la única pregunta que yo me hago.

—No —respondió Winkler lacónico y seguro de sí mismo.

S. T. H. guardó silencio durante un buen rato. Solo nos miraba a uno y a otro con cierta compasión. Finalmente estalló:

—Vale, muchachos, vámonos. Que se nos escapa la noche. No se puede discutir con vosotros. Mitos, supersticiones, poesía… ¿Vosotros recapacitáis? Qué va… vosotros cantáis. Unos tenores, eso es lo que sois. Puccini. Giacomo Puccini es vuestro maestro. ¡La cuenta, camarero!

No creo que Winkler quiera convertirme al sionismo. Me presta atención, sin embargo, porque lo intrigo un poco. A pesar de toda su calma de hombre que cree, mis dudas psicológicas sobre el sionismo lo desorientan más que las objeciones políticas de S. T. H.

Vino a buscarme anoche para invitarme a una reunión.

—Ven —me dijo—. Vas a conocer a un palestino. Un pionero, Berl Wolf. En el fondo, nosotros discutimos sobre esto como en los libros, con ideas, con impresiones, con argumentos. Pero este es un hombre vivo. Tienes que conocerlo. Le he hablado de ti y le he dicho que te voy a llevar.

En efecto, me llevó, y no me explico por qué estaba tan nervioso por el camino… Tenía pánico escénico. Le había pedido a Winkler algunos detalles sobre este Berl Wolf al que iba a conocer y descubrí, en unas pocas palabras, una historia fabulosa. A los catorce años, huye él solo de Rusia en los primeros días de la Revolución; trabaja como mozo de cuerda en un puerto del sur; unos meses más tarde, en 1918, es encarcelado en Kiel con motivo de la revuelta de los marineros; al cabo de un año es estudiante en una escuela politécnica inglesa, cruza el Atlántico, pasa un tiempo en Estados Unidos, donde se dedica con éxito al periodismo amarillista hasta que, un buen día, lo deja todo y parte a Palestina como simple jornalero en una colonia. Permanece allí durante un año, trabajando de sol a sol con pico y pala. Una mañana, a la hora en que la gente se prepara para ir al campo, tiene lugar un ataque árabe. Una bala le hiere en el brazo derecho, junto al hombro, y le rompe el hueso. Lo trasladan en el camión de la

colonia a Tel Aviv, allí le cortan el brazo. Manco, no tiene nada que hacer en el campo. Se dirige a la oficina del movimiento sionista local: «Quiero seguir trabajando, haced algo conmigo, encomendadme una tarea.» Lo envían a Europa como propagandista.

Mientras subía las escaleras, me arrepentía de haber ido. Si no hubiera estado Winkler conmigo, quizá me habría dado la vuelta en el umbral mismo. «Quién sabe qué me espera todavía.» Una larga discusión con un profeta nervioso, otra sarta de argumentos, otra sucesión de malentendidos, un nuevo S. T. H., esta vez sionista y mucho más intolerante que el otro, porque este, sin quererlo, hablará en nombre de su sacrificio, con el tácito prestigio de un brazo perdido en la lucha. Me sentía humillado de antemano por la posible victoria con que podría alzarme yo en la discusión.

Al fin y al cabo, ¿qué soy yo? ¿Una máquina de discutir? ¿Qué va a decirme este hombre? ¿Qué voy a decirle yo? ¿Y quién se parará a distinguir su verdad de la mía? ¿Y para qué sirve todo este tiempo perdido, estas palabras lanzadas al viento? Un argumento, cien argumentos, un millón de argumentos, ¡que se vayan todos al diablo!

Entramos. Una sala grande, vacía, con unos cuantos bancos de madera y, en las paredes, dos o tres fotografías, imágenes de Palestina, probablemente. Una veintena de chicos y chicas de entre catorce y dieciséis años, creo, escuchaban una historia que les contaba un muchacho más mayor situado en el centro del corro. Hablaba un hebreo fluido, algo que me sorprendió al principio (no sabía que esta lengua se pudiera hablar así, de forma familiar, como una lengua urbana) y luego me intimidó. No entendía nada, me sentía extranjero, un intruso. El chico mayor, el que hablaba, nos hizo sin embargo un gesto de bienvenida y, cuando nos acercamos al grupo, me di cuenta de que él, ese chico, ese adolescente, debía de ser nuestro hombre, el misionero palestino, ya que, mientras parecía marcar en el aire, con la mano izquierda, el ritmo de la historia que estaba contando en tono cantarín, la manga derecha de la chaqueta, vacía desde el hombro, estaba pegada al cuerpo y metida en el bolsillo.

Recapitulé, asombrado, todo lo que Winkler me había contado sobre él por el camino, volví a verlo como en una película a cámara rápida, su huida de Rusia, el encarcelamiento en Kiel, la travesía del Atlántico, su refugio en Haifa, los años de trabajo en la colonia, y me pregunté dónde guardaría ese hombre con cara de niño tantas heridas y recuerdos…

Cuando terminó su relato vino hacia nosotros, hacia Winkler y hacia mí, con un gesto sencillo nos tendió la mano izquierda y nos preguntó en

un francés chapurreado si podíamos esperarlo media hora, hasta que acabara con los muchachos.

—Mientras tanto, entrad también vosotros en el círculo.

Vacilé. Ese juego me parecía un poco cómico, pero me di cuenta de que mi titubeo era todavía más cómico, pues me sentía intimidado ante los muchachos. «¡Por qué no, tampoco soy tan viejo!», me dije, y me hice sitio entre dos estudiantes menudos.

Nuestro amigo palestino, siempre en el centro del grupo, nos enseñó una canción yemení. Él decía un verso y los chicos tenían que repetirlo tras él, recitándolo primero en voz alta y cantándolo luego a coro. Al principio me quedé en silencio, pero él hizo callar al coro tras las primeras palabras.

—Así no vale: tiene que cantar todo el mundo.

Me ruboricé al sentirme aludido, pero también guardé silencio la segunda vez. Él insistió de nuevo, sin enfadarse, como un camarada.

—Hay alguien que no quiere cantar. Está enfadado. Está enfadado con nosotros, se le nota; de lo contrario, ¿por qué no iba a cantar? Vamos a pedírselo entre todos y ya veréis como canta.

No, no, eso no, por favor. Haré lo que quieran, cantaré si quieren, daré volteretas si hace falta, pero que no me miren así todos, como a un mal alumno al que han pillado copiando y lo mandan a un rincón para que lo vea toda la clase. Canté.

¿Por qué no estaba allí S. T. H. para verme? Se habría muerto de la risa. Yo mismo, al recordarlo, siento un poco de vergüenza —injusta por otra parte; al fin y al cabo, ¿por qué me va a dar vergüenza reconocerlo?—. Pasamos un rato agradable, una hora de asueto en la que me daba cuenta de que hago miles de tonterías, irresistibles sin embargo, más fuertes que «mi espíritu crítico», más fuertes que mi pánico al ridículo.

Desde el centro de la sala, con un mechón de pelo sobre la frente (pues llevaba el compás con la cabeza), con una amplia sonrisa que iluminaba su cara de adolescente, nuestro hombre nos animaba a jugar el juego hasta el final. Cuando llegó la hora de partir, se me había olvidado que habíamos ido allí para un intercambio de ideas. Se acercó a mí y me estrechó la mano una vez más.

—No tengo nada que decirte. He querido que cantaras y has cantado. Eso es todo.

Eso es realmente todo. ¿Puedes cantar? Estás salvado.

Pues mira, yo no puedo. Tengo pudor, tengo sentido crítico, sentido del ridículo, autocontrol y otras tonterías trágicas por las cuales cometo también la suprema estupidez de estimarme. Sí, sí, muchacho, para qué vas a esconderte tras tu pluma, mírate en este momento, cuando escribes lo que consideras una confesión y un proceso interior riguroso: incluso en este momento hay alguien en ti que te felicita bajo cuerda y que te condecora con el «mérito personal» de primera clase. Escribo aquí claramente y con buena fe que soy un pobre infeliz, y al mismo tiempo hay una voz en mí que me consuela de forma clandestina: «Eres un mártir, eres un héroe de tu propio destino, custodias los más puros valores de la dignidad humana».

Duplicidad de humildad y orgullo que arruina toda mi sinceridad… No hay grito mío que yo no ahogue, no hay sublevación contra mí mismo que no anule con una pequeña reserva oculta, con una excusa consentida de antemano.

Y, sin embargo, creo, quiero creer, estoy convencido de que mi incapacidad de cantar con ellos es una enfermedad, no un título de nobleza, que esa incapacidad de mezclarme con la multitud —con cualquier multitud—, de revolcarme en su jungla y de perderme, es una triste abdicación, una triste derrota.

Ay, si pudiera no sentirme orgulloso de ello, si al menos consiguiera eso…

VIII

No había vuelto a coincidir con Abraham Sulitzer, mi viejo Ahasvero del tren, desde aquel episodio de las vacaciones de Navidad. Y mira por dónde me lo encuentro ahora. Resulta asombrosa la oportunidad con la que entran y salen las personas de mi círculo, como si las pusiera en escena una sucesión dialéctica que las convoca y las aleja, según las necesite o no. La vida tiene unas coincidencias que la literatura no se puede permitir. Si fuera escritor, creo que lo más difícil sería camuflar los golpes inverosímiles de la realidad, su audacia, sus iniciativas… (Pero ¿qué pinta esta reflexión aquí? Se lo diré a Walter. Él, que es crítico y periodista, tal vez puede plantearla en un artículo.)

He descubierto que Abraham Sulitzer es vecino mío. Vive a cien metros, a la izquierda, en una callejuela que da justo a mi calle. Solo que él sale a trabajar a las siete de la mañana y yo a las nueve, así que podríamos haber vivido dos siglos el uno junto al otro sin llegar a vernos jamás. Pero ayer tuve que ir a la estación de madrugada (un paquete enviado a casa por medio de Lulu) y, al regresar, doblé la esquina y me di de bruces con mi amigo Abraham.

—Lo vi la semana pasada en la conferencia de Jabotinsky, quise llamarlo pero luego cambié de idea. Quién sabe, me dije, quizá se haya olvidado de mí. Un vendedor de libros con el que coincides una vez en un tren… Pero me habría gustado preguntarle si había leído la historia de Şapsă Zwi. Es un libro muy querido para mí.

Le aseguré que el libro me había interesado también a mí. Pero estoy seguro de que mi respuesta no le gustó. (¿Qué es eso de que me había interesado? Un libro o te hunde o te eleva. Si no ¿para qué vas a pagar por él?) Seguramente Abraham Sulitzer lo piensa, pero no dice nada. Solo sonríe con reticencia y con precipitada amabilidad. (¿Y qué? Pongamos que no le ha gustado… Digamos, como dice usted, que le ha interesado. ¿Y qué? ¿No está en su derecho? ¿Acaso puedo yo hacerle algo?…)

Nos despedimos enseguida —los dos teníamos prisa—, pero me invitó a pasar por su casa esa tarde, y acepté de buen grado.

Libros, solo libros, libros por todas partes. He visto a gente hablar con sus gatos, con sus perros… Abraham Sulitzer habla con sus libros.

—Ven, tú, el de ahí, el tercero de la fila, ven acá con papá. Con cuidado, que vas a tirar toda la hilera y luego ¿quién tiene que colocarlos en su sitio? ¿Tú? Ya, de qué. Solo yo. ¿Y a quién le grita Roza? ¡Pues al pobre de mí!

El señor Sulitzer exagera. Roza, su mujer, no grita: como mucho refunfuña.

—Hombre —se me queja ella en el mismo rumano de acento judío cantarín que el de él—, yo también tengo hermanos y cuñados comerciantes. Uno vende carretes, otro botas. ¿Y qué? Durante el día está en la tienda y vende, por la tarde cierra el negocio y se acabó. ¿Se lleva alguno los carretes a casa para charlar con ellos? Con este marido mío no hay manera. Siento vergüenza con las vecinas, a veces pasa alguna a pedir un poco de sal, y ahí está, se topa con él, un hombre hecho y derecho,

hablando solo, con las paredes, con los libros. Dígame usted si eso no es estar loco.

Yo intento evitar una respuesta concreta para no provocar nuevos conflictos en el matrimonio Sulitzer, pero mi amigo Abraham, rodeado de libros en su mesa, tímido y sabio, me sonríe por encima de sus gafas, inclinado sobre un libro abierto. Es una sonrisa de complicidad («déjela hablar, ella es así; así son las mujeres, luego se le pasa»), la sonrisa de un niño que ha volcado el bote de mermelada y ahora espera su castigo.

Miro a ese vejete obediente, a ese amante de los libros hasta la manía, hasta el vicio. Miro a ese filósofo paciente, aterrado por la regañina de una esposa contra la que no tiene otra arma que una sonrisa evasiva, y me acuerdo de repente del señor Bergeret.

¡Cuánto se le parece ahora, entre libros, Abraham Sulitzer! Abraham Sulitzer y Anatole France. Un Anatole France que habla yidis. ¡Qué impío soy!

Me muestra una biblioteca entera llena de sorpresas. Cervantes traducido al yidis, Molière, Shakespeare. Y, más próximos a nosotros, Galsworthy, Dostoievski, Turgueniev, Thomas Hardy. Yo estoy atónito y él, triunfante. Cada vez que deposita un libro en mis manos esboza una sonrisa de pérfida modestia, como si fuera un anfitrión orgulloso del vino añejo que te acaba de servir, sin avisarte de su calidad, con el propósito de ponerte a prueba. Cuanto más asombrado me muestro yo ante un nuevo descubrimiento, más se sumerge él entre las tapas del libro, simulando una indiferencia que no alcanza a disimular su alegría. Y cuando el triunfo es decisivo (una edición judía de las obras de Dante, magníficamente impresa en papel de pergamino con caracteres grandes, como si estuvieran grabados en madera), no puede reprimirse y estalla con aparente furia, como si estuviese peleando con no se sabe quién.

—¿Bonito? ¿Dice que es bonito? ¿Bonito como si fuera un perrito? ¿Bonito como una corbata? No, señor, no es bonito: es estremecedor.

Le arden los ojos entornados, por primera vez entornados. Roza guarda silencio, un poco asustada, sin saber muy bien qué está pasando… Yo mismo me siento un tanto azorado. (No me gustas, Abraham Sulitzer: te creía un escéptico serio, no un aficionado con accesos de cólera.)

Sin embargo, se calma enseguida y se vuelve tolerante. Ahora, con un poco de valor, quizá no arriesgue mi vida si le digo —para ponerlo a prueba— que no me gusta esa edición que a él le hace temblar de emoción. No creo que me mate, se contentará con echarme.

Lo cierto es que tampoco tengo ganas de bromas y que los descubrimientos de su biblioteca me abren un mundo insospechado. ¿Cultura en jerga? ¿Cultura europea en jerga? ¿Para qué? ¿Para quién?

Se lo pregunto a Abraham Sulitzer y esta vez no se muestra ya emocionado ni furioso: está triste.

—Esperaba su pregunta. Me extrañaba incluso que tardara tanto. Al fin y al cabo, usted no sabe sobre nosotros más que cualquier chiquillo de la calle que persigue a los judíos que visten caftán y que, cuando se despista alguno por ahí, le gritan «*oi vei*» y «*akiki azoi*». ¡Jerigonza! ¡Alemán degenerado! Lengua de arrabal: eso es para usted el yidis. Si le dijera que no es una lengua hermosa ni fea, sino una lengua viva en la que se ha sufrido y cantado durante cientos de años, si le dijera que es una lengua en la que se ha pensado sobre todo lo que existe en este mundo, me miraría como me está mirando ahora. ¡Jerigonza! Es una lengua viva, hombre, con nervios, con sangre, con sus desgracias, con sus cosas bellas. Con una patria que es el gueto, es decir, el mundo entero. Me da la risa cuando oigo a los sionistas esos hablando un hebreo de manual. ¿Acaso nos hace falta el hebreo a nosotros? ¿Con diccionarios, con gramática, con filólogos o como demonios se llamen? Pobrecillos… Abandonan una lengua viva a su suerte y buscan en las tumbas un habla que ya no existe. Que Dios me perdone: yo también hablo el hebreo que aprendí de los viejos, pero ¿cómo se lo diría? Siento que hay en él algo frío, áspero, hueco, como si anduvieras por una estancia de piedra, larga, larga y vacía, sin gente, sin plantas, sin ventanas. ¿Cómo decir en esa lengua «me duele», «me quema» o «te echo de menos»? Y si lo dice ¿para qué sirve? Diga «me duele» en yidis, y para cuando lo haya dicho, ya le ha dolido. Tiene sangre, está caliente, está vivo.

—No conozco ni uno ni otro —le respondo—. Por tanto, no sé si tiene razón. Pero no se enfade si le digo que no creo que tenga demasiada. El yidis es de cualquier manera una jerga, y eso es grave. Una lengua creada a partir de la deformación de otra. ¿No es un origen humillante? Me cuesta creer que estropeando una lengua se pueda crear otra.

—Ahí se engañan usted y sus sionistas. No se trata de una lengua estropeada. Se trata de otra lengua, por decirlo breve y claramente. El yidis suena ridículo solo en boca de los judíos ricos, que tienen *fräulein* para los niños y creen que, hablando un mal yidis, hablan buen alemán. Pero el yidis puro, el yidis sincero del judío sin ambiciones y sin *fräulein,* es una lengua cálida, apasionada. Hay millones de judíos que la hablan, millones

que viven en ella. Para esos millones se imprimen los libros que ve aquí, para esos millones se escribe en yidis, se traduce al yidis, se representa teatro en yidis. Hay una vida entera, hay una multitud entera que tiene su propia elite sin título, sin universidad, que quiere ser informada, que quiere conocer, que quiere pensar. Hay novelistas en yidis, poetas, críticos, ensayistas… y si supiera cuánta belleza encierra esta cultura en jerga que usted desprecia sin conocer, tendría seguramente remordimientos. Por no hablar del folklore del gueto —todo en yidis—, un folklore vivo, siempre creativo, con sus raíces hundidas en la periferia, con cantantes anónimos, con humoristas desconocidos, con héroes, con leyendas, con mitos… dos veces vivos: una vez por la presencia cercana de la vida del gueto y otra por el misterio, más apartado, de la vida de la sinagoga. El realismo del gueto, urbano, nervioso, acelerado, y el misticismo de la sinagoga se unen en este folklore de arrabal judío y dan como resultado algo por lo que, si tienes oído y corazón, merece la pena vivir y morir.

—Sobre todo morir —le interrumpo yo—, porque vivir es complicado. Yo no veo a esos millones de hablantes de yidis. Y en cuanto al arrabal judío, tampoco lo veo. Veo, en cambio, masas enteras de judíos que pasan definitivamente a la cultura del país en el que viven: judíos franceses, judíos alemanes, judíos americanos, judíos rumanos. Hace cien años esa jerga era su lengua. Hoy en día la han olvidado. Mañana sus hijos no sabrán ni de oídas que ha existido alguna vez. ¿Y a algo tan frágil —por hermoso que sea— quiere ensamblar una cultura?

—¿Se olvida de que, afortunadamente, hay también antisemitas? ¿Y de que, bendito sea Dios, hay también de vez en cuando pogromos? Por mucho que te asimiles en cien años, diez veces más hacia atrás te lanza un solo día de pogromo. Y entonces el gueto, pobrecillo, está ahí para acogerte de nuevo.

—¿Por qué el gueto y nos las colonias palestinas? Habla con tanta pasión sobre el gueto como si no fuera un destierro, y con tanta pasión sobre la jerga como si no fuera una lengua prestada. Si se trata de volver, ¿por qué no volver al comienzo de los tiempos, al lugar de donde partimos hace dos mil años? Eso también es difícil. Pero si ha de ser difícil, que sea al menos para siempre.

—¿Dos mil años? ¿Cree que hay algo de esos dos mil años en el sionismo? ¿Cree que los chicos de Jabotinsky, que llevan botas, hacen el saludo militar, montan en bicicleta los sábados y saben decir en hebreo «dame un cigarrillo» o «vamos al fútbol», cree que esos muchachos tienen

algo en común con nuestros dos mil años de sangre? Dos mil años de hogueras, de naufragios, de vida errante llegan hasta nosotros a través de la historia del gueto. Es una historia vivida a la luz de la lámpara. «¡Nosotros queremos el sol!», gritan ellos. Pues que les vaya bien y que se hagan futbolistas. Entonces tendrán suficiente sol. Pero esta lámpara junto a la que hemos leído durante cientos de años, esta lámpara es el judaísmo, no su sol.

—Es usted viejo, señor Sulitzer. Por eso habla así.

—¡No soy viejo! Soy judío, eso es lo que soy.

Estaba equivocado. Abraham Sulitzer es un señor Bergeret solo como esposo, en su relación con madame Roza. Como intelectual, en cambio, en su relación con las ideas, pasa a ser categórico y dominante. En su defensa del gueto no es menos intolerante que Winkler defendiendo el sionismo, ni menos que S. T. H. maldiciendo a ambos. Lo absoluto es su vicio común.

Volví a visitarlo un par de tardes, pero evitamos discutir. Lee admirablemente y le pedí que me leyera algo de sus libros preferidos. Unas horas de lectura de Shalom Aleijem. Un tipo genial y probablemente intraducible. Qué humor tan triste, qué risa tan lúcida, qué sentido crítico tan agudo y meticuloso, todo ello envuelto en la melancolía de la miseria, del miedo…

IX

Ha muerto Baba. A las diez horas de sufrir una angina de pecho. Me enviaron un telegrama y llegué justo a tiempo de apretar sus manos vivas entre las mías: aquellas manos pequeñas, finas y huesudas que no conocieron el reposo un solo momento en setenta años, puesto que incluso en sueños temblaban inquietas.

Le ha costado morir, se ha resistido hasta el final, sufriendo terriblemente y dándose cuenta de todo hasta el último momento, con los ojos abiertos e interrogantes. ¡La implacable lucidez de los moribundos! Una mirada un poco empañada, pero atenta gracias a una tensión suprema

que no le dejaba perderse ningún gesto, ninguna señal, ninguna sombra.

¿A qué se debe tanta resistencia? Viene la muerte, deja que venga. Acéptala.

Me habría gustado que esta anciana nuestra asumiera el final con sencillez y que le hubiera sonreído, en señal de amistad, en señal de aceptación. Me habría gustado que se acordara de la Biblia que me había leído, de sus amigos los patriarcas, de sus esposas resignadas, habría querido que recordara las velas encendidas la noche del viernes, el pañuelo blanco que llevaba al pasar entre los candelabros de bronce, que recordara el pan que había partido con sus manos durante toda una vida, que recordara todas estas cosas simples, todas estas alegrías sencillas y que entrara en la muerte con su aureola hogareña.

¿Por qué resistirse tanto? ¿Por qué tantas preguntas? Parecía aferrarse a cada minuto, parecía pelear por cada uno de ellos.

He revivido la agonía de mi abuelo, aún más atroz, puesto que no fue tan solo un sufrimiento físico, sino un ajuste de cuentas con Dios, una interpelación al destino, una última protesta, un grito.

Pero ella, Baba, con su aspecto de niña disfrazada de abuela, habría tenido que morir de otra manera, más obediente, más leve…

¡Cuánto nos cuesta morir! Ni siquiera eso hemos aprendido en los siglos de muerte que hemos atravesado. Vivimos mal, pero morimos aún peor, desesperados, luchando. Perdemos la última oportunidad de paz, la única oportunidad de salvación. Triste muerte judía de unas personas que, al no haber vivido entre árboles y animales, no han podido aprender la belleza de la indiferencia ante la muerte, su dignidad vegetal. El peor pecado judío tal vez.

… Y la atrocidad del luto hebreo. El velatorio de la noche anterior al entierro, el incrédulo y agotado cabeceo de las mujeres que velan, el lamento del kadish.

Una sola cosa hermosa: la mortaja blanca de los muertos. Podría haber algo majestuoso en esta vuelta a la tierra, un hecho solemne, bueno, generoso. Sin embargo, lo mutilamos con nuestra desesperación, que es sofocante. Nos llaman escépticos, pero no merecemos semejante elogio. He visto cómo se llora en un entierro judío y no conozco nada más desaforado, más lamentable. Aferrarte con tanta tozudez a esta vida, renunciar a todo con tal de no renunciar a ella, sofocarla con tu amor desesperado y creerte perdido cuando la has perdido, qué horrible incapacidad de contemplar las cosas con altura de miras.

Quien se haya apoyado en un árbol alguna vez, quien haya pensado alguna vez con melancolía en su soledad, ha de salir al encuentro de la muerte con el sentimiento de estar, pase lo que pase, por encima de ella, un poco por encima de ella, sonriéndole con indulgencia, con amistad, con una ligera emoción por el reencuentro, con un ligero estremecimiento sensual.

Nuestro duelo es visceral, es tiránico, carece de comprensión. Y aún más grave: carece de amor. De todas las cosas triviales que hay en la sensibilidad judía, este duelo que parece una descomposición es lo más infame. Pero creo que aquí, en el gueto, nos hemos acostumbrado a él. La muerte en la Biblia es un hecho majestuoso.

El dolor de mi madre me deprime. Me irrita incluso, porque me gustaría verla si no resignada, al menos comprensiva. Hemos estado casi a punto de discutir. «Era mi madre y quiero llorarla», me ha dicho con dureza, defendiendo su derecho a llorar. (Tengo a veces la maliciosa impresión de que ha encontrado en el llanto un goce nuevo y que lo busca adrede.)

Soy seguramente injusto, porque sé cuánto amor ha herido para siempre la muerte de Baba, pero es precisamente eso lo que no quiero perdonar, ese amor con derechos más fuertes que la muerte. Ese amor que lucha por retener aquí, atada, una sombra que ya ha pasado al más allá. No existen tales derechos, no pueden existir tales derechos.

Pero hay algo más que me intranquiliza. Tengo la sensación de que aquí está implicada mi libertad personal. No puedo aceptar que un día, cuando me llegue la muerte, pueda dejar tras de mí ese dolor salvaje, sin remisión, sin sentido. No quiero ser amado con tanta intolerancia.

Si mi vida me pidiera un día que la entregara por algo, por una revolución, por un amor, por una tontería, pensar que mi madre sufriría por mí como está sufriendo hoy sería un hecho aterrador. ¿Tiene derecho a sufrir así? ¿No es eso una violación de mi derecho a decidir? ¿No es un obstáculo en el curso de mi destino? ¿No es una terrible presión moral? Se ama de forma demasiado injusta, demasiado agobiante, hasta la asfixia, hasta la indignidad. Hay demasiada abnegación en la familia judía, demasiada efusión, demasiadas renuncias. Un abuso ilícito de los hijos buenos y de las madres dispuestas al sacrificio. Ninguna reserva, ninguna frialdad. Eso conduce irremediablemente a lentos compromisos. Envidio la digna y contenida frialdad campesina: un beso en la mano como despedida

y se van por el ancho mundo. Y la muerte, cuando llega, lo hace también como un pariente.

La única persona de la casa a la que la muerte de Baba no ha trastornado es Mamá Grande. Con sus noventa años, ahí la tienes, sobreviviendo a la otra abuela, mucho más joven y más entusiasta que ella. «Dios no discrimina, hoy ha sido ella, mañana seré yo.» Creo que para ella es lo mismo vivir o morir. Mamá Grande es de la estirpe de mi padre, una familia en la que se muere a edad tardía, de viejo, a los cien años, con placidez, sin pesar. Su muerte es buena y simple. En la rama familiar de mi madre mueren, sin embargo, de forma completamente diferente, y así se ha apagado Baba. Mueren antes de tiempo, con un fogonazo brusco, con una agonía corta en la que sientes cómo se agita por última vez una búsqueda sin solución. Su salud es precaria, nerviosa, mantenida a base de constantes esfuerzos, gracias a la difícil victoria cotidiana sobre una biología cansada. Se trata más bien de una resistencia cerebral, de un continuo acto de voluntad. Un buen día, el muelle interior cuya tensión los sostiene se rompe de pronto. Es una muerte judía.

Los de mi familia paterna no la han conocido y creo que se trata de una verdadera ley familiar, puesto que no existen ejemplos de abuelos o bisabuelos que hayan muerto antes de los noventa años. Es una sangre fuerte que no ha debilitado el talmudismo ni han envenenado la luz de la lámpara y las largas tardes en la sinagoga. Han vivido junto a un río, han vivido entre barcos, entre cereal. En su fuero interno, Baba los despreciaba. Su exceso de salud le parecía, probablemente, una señal de vulgaridad.

He bajado unas cuantas veces al puerto, por la mañana, para ver los nuevos remolcadores que han empezado a llegar. Hay una luz fría e intensa, lavada por el viento y la lluvia. Huele a corteza de sauce húmeda, huele a tallo tierno que brota a través de la nieve derretida. A lo lejos, los montes de Măcin, azules, tienen las cumbres aún blancas.

La sirena de algún barco llama varias veces con el sonido juvenil de un potro que relincha.

Olvidemos, viejo amigo, olvidemos lo que tengamos que olvidar: mira, la estación se renueva.

X

El trabajo en el estudio resulta más difícil cada día. Hace una primavera de una belleza insoportable, ha estallado con violencia, como si tuviera que vengarse por los cinco meses de invierno y las ochenta nevadas que hemos soportado. Aguanto las mañanas en clase con la esperanza puesta en la hora de libertad del mediodía, que me aguarda como una recompensa. Las calles parecen más amplias; las casas, blancas; las mujeres, deslumbrantes. Hay una sensación de desnudez general.

Pero la vuelta al estudio lo oscurece todo, anula la primavera. La arcilla es pegajosa, la plastilina huele mal, el aire tiene la frialdad de una bodega húmeda. Trabajamos todos enfurruñados, irritados, sin ganas. He torturado una bola de plastilina durante cuatro horas y no he conseguido sacar nada de nada. Por la tarde, ha pasado Marga para llevarme a dar un paseo y eso, al menos, ha compensado todo, ya que hemos caminado mucho, muy lejos, hasta Băneasa. Hemos visto unos cuantos aeroplanos que hacían maniobras de despegue y aterrizaje. Marga, que no había visto hasta entonces un aeroplano de cerca, ha disfrutado muchísimo, como si fuera un espectáculo milagroso.

Corría por el campo tras la sombra del avión, una sombra ancha, de pájaro grande que volara bajo, a unos pocos metros del suelo, y gritaba victoriosa cada vez que conseguía pisar con la punta del zapato la cola de aquella sombra veloz.

Después, cansada, se ha dejado caer entre mis brazos, resollando con la cara enrojecida y el cabello alborotado por la brisa suave de la tarde, sin fuerzas para reírse todo lo que habría querido, pero feliz, exuberante, bulliciosamente feliz.

Anochecía lentamente, como el ondear de una bandera, y hemos regresado a la ciudad fatigados por haber respirado tanto.

—Quédate a dormir conmigo, Marga.

Se lo he dicho con tanta sencillez que ha comprendido que no bromeaba. Ha retirado su mano de la mía, sin brusquedad pero con decisión. Es, a pesar de todo, una chica virtuosa y contra eso nadie puede hacer nada.

Su resistencia moral es más fuerte que el milagroso crepúsculo de abril.

«Resistencia moral» es mucho decir. Es realidad, es algo más que virtud: es la imposibilidad de perder. En algún sitio de su conciencia de

chica sensual y amorosa, hay una voz que le pregunta: «Y luego, ¿qué?». Esto se llama previsión y se llama también mediocridad.

No pongo en duda su pudor ni su pasión. Solo que ambos son igualmente modestos. No tiene suficiente pudor como para resistirse a los abrazos. No tiene suficiente pasión como para ceder por completo a esa pasión. Queda siempre una última reserva de prudencia que frena la efusión donde debe.

He visto a jugadores de ruleta desfigurados por la pasión, pero no me parecieron los más abyectos aquellos que se entregaban como locos al juego y lo perdían todo, el dinero, la palabra y la vida, sino los jugadores timoratos, que temblaban con cada ficha, que hacían cálculos infinitos cada cinco minutos y dejaban de jugar en el momento en que alcanzaban una cifra «razonable» de pérdidas. La mediocridad en el vicio me parece la más deshonrosa de las mediocridades.

Hay algo de esa moderación timorata en los titubeos de Marga, y la sensación de que en los momentos en que mejor nos entendemos haya tomado ella, como se dice, «todas las medidas», me descorazona.

Sé que de ahora en adelante cualquier gesto apasionado queda excluido, cualquier espontaneidad truncada.

Me gustaría ser un vulgar donjuán de arrabal, galante hasta que seduce a su amada e ingrato después. Marga tendría todas las excusas y serían, no obstante, insuficientes. Porque no se trata de mí, no se trata de lo que pueda dar yo a cambio, sino de lo que pueda perder ella con indiferencia, con ligereza, con una total falta de reservas. En el amor nadie vale más que lo que puede perder.

Estoy cansado de mí, estoy fatigado de ella. Vamos a separarnos. Es una buena chica y será una excelente esposa. Forma parte de un pueblo de esposas.

No consigo recordar si hay en la Biblia alguna amante, alguna querida. Me parece que solo hay madres, hermanas y esposas. Es muy bonito, pero un poco asfixiante.

Creo que de aquí, de esta lenta descomposición en demasiados afectos, viene el gusto judío por la soledad, la nostalgia de estar a solas con uno mismo, como una piedra. Pienso con envidia en la suprema insensibilidad de las cosas, en su extrema indiferencia.

TERCERA PARTE

I

Desde la estación, adonde he acompañado al maestro para que tomara el tren a Brasov, he vuelto andando hasta la obra.

—Quién diría que hay aquí cinco años de trabajo…—me ha dicho él por el camino, en el Colţul Ursului, desde donde se ven todavía, por encima de los pozos, algunos de nuestros tejados. Lo ha dicho con bastante desafección y no me ha dado la impresión de que esperara de mí una réplica melancólica. Por lo demás, tampoco es su estilo.

—En efecto, cinco años —he corroborado yo escuetamente.

En la estación, antes de que llegara el tren, le he resumido de nuevo el plan de trabajo para la semana siguiente, le he pedido que firme unos cuantos papeles y he intentado plantear de nuevo la cuestión de la villa Rice; confiaba en conseguir de él, con las prisas de la partida, una predisposición más conciliadora.

—Podríamos esperar siquiera unos días, hasta que vuelva Ralph.

—No, ni una hora de espera. Los trabajos tienen que seguir como los hemos empezado, ¿entiendes? Te hago responsable de cualquier retraso y no acepto excusas. Que trabajen aunque llueva. Dile esto mismo a Dronţu.

A continuación, como ha hablado en un tono tan desabrido, me ha tomado del brazo y ha añadido en voz bruscamente baja:

—Nosotros trabajamos así. Si a Rice no le gusta, no tiene más que derribarlo. Pero nosotros trabajamos así.

Nos hemos separado conformes.

Quedaba aún un buen rato de luz y sentía la necesidad de pasear solo. Le he dicho al chófer que se fuera y que le dijera a Dronţu que yo llegaría tarde a la cena.

¡Cinco años! No había pensado nunca en ellos, no los había contado nunca. La reflexión del maestro volvía ahora a mi cabeza como el descubrimiento de algo completamente nuevo. Cinco años. Los recuento, me han caído cinco años más encima.

Vuelvo a ver aquel día lluvioso de marzo, cuando nos apeamos del coche, en medio de Uioara, el maestro y el viejo Rice, Dronţu y yo,

rodeados por unos cuantos críos asustados; el pueblo entero, encerrado en las casas, nos espiaba detrás de las ventanas y las cortinas. Rice no nos había advertido de que nos adentrábamos en una zona abiertamente hostil. Solo conocíamos vagamente, por los periódicos, los conflictos de la Explotación Minera Rice S.A. con los campesinos, antiguos propietarios de la concesión. En cualquier caso, estábamos lejos de saber el alcance de esos conflictos. Quizá ni siquiera Rice se hubiera dado cuenta de la gravedad de la situación, porque había firmado una serie de cheques y estaba seguro de que así lo había resuelto todo. Este americano huesudo no va a perder nunca su espantoso aire de hombre que puede decir en cualquier momento, en cualquier sitio, a cualquier persona, «¡lo pago!».

Había algo inquietante en aquel primer paseo nuestro por la comarca. Rice, tranquilo, con las manos en los bolsillos, el maestro de obra sumido en un silencio interrogante. Dronţu, curioso, contemplando con perplejidad aquella callejuela desierta que solo alguna gallina asustada cruzaba de vez en cuando, señal de que, sin embargo, aquellos lugares no estaban muertos del todo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Dronţu al azar, por si le oía alguien.

No respondió nadie y nuestro paseo siguió en medio de ese silencio petrificado, hasta mucho más allá de los límites del pueblo, desde donde empezaban a verse, a unos tres kilómetros, las torres de los primeros pozos.

A pesar del extraño recibimiento, a pesar de la llovizna que nos azotaba el rostro, a pesar de todo el barro del camino, el paisaje era hermoso. Enormes cúmulos de tierra negra recién extraída de la ladera de la colina, grandes cantos rodados, travesaños, troncos de árbol cortados… todo mezclado como si hubiera pasado un arado gigante.

Soplaba un viento frío y fuerte, con un penetrante aroma a vegetación húmeda, más intenso que el olor a petróleo y a carbón quemado.

En las plataformas se oían martillazos y el chirrido suave, casi musical, de una sierra. Los sonidos se distinguían claramente, arrastrados por el aire fresco de marzo.

El maestro echó una mirada alrededor, una primera toma de contacto, y comprendí al instante que el trabajo le interesaba. Realizó allí mismo unos bocetos, tomó algunas fotografías (aún hoy me admira la rapidez con que sabe descubrir un punto de vista interesante en un terreno) y apuntó unas cifras, guardó los papeles y los clichés en el maletín y nos dijo, lacónicamente, a modo de conclusión: «Ya veremos».

A la vuelta, en el coche, le pedí a Rice algunas aclaraciones sobre la

gente de Uioara.

—No los he visto nunca —me confesó—. Me rehúyen y yo tampoco me muero por su afecto. Les he pagado las tierras hasta el último céntimo, según los informes periciales. ¿Qué más quieren? Son testarudos y estúpidos.

—Debe de ser por los ciruelos —intervino en la conversación Marin Dronţu.

—¿Qué ciruelos?

—Los ciruelos. ¿No los habéis visto? Están blancos de arriba abajo. No sé qué diablos les ha caído encima: ceniza, polvo de carbón… No sé qué será.

—Es *spülung* —nos aclaró Rice—. El material que se utiliza para perforar los pozos. El invierno pasado hicimos la primera prueba en la sonda A19.

—¿Y no se podían salvar los ciruelos? —dijo ásperamente Dronţu, para sorpresa de todos.

—Chiquilladas, hombre. Se ve que no sabes demasiado sobre la industria petrolera. Esos son riesgos inevitables. Y mínimos, además. ¿Qué es, en definitiva, un ciruelo?

—¿Ves? De ahí viene tu enfrentamiento con la gente de Uioara: no sabes qué es un ciruelo.

He recordado estas palabras de Dronţu muchas veces desde entonces, pues no hubo conflicto ni proceso judicial en la región que no surgiera de estos pobres árboles que él vio, desde el primer día, con su ojo de campesino en una primera generación de intelectuales.

—Mira, hombre, ese asunto de los ciruelos es gordo —dice todavía hoy si por casualidad nos encontramos por los pozos con alguien de Uioara la Vieja que nos mira fijamente con el ceño fruncido, calándose bien la gorra de piel para que observemos que no nos saluda.

Rice no entiende nada.

—Esta gente está loca —grita él.

—Completamente loca —corrobora el maestro—, pero tienes que tener en cuenta su locura.

Me río todavía, tanto tiempo después, cuando recuerdo la cabeza del viejo Ralph en abril, hace cinco años, en la oficina de la Piaţa Rosetti, cuando el maestro le expuso las propuestas preliminares.

Se realiza una nueva evaluación de los terrenos objeto de concesión y

se distribuye un suplemento de compensación. Se desplaza el pueblo de Uioara unos kilómetros a la derecha, desde su emplazamiento actual hasta el cauce del Ursu, y se le concede un emplazamiento nuevo en ese punto. Se tomarán medidas para la protección de todos los huertos que se encuentran más allá de esta línea y se repararán los daños causados por el *spülung* y el petróleo; se colocan así al abrigo de futuros daños.

Se compra de nuevo el actual terreno del pueblo de Uioara de manos de los campesinos concesionarios y queda en poder de la sociedad para todas las construcciones necesarias en el futuro: refinerías, almacenes, oficinas, casas para ingenieros y empleados, caminos hacia los pozos y las sondas. El pueblo de Uiora desaparece del mapa en su asentamiento actual y es reconstruido en el valle del Ursu, de tal manera que entre los pozos y el cuartel general de la Sociedad no haya nada que los separe.

«Absurdo», gritaba Rice. «Absurdo», gritaban con él todos los ingenieros de minas.

Lo cierto es que el plan del maestro de obra era delicado. Los riesgos eran, sin duda, inmensos, y las posibilidades de éxito, discutibles.

En cualquier caso, Rice las discutía. ¿Cómo olvidar las disputas en el despacho del viejo, donde noche tras noche, hasta las tres o cuatro de la mañana, el capataz, nervioso por el café y el tabaco, argumentaba con láminas, con bocetos, con cifras, mientras Rice lo escuchaba furioso y taciturno, midiendo la habitación de una esquina a otra, poniendo el grito en el cielo unas veces y dando un puñetazo en la mesa otras, cuando sabía que no tenía repuesta? Era apasionante y agotador.

La plana mayor de los especialistas estaba indignada por que un arquitecto, un profano, se permitiera semejante osadía en un asunto que ni entendía ni le concernía.

—Le hemos llamado para que se ocupe de la construcción de la explotación propiamente dicha. Para que levante una refinería, un edificio de oficinas y una serie de casas. Eso es todo. ¿Qué le importan el petróleo, el *spülung* y los pozos?

—No me importan sus pozos. Me da lo mismo que saquen de ahí petróleo, aceite o suero. Pero no puedo edificar en retazos de tierra. Necesito terreno y espacio. Y, sobre todo, no puedo construir una ciudad industrial en un pueblo de viticultores. Y tampoco puedo levantarla a la

derecha del pueblo, no estoy tan loco como para dejar entre los pozos y la ciudad una franja con campesinos a los que ustedes van a envenenar en un año o dos o diez, a ellos y sus ciruelos, hasta que un buen día, hartos del humo, les prendan fuego ellos a ustedes y a los pozos con los que juegan a sacar petróleo…

La discusión se alargaba hasta el amanecer, sin llegar a ninguna conclusión y con todos los participantes roncos.

Cada punto del plan fue ganado y perdido diez veces. Todo lo que aceptaba el viejo Ralph por la noche, lo descartaba al día siguiente, una vez recuperadas las fuerzas. Un día, cuando todo parecía más lejos de la solución que nunca, aceptó todo, firmó todo, cedió en todo. A comienzos de mayo empezamos a excavar. Se han cumplido cinco años…

¡Qué difícil ha sido y qué sencillo también! Lo que más me gusta de la arquitectura es la simplificación progresiva de las ideas, la organización del sueño. A pesar de la precisión de los planos iniciales, siempre hay algo nebuloso en el inicio de cualquier construcción, porque esa precisión es solo técnica y resulta abstracta, pero el sentimiento de lo concreto, de la realización, no llega hasta más adelante, una vez que la vida haya empezado a colaborar con tu trabajo. No reconozco en estos cinco años de trabajo más que el esqueleto de los planos del maestro. El resto ha llegado por sorpresa, por resistencia, por accidente.

«Se desplaza unos cuantos kilómetros hacia la derecha el pueblo de Uioara, hasta el cauce del Ursu.» Era fácil de decir. Hasta cierto punto, incluso fácil de hacer. Pero intervinieron resistencias con las que no contábamos, supersticiones, fuerzas latentes que no habían entrado en ningún plan y que nos obligaron a tenerlas en cuenta. Tampoco Uiora la Nueva es exactamente el pueblo que había proyectado el maestro, un trasplante de la antigua población, una aldea de viticultores aislada por los pozos de Rice, ni Uioara la Vieja ha sido sustituida completamente por edificios industriales. Hubo unos cuantos viejos maniáticos que no aceptaron de ninguna de las maneras ceder su antigua ubicación y se quedaron como tontos, con sus ciruelos azotados por oleadas de petróleo y *spülung,* pero en esta parte, en Uioara la Nueva, hubo algunos jóvenes inquietos que no querían saber nada de la viticultura y bajaron al valle, a los pozos, a trabajar en el crudo. Una corriente doble e inversa que transforma toda la región, trastorna los antiguos asentamientos y precipita

nuevos procesos de transformación social… Todo ello demasiado complicado como para verlo con claridad por ahora.

En los tribunales y los juzgados ha descendido el número de procesos judiciales, pero, de todas formas, quedan unos cuantos. Rice paga siempre, pero no deja de verse envuelto en juicios. Hay algunas discrepancias locales de una tenacidad que nada conseguirá vencer, salvo quizá, más tarde, la muerte.

Más de una vez ocurre que se rompe un cristal o dos en la refinería o en las oficinas. ¿De dónde caen esas piedras? ¿Quién las lanza? ¿Por qué? Por regla general, la investigación no llega demasiado lejos. Es más prudente. De aquí a veinte años, todo estará olvidado, irrevocablemente olvidado.

Entre tanto, nosotros construimos. La refinería estuvo lista hace apenas dos años. Me siento abrumado cuando pienso que he formado parte de su construcción. Las oficinas han ido rápido, las casas han ido infinitamente más despacio. Creo que el año que viene, en verano, habremos terminado todo. Hemos trasladado nuestra cabaña y la obra hacia los márgenes, siempre hacia los márgenes de esta pequeña ciudad que se ha levantado junto a nosotros. ¡Cinco años! Nunca habría dicho que hubiesen pasado tantos.

Ha entrado el turno de noche en los pozos. Desde aquí, desde el umbral de la cabaña, se ven muy bien los faroles de los que regresan al pueblo. No ha llovido desde hace un par de semanas, y la noche está serena y azul. Por la parte de Ploieşti, el cielo está blanquecino. Debe de hacer un calor horrible por allí. Los periódicos hablan de cuarenta grados en Bucarest.

¡Qué extraño me resulta el canto de los grillos aquí, entre las chimeneas de la fábrica, los pozos, las cisternas, los muros de la factoría!

A veces brinca un saltamontes entre las piedras y desaparece por ahí. Todavía no hemos exterminado la flora ni la fauna de la zona. La hierba crece furiosa dondequiera que encuentre dos pulgadas de tierra libre. El otro día, Marin Dronţu vio una ardilla por su casa y se santiguó («¿De dónde ha salido, eh, de dónde?»).

Por el momento queda la herencia de varios siglos de vegetación. Desaparecerá, también esto desaparecerá. Nada queda intacto allí donde descabalga Ralph T. Rice.

Las noches de aquí son dilatadas, serenas, amistosas. No tengo prisa

por acostarme. Leo un poco, paseo un poco y paso mucho tiempo tumbado en la *chaise-longue*, «en las estrellas», como dice irónicamente Dronţu. Habíamos quedado en ir hoy adonde los jóvenes Dunton, a escuchar música. Han recibido discos nuevos desde Inglaterra. Pero me da pereza, me da pereza.

Creo que Dronţu tiene una cita en Uioara. Una nueva conquista amorosa.

—Hay unas chicas como rosas, amigo mío.

—Vas a convertirte en el terror de las mujeres, Marin.

—Pues lo seré, ¿por qué no? ¿Hay fuerza? Hay.

Dos veces por semana se escapa hasta la ciudad para comprar polvos y perfumes para «las chicas y las esposas». Tiene debilidad por los polvos de maquillaje rosas y el perfume de tabaco. Toda Uioara la Nueva huele a perfume barato.

Sería fácil saber, por el olor, por qué casas ha pasado y ha hecho conquistas nuestro Marin.

Foaie verde-a bobului
Mult eşti mic şi al dracului[9]

Le oigo cantar en su habitación y me alegra su alegría. Dentro de unos minutos saldrá «de punta en blanco», con cuello duro, corbata roja, el bastón en la mano, y me dirá una vez más, antes de salir:

—Chico, a mí no me interesa nada la Marjorie esa que os tiene a todos locos, no me interesa nada de nada, porque si quisiera, la volvería loca por mí. En tres días, listo. Le haría seguirme como un corderito. Pero no me gusta, hombre, no me gusta, es sosa y tiene ojos de gato. ¡Vaya hombres estáis hechos! Unos criajos, eso es lo que sois.

He necesitado tiempo para conocer y querer al Marin este. Al principio no entendía qué hacía en el equipo del maestro. No sé si ha realizado grandes gestas en arquitectura. Un buen chico, con los estudios justos para obtener el título, era sin duda de utilidad en la oficina. Poco útil en el taller, donde le aburren los cálculos y los planos, y mucho más en la obra, donde lo ve todo y lo hace todo. De cualquier manera, mi asombro no fue menor al encontrármelo en el despacho del hombre más refinado que conozco.

Mircea Vieru es un cartesiano extraviado por Bucarest.

Marin Dronţu es un seminarista extraviado en la arquitectura. Seminarista por su forma de pensar, por las supersticiones, por su testarudez. «Un hombre de una pieza», como se dice de manera elogiosa, un elogio que Mircea Vieru debe de odiar, él, que está hecho de mil piezas, es decir, de mil matices.

Sin embargo, a Marin lo acepta de buen grado. Y Marin (de quien he aprendido a llamar a Vieru «maestro», ya que al principio me costaba llamarle otra cosa que «señor») lo quiere con sumisión, como a un amo. «Es un boyardo», me dijo una vez sobre el maestro con un cierto respeto sobrecogido, y esta palabra hizo que me cayera simpático, ya que entendí que si Vieru es ciertamente un boyardo, Dronţu es, a su vez, un campesino, no un petimetre como se afana por parecer, con sus ordinarieces, con su humor tosco, con sus corbatas de tres colores.

Más adelante, cuando me contaron los demás la historia de la capilla que ha levantado en su pueblo, en Gorj, con el dinero ahorrado día a día, en su pobreza, cuando conocí la orgullosa inscripción que grabó allí, en la piedra, pensé que, sin embargo, hay en él algo que supera con mucho su vocación de casanova con éxito entre «las solteronas», como dice él mismo, orgulloso de sus propias conquistas.

Levanté esta capilla yo, Marin Dronţu, hijo de Niculae Dronţu, que nació en este pueblo, como su padre y su abuelo y todos sus antepasados.

Convertido en un hombre de ciudad, Marin Dronţu arrastra un desprecio ancestral por los nuevos ricos. Creo que de ahí viene también su tosquedad profundamente afectada, para hacer notar que se burla de las «finuras y carruseles», expresión con la que liquida definitivamente todo lo que en la vida no pueda decirse con claridad y en tres palabras. Me agota a veces su insistencia al definirse: «Yo soy un aldeano, hombre». Eso es también un exceso de coquetería. Hablar correctamente le parece a Dronţu empezar a comportarse como un ricachón. Los errores gramaticales en su forma de hablar son casi una cuestión filial: a través de ellos muestra una y otra vez que él sigue unido al surco y que se burla de toda nuestra sensibilidad. «Está fresca *lagua,* están *güenas* las mozas, pega fuerte *la calor.*» Cuando se sorprende a sí mismo, sin darse cuenta, hablando correctamente, se corrige de inmediato. Su elegancia personal es la tosquedad, suavemente rematada con una sonrisa, para que se vea que, si quisiera, podría comportarse de otra manera, solo que no quiere…

A todo esto se suma su extraordinario mal gusto, sus combinaciones incomparablemente pintorescas. Si viste por la tarde una chaqueta negra,

es seguro que se pondrá botas amarillas. Si su corbata es azul, el pañuelo será indefectiblemente rojo. Si lleva un impermeable, elegirá sin duda un sombrero de hongo. Es un mal gusto imaginativo y enérgico. Creo que es señal de salud y de reconciliación consigo mismo. Marin Dronţu no tiene dudas, no se hace preguntas, no busca secretos. En Bucarest tiene incontables «amantes», una en cada barrio, las lleva al cine, les compra cacahuetes y, por sus cumpleaños, les regala claveles y un tarro de crema Flora. Aquí se acuesta con las mozas y las esposas de Uioara. Cuando lo abruma alguna pena amorosa, «canturrea» una canción de su pueblo, de Gorj, y enseguida se le pasa.

El domingo fue a la iglesia del pueblo y cantó desde el coro, como un maestro. Tiene una voz cálida de niño grande. Cantaba con seriedad, de todo corazón, transido de solemnidad. Al salir, le di la mano y lo felicité por lo bien que lo había hecho. Se ruborizó y, por primera vez, lo vi cohibido por mis cumplidos.

En la estación de Câmpina, mientras esperaba el correo que me había anunciado por teléfono el maestro desde Braşov, divisé en una ventanilla a Marga con su marido. Sigue siendo guapa, lo cual me alegra por el pasado, pero la amenaza un ligero sobrepeso, lo cual me alegra por el futuro.

Cuando respondió a mi saludo con la misma atenta inclinación de cabeza que conocía de nuestros viejos tiempos, recordé de repente que yo estuve enamorado de esa chica y me sorprendió el hecho especialmente cómico de que ahora seamos unos desconocidos, separados por la ventanilla de un tren como por la frontera del mundo.

El correo llegó con el siguiente tren. Lo maldije mil veces. Tuve que pasarme dos horas hablando de política con el jefe de estación.

Marjorie Dunton ha venido a la obra esta mañana. Yo estaba cubierto de polvo, con las manos sucias, desgreñado, y no he querido bajar. Me ha saludado a gritos desde abajo.

—Te esperábamos anoche con los discos nuevos. Eres un desertor.

—Tenía trabajo, discúlpame. Si me recibes, voy esta noche.

—Lo siento, esta noche no. Vamos adonde los Nicholson. Phil les ha prometido una partida de *bridge*. Ven tú también.

Iba vestida de blanco otra vez. Marin Dronţu tiene razón: el blanco no

le va. Como es increíblemente rubia —un amarillo pálido como la panocha del maíz— los colores claros la hacen inexpresiva. Al sol, sus ojos verdes se tornan violetas, las mejillas pierden su contorno, que generalmente se oscurece hacia la comisura de los labios; no se le nota el arco fino de la línea del cuello que conozco tan bien.

He estado contemplándola un buen rato mientras se alejaba, saltando con descuido de piedra en piedra, entre ladrillos, escombros y yeso.

Me he preguntado muchas veces qué clase de vida lleva Marjorie Dunton. No está enamorada de su marido, tampoco él de ella. Al menos eso está definitivamente claro entre ellos. Comparten unas cuantas aficiones que hacen su vida en pareja agradable: la música, la natación, el esquí. Tienen además unos gustos exclusivamente personales: él, el *bridge,* y ella, las novelas.

Suficiente para un matrimonio formado por dos personas tan inteligentes. Sin embargo, me cuesta creer que solo con eso se pueda asentar una vida. A Phil le queda siquiera el laboratorio de la refinería, donde puede dedicarse a sus trabajos y experimentos. ¿Pero Marjorie?

El joven Dogany sufre en vano. No creo que Marjorie llegue a enamorarse de él. No creo que llegue a enamorarse de nadie. Lo digo con cierta tristeza, pero también con cierto placer, ya que me pregunto si no sufriría yo un poco si la supiera en brazos de un desconocido. No sé cómo explicarlo, porque nunca he albergado esperanzas de ningún tipo más allá de nuestra buena camaradería.

Hace tres años, cuando vinieron aquí los Dunton, mi primer encuentro con Marjorie me intimidó. Me daba miedo lo que pudiera pasar. Tenía tanto trabajo… y Dios sabe que lo último que necesitaba eran líos amorosos. Las cosas se aclararon por sí solas. Marjorie es una excelente camarada.

Por aquel entonces yo estaba leyendo *Cumbres borrascosas,* de Emily Brönte. Recuerdo que le hablé del libro con entusiasmo, sobre sus pasiones, sobre sus impresionantes protagonistas. Ella conocía el libro, pero no le había gustado.

—No me gustan los libros febriles —me dijo—. Si te interesan las hermanas Brönte, te recomiendo a Charlotte. Es más sencilla, más «mujer de su casa», más tranquila.

Me prestó *Shirley,* la novela de Charlotte Brönte, que me gustó

muchísimo entonces, desde las primeras líneas. Era reconfortante, transparente, con una cierta ingenuidad juvenil en la que yo intentaba reconocer a Marjorie Dunton. La felicité por su buen gusto, que volvería a comprobar más tarde, en muchas otras ocasiones, en la literatura y en la música.

Una vez le pregunté si no tenía intención de escribir. Se echó a reír. «¡Qué ocurrencia!» Sin embargo, cuando en invierno me envía alguna carta a Bucarest, me asombra la viveza con la que sabe contar un suceso intranscendente, evocar una imagen, deslizar con descuido, entre líneas, una pequeña confesión.

Me había pasado todo el día trabajando y, cansado como estaba, no me habría imaginado que me quedaría hasta tan tarde en casa de los Nicholson. Esta gente ha conseguido crear aquí, en Prahova, en Uioara, una auténtica vida social.

Debe de ser el estilo de su casta. Al principio me resultó en cierto modo cómica la perseverancia con que conservan las manías mundanas en este rincón perdido. Marjorie se viste de forma caprichosa solo por las mañanas. El atuendo vespertino lo respeta, sin embargo, a rajatabla. Los hombres llevan siempre traje oscuro para la cena. He intentado una revolución a favor de la camisa de manga corta y el cuello desabrochado, pero he perdido.

Eva Nicholson me dijo una vez algo estúpido y emocionante al respecto:

—Hace mal en reírse. No es simple frivolidad. Es algo más serio: es cuestión de dignidad; más aún, es cuestión de salvación. Si, por el hecho de estar solos, por el hecho de que no nos ve nadie, cediéramos hoy uno de los detalles que usted llama nuestras manías sociales, y mañana otro, y pasado mañana otro, nos despertaríamos un día en la más horrible de las promiscuidades. Sería insoportable. Sin traje oscuro y sin vestido de noche nadie puede estar verdaderamente solo. La soledad es algo muy delicado y merece sacrificios.

Debo reconocer que, aunque no alcanzo a comprender del todo el razonamiento de la señora Nicholson, estas veladas tan estrictas por lo que a la vestimenta respecta son gratas y acogedoras. Gozas de una sensación de libertad, de bienestar, de elegancia sencilla.

Marjorie interpretó al piano algo de Déodat de Séverac, el *debussy* que

ha descubierto hace poco. Resultaba gracioso ver al joven Pierre Dogany escucharla apoyado en una esquina del piano, visiblemente triste y feliz. Su cabeza tiene unos curiosos rasgos, al mismo tiempo mongoles y semitas. Es francamente guapo este chico, y su amor no correspondido por Marjorie lo hace muy simpático. Marjorie lo miraba fijamente, con lealtad, como si le dijera: «No es nada, Pierre, ya se te pasará, ya verás como se te pasa». A finales de septiembre tiene que volver a Budapest para los exámenes y ya lo noto afligido ante esa idea.

Nos marchamos tarde, juntos, y acompañamos a los Dunton hasta su casa. Después, me acompañó un poco hacia mi cabaña. Me recitó unos versos de Ady Endre[10] que no quiso traducirme. Le temblaba la voz y noté que estaba furioso consigo mismo por ello.

Al entrar en la habitación debí de despertar a Dronţu, quien, medio dormido, no dudó en gritarme una vez más:

—¿Ves cómo desaprovechas las noches? Os va a derretir la Marjorie esa. ¡A ver si encuentra la horma de su zapato de una vez por todas! Y decís que sois hombres…

¡Qué sorpresa encontrarme con S. T. Haim en el casino de Sinaia! Reventó una cañería en la obra, justo en la zona donde trabajo yo, y me vi de repente libre unas cuantas horas. No tenía ganas de hablar ni de leer y como Hacker, el alemán de contabilidad, se iba con el Ford hacia Predeal, donde tiene una hija enferma, le pedí que de camino me dejara en Sinaia.

No ha cambiado mi viejo S. T. H. Menudo, de cabello rubio y rizado, ojos vivos, extraordinariamente inteligentes, el oído atento, dispuesto a escucharlo todo, el rumor de una sonrisa o el latido del pulso, agitando sus manos, que tiemblan por los muchos gestos que pugnan por expresarse. «Tiene demasiados gestos y solo dos manos», decía en otra época Winkler.

Había desaparecido por completo en los últimos años. No recuerdo haberlo visto más de dos o tres veces, de lejos, por la calle. Abandonó el país, viajó mucho, ha tenido varias historias de amor y ha hecho unos cuantos negocios afortunados. Trabaja ahora para unas cuantas empresas extranjeras de maquinaria muy rentables, creo. Su tesis doctoral en matemáticas causó cierta sensación en la universidad, pero han pasado desde entonces tres o cuatro años y tengo la impresión de que las matemáticas ya no le interesan.

—Yo también soy como esas jóvenes judías que interpretan con

emoción a Beethoven y Schumann, hasta que un día se casan, dejan el piano, olvidan la música, engordan y tienen hijos.

Noté que afirmaba eso para evitar mi pregunta, pero que, en realidad, no se creía nada de lo que estaba diciendo. Además, era injusto consigo mismo, ya que el dinero, por mucho que tenga, no ha modificado en absoluto su aire de hombre libre, capaz de perderlo todo y empezar de cero, ese aire un poco infantil y atolondrado que las personas con vida interior conservan incluso en la riqueza, señal de que esa riqueza, si bien no les resulta indiferente, en ningún caso es imprescindible para ser lo que son. La despreocupación es el humor de la elegancia, y no conozco a ningún verdadero intelectual que, siendo elegante, no tenga humor. S. T. H., en cualquier caso, lo tiene. Las camisas de seda, las chaquetas de franela inglesa, los zapatos finos y resistentes, la corbata con estampados delicados… No solo no se deja intimidar por todo esto, sino que lo trata con bonhomía, como si fueran unas bagatelas divertidas.

Paseamos por las salas de juego y por el parque, muy contentos ambos por el reencuentro. S. T. H. conocía las obras de Uiora y parecía bien informado.

—Muy interesante todo lo que está tratando de realizar Vieru allí. Vosotros trabajáis para nosotros. Convertís en proletaria una región entera. Estáis haciendo algo aún más grave: disolvéis la oposición campesino-proletario. Otro prejuicio que desaparece. No existe, amigo mío, no puede existir, en la lucha abierta por la revolución, una reacción rural. Para mí no hay campesinos. Conozco obreros y patrones. No importa en qué trabajen o qué posean. Ya sea en las fábricas o en el campo, el problema de clase es el mismo.

No intenté contradecirle, pero me sonreí al encontrarlo, a pesar de los años, igual de tenaz en sus tics marxistas. Tan solo le dije, como de pasada, que las cosas no eran tan simples, que si estuviera en Uioara entendería que el proceso es más complejo y más profundo, que el binomio campesino-proletario no me parece solo un prejuicio y que, en cualquier caso, nosotros estábamos lejos de haberlo disuelto, así que no tenía por qué felicitarnos. Me habría gustado hablarle del «punto de vista de los ciruelos», sobre el cual me he visto obligado a reflexionar tantas veces desde que llegué a Uioara, pero sabía que se enfadaría y yo no tenía ganas de discutir. Estaba disfrutando del paseo en su compañía y no quería estropear ese momento de felicidad. Pasamos a otros asuntos —libros, mujeres— y me alegró comprobar lo sensible que es este muchacho en

cuanto lo sacas del marxismo y la dialéctica. Le pedí que viniera a visitarme un día a los pozos, pero me dijo que no era seguro que se acercara, ya no estaba solo en Sinaia. Se trataba probablemente de una mujer, pero no le pedí detalles. A juzgar por la vacilación con que hablaba, me sorprendería que no hubiera un amor de por medio. Él mismo sentía, al parecer, la necesidad de justificarse, porque me dijo de repente, con un cierto cansancio en la voz:

—Libros, amores, dinero… Todo es provisional. Me aburriría sin ellos. Espero algo más, algo más… Pero aún no ha llegado el momento oportuno. Estamos viviendo un año estúpido, un año de prosperidad. Espero la crisis. Con ella todo se viene abajo, todo se hunde. Ahora hay demasiado dinero, demasiados excedentes, demasiado optimismo. Ya veremos qué pasa en 1930, en 1931. Entonces tendrán que elegir. Hasta entonces, yo descanso. No soy ni un sentimental ni un mártir. No iré a Jilava[11] por la poesía. El momento eficaz es un momento de convulsión. Hace seis años, cuando nos conocimos, hubo uno, pero pasó y lo perdimos. Retornará algún día y ese no lo perderemos.

Anochecía. El sol incendiaba los ventanales del casino con una luz violenta como las ascuas. Al parecer, ambos pensamos en lo mismo, en el significado de aquel rojo llameante, porque los dos levantamos a la vez la mirada hacia el otro.

—Creo que estás equivocado. Y si no lo estás, peor.

Había un montón de mujeres hermosas en el parque, un montón de vestidos blancos. Nos separamos como amigos.

S. T. H. tiene vocación por las ideas generales. Yo perdí la costumbre hace mucho tiempo. ¿Cuánto hará que no mantengo una discusión con argumentos, con problemas, con principios? Podría decirse que me estoy embruteciendo. Pero la vida ahora es así de simple, así de llana…

He recordado mi cuaderno azul de 1922. ¿Dónde estará? En casa, quizá, en algún cajón, en algún baúl. Tengo que buscarlo un día, aunque creo que será embarazoso volver a leerlo. Cuántas tonterías, Dios mío, cuántas tonterías debe de haber en él… Pero quizá no sea todo culpa mía. S. T. H. tiene razón: era un momento convulso. Esperaba las indicaciones de la calle, pero en la calle no había más que confusión, sandeces borrosas, vértigo. Me refugiaba entonces en mis problemas de conciencia, también sombríos, pero reconfortantes. El juego era fácil y me ofrecía además la

ilusión de una cierta superioridad íntima. Lo reducía todo al drama de ser judío, lo cual es siempre una realidad, pero no tan predominante como para anular o superar los dramas y las comedias estrictamente personales. Creo que me encontraba a un paso del fanatismo. Fue una buena decisión interrumpir mi diario. Escribiendo alimentaba mi estado febril. Desde que renuncié a aquel cuaderno y dejé que los días pasaran a su antojo, sin comentarios, sin refugios, las cosas fueron asentándose poco a poco, simplificándose, apaciguándose.

El viejo Ralph regresó el jueves del extranjero y vino directamente a los pozos desde la estación. Por lo visto, tenía un presentimiento. Montó un escándalo enorme que causó pánico en un kilómetro a la redonda.

Me dijeron después que en los pozos y en las oficinas todo el mundo temblaba de espanto. «El jefe está enfadado»: la noticia circulaba entre susurros. Tuve suerte de que estuviera Marin Dronţu conmigo, así pude permitirme permanecer callado sin que mi silencio pareciera insolente. El viejo no cejaba. ¿Cómo? ¿Su chalé? ¿Su propio chalé? ¿El suyo, el de su propiedad? ¿El suyo, el que le había costado una fortuna? ¿Que su propio chalé no iba a ser como él quería, como él lo había encargado? ¿Cómo nos habíamos permitido algo así? ¿Con qué derecho? ¿Con qué descaro? ¡Había que acabar de una vez por todas con ese disparate! ¡Había que acabar de una vez con esa tomadura de pelo! ¡Así no! ¡No, no, así no! ¡Tomará medidas! ¡Lo derribará todo! ¡Lo construirá todo de nuevo!

Le dejamos hablar a sabiendas de que se cansaría y, efectivamente, se cansó. No ha asomado por aquí desde hace dos días. Lo vi por los pozos y respondió a mi saludo con un gruñido. La semana que viene, cuando venga el maestro, sufrirá otro ataque de ira y luego se le pasará.

Esta noche, en el club, recepción en honor del viejo Ralph T. Rice. ¡Recepción de gala en Uioara, en Prahova! Tantos fracs, tantos vestidos largos de seda… Es casi inverosímil en esta comarca de petróleo y ciruelos. De todo lo que ha construido aquí el maestro, el club es lo que más me gusta. Tiene algo solemne y cordial al mismo tiempo. Es británico y de Prahova a la vez. El salón de baile y la sala de billar son rectas y sobrias: las terrazas y las salas de lectura tienen un aire de pequeño jardín interior. Casi todas las tardes, antes de cenar, quedo aquí con Philip Dunton y

jugamos una partida de ajedrez.

A la recepción de Rice no voy a ir. Estamos aún *en froid* tras el escándalo del jueves, y además no tengo frac, que es indispensable. Me quedaré contento en la cabaña escuchando los discos que me ha prestado Marjorie. Me habría gustado convencer a Dronţu para que tampoco fuera él, pero no ha habido manera.

—¿Qué? ¿Me voy a amedrentar yo por un americano, tres alemanes y cinco inglesas? ¿Dices que no tengo frac? No te preocupes, muchacho, que ya sé yo lo que es ser elegante.

Se ha puesto polvos, se ha perfumado y, con mucho cuidado, ha confeccionado una indumentaria triunfal: chaqueta azul claro, pulóver de color café, cuello duro, pajarita de lunares y borceguíes blancos. Por un momento me he preguntado si este Marin no será en realidad un humorista dedicado a ultrajar voluntariamente los prejuicios. Si así fuera, su entrada en el club sería un golpe genial.

¡Qué buen muchacho! Se ha ido contento, haciendo girar su nudoso bastón entre los dedos, y he sentido envidia de su salud de hierro, invulnerable por los siglos de los siglos.

He trabajado todo el día a destajo. Pasado mañana llega el maestro y quiero que lo encuentre todo en orden. Marin Dronţu ha venido muy tarde a la obra, agotado por una noche sin dormir y, en cuanto ha llegado, me ha dicho que tenía que contarme algo.

—¡En el almuerzo, Marin! Ahora no tengo tiempo.

Pero en el almuerzo me he quedado a comer en la obra, deprisa y corriendo, porque había convencido a los obreros de hacer una pausa de solo media hora, así que Marin no ha podido hablar conmigo. Me ha parecido, por su aire pensativo, que debía de ser algo muy grave. Hiciera lo que hiciera, me lo encontraba a mi lado todo el tiempo, reconcomiéndose con no sé qué secreto del que quería librarse.

—Ve a acostarte, Marin. Pareces enfermo.

Se ha quedado hasta bien entrada la tarde, cuando han llamado al tercer turno a los pozos. Como también yo estaba muy cansado, nos hemos ido derechos a la cabaña, a comer cualquier cosa.

—Mira —ha dicho por fin con un suspiro profundo—. Mira, tengo que decirte una cosa: yo soy capaz de todo, pero con las mujeres de los amigos no me lío. Eso sí que no.

Yo no entendía nada y esperaba que me lo aclarara.

—Verás lo que pasó: anoche yo había tomado un par de copas y salí a la terraza a refrescarme. Allí me encontré a vuestra Marjorie. Su marido estaba jugando a las cartas… «¿Te vienes a dar un paseo?», dije yo. «Vale, voy», respondió ella. Y nos fuimos. Cuando pasamos junto a su casa dijo: «Vamos dentro, que tengo sed, voy a tomar un vaso de agua». Entramos y, a oscuras, la besé, y ella no dijo nada. Después nos acostamos y ella decía que no le arrugara el vestido. Luego volvimos al club. Su marido seguía jugando a las cartas.

Marin Dronţu se ha callado y me mira esperando una respuesta, una señal. Durante unos instantes también yo callo, sin saber muy bien qué hacer. Se pueden hacer tantas cosas…

Mi primera idea es levantarme, bajar corriendo hasta la villa de los Dunton y preguntarle a Marjorie. Ridículo. Marin Dronţu no miente nunca en asuntos de mujeres.

Pero debería preguntarle a él, que hable, que lo cuente todo, que refiera incluso los detalles. Abandonar la mesa, pasearme nervioso por la cabaña, ir adonde el joven Dogany, decirle a Dronţu que es un cerdo.

He levantado la cabeza.

—Bravo, Marin. ¿Y por eso te torturas todo el día? Te has acostado con ella, bravo por ti.

—¿Y tú no estás enfadado?

—¿Por qué iba a estarlo? ¿Acaso es algo mío? ¿Familia? ¿Esposa? ¿Amante? Es asunto suyo y tuyo. Mejor que cenemos algo.

Hemos tomado una botella de vino y Marin ha cantado algunas canciones de campamento.

—No le des más vueltas, que así son todas. Unas putas —me consolaba.

Continuamos con las obras. La visita del maestro ha puesto las cosas en su sitio. La entrevista con Rice fue, sin embargo, más tensa de lo esperado.

Yo contaba con una discusión de cinco minutos. Duró una hora. El maestro abandonó la dirección dando un portazo y vino derecho a los pozos, donde se quedó con nosotros hasta la tarde, corriendo de un sitio a otro, revisando todo, curioseando todo. Se le notaba enfadado, y todo el mundo trabajó en silencio, con empeño. Parecía una consigna tácita de solidaridad con él. Creo que lo entendió.

El viejo Ralph vino también hacia las cuatro cariacontecido,

consternado. Estuvo rondándole a Vieru, sin saber cómo retomar la conversación, y este se empeñaba en no mitigar su penitencia en absoluto. Finalmente, el viejo tuvo que hacer de tripas corazón: se retractó de todo, pidió perdón con rodeos y se comprometió a no volver a aparecer por aquí.

Por la noche, el maestro durmió en nuestra cabaña. Estuvimos hablando hasta tarde, con vino y tabaco, los tres. Se oían a lo lejos unos estampidos secos que retumbaban luego por todo el valle, como si cada estruendo se desmigara en miles de fragmentos menudos. Es la sonda que perfora desde hace dos días en el pozo Steaua Română. Es como si en algún lugar, en medio de la noche, se oyera la respiración de un animal cautivo.

Anoche vino a verme a la cabaña Pierre Dogany. Me sorprendió, porque no había venido nunca.

¡Pobre muchacho! Percibe que ha sucedido algo, pero no sabe exactamente qué y ni siquiera tiene el valor de imaginárselo.

Si estuviera seguro de que, en medio de su sufrimiento, hay suficiente libertad de espíritu, se lo contaría y, con un poco de inteligencia, debería consolarse.

Fuimos juntos hasta el pozo Steaua para ver cómo trabajaban. Había muchas antorchas, parecía una extraña retirada con teas. Las sombras de la gente crecían, inmensas, a su alrededor, hasta perderse lejos, por las colinas.

Me habló de su inmediata partida, esforzándose por mostrarse indiferente.

—En realidad, ¿por qué te vas? ¿Crees que tienen una universidad mejor en Budapest que en Bucarest?

—No sé si es mejor. Pero es mi universidad.

—Creía que eras judío.

—Soy húngaro. Judío, por supuesto, pero también húngaro. Mi padre eligió Rumanía. Allá él. Nació en Satu Mare, quiere morir en Satu Mare. Vota, paga impuestos y lee los periódicos de Bucarest. A mí no me interesa nada de eso. No me pertenece, no lo entiendo. Yo he crecido con Andrei Ady. Me quedo con él. Tengo la sensación de que me ahogaría si no viviera allí, en aquel ambiente, con aquella gente. Y si no estuvieran mis padres, a los que tengo que ver en vacaciones, si no hubiera algo más —se calló, dubitativo—, creo que me quedaría allí para siempre. Tienes que entenderlo, son mis recuerdos, es mi lengua, mi cultura.

—Una cultura que, según tengo entendido, no te reclama con tanta alegría como la reivindicas tú.

—Me esperaba esa objeción. Me sorprendía incluso que no me recordaras que en Budapest, en la universidad, hay *numerus clausus*. Por supuesto que no es agradable. A veces resulta humillante. Pero cuando amas algo de verdad, lo amas con todo lo bueno y todo lo malo. Esto también acabará algún día. Tú harías lo mismo en mi lugar.

Volvimos a casa por el camino del Ursu. Donde los Dunton todavía había luz y Dogany enmudeció de golpe. Se despidió rápidamente, con un saludo apresurado. Por un momento pensé en llamarlo y decirle algo, no sé qué, algo que no lo dejara tan solo.

Marjorie ha venido hoy a la obra. Llevaba un vestido verde de paño y un echarpe blanco.

Tenía muchísimo trabajo, pero me he quedado conversando mucho rato adrede, para que no pensara que estoy enfadado. Se había apoyado en unas vigas, con los brazos relajados a ambos lados del cuerpo; las rodillas, ligeramente dobladas, se le dibujaban redondeadas bajo el vestido. Tiene unos huesos largos y finos. Hablaba muy animadamente y muy seria, pero me resultaba imposible entender de qué porque, aunque me esforzaba por seguirla o, al menos, por parecer atento, mi pensamiento divagaba. Marin Dronţu se acercó a nosotros, pero ella siguió hablándome, sin alterarse, en absoluto sorprendida o cohibida. Él carraspeó un par de veces, apoyándose en un pie y luego en el otro, y después se alejó, encogiéndose de hombros con un gesto aburrido.

—Se hace la loca —me ha dicho más tarde.

No esperaba la visita del profesor, y el telegrama mediante el cual me anunciaba su llegada fue una verdadera sorpresa.

«Por fin ha capitulado», me dije. Le había pedido muchas veces que viniera a Uioara y siempre se había negado con vehemencia. «Lo que estáis haciendo allí es una barbaridad, un atentado. No se ha hecho nada más artificial en Rumania desde 1848.»

Desde que empezamos los trabajos en la explotación de Rice, muchas reticencias se han venido abajo. Solo la firmeza de Ghiţa Blidaru ha permanecido inmutable. Vieru no dice nada, pero creo que en su fuero

interno sufre por esta disidencia que cada vez soporta peor porque es de orden estrictamente intelectual. Si «el profesor Ghiţa» —como dice él— fuera un técnico en la materia, creo que sus objeciones le molestarían menos. A unas cifras siempre se les pueden contraponer otras diez. Pero la hostilidad del profesor contra los trabajos de Uioara va más allá de los argumentos técnicos y económicos. Él piensa desde el «punto de vista de los ciruelos», un punto de vista desde el cual estaría dispuesto a reconocer el eje de todo su pensamiento.

Dondequiera que se produzca un enfrentamiento entre un hecho vital y una abstracción, yo estoy de parte de la vida, en contra de la abstracción.

El maestro está desolado por la rigidez de esta postura inatacable que sitúa el problema en un plano y en una escala de valores con los cuales él no tiene nada que ver.

—Lo que me saca de mis casillas del profesor Ghiţa es la metafísica. En una tarea en la que hay en juego tantas cuestiones y asuntos concretos, dinero, piedras, petróleo, trabajos de drenaje, de canalización y de construcción, él interviene con problemas de conciencia. Yo pienso en clave concreta, él piensa en clave metafísica.

—¡Lo concreto, lo concreto! —responde despectivo el profesor—. Solo hay una cosa concreta: el hombre.

Esta polémica dura más de cinco años, desde el día en que se firmó el contrato con Rice. Ghiţa Blidaru se ha negado de manera ostentosa a visitarnos en Uioara, rechazando asimismo conocer esto que para él sigue siendo un «crimen deliberado».

Su curso de este año versará sobre la economía rumana y sus deformaciones europeas. La lección inaugural se ocupará en particular de las dos Uioara, la Vieja y la Nueva, como punto de partida del curso. Para eso ha venido aquí: para recopilar información de primera mano.

No me ha dejado acompañarlo en sus paseos por el pueblo. Sospecha que soy cómplice de Vieru.

—Tú quédate en los pozos y ocúpate de tus asuntos. Yo me pasearé solo.

Por la tarde ha venido a buscarme al trabajo. Yo llevaba botas, buzo, camisa arremangada y sin cuello. Estos últimos días me he puesto terriblemente moreno por el sol.

—Tienes cabeza de picapedrero —me ha dicho—. Me alegro de volver a verte.

Cabeza de picapedrero… No sé. Sin embargo, me siento libre, en paz,

listo para aceptar las cosas que llegan y pasan, para esperar su resolución con docilidad, para contemplarlas sin miedo, para perderlas sin desesperanza. Pienso en mis grandes problemas personales de hace años y no los entiendo. No los entiendo y punto.

La vida es simple, la vida es inmensamente simple.

Ha estado lloviendo dos días seguidos y el camino desde la cabaña hasta Uioara la Vieja está lleno de barro. He encendido en la estufa un fuego digno de un emperador y me he pasado las dos tardes leyendo hasta la medianoche. Huele a otoño y solo estamos a principios de septiembre. Hoy por la mañana se ha despejado un poco y he creído que el tiempo iba a mejorar, pero luego la lluvia ha arreciado de nuevo, con más fuerza.

Hacia las cinco, he recibido una visita que me ha dejado atónito. Marjorie Dunton, con impermeable, con la cabeza descubierta, empapada, tiritando. (No la había visto estos últimos días. Solo una vez, el miércoles pasado, creo, la encontré camino de Prahova. Estaba con Dronţu, que parecía terriblemente azorado, así que me limité a saludarlos de pasada.)

—He venido a sacarte de tu madriguera.

Le he buscado una manta seca, zapatillas de fieltro y una bata de casa, y la he obligado a sentarse ante el fuego para que se le secara el pelo, que, de lo mojado que estaba, había dejado de ser rubio.

He preparado un té y la he obligado a tomárselo con mucho coñac.

Después hemos hablado de tonterías… Le he dicho que en dos o tres días me voy a Bucarest.

—Ya lo sé. El año pasado también te fuiste por esta época.

Me gusta su forma de hablar: clara, sin pausas, sin titubeos, un tanto masculina.

Después también Marin ha venido de los pozos, y no se ha sorprendido en absoluto de encontrarla conmigo. La hemos acompañado los dos a casa y, unas cuantas veces, donde había demasiado barro, la hemos levantado «a la silla de la reina».

Ella cantaba, agitando triunfal la boina que le había dejado para cubrirse la cabeza:

It's a long way to Tipperary
It's a loong way to go…

II

Der Querschnitt presenta en noviembre un ensayo sobre Mircea Vieru con fotografías, maquetas y reproducciones. Hay un capítulo especial dedicado a las obras de Uioara.

Así pues, el éxito, el éxito definitivo, indiscutible, que va más allá del horizonte de Bucarest. Quién habría dicho, hace unos años, que llegaría tan rápido.

Cuando el profesor me puso en contacto con él por primera vez, lo encontré en el momento más crítico de su carrera. Estaba a punto de renunciar. Sin la aparición inopinada de Ralph T. Rice, Vieru habría sido un hombre acabado. Ni siquiera hoy me explico cómo pudo soportar tanto.

No abría el periódico sin encontrar una noticia, una falacia, un montaje. En todas partes, en la sección de ecos de sociedad, en la de «vida mundana», en las revistas de humor, en las caricaturas, en la rúbrica «la cuestión del día», en todas partes Mircea Vieru, solo Mircea Vieru, cada día Mircea Vieru. Se le atribuían todas las meteduras de pata, todas las tonterías las decía él, era el blanco de todas las burlas. En verano, en la revista del Cărăbuş, Tănase,[12] con una paleta y un ladrillo en la mano, cantaba un cuplé en el que explicaba todo el «asunto». Se reían a mandíbula batiente y yo mismo recuerdo haberme reído entonces. Después me enteré de que Vieru no había salido de Bucarest aquel verano, precisamente para que no dijeran que evitaba ser visto. Qué momentos terribles debió de vivir él, tan orgulloso, tan susceptible con los asuntos más nimios, tan pueril en sus enfados y venganzas.

Acepté, sobre todo por curiosidad, que el profesor me recomendara a Vieru para que me contratara en su estudio. Era estudiante de segundo curso y no me esperaba ninguna proeza personal en un estudio de arquitectura, carecía incluso de los conocimientos más elementales para orientarme en los trabajos corrientes. Pero me interesaba el hombre, ese hombre que había provocado tantos ataques, que se había implicado en tantas batallas, que se había granjeado tanta animadversión. Tenía en su contra a la prensa, a sus colegas, a la universidad, a las autoridades, a los ministerios, a todo Bucarest, a toda Rumanía, a todo el planeta.

—Vas a conocer a la persona más odiada de la Tierra —me decía el profesor mientras subíamos las escaleras de su estudio.

¡La persona más odiada de la Tierra! Rubio, ojos de un azul verdoso,

una sonrisa franca y luminosa, un traje modesto, con unos inesperados rasgos orgullosos, manos nerviosas, voz suave, uniforme, que no sube nunca, aunque dé tantas veces una sensación de vehemencia por el acento, por la forma de enfatizar las palabras, por sus silencios…

El feroz Mircea Vieru parecía medio estudiante, medio botánico aficionado. Solo más tarde, cuando lo conocí, me di cuenta de que esa violencia suya, de la que tanto se hablaba, no era imaginaria, sino, por el contrario, muy precisa, muy afilada. Es una violencia de intelectual, una violencia objetiva en el mundo de los valores, en el mundo de las ideas, lo cual no tiene nada que ver con su bondad personal, con su infinita generosidad. Vieru es violento como solo pueden serlo los hombres buenos, violento con desinterés, con pasión, con libertad. Ahora me es fácil entender aquel infecto torbellino de 1923, que él quería eliminar a toda costa.

Cuando, inmediatamente después de la guerra, Mircea Vieru introdujo en sus estudios de arquitectura y urbanística algunas ideas insolentes, eso lo hizo más simpático. «¡Es terrible el Vieru este!», pensaban sus compañeros del gremio, entre la admiración y el escepticismo.

La arquitectura no es un asunto privado entre un hombre con dinero y otro con un título. La arquitectura es una cuestión de vida social. Todas las libertades son posibles, salvo la libertad del mal gusto. Una casa mal pensada es un atentado contra el orden público.

«¡Es terrible el Vieru este!»

Pero cuando de estas humoradas generales pasó Mircea Vieru a los hechos concretos, a los ejemplos directos, citando nombres y trabajos, poniendo en cuestión a personas y obras y no solo ideas y opiniones, la cosa cambió. Se tambaleaban algunas convicciones personales… y eso era muy grave.

Durante unos tres años, este hombre no hizo otra cosa que acusar. No se construía nada importante sin que él lo sometiera a un juicio público, por escrito. Pormenorizado, con fotografías, con detalles, con cifras, con nombres, seguía paso a paso todo lo que se hacía, verificando, replicando, atacando. Sus propios trabajos no le interesaban ya. En arquitectura le apasionaban solo las tendencias, los errores, los lugares comunes, las falsas revoluciones. Había dejado de ser un arquitecto, se había convertido en un panfletista. ¡Cuántos concursos se vieron alterados por su inoportuna intervención, cuántas concesiones cayeron por su indiscreción! Todavía provocaban risa, a medias, su atrevimiento, su extraordinaria inspiración

polémica, pero era una risa forzada. Porque nadie sabía qué esperarse de este hombrecillo rubio, nervioso e intolerante que gastaba su poco dinero editando revistas de arte y crítica que escribía, corregía y administraba él solo, agotado por el trabajo, pero espoleado por la pasión.

El desconcierto fue total cuando apareció su panfleto *Bomberos académicos y bomberos revolucionarios.* Hasta entonces, la gente tenía a Vieru por «modernista». Ahora nadie sabía qué era. Cualquier sorpresa era posible y ninguna fórmula te amparaba. Vieru disponía de tu tranquilidad, de tu libertad, de tus pequeñas componendas. Durante tres años ejerció a sus anchas de policía artístico, provocando el pánico y granjeándose sordas enemistades que por aquel entonces no podían manifestarse, pero que esperaban con paciencia el momento oportuno. Ese momento no tardó en llegar. La primera imprudencia de Vieru fue la señal. Porque fue verdaderamente una imprudencia por su parte aceptar en aquel momento las obras de la Ciudad de los Ingenieros. Se le asignó por primera vez la construcción de un barrio entero de la ciudad. Reconozco que era una empresa embriagadoramente hermosa para ese hombre que durante toda su vida había soñado con poder construir, siquiera una vez, algo grande, extenso, nuevo, desde el principio, bajo su sola responsabilidad, según su exclusiva voluntad. Si hubiera sido más prudente, habría entendido que aquel momento no era propicio para él. Un hombre acechado por tantas venganzas no tenía derecho a la libertad de crear. Un Vieru pendenciero podía ser tolerado mientras fuera pobre. ¿Dónde se le podía herir? ¿En su inteligencia? ¿En su pasión por la lucha? ¿En su dicha por no tener nada que lo condenara al compromiso, al miedo, a la prudencia? Pero un Vieru involucrado en un proyecto de envergadura, un Vieru en vías de realizar una obra de grandes dimensiones, un Vieru así, pasaba de ser peligroso a estar amenazado. Sobre todo amenazado. En cuanto el antiguo panfletista pusiera un pie en la obra, ese primer día, había que liquidar su suerte: había antiguas bofetadas por devolver, ataques por pagar, afrentas por vengar.

¡La que se armó, Dios mío, la que se armó! No solo artículos de prensa, no solo discusiones en los cafés, no solo cartas anónimas al consorcio que había contratado a Vieru. Quizá podría haber vencido todo esto él solo, pues sabe escribir, debatir y firmar. Pero hubo reuniones de vecinos del barrio que protestaron contra «la desfiguración de la ciudad por la cesión irresponsable de todo un lote de construcción a un chapucero pretencioso». Interpelaciones a la Cámara de Diputados, telegramas al Ministerio de Arte,

manifestaciones «espontáneas» ante el ayuntamiento de la capital, deserciones colectivas del puesto de trabajo…

Recuerdo perfectamente aquellos carteles inmensos colgados de un carrito que recorría Calea Victoriei y el bulevar Elizabeta, tirado por un burro, y que se hizo enseguida muy popular.

> ¡Bucarestinos! ¿Vais a permitir vosotros que, en la capital de la Rumanía unida, el primer recién llegado haga experimentos arriesgados a cuenta de vuestra ciudad? ¿Vais a permitir el sacrificio del rincón más pintoresco de la ciudadela de Bucur?[13]

No conocía por aquel entonces al maestro y toda esta historia me habría resultado indiferente si no hubiera sentido una incipiente simpatía por el hombre que había concitado aquella enemistad unánime. Seguía por los periódicos la deriva del asunto y me sentí profundamente afligido el día en que leí que «finalmente, con el triunfo del sentido común, el contrato del arquitecto Mircea Vieru ha sido rescindido y los trabajos de la Ciudad de los Ingenieros se han interrumpido, para satisfacción general».

Lo conocí unos meses más tarde, en otoño.

El estudio estaba vacío. Los amigos habían ido desertando uno a uno, los clientes no aparecían, el verano había finalizado sin encargos, el invierno llegaba sin proyectos. Vieru redactaba una memoria-panfleto en la cual «puntualizaba» el triste asunto de la rescisión del contrato. Escribía por la noche para leérnosla por la mañana en tono febril, gesticulando, entre arranques de ira. Peleaba con todo el universo, el Gobierno, el parlamento, la alcaldía de la ciudad, el partido liberal, el pueblo rumano. Cuando encontraba una expresión fuerte, su rostro se iluminaba: «Ya van a ver estos». Qué iban a ver y quiénes… no era fácil de decir.

Una sola persona permanecía siempre a su lado, enfadándose con sus enfados, sufriendo con sus reveses: Marin Dronţu. Llevaba consigo un garrote y se había sacado la licencia de armas. Deseaba con toda su alma matar a alguno de aquellos «granujas» que atacaban en el periódico al maestro y, si no lo hizo, creo que fue solo porque le costaba elegir: no sabía por cuál empezar. Hubo sin embargo unas cuantas escaramuzas sospechosas por la noche y algunas cabezas acabaron rotas; no me sorprendería que hubiera estado por allí la mano de Dronţu. Aún hoy, cuando le pregunto, ríe enigmático.

—No lo sé, no lo vi.

Pero había también días de renuncia en los que Vieru perdía la energía y las ganas de pelear, cuando se paseaba cansado por el estudio, cuando todo le parecía vacuo, sin sentido, sin valor, cuando sus planos lo deprimían, la polémica le aburría, la gente —enemigos o amigos—, le resultaba indiferente.

—Un día de estos cerraremos el negocio —decía impasible, fatigado, después de decenas de cafés y cientos de cigarrillos apurados nerviosamente hasta el filtro.

A veces venía a vernos Ghiţa Blidaru, y su entrada tempestuosa sacudía al maestro de su apatía. Encontraban siempre un motivo de disputa, porque no había ningún hecho y ninguna idea sobre los cuales estos hombres, que se conocían desde hacía tanto tiempo, pudieran ponerse de acuerdo. La aparición del profesor siempre resultaba reconfortante. Cuando se marchaba, volvían las ganas de trabajar, volvía el valor de maldecir su suerte y de tener fe en ella.

—Deja, que ya van a ver estos.

Y vaya si lo vieron. En primavera, el cielo envió a Rice, que no tenía, es cierto, aspecto de enviado celestial, pero sí mucho dinero y una pizca de locura, exactamente lo que necesitaba para poder entenderse con Vieru. Y ahora, casi seis años después, *Der Querschnitt* presenta en Berlín los trabajos de un gran arquitecto en Uioara, Prahova.

Anoche estuve hasta muy tarde charlando con Marin Dronţu ante una copa de vino y recordamos todo lo que había sucedido.

—¿Dónde están aquellos que tanto le insultaban, eh? ¿Dónde están, que me los como?

Lo que más me acercaba al maestro por aquel entonces era, creo, su orgullo herido. Yo mismo tenía que curar tantas humillaciones íntimas que la cercanía de este hombre golpeado por todas partes me parecía estimulante. Sufría arrebatos de ira y disgusto que se vengaban de todo como una llamarada, como la punta de un cuchillo. Conservo en mis recuerdos, por obligación hereditaria probablemente, una inevitable simpatía por el hombre abandonado, por el hombre vencido. El único dolor que entiendo directamente, por instinto, sin explicaciones, es el dolor del desaliento.

También yo había probado el veneno difuso de la hostilidad, también yo sabía qué era un insulto lanzado por detrás, un puñetazo de pasada, un portazo provocador.

Había conocido todo eso, día a día, había respirado siempre la atmósfera de la animadversión que te oprime por todas partes, anónima, testaruda, sin principio ni fin. Hoy, al recordarlo, ese drama me parece pueril y exagerado. Entonces, sin embargo, con la experiencia de los primeros penosos años en la universidad, sufría su opresión. Cada conocido podía ser un enemigo, cada mano tendida podía ser un golpe.

A Blidaru me acerqué no sin temor. Las trifulcas en la facultad, las escaramuzas en las calles, la tensión de aquel año de inquina alimentaban, como una herida eternamente abierta, mi conciencia del pecado de ser judío. Llevaba conmigo este sentimiento que acabó siendo una obsesión, una manía, y ahora me doy cuenta de que abusaba de mi ansiedad, un abuso que a los extraños debía de matarlos de aburrimiento. La ingenuidad de la gente que tiene algo que ocultar —un crimen, algo vergonzoso o un drama— reside en imaginarse sospechosa. En realidad, hay una formidable dosis de indiferencia en el mundo, una indiferencia que te concede el derecho a morir en paz sin que nadie se entere. Por lo que a los judíos respecta, su error es observar demasiado y, sobre todo, creerse observados. Me parecía entonces que cualquier mirada que me dirigían era una pregunta. Me sentía perseguido por una sospecha permanente. Sentía la necesidad estúpida, cómica, apremiante, de denunciarme: soy judío. De lo contrario, sabía que me ahogaría en la inmoralidad, que caería de mentira en mentira, que mutilaría mis ansias de verdad. Más de una vez envidié la vida de los judíos del gueto: ellos llevaban una señal amarilla, quizá humillante como idea, pero cómoda y categórica. Porque terminaban así, de una vez por todas, con la horrible comedia de pronunciar su nombre como si fuera una denuncia.

Nunca he hablado con alguien sin preguntarme, con aprensión, si sabe o no sabe que soy judío y si, sabiéndolo, me lo perdona o no. Lo consideraba un verdadero problema que me hacía sufrir y me trastornaba hasta el absurdo. A este respecto, había decidido hacía mucho renunciar a cualquier disimulo y dejar clara desde el comienzo esta cuestión; la confesaba con brusquedad, sin dilación, lo cual parece muchas veces una señal de orgullo agresivo, pero no es, de hecho, sino la del orgullo apuñalado.

Por ese motivo intenté con Vieru, desde el primer día, abordar este asunto, pero él zanjó la conversación de inmediato.

—No me interesa, amigo mío. Es un asunto personal tuyo y prefiero que siga así. ¿Quieres que te diga si soy antisemita? No lo sé. No conozco

la cuestión, no me interesa, no puede interesarme. Sin embargo, te diré una cosa: todo juicio global sobre una categoría de personas me provoca escalofríos. Yo no soy ningún místico. Me horrorizan las verdades generales. Solo puedo juzgar caso a caso, hombre a hombre, matiz a matiz.

Creía que quería mostrarse amable. Más tarde, sin embargo, al conocerlo, me di cuenta de lo sincera que había sido esa declaración suya desde el principio, que no estaba dirigida a mí a propósito, sino que respondía a una convicción firme. Pude comprobarlo después no solo en la actitud de Vieru respecto al antisemitismo —una cuestión al fin y al cabo sin importancia para él—, sino en su actitud como artista, como crítico, como arquitecto.

Me parece que fue durante el primer año de las obras en Uioara cuando apareció un buen día alguien por allí para pedirle que contestara al reportaje de *Universul* sobre «la particularidad nacional». Conservo aún hoy en día el recorte de su respuesta.

> La particularidad nacional sin duda existe. En el arte, consiste en el encuentro de todos los lugares comunes. El grado de particularidad indica así el grado de mediocridad. Por ello, crear significa siempre superar lo particular.
>
> Un artista es él mismo, o no es nada. Pero ser él mismo significa vivir sus verdades, sufrir sus experiencias, inventar su estilo. Todo esto se lleva a cabo, sin embargo, solo renunciando a lo fácil, y la más funesta de las facilidades la constituyen los así llamados valores típicos, formados por la sedimentación de la mediocridad colectiva y fijados ya de antemano. Lo típico nacional es, en definitiva, lo que queda de una cultura después de quitarle el esfuerzo personal de pensamiento, las experiencias de la vida individual, los éxitos de la soledad creadora. Eso es.

Siguieron dos semanas de insultos, polémicas e indignación, a los cuales Vieru no respondió nada. Pero desde Berlín, adonde había ido a exponer una comunicación en el Instituto de Coyuntura, el profesor Ghiţa le mandó un telegrama tajante:

«Leído reportaje de *Universul.* Eres un imbécil siniestro.»

A lo que él respondió: «Quizá sea un imbécil siniestro. No soy en ningún caso un imbécil determinado. Tengo también en esto mi estilo personal».

III

Ayer, lección inaugural del profesor. Ambiente de gran acontecimiento con un emocionante aire de fiesta y tensión, como en un foro en el que, de un momento a otro, tiene que debatirse algo decisivo. El ruido de los pupitres al subir y bajar, las voces que se interpelan de un rincón al otro de la sala, efusivos reencuentros, las chicas conocidas, las chicas desconocidas… Todo embarullado, confuso, vibrando de curiosidad e impaciencia.

Vieru solo, en los bancos del fondo, nervioso, tamborileaba con los dedos en el pupitre. Me daba miedo que lo reconocieran, eso habría provocado una cierta sensación de fastidio durante la charla en la cual se iba a hablar tanto de él.

Faltaba Marin Dronţu. «Yo no voy, tú. Lo paso mal. Mira, reconozco que no puedo ser objetivo cuando se trata del maestro. Yo no soy un crítico y no entiendo de eso. Me gusta el maestro y creo en su estrella. ¿Qué quieres que me diga la charla de Ghiţa Blidaru? Diga lo que diga, tenga razón o no, a mí me va a amargar. Y no tengo ganas de amargarme.»

En el fondo, la conferencia del profesor —aunque él anunció que sería agresiva— no fue agresiva. Era evidente que solo se trataba del prólogo de todo un sistema de explicaciones y marcos teóricos más amplios que el caso particular de Uioara.

Transcribo los apuntes que conseguí tomar a toda prisa:

> Entendámonos bien: no se trata de poner en cuestión aquí el valor de los trabajos del arquitecto Vieru en Uioara. Estos representan quizá un caso de genialidad. Cabe cuestionar, sin embargo, su significado en relación con el espíritu rumano. Mi pregunta es si alguien tiene derecho a utilizar su talento contra las necesidades de la tierra en la que vive. Más concretamente: si alguien, por sus acciones individuales, puede intervenir en el proceso latente de las fuerzas de la vida colectiva con el fin de modificarlas, imponiéndoles un objetivo ajeno a ellas, aunque posiblemente superior. De hecho, este argumento de la superioridad es totalmente falso cuando se trata de dos estructuras. La lluvia no es superior a un canalón, ni un canalón es superior a un tenedor. No se puede establecer una escala de valores entre fenómenos distintos. El crimen de un tigre estúpido que aspirara a convertirse en infusorio no sería menor que el crimen de un microbio genial que

aspirara a convertirse en tigre. Tanto en un caso como en el otro, hay una traición, una degradación, y no está escrito en ningún sitio que, desde el punto de vista de la vida, la degradación del microbio sea menos trágica que la del tigre.

En Uioara, a lo largo de cinco años, un hombre intrépido ha sustituido una población de viticultores por otra de obreros. ¿En virtud de qué razonamiento? En virtud de un prejuicio según el cual la chimenea de una fábrica tiene más derechos que una cepa. Pues bien, este juicio es monstruoso. Ni la chimenea de la fábrica ni la cepa, tomadas aisladamente, significan nada. Solo cobran sentido insertadas en una familia, en una estructura. Fuera de esta estructura, no son sino simples y muertas abstracciones. Es una abstracción la chimenea de la fábrica de Uioara, y no menos abstracción la cepa en Manchester.

Ignorar así las leyes específicas de la vida, ignorar así las formas específicas de la existencia, es una perversión cuyas raíces históricas habría que rastrear bien lejos, a lo largo de todo el siglo XIX, en los orígenes de la Revolución Francesa, y más atrás, en los orígenes de la Reforma. Nuestros cursos de años pasados esbozaron el problema a grandes rasgos. Me propongo que este año estudiemos, a la luz de estas reflexiones, algunos aspectos concretos de la economía rumana, desfigurada por los revolucionarios de 1848 y por el liberalismo hasta extinguir las más elementales orientaciones autóctonas…

Fue una conferencia muy bonita y Vieru tuvo que reconocerlo. Di un paseo con él después de la clase.

—Está claro, no llegaré a entenderme nunca con el profesor Ghiţa. Es un seminarista, un teólogo. Un hombre que se siente dichoso cuando se somete a algo, no importa a qué. Con mil moldavos como él y mil munteanos también como él, no me sorprende que aquí haya gobernado, a lo largo de los siglos, quien haya querido: turcos, rusos, fanariotas… Toda su vida está hecha de sumisiones. «Sumisiones a la realidad», como dice él. Sumisión a todo lo que te sobrepasa. Yo, personalmente, el día en que crea que por mi simple condición de hombre estoy condenado a ser dominado, me pego un tiro. O soy un hombre libre o no soy nada. Libre para pensar, libre para fijar valores y establecer jerarquías. El mundo puede comprenderse a través de discriminaciones críticas e investigaciones rigurosas. Y, por el contrario, puede oscurecerse definitivamente por renunciar al pensamiento y refugiarse en intuiciones místicas.

Entre Ghiţa Blidaru y Mircea Vieru hay toda una historia por resolver, toda una cultura por entender. Si no fuera por lo que cada uno tiene de pintoresco, la cabeza de fauno rubio de Vieru, la cabeza de lobo feroz de Ghiţa Blidaru, si no fuera por sus vidas tan intensas y diferentes, con pasiones, luchas y amores, ¡qué personajes de diálogo platónico serían estos dos, qué pilares opuestos de un teorema! «Drama de la historia rumana moderna», representado por dos héroes. Nada más esquemático y, sin embargo, nada más justo.

Por decirlo vulgarmente, la cultura rumana no ha superado el estadio de los problemas de conciencia que planteaba en 1860 la aparición del ferrocarril. Ya sea respecto a occidente o a oriente, a Europa o a los Balcanes, a la civilización urbana o al espíritu rural, las preguntas son siempre las mismas.

Las formulaba con ingenuidad Vasile Alecsandri,[14] las formulan con espíritu crítico Ghiţa Blidaru y Mircea Vieru. El tipo rural y el tipo urbano siguen siendo, sin embargo, las únicas categorías siempre válidas en la cultura rumana. Creo que pueden establecerse filiaciones muy sólidas en torno a uno u otro de estos dos polos en cualquier ámbito: en la literatura rumana, en la política, en la música, en el periodismo… No le resulta difícil a Vieru. Es el tipo urbano por excelencia. Uno de esos europeos a partir de los cuales el cartesianismo, la revolución burguesa y la civilización urbana consiguieron crear una nueva nación por encima de todas las fronteras del continente.

—Creo en una identidad humana. Creo en unos valores universales y permanentes. Creo en la dignidad de la inteligencia.

Estoy convencido de que estos tres breves enunciados resumen el pensamiento fundamental de Vieru. Le pregunté una vez si la guerra, de donde volvió con dos heridas mal cicatrizadas, no dio al traste con sus certezas intelectuales.

—No. Podría decir que todo lo contrario. Luché con seriedad, porque me gusta hacerlo todo con seriedad. Pero fui siempre consciente del valor que tenía aquello. Cuando me hirieron por segunda vez, desperté una noche en un hospital de campaña, tumbado en la camilla, en un rincón, junto a un cabo alemán, también herido, que no tendría más de diecinueve años y que me dijo que esperaba el final de la guerra para poder partir a París, donde quería escribir una tesis sobre las relaciones entre Goethe y Stendhal. Hablamos sobre ello toda la noche y reconstruimos juntos, de memoria, el mapa de las peregrinaciones de Beyle por Europa desde 1812

hasta 1840. La mañana siguiente nos separaríamos para siempre, yo hacia un hospital, él hacia otro, los dos hacia la muerte quizá, pero por el momento, aquella noche, nuestro problema más acuciante era ese. De mis dos años de guerra, ese encuentro fue lo más hermoso.

Así como me resulta fácil ver al maestro vivir entre las fronteras de este pensamiento lineal, con leyes tan simples, me resulta difícil entender no el pensamiento y la vida de Ghiţa Blidaru, sino su pensamiento y su vida unidos. ¡Me parecen tan contradictorios!

Este hombre, que ha pasado por bibliotecas, por universidades, por metrópolis, se empeña en seguir pensando como un labrador… «No soy otra cosa», me dice. Quizá. Quizá no sea más que un labrador. Pero aquella misma tarde escuchamos en su casa, en el gramófono, el segundo concierto de Brandemburgo de Bach y, para que la traición fuera completa, *Les follies françoises* del viejo Couperin. Tiene una sensibilidad para el arte que llega hasta los matices más ligeros, hasta las sombras más sutiles. Incluso el Brueghel ese, el único cuadro de su despacho, ¿qué pinta en la casa de un pueblerino de Vâlcea, como no se cansa de recordarme que es?

Ghiţa Blidaru vive, así pues, en un marco que su pensamiento rechaza, vive con valores de los cuales reniega, se alegra de victorias que impugna.

«Europa es una ficción», repite desde hace seis años en su curso de la universidad, pero él no ha dejado nunca de amar el espíritu de esa ficción. Porque Brueghel pertenece a esta ficción, al igual que Bach y, ni que decir tiene, Couperin.

Sin embargo, después de haberlos conocido a todos y de haber amado a todos, Ghiţa Blidaru regresa invariablemente al tronco de la vid en cuyo nombre habló el otro día en la facultad.

Sigue resultándome incomprensible el milagro que hace que este hombre razone, no obstante, sin esfuerzo, sin impostura, como un campesino. Su visión de la vida parece abrirse solo hacia tanto cielo y tanta tierra como puedan verse desde los cuernos del arado. No necesita mucho más. Él cree en leyes de la vida que se hacen y se deshacen por encima de nuestras cabezas, cree en jerarquías que nadie tiene derecho a destruir, cree en el dominio de la tierra sobre el hombre. «Eres lo que tu tierra te obliga a ser, nada más». Por lo que a mí respecta, estoy cansado de haber creído demasiado en mi derecho a decirle a la vida «¡yo!» como si dijera «¡detente!»; este pensamiento formado por pereza, sumisión y renuncia ha

sido también una lección de modestia y una llamada a la paz.

Pero me pregunto cómo no se rebela su propio orgullo, que imagino inmenso, cómo no protesta su ansia de aventura, cómo no se levanta su instinto de vehemencia, de lucha, de destierro y cómo se resigna todo ello a estar sometido a la renuncia de una inteligencia que empezó sacrificándose a sí misma.

Porque esta inteligencia, que tiene todas las llamas necesarias para provocar una revolución, parece decidida a sofocarlas siempre con ceniza, para morir un día con la sencillez de la mentalidad de un campesino que no ha ido nunca más allá de la línea de esa hoz[15] con la que ha cortado la hierba durante setenta de sus ochenta años.

IV

Me encontré con Philip Dunton en las oficinas de la empresa en la Piaţa Rosetti. Le había traído unos informes a Rice e iba con prisas para no perder el tren de vuelta de las dos. Nos detuvimos en las escaleras y nos dimos un apretón de manos.

—¿Y qué tal está Marjorie?

—Leyendo junto a la estufa. Hace un frío terrible en Uioara. Ha helado como en pleno invierno. ¿Pero no viste a Marjorie aquí la semana pasada? También ella estuvo en la lección inaugural de Ghiţa Blidaru. Vino a propósito: decía que no podía faltar. Iba a hablar sobre Uioara, ¿no?

No llegué a responderle. Solo le quedaban cinco minutos para la salida del tren. Me gritó desde abajo:

—Ven un domingo a Uioara. A Marjorie le hará ilusión.

Así que la semana pasada estuvo aquí. En otro tiempo habría irrumpido en mi taller por la mañana y habría gritado desde el umbral: «¡Te confisco! Eres mío hasta las veintidós horas y diecisiete minutos».

Y la mentira esa de la lección inaugural a la que no asistió. La mentira no es tu estilo, Marjorie.

Y habría apostado que, incluso en el adulterio, te comportarías deportivamente, acatando las reglas con sencillez, sin cobardía.

Ahora entiendo también la angustia de Dronţu, que no se sentía capaz

de soportar la lección inaugural del profesor Ghita por temor a que fuera demasiado duro con el maestro.

Hoy, en la oficina, le he dicho a Marin de pasada:

—Ayer estuvo aquí Philip Dunton. Me encontré con él en la oficina.

Durante unos segundos, el bueno de Marin ha permanecido absorto: ¿había oído mis palabras o no? Ha optado por la sordera.

—¿Quién se ha llevado mi escuadra? —ha gritado de repente—. Ayer la dejé aquí y ahora no está. Es como si hubiera fantasmas. Increíble. Aquí no se puede trabajar.

A medida que gritaba, se daba cuenta él solo de lo exagerado de su reacción y, dado que no sabía por dónde salir, gritaba todavía más.

Después se ha callado de repente, enfurruñado, sombrío. Venía de vez en cuando, se encogía de hombros, blasfemaba como un carretero.

Al marchar, ha venido tras de mí y me ha alcanzado por la calle.

—¿Te vienes a tomar una *ţuica*?

—Vale, voy.

—Vamos.

Y, un poco más allá, por el camino, sin venir a cuento.

—¡Ojalá ardan en el infierno estas mujeres! Ellas y solo ellas nos meten siempre en líos, joder.

Carta larga y afligida del joven Dogany. Las cosas no van nada bien en Budapest. La universidad está cerrada de nuevo, ha habido algaradas, peleas callejeras, detenciones. Él mismo resultó seriamente herido en la cabeza.

> Todo estaría bien y podría soportarlo si al menos pudiera quedarme. El jueves tengo que presentarme con mis documentos en la secretaría de la facultad para una nueva verificación. ¿Seguiré matriculado? ¿Me echarán? Mi padre me amenaza con cortarme la asignación si no vuelvo a Satu Mare. Pero no puedo, no puedo. ¿Qué quieres que haga allí, en un país que no es el mío? Pero ¿es Hungría mi país? Sí, mil veces sí, diga lo que diga mi padre y por mucho que te rías tú. Solo una persona podría entenderme si viviera: Ady Endre. Le escribiría, y estoy convencido de que me entendería.

Le he contestado:

Querido Pierre Dogany: quédate donde estás. Esto pasará y lo olvidarás. Lo que te está sucediendo a ti ahora me sucedió también a mí hace seis años. Ya ha pasado, y algún día lo olvidaré. ¿Te han pegado? No es nada. Te pegarán diez veces más, y luego se cansarán. ¿Que si me burlo de ti? Sí, confieso que me burlo y que tu fervor húngaro me parece cómico. Esto no significa que no te entienda. En tu lugar, yo haría lo mismo. En tu lugar, yo hice lo mismo.

Ahora reina el orden, el ambiente es tranquilo y afable. A veces me acuerdo de mi desesperación del pasado y no la entiendo. Me parece bochornosamente infantil.

Procura no sufrir. Es decir, no te dejes llevar por el placer del sufrimiento. Hay una gran voluptuosidad en la persecución y sentirte tratado injustamente es probablemente una de las más orgullosas alegrías íntimas. Ten cuidado de no albergar semejante orgullo. Procura aceptar con humor todo lo que te suceda. Piensa en lo ridículos que seríamos si nos alarmáramos por cada chaparrón que nos moja. Créeme, lo que a ti te sucede ahora, por muy triste que sea, no es más que un chaparrón.

He intentado recordar de qué conozco a Arnold Max y me ha resultado imposible. Ya no recuerdo ni dónde ni en qué circunstancias lo vi por primera vez.

Me he prometido en incontables ocasiones controlar mis relaciones y me doy cuenta de que soy incapaz de poner orden en este asunto. Es intolerable la pereza con la que permito que se acumulen a mi alrededor conocidos y amistades de toda índole, que al principio no son ni cálidos ni fríos, ni blancos ni negros, pero que un buen día pasan a ser obligatorios, reales, sofocantes.

He estado toda la noche reflexionando sobre mis vínculos con diversas personas y me he espantado al descubrir cuántas de mis amistades son inútiles, innecesarias, poco interesantes. Te ves, lisa y llanamente, rodeado de dramas y comedias que han crecido a la sombra de tu indiferencia y que, a partir de un momento dado, empiezan a tener derechos sobre ti y contra ti. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? Es demasiado tarde para descubrirlo y, en cualquier caso, es demasiado tarde para poder remediar nada.

Sería necesaria una vigilancia rigurosa, en cada momento, para cortar de raíz todas las tentativas de cordialidad, ya que, antes o después, te

conviertes en su víctima. Sueño con una vida reducida a unas cuantas relaciones elegidas con rigor, tres o cuatro, tantas como sean absolutamente necesarias, tantas como respondan exactamente a mis exigencias interiores. El resto debe ser mantenido en la distancia, en la zona bien restringida del saludo breve por la calle, desde donde no tiene que alcanzarte ninguna efusión, ninguna confesión, ningún sentimentalismo. La primera concesión, la primera debilidad, resulta fatal.

Y fíjate en este Arnold Marx. Me fastidió toda la tarde de ayer, llevándome calle arriba y calle abajo para contarme sus infinitos problemas con el arte y con la vida.

«Un tipo interesante». Pero, amigo, yo no soy novelista, así que pueden irse al infierno todos los tipos «interesantes», no me sirven para nada.

Otro chiflado también este. A los treinta y tres años aparenta veintidós: bajito, flaco, con cara de tejón asustado, con su gabardina ondeando al viento, con los bolsillos llenos de papeles (facturas de la lavandería, versos, esbozos de poemas, cartas de amor, manifiestos modernistas). Me gustaría saber a qué lógica responden sus asociaciones de ideas en una conversación.

—¡Hola!… Me alegro de verte, ven el jueves por la noche a casa de Costaridi, asistirá todo el mundo… ¿Sabes? He descubierto a un novelista, el novelista más grande, es formidable… León Trotski. El episodio del muerto en *Mi vida* es de Dostoievski, puro Dostoievski… El imbécil de Costaridi ha vuelto a hablarme de su Moréas. No puede uno respirar de tantos bomberos como se han amontonado en esta generación. Mira tú, Moréas… Yo te lo digo claramente: Tardieu está perdido. Habrá un arreglo con Herriot y luego vendrá la revolución social… A mí me dijo una vez Stănescu que él llevaba calcetines de trescientos *lei* el par.

Habla muchísimo, con una rara versatilidad nerviosa, y da la sensación de que balbucea diez pensamientos a la vez, diez ideas, diez recuerdos. No remata nada, deja las ideas colgando tras él como papeles rotos, se aferra a la primera palabra, se deja arrastrar por la primera imagen que lo asalta.

Tengo la impresión de que habla por temor a callar, por temor a sentirse solo.

—¿Tú en qué piensas cuando estás solo?

—¿Cómo que cuando estoy solo?

—Hace un rato, por ejemplo, antes de encontrarte conmigo. Ibas por la calle, ¿no? Y no había nadie contigo. Por lo tanto, ibas solo. Bueno, ¿en qué estabas pensando?

Se detiene un instante, como para recordarlo.

—Espera un momento… En qué estaba pensando… No sé.

Arnold Marx, el hombre-al-que-no-le-ocurre-nada. No ama a nadie, no va al teatro, no sale, no le interesa la gente, no le interesan los libros. Ninguna mujer en su vida, ningún amigo, ningún acontecimiento, nada de nada. Un desierto con temperamento, un desierto con problemas.

Escribe sin parar, corrige, añade, borra. Me pregunto si ha escuchado alguna vez tranquilo, paciente, sus propios versos. No tiene tiempo. Debe escribirlos. Vive sumergido en ellos, sofocado, asediado. De pronto, en medio de la conversación, saca de no sé qué bolsillo un papel del tamaño de una tarjeta que lee, durante media hora, con una especie de furia o de entusiasmo capaz de devorarlo todo: el poema y el papel. Que le escuchen o no le da lo mismo. Él sigue leyendo con cierta luminosidad fría, listo para enfrentarse a un océano de indiferencia. Su propia indiferencia, en primer lugar, que es más fuerte que su pasión por la poesía, medio fingida para dar sentido al espantoso vacío en el que vive y del que huye.

Es la poesía de un hombre solo, turbia, salpicada de inesperados brotes de una melodía limpia, dolorosamente simple para este hombre complicado. De todo lo que ha escrito, me gustan los «cinco cuentos para una voz queda». El resto es fatigoso e intrincado. Tiene talento, lo sé, tiene talento, todo el mundo lo dice, pero yo quiero una vida sin venenos, sin artificios, sin problemas, una vida de «buenos días», «buenas noches», «el pan es blanco», «la piedra es dura», «el álamo es alto».

He divisado a Marjorie en un tranvía. Creo que no me ha visto. También vino el jueves pasado. (La trajo en coche Hacker, el de contabilidad, fue él quien me lo dijo.)

—Dale recuerdos si volvéis juntos por la tarde.

—No —respondió Hacker—, vuelvo solo. La señora Dunton se queda en Bucarest.

El viernes, en el estudio, no le quité el ojo a Dronţu en ningún momento.

—¿Has dormido bien esta noche, Marin?

Qué pregunta tan estúpida.

Sami Winkler ha venido a buscarme al taller, deseaba una carta de recomendación de parte de Ralph T. Rice.

—¿No querrás trabajar como minero?

—No es para mí. Se trata de varios muchachos a los que estamos preparando para partir a Palestina. Y necesitarían demostrar varios meses de prácticas en una refinería. He pensado que tú podrías facilitarles un contrato en la Explotación. No remunerado, por supuesto.

Acompañé a Winkler a la Piaţa Rosetti y le presenté al viejo Ralph. Creo que aceptará.

Regresamos luego juntos al taller.

—No te enfades, Winkler, y perdona que te lo pregunte. ¿Has terminado la tesis?

—No. La dejé hace tiempo. No me interesa. Me quedan dos o tres años más y luego me iré. Me haré agricultor en alguna colonia.

—¿Por qué agricultor? ¿Acaso no necesitan médicos también allí?

—Médicos quizá sí, pero títulos no. Trabajaré la tierra en una colonia y, cuando necesiten un médico, trabajaré como médico. Para vendar algo todavía me las arreglo bien.

Lo que dice Winkler es muy serio. Lleva cuatro años trabajando desde la primavera al otoño en una granja de Besarabia organizada por los sionistas para preparar a los pioneros.

—Sin falsa modestia, soy un campesino muy bueno.

Me lo cuenta con sencillez, sin alardear, casi con indiferencia, como si fuera algo natural.

—Explícame por qué quieres marcharte, por favor. En 1923 habría sido comprensible. Pero ahora, cuando las cosas se han calmado… Tengo la impresión de que en cinco años ha cambiado todo. Hay mucha más seguridad, mucha más tolerancia, más comprensión. Se puede respirar, se puede hablar.

—Es posible. Pero yo me marcho, no huyo. No me marcho porque aquí esté mal y allí vaya a estar bien, sino simplemente porque ese es el único lugar del mundo donde puedo vivir. Yo soy sionista, no tránsfugo. Mira, en 1923, el sionismo estaba en pleno apogeo, y hoy en día, cuando en el mundo reinan la calma y la prosperidad, el sionismo está en crisis. Sin embargo, yo prefiero este sionismo en crisis, porque es el de una gente decidida, mientras que el de 1923 era el de una gente asustada.

Velada en casa de Costaridi. Largos debates sobre la angustia, la neurosis moderna, sobre Gide, sobre la generación de la guerra, Berdiaev… Me asombra el desparpajo con el que se puede hablar sobre la angustia mientras se toma un café. En 1923, la época de mi cuaderno verde, me habría apasionado esta discusión. Hoy en día siento una desazón muy concreta respecto a cualquier problema global, angustia, destino, crisis… Hay un abuso de estos términos que me descorazona.

Ahí está Radu Şiriu, corpulento, deportista, rubicundo y mofletudo, declarando sin sentirse ridículo, como en una novela rusa:

—No sé nada, no entiendo nada: estoy en crisis.

¿Cómo no se ahoga en el mal gusto de semejante declaración?

—Qué cursi —les señalo a mis vecinos.

—Sí, es cursi —responde desde el extremo opuesto Ştefan Pârlea—. Sí, es de mal gusto. ¿Y qué más da? ¿Es que tenemos que ser delicados, tenemos que ser espirituales, tenemos que ser escépticos? La cultura de los buenos modales me horripila. Que no te duela nada, porque no queda bien. No grites, porque «qué van a pensar los vecinos». No vivas, porque no es agradable. ¡Amigos, dejémonos de estupideces! Hemos visto diez generaciones de escépticos que no han hecho otra cosa que mirarse al espejo con el pretexto de que tenían espíritu crítico. Yo quiero mandar esa elegancia a hacer puñetas y vivir. Tumultuosamente, sin buen gusto, sin finura, sin remilgos, pero con gritos personales, con dramas auténticos.

Pârlea me mira fijamente con una violencia apenas reprimida. Se ha frotado nerviosamente las gafas para verme mejor y sus ojos lanzan rayos largo tiempo acumulados para destruirme. Una frente hermosa: soberbia, despejada, provocadora, iluminada por el brillo de los ojos que la miopía vuelve más intenso. He aquí una enemistad que aprecio como si fuera una amistad. No me la explico, no la entiendo, pero desde el primer día percibí en este hombre una resistencia que nada puede vencer. Y cuando todas las simpatías resultan tan fáciles, no es poca cosa vencer sin esfuerzo una animadversión seria, una con la que puedes contar los días buenos, una animadversión áspera, de hombre sano.

Por lo demás, es el único para el que estas palabras vagas —crisis, ansiedad, autenticidad— tienen un vivo interés. Su ensayo en *Gândirea* —«Invocación para una urgentísima invasión de los bárbaros»— aclaraba por primera vez la posibilidad de una posición espiritual desde la que se puede afirmar con cierta justificación: «Nosotros, los jóvenes de la generación de posguerra». Para mí, Pârlea piensa de manera demasiado

lírica, y yo, para él, debo de ser demasiado escéptico. Solo querría hacerle comprender que no es posible estar desesperado y dar en la Fundación conferencias sobre la desesperación, estar angustiado y charlar sobre la angustia. Me gustaría decirle que esos asuntos, si son verdaderos, son un drama, y que los dramas se viven, no se comentan. Hay en el carácter de Pârlea un cierto demonio retórico que lo empuja al manifiesto, algo de lo que soy absolutamente incapaz yo, que solo ajusto las cuentas conmigo mismo. Discutir hasta las dos de la madrugada en casa de Mişu Costaridi sobre la «ansiedad» y luego irse a dormir es una comedia suprema. Qué pena que Pârlea no tenga sentido del humor.

S. T. Haim (buen amigo de Pârlea, ¿desde cuándo?) ha soltado su pequeño cuplé marxista:

—Una generación de «angustiados»… Qué graciosos sois, amigos. Vuestra clave está en otro sitio. Sois una generación de proletarios sin conciencia de clase. Los trabajos escasean, las becas son exiguas, todos los puestos están ocupados. Os habéis quedado al margen y, entonces, para no perder el tiempo, os dedicáis a la metafísica. Un buen día comprenderéis que el estado democrático y la burguesía nunca os darán cabida y entonces acudiréis a la revolución. Veréis como con ella se funden todas vuestras angustias.

V

Por la tarde, al abandonar la oficina, he recordado que era 10 de diciembre. Estaba con Marin Dronţu y hemos echado a andar por Calea Victoriei. Nevaba copiosamente, unos copos enormes, como si fuera Nochevieja, y en la calle había efectivamente un bullicio festivo, un rumor cordial de domingo agradable. En la esquina del Capşa nos ha salido al paso el desfile de los estudiantes que bajaba hacia la Universidad.

—¿Qué será esto? —ha dicho Dronţu asombrado.

—Diez de diciembre. —Hemos caído en la cuenta los dos a la vez y nos hemos echado a reír.

Tengo que reconocer que la manifestación tenía un aire de fiesta, un aire de comienzo de vacaciones, sin seriedad, medio en broma medio en

serio. Nos hemos detenido, como todo el mundo, en el borde de la acera para contemplar el desfile.

—¡Fuera los judíos! ¡Fuera los judíos!

El grito pasaba de columna en columna, sílaba a sílaba, en una especie de larga y serpenteante escala sonora. Era bonito: me pregunto si no es ridículo decirlo, pero en serio que era bonito. Una multitud de muchachos jóvenes —la mayoría del primer curso, seguro—, buen humor a raudales, un ambiente de recreo en el patio de un colegio. Nada grave.

Hemos recordado el primer 10 de diciembre. Dronţu con humor, yo con una sombra de amargura.

—Madre mía, lo que pude pegar aquel día —confiesa él.

—Igual fuiste tú el que me dio a mí.

—Igual. ¿Dónde fue eso?

—En el aula magna de Derecho.

—No, no estuve allí. Los de Arquitectura fuimos a la facultad de Medicina, porque en la nuestra no había suficientes judíos.

Habla casi con ternura. Sería injusto no comprenderlo: son sus recuerdos de juventud. Y también los míos, aunque menos alegres. En todo caso, sería grotesco enfadarme ahora por esas cuestiones ya muertas. No queda nada grave, nada agresivo. Ese «fuera los judíos» de hoy es casi inocente, casi simpático.

Hemos paseado hasta tarde y hemos recordado un montón de cosas de entonces. Marin me ha hablado orgulloso sobre sus hazañas.

—Tenía yo entonces un garrote de padre y muy señor mío. Huían los judíos de mí como de las balas. Me hice famoso en Medicina, «Dronţu el de Arquitectura». Me conocía todo el mundo. Me sorprende que no oyeras hablar de mí… ¡Estaba chiflado, tú!

¿No resulta curioso que hoy sea buen amigo de los tristes protagonistas del cuaderno de 1923?

No sabría decir exactamente cómo se declararon esas treguas sucesivas que nos acercaron los unos a los otros. En cualquier caso, nuestro primer año en la facultad nos situó en extremos opuestos y el presente nos encuentra reunidos en el mismo lugar. Lo cual no es poco.

Toca una hora distinta, son otros los interrogantes que se plantean. Las escandaleras en la universidad eran muy bonitas, pero insuficientes. Con eso no se hace una vida. Ni la vida de ellos, que mantenían una «lucha de

reivindicaciones», ni nuestra vida, que era una vida de «problemas interiores».

Me doy cuenta, como cuando amaina la tormenta, de que los vientos que nos azotaban eran los mismos y de que el naufragio en el que nos hundíamos era común. «Húligan» es un grito simple que resuelve muchas cosas. Casi tan simple como «¡fuera los judíos!». ¿Habrá sido tan solo eso nuestro pequeño drama?

Ya entonces sospechaba que había algo más. Hoy lo sé con total certeza. No se trata de Marin Dronţu, un alborotador vocacional. Sino de Pârlea. Marin Dronţu golpeando con un garrote no resulta interesante. Es un simple manifestante. El caso de Pârlea es más grave y, pensando en él, me pregunto si ser un húligan es siempre más cómodo que ser una víctima. No me cabe duda de que Pârlea debió de sufrir durante los disturbios. Su nihilismo político, sus enfados inocentes, sus formidables insultos son tal vez la expresión de un pensamiento pueril, pero no es su valor lo interesante, sino la sinceridad con que los vive, el drama que los recorre. Cuando alguien te suelta un garrotazo en la cabeza, no te importa si ha sido un bandido o un héroe, y yo no llevaré la exquisitez hasta el punto de preferir ser asesinado por un revólver con ideas que por un revólver analfabeto.

Pero si considero que mi situación personal es tan mala como la suya, puedo permitirme meditar un poco sobre mi agresor. Pues bien, en el caso de que este se llame Ştefan Pârlea, no lo envidio en absoluto. Si los escándalos estudiantiles fueron para mí una tragedia, tampoco para él fueron mejores. Lo provoqué una noche para que hablara sobre su papel en el movimiento. Me respondió con una brutalidad premeditada:

—No me parece mal lo que pasó. Lamento cómo acabó: en la indiferencia, en el olvido… Romper cristales es algo excelente. Cualquier acto violento es un acto bueno. Que «fuera los judíos» es una estupidez, ¡de acuerdo! ¿Pero eso qué más da? Lo que importa es que puedes agitar algo en el país. Empieza con los judíos —de lo contrario no se puede—, pero acaba arriba, en un incendio general, en un terremoto que no perdona nada. Tenía entonces esa ambición, tenía sobre todo esa esperanza. Pero debes saber que yo no he acabado. Me asfixio si no empieza otra cosa.

Ştefan Pârlea puede pensar poéticamente, con símbolos, con mitos, pero ese tumulto no es para él inferior al pensamiento político. ¿Quién me asegura que las ideas o las cifras de S. T. Haim están más cerca de la verdad que las visiones de Ştefan Pârlea? Me reconforta la absoluta

incapacidad de este muchacho para los esquemas. Él piensa a través de una especie de torbellino que destroza, derrumba, abraza, sin método, sin criterios, siguiendo el ritmo de sus accesos de frenesí. Reconozco en su vocabulario la persistencia de ciertos términos que no ha precisado suficientemente en sus textos escritos y tampoco al hablar, pero que tienen para él un cierto valor mágico. Seguramente le resultará difícil explicar con exactitud qué entiende por esa «invasión de los bárbaros» que invoca una y otra vez, o por ese «núcleo de fuego» que, según él, albergamos todos de forma latente en nuestro interior, pero que necesitamos alimentar hasta que alcance las proporciones de un incendio. Son términos tan vagos, tan inconsistentes, tan ridículos algunas veces… Sin embargo, Ştefan Pârlea los convierte en actos, en los actos más radicales. Su marcha de la universidad, por ejemplo: todo el mundo la consideraba una inmensa insensatez, pues con un poco de paciencia habría sido catedrático en unos pocos años. Esa marcha no podía ser solo eso para él.

«Lo único que puedo hacer yo por la universidad es prenderle fuego», aseguran que le dijo al decano en su carta explicativa.

Incluso aunque sea una frase literal, no me parece grave. Una imprudencia propia de un hombre joven. Un hombre pobre debe proteger su pobreza de sí mismo cerrándose de golpe varias puertas. De lo contrario, no aprenderá nunca a abrir en esta vida las puertas grandes. El abandono de la cátedra por parte de Pârlea era seguramente una estupidez, pero me dije que era saludable. O que podría serlo.

Fue algo completamente distinto. Pues tras esto siguieron otras decisiones y, si para la primera podían encontrarse excusas, para las otras resultaba más difícil. Confieso que no entendí nada de su aventura en Hacienda. ¿Archivero adjunto en el Ministerio de Hacienda? De acuerdo, de acuerdo, aunque resulte estúpido aceptar un trabajo así, subalterno, mal pagado y miserable, después de abandonar una carrera de catedrático o rechazar un puesto de redactor en un gran periódico. Pero, una vez allí, continuar con esas experiencias de mutilación me parecía pueril, histriónico.

En septiembre lo ascendieron: le subirían el sueldo y lo trasladarían a la Dirección central. Se negó. Se limitó a devolverle al tesorero la diferencia y declaró que no cobraría ni un céntimo más de tres mil trescientos *lei*. «Está chiflado», comentaron durante tres días en el ministerio, donde la noticia volaba de despacho en despacho, de boca en boca. El secretario general lo llamó a su despacho para comprobar qué

aspecto tenía «el hombre que rechazaba el dinero».

—¿Estás en tus cabales, hombre?

—Creo que sí —respondió Pârlea sin más explicaciones.

Pero estalló por la noche, hablando conmigo, cuando le reproché que hacía experimentos *pour épater les bourgeois.*

—Has renunciado a mil doscientos *lei* y has asombrado en cambio a un ministerio entero, es decir, a seiscientos individuos, dos *lei* por persona. Nunca se ha comprado más barata una reputación.

—¡Qué ridículos sois! ¿Qué queríais que hiciera? ¿Que cobrara hoy mil *lei* más y dentro de un año otros mil? ¿Ser hoy archivero subalterno, mañana archivero, pasado mañana archivero jefe, superarchivero o archivero general? ¿Para eso me fui de donde me fui? ¿No comprendéis que cada puesto de trabajo para este Estado implica una complicidad? ¿Cada triunfo en esta cultura, una abdicación? Yo quiero destruir. Quiero quemar. Y para ello debo tener las manos libres. No quiero tener nada que conservar, nada que perder, nada que defender. Nada que me retenga el día que llegue la gran apisonadora. Aceptas una cátedra con la idea de poder trabajar y, un buen día, te encuentras con que esos quince mil *lei* que te pagan se han vuelto indispensables, que te has creado unas necesidades con ellos, que te has impuesto determinadas obligaciones. Crecen a tu alrededor las costumbres como si fueran setas y te ahogan, te paralizan, te hacen prudente, te vuelven cobarde, te envejecen. La gran perfidia del orden en el que vivimos es que hace de cada uno de nosotros un servidor inconsciente del mismo. Y nos compran muy barato, de manera imperceptible. Os miro y me espanto, ¿me comprendéis?, me espanto. Todos tenéis vuestras situaciones, vuestras pequeñas circunstancias, vuestros pequeños asuntos, vuestras pequeñas componendas. Me dan asco, de verdad, me dan asco vuestros años perdidos. Querría que os saliera barriga cuanto antes, que se os cayera el pelo rápidamente y desaparecierais de una vez. El gran incendio… viene sin vosotros, no tiene nada que hacer con vosotros, nada que quemar en vosotros…

Lo que me parece más interesante en la problemática de Pârlea es que esta se desprende del movimiento de 1923.[16] Así pues, de aquellos años no quedan tan solo unas cuantas cabezas rotas, algunas carreras logradas y una larga serie de compromisos antisemitas, sino que perdura también un espíritu revolucionario, un germen de transformación sincera del mundo en que vivimos. Este germen revolucionario no podía verse desde nuestra sombría habitación de la residencia de Văcăreşti, y mis tristes recuerdos

quizá no sean el único recuerdo válido para comprender aquellos años. Nadie puede reprocharme nada, por supuesto, pues nadie podía exigirme por aquel entonces ejercicios de objetividad moral para disertar sobre las razones superiores por las que recibía palizas una media de un par de veces por semana. Ser perseguido no es solo una desgracia física, sino, sobre todo, una de orden intelectual, pues es algo que te deforma poco a poco y que ataca, antes que cualquier otra cosa, tu sentido de la mesura. No es el momento de reprocharme ahora no haber comprendido a tiempo a mis atacantes. Sería un exceso de objetividad y, además, tardío y grotesco. Pero me alegra que los tiempos hayan cambiado y poder meditar ahora tranquilamente sobre la justificación de las palizas recibidas. La situación de mártir nunca me ha convencido del todo, aunque reconozco en mí bastantes inclinaciones hacia esa tarea especialmente judía.

Pârlea representa el campo contrario, en el que durante mucho tiempo no he podido ver ni comprender nada por culpa de las infinitas redes de alambre de espinos que nos separaban. Es tan cómodo y, sobre todo, tan consolador considerar a tus adversarios malvados e imbéciles que, en mi lamentable desesperación de entonces, era el único amparo posible, el último orgullo incólume. Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Mucho más quizá que los relativamente pocos años transcurridos. La superficie agitada de las aguas turbias se ha aclarado y sus profundidades turbulentas se han enturbiado más aún. La gente se ha dividido, las ideas también han sedimentado, las tonterías se han agrupado, las verdades se han vuelto más precisas. Reina más orden en todo. Sería tal vez el momento de escribir la historia del movimiento antisemita. O mejor dicho, «la comedia humana», no la historia propiamente dicha; es decir, los hombres y sus ideas, no los hechos desnudos que ya conozco y que no presentan nada nuevo que descubrir. Estoy convencido de que tras retirar a los imbéciles, tras agrupar a los agitadores profesionales, a los agentes provocadores, a una parte no desdeñable de pelafustanes y maleantes, después de identificar sucesivamente la brutalidad, la estupidez y la intriga, quedaría tal vez algo que podría semejarse a un drama sincero. Encontraría entonces a Ştefan Pârlea.

VI

El curso de Ghiţa Blidaru se ha convertido en una especie de pequeño «problema de Estado». El viernes pasado, un diputado de la mayoría preguntó al Gobierno, en la Cámara, si estaba dispuesto a tolerar que la universidad se transforme en un centro de agitación política.

«La autoridad del Estado no puede verse perturbada, señor ministro, bajo la máscara de las teorías generales.» (Los diarios vespertinos reprodujeron en titulares esa frase.)

En realidad, no ha sucedido nada grave. Han sido tan solo varias clases sobre las leyes económicas liberales de 1924. Unas clases muy sosegadas en apariencia, pero muy violentas en sus datos y conclusiones. Partiendo de la Ley de Minas de Vintilă Brătianu,[17] Blidaru ha sentado en el banquillo el liberalismo rumano. El partido está alarmado; el Gobierno, disgustado. Al parecer, Vintilă Brătianu montó un escándalo en el último consejo de ministros.

—Hay que acabar con esto, señorías, hay que acabar con esto.

Pero Blidaru está lejos de haber acabado. Para la semana que viene ha anunciado un análisis del proyecto de estabilización y del mecanismo de préstamos que están preparando. Lo curioso en toda esta guerra es que, mientras que los periódicos están bajo el yugo de la censura y toda oposición queda excluida, un profesor de Economía Política puede atacar abiertamente, sin que nadie pueda impedirlo, lo que le venga en gana.

La situación del profesor Ghiţa es excelente. Dicta sus lecciones, sigue con su programa y nada más. Al mismo tiempo, sin embargo, su cátedra se ha convertido en el último refugio del antiliberalismo. En su curso se arremolina un amplio público ajeno a la universidad. Blidaru, inmutable, conversa con sus estudiantes. Le han propuesto con discreción algunos destinos en el extranjero: la presidencia de la legación económica en París o, de forma ocasional, una pequeña legación en los países vecinos. Lo ha rechazado todo.

—Ya veremos más adelante, en las vacaciones de verano. Por ahora tengo que terminar mis clases.

Me resulta difícil entender su pasión por la política. No tiene ambiciones personales, no tiene batallas que ganar. No es, en ningún caso, un luchador. Es un apático genial que no saldrá jamás al encuentro de la vida, sino que esperará a que sea ella la que venga a él.

Si algo he aprendido de Ghiţa Blidaru ha sido precisamente esa falta de agresividad ante la existencia. Su pereza es la pereza de una planta, la pereza de un árbol. La vida se hace y se deshace, las tormentas llegan y

pasan, la muerte crece en alguna parte, en la sombra, armoniosamente. Estoy convencido de que nada podrá sorprender nunca a Blidaru, nada lo desconcertará, no porque esté seguro de sí mismo, sino porque está seguro de la tierra que pisa, del cielo bajo el que se encuentra.

—¿Angustias? ¿De dónde sacáis vosotros las angustias en este mundo lleno de certezas? ¿El simple hecho de que el sol salga y se ponga no es suficiente para ofreceros paz?

Aunque hubiera sido leñador, cantero, un barquero en el Danubio, un campesino de Vâlcea, no habría pensado de manera diferente a como piensa hoy. Es la única persona que conozco contra la cual el destino no puede hacer nada, pues es la única que aceptará ese destino, sea el que sea, sometiéndose de buen grado.

Con su formidable pereza, con su voluntaria falta de iniciativa («yo no tengo nada que hacer con la vida, es la vida la que tiene que hacerlo todo conmigo»), este Blidaru sería capaz de desechar todas las grandes oportunidades, de perder todas las *rendez-vous* decisivas que la suerte o la desgracia le depare. Encontrará siempre, en el último momento, un libro abierto, una mujer a la que amar. No hay nada urgente para él. Me lo ha dicho en infinidad de ocasiones. Cada alegría tiene su estación; cada dolor, la suya. Hay que esperar el paso de las estaciones. Es inútil correr, porque no correrás más deprisa que el invierno, que llegará y te alcanzará. Hay un otoño para cada esperanza, hay una primavera para cada desesperanza. En esta carrera no puedes llegar ni demasiado tarde ni demasiado pronto: llegas siempre a tiempo, lo quieras o no.

No sé sobre cuántos sufrimientos reprimidos, sobre cuántos muertos escondidos, sobre cuántas búsquedas sin respuesta se levanta la calma de Ghiţă Blidaru. Sin embargo, puedo imaginármelo. Hay en él infinitas renuncias a la inteligencia, al orgullo, a la victoria, a las aventuras. Cada uno de nosotros es un hombre atrincherado en sí mismo, pero mientras que casi todos nos afanamos por reforzar esas barricadas, por aislar nuestros reductos interiores, él colabora con la vida para derribarlas, se entrega antes de la batalla, vencido de antemano. ¿Vencido? No. Vencido por sí mismo como mucho.

VII

He estado en Uioara para ver cómo van las obras. Rice nos marea cada vez que hay problemas con un radiador, con el ascensor o con la luz. El maestro quería un informe de la situación.

Me habría gustado quedarme en la cabaña, donde, cuando arde un fuego como Dios manda, no hace nada de frío. Pero los Dunton se negaron en redondo. Marjorie estaba esperándome en la estación con Eva Nicholson.

—Estoy encantada de que hayas venido —me dijo.

Luego, en el trineo, guardó silencio todo el camino. Eva no paraba de hacerme preguntas y yo le respondía con bastante buena disposición, pero tenía la impresión de que Marjorie no escuchaba. Estaba increíblemente seria, con su traje de esquí azul que le confiere ese aire imposible de adolescente. En Colţul Ursului le pidió al cochero que parara y me señaló con la cabeza los pozos nevados en la lejanía.

—Mira qué desierto…

A mí el paisaje me pareció mucho más sereno que desierto.

Por la tarde, trabajé en la refinería y di una vuelta por los pozos para ver qué había que hacer para tranquilizar al viejo Ralph. Su alarma no tiene fundamento. Pequeñas tonterías inevitables.

Por la noche hablé largo y tendido con Marjorie.

Vuelvo a encontrarme con su sonrisa seria, las sienes iluminadas por el cabello rubio, las manos jóvenes y vivaces, pero al escucharla parece que alguien le hubiera dicho que se portara bien. Lo que más me gusta en esta muchacha siguen siendo sus andares, su ropa, su forma de apoyarse en la pared, la parsimonia con que se deja caer en la butaca, esa especie de sobresalto cuando se levanta. Hay una curiosa mezcla de timidez y seguridad en todos sus movimientos, en su forma de hablar, en la atención que pone al escucharte, en su risa leal.

Me habló de los últimos libros que había leído, interpretó varias piezas al piano, me dio una pequeña lección de esquí y me nombró juez para que decida, entre ella y Philip, quién desciende más rápido desde Uioara hasta Colţul Ursului.

—Echamos mañana una carrera —propuse yo.

—No, mañana por la mañana tienes otros planes. Una sorpresa.

La sorpresa fue un paseo hasta la cabaña. Lo encontré todo en orden, limpio, como si no me hubiera ido jamás. En la chimenea de ladrillo, dos

fotografías enmarcadas: la de Marin Dronţu y la mía. Entre ellas, una foto pequeña en la que me costó reconocer a la Marjorie de este verano, con sandalias y ropa de tenis.

—¿Quién ha puesto estas fotos aquí?

—Yo. A veces vengo a la cabaña a leer. No sé, me parece que esto es más bonito. Es como si no estuviera sola. Le pido a alguien de la refinería que me encienda antes la estufa y vengo un par de horas después. No te puedes imaginar cuánto me gusta sentirme en casa aquí, con vosotros. Y mira lo guapos que estáis los dos, tú y Dronţu, cómo os miráis desde las fotografías.

Se ríe. Se acerca a la chimenea y pasa un brazo por la columna de la izquierda, como si abrazara el cuello de un hombre.

Hace calor, el agua para el té borbotea en la tetera, el tronco de roble seco crepita en el fuego. Las ventanas están blancas de nieve y tengo la impresión de que nos encontramos lejos, en una borda de montaña, sorprendidos por una avalancha que nos ha cerrado todos los caminos de vuelta. Por un momento, me pregunto si no me levantaré de mi asiento y me dirigiré hacia Marjorie para abrazarla y besarla. Nos miramos largo rato, como cuando los niños juegan al reto de no parpadear. Cierro los ojos y me pregunto sin respuesta: ¿sí? ¿No? ¿Sí? ¿No?

CUARTA PARTE

I

Larga velada con Maurice Buret en La Coupole. Ante nuestras jarras vacías de un franco y veinticinco céntimos desfila toda la humanidad, sonrisas, gritos de sorpresa, breves escenas familiares, amores, traiciones, dramas… El espectáculo embriaga lentamente gracias al paso insensible del tiempo.

La Coupole no es un café, es un continente, y Maurice Buret no es un mirón, sino un explorador. Observa todo hasta los más nimios detalles, comprende el espectáculo, lo organiza. Tiene una intuición infalible. En un grupo aparentemente anodino, su ojo descubrirá, a través de unos mínimos indicios, todas las pasiones posibles y sorprenderá, bajo las luces indiferentes de las bombillas, las pequeñas señales imperceptibles que esconde la vida íntima de un consumidor de café, con cualquiera sabe qué comedias o cataclismos ahogados en una sonrisa inexpresiva. La mujer adúltera, la amante infeliz, el joven homosexual debutante, la rubia anglosajona, casta por el momento y aturdida por las luces de París, el aventurero adolescente, el cínico canoso, la *femme fatale* morena en busca de mujeres o de éter…

Cada individuo puede ser un héroe; cada gesto, el comienzo de un drama. Desde nuestra mesa, Maurice Buret sigue pacientemente el desarrollo de la película y toma nota de sus momentos decisivos. No hay nada en esta sala inmensa, nadie en esta multitud palpitante, que escape a su control. Es un espectáculo completo, pero ordenado. Una sonrisa que parte de la tercera mesa a la izquierda de la primera columna, lanzada en cierto modo al azar, no pasará desapercibida para Maurice, que ha seguido su trayectoria y ha descubierto, en la esquina contraria, al personaje al que va dirigida.

Maurice Buret conoce la geografía de La Coupole porque la ha construido él. Veterano bebedor de jarras vespertinas, ha pagado con un franco y veinticinco céntimos su puesto de observación desde el cual descifra, noche tras noche, los misterios del barrio y de sus habitantes. Estos habitantes se dividen para Maurice en parejas, familias, sociedades, de manera que de una mesa a otra, de un reservado a otro, desde el primer

piso a la planta baja y de la planta baja a la terraza, hay toda una serie de relaciones reticulares que confieren unidad, orden y lógica a este mundo embriagador por el tumulto de los colores, de las luces y las voces.

Maurice Buret conoce todas las aventuras que han circulado por aquí. Algunas solo imaginadas, otras sorprendidas en un grito o en una palidez, otras, finalmente, acechadas metódicamente día a día, de acontecimiento en acontecimiento. Este muchacho tiene una sola pasión, pero muy incisiva: la curiosidad.

(Sin duda también la curiosidad lo derivó a la medicina, ya que, aparte del gusto por provocar y recibir confesiones, no sé qué otra cosa pudo llevarlo a ser médico.)

Observar es para él un placer que supera con mucho el de vivir. No le sucede personalmente nada que lo inquiete sino como una experiencia más. Su propia vida no debe de ser en el fondo, para él, sino otro espectáculo, semejante a este vasto La Coupole al que la gente viene y por el que pasa en una carrera cuya vanidad redime únicamente la alegría oculta de mirar y comprender.

De esos varios Maurice Buret que yo conozco (pues este hombre tiene suficientes recursos como para cuatro o cinco personajes redondos), el más interesante es este Maurice de La Coupole, con su traje gris convenientemente arrugado, con un sombrero ni nuevo ni viejo, con las botas remendadas, pero no demasiado buenas: el aspecto anodino de un transeúnte banal, perdido en la muchedumbre, ni feo ni guapo, nada arisco, insolente o seductor en su aspecto, algo que le permitiría ir por la vida sin que nadie volviera la cabeza a su paso, un hombre entre un millar, entre cien mil, plantado frente a un vaso al otro lado del cual se abre el telón de un teatro con personajes involuntarios que actúan ante este testigo atento y pérfido.

—¿Ves a esa morena patética, junto al espejo? —me preguntaba hace un par de semanas—. Tiene una pinta clavada de lesbiana. Me sorprendería que no odie a los hombres y que no le gusten las mujeres. O espera a su amante o busca una amante. Mira qué cara de susto, qué cara de catástrofe pone.

Al cabo de dos semanas, Maurice completó su «ficha» de observaciones.

—Está claro, la «morena patética» busca una compañera. ¿Qué te parece la rubia de la derecha? No, la de la mesa grande no. Mira, la primera, la segunda, la tercera, sí, la tercera a la derecha. Es mona, ¿no? Y se han sonreído un par de veces esta noche. Harían buena pareja, la

verdad.

El diagnóstico continuó las noches siguientes. La rubia menuda se convirtió —no sé por qué motivo— en el idioma de Maurice, en «la rubia Aline», mientras el intercambio de sonrisas e invitaciones entre ambas mesas progresaba a ojos vista. Sin embargo, yo dudaba del resultado. La «morena patética» estaba sola y no habría ningún problema por su parte, pero la bautizada Aline se encontraba habitualmente en un círculo numeroso de muchachas y muchachos.

—Te equivocas, Maurice. Tú inventas novelas sin parar. Tienes espíritu de detective.

—Quizá me equivoque. Pero sostengo que es una pareja viable y con posibilidades de cuajar.

No había vuelto a La Coupole en varios días. (He trabajado entretanto en unos planos para el maestro y se los he enviado a Bucarest. Tal vez empecemos por fin, en verano, las obras en Le Havre para la Explotación Rice. No está decidido todavía, pero es probable.) Así pues, había dejado de frecuentar Montparnasse una temporada. Esta noche, al entrar en La Coupole, lo primero en lo que me he fijado, no sin un sincero estremecimiento de sorpresa, ha sido en las dos chicas —la «morena patética» y la «rubia Aline»—, hablando a solas en la misma mesa, la primera sombría y apasionada, la otra sumisa, con una evidente turbación.

Maurice, en su lugar de costumbre, saboreaba la victoria con modestia, pero no sin una vaga sonrisa triunfal. Tenía, creo, una especie de sentimiento paternal, un orgullo de autor ante esa pareja amorosa que él había previsto desde los primeros indicios.

—¡Estás feliz, orgulloso!

—«Feliz» es mucho decir. Estoy contento por ver confirmada mi observación. Es un éxito de laboratorio, si quieres.

No me interesan en absoluto los ejercicios de psicología. Y, si me interesaran, el ejemplo de Maurice Buret me los curaría de raíz.

Por lo que a mí respecta, la única cualidad cierta que les reconozco a las personas es su indiferencia, algo que constituye no solo una cortesía suprema, sino una garantía de seguridad y de placidez. Nunca me ha afligido el supuesto drama de la incapacidad de conocernos unos a otros; la idea de que dos personas puedan vivir juntas sin comprender nada de lo esencial que sucede en el alma del otro, la idea de esta impenetrable soledad a la que estamos condenados por nuestra naturaleza, lejos de acongojarme, me regocija. Satisface una antigua nostalgia mía por una

ignorancia sana, sólida y certera, lo único duradero en este mundo en el que las verdades son inestables y arriesgadas. No conocer con sinceridad es el comienzo de la salvación. Lo digo sin ironía, con una pizca de exageración como mucho, precisamente para desaprobar con más severidad las experiencias del psicólogo Maurice Buret.

«Ça fait toujours une petite expérience», dice Maurice Buret sobre su último éxito en La Coupole. Experiencias, siempre experiencias, solo experiencias. La vida para este muchacho no tiene otro mérito que el de poder ser observada. Lleva siempre consigo un registro invisible en el que anota con meticulosidad un montón de conclusiones sistemáticas. Cada persona tiene una ficha, cada sentimiento, un capítulo. *Du jardinage,* llama él a ese ejercicio, para el que tiene todo lo necesario. «Jardinería».

—Eres un cartesiano, mi pobre Maurice, uno de la peor ralea.

—¡Ah! No lo sabía. Leí a Descartes en el liceo y ya se me ha olvidado.

Le leo varias líneas de su *Discurso del método.* Las escucha con interés.

—Ciertamente encajan. Pero no es mi maestro Descartes. Demasiado abstracto. A mí me interesa la anécdota y, solo a través de la anécdota, las verdades. Yo no soy filósofo. Soy tan solo un hombre curioso. Como mucho (y esto solo por darte la razón), como mucho, un psicólogo.

Lo veo muy de vez en cuando. Puede ausentarse dos o tres semanas y aparecer una mañana, de repente, con una amplia cosecha de acontecimientos, hallazgos, sensaciones. Actúa en varios frentes, entre los cuales no permite confusión alguna. Vive en varios círculos que no mezcla entre sí, mantiene varias amistades que aísla cuidadosamente, cultiva varios amores bien vigilados.

—Ya ves, amigo mío, la vida resultaría imposible si no la organizara como es debido. Solo tengo una cama y hay mil mujeres hermosas, solo tengo un número de teléfono y hay un millar de conversaciones interesantes. Es necesario mucho tacto para elegir bien, proceder deprisa y arriesgar poco.

Con las relaciones y los amoríos de Maurice Buret se podrían llenar, sin duda, tres vidas. Él se ocupa de las tres y lo hace con gran cuidado. Está en primer lugar su vida universitaria, en el laboratorio y en la clínica, muy seria.

Desde que superó el examen de interno hace un par de años, ha publicado varios artículos y estudios de referencia. Existe, así pues, un

Maurice Buret «joven erudito», sobrio, austero y cerrado. En esta categoría, mantiene un «amor» complicado con una joven asistente «morena y apasionada» con la que se acostó la primera vez por entusiasmo, tras una larga discusión técnica sobre las sales de oro.

Existe luego un segundo Maurice Buret, mundano y frívolo, un Maurice parisino, instruido, inteligente y galante, bien recibido en los círculos cosmopolitas diplomáticos y con gran éxito en los salones importantes. En esta segunda categoría, sus amoríos son muchos y muy variados, del adulterio a la inocencia, del amor fatal al pequeño idilio.

Finalmente le toca el turno al Maurice Buret moralista, director de los dos primeros, observador y crítico, lector de libros, juez de las personas, rastreador de casos psicológicos interesantes. Es la variante que he conocido yo en primer lugar y la que prefiero. ¿No lo agotará esta navegación continua entre varias psicologías? A juzgar por su excelente salud, no.

—Eres un maestro, Maurice.

—No exageremos. Cualquier juego resulta complicado cuando no lo conoces y, por el contrario, muy sencillo cuando lo dominas… Eso es todo. Siempre sé lo que quiero y sé dónde encontrarlo. ¿Necesito un amor cínico? La morena Christine está siempre de cinco a siete en el laboratorio, allí la puedo localizar. ¿Quiero, por el contrario, un ratito sentimental? La blanca Alice Vignac responde en el 1499 del Central. ¿Siento la necesidad de una conversación tormentosa, con invectivas metafísicas? Robert Grevy está cada noche en la redacción desde las doce hasta las dos de la madrugada. ¿Me interesan los problemas sociales? Bertrand está siempre informado. ¿Quiero finalmente poner un cierto orden en todas estas historias, clasificarlas, saborearlas y juzgarlas? Tú estás aquí para ofrecerme la réplica más exacta.

—Pero eso que dices es monstruoso. ¿Dónde estás tú en todas esas experiencias? ¿Cuál de ellos eres? ¿El cínico? ¿El sentimental? ¿El escéptico? Me temo que no eres nada. Vives a través del reflejo de los demás. Eres algo muy artificial: eres el *raisonneur* de la comedia.

—No me disgusta el papel y lo asumo, a excepción de esa compasión que me ofreces, ya que estoy encantado con mi técnica para vivir. Consiste en pedir a cada persona exactamente lo que puede dar. Piensa bien en todos los dramas que conoces y verás que nacen sin excepción de una exigencia fuera de lugar. Toda mi filosofía se reduce a un precepto que te recomiendo calurosamente: «Es inútil cabalgar en un novillo con la

esperanza de que llegue a transformarse en un corcel».

Lo más «fuerte» en Maurice Buret no es, sin embargo, su pasión por la psicología, sino, muy por encima de todo, su falta de sensibilidad moral. Más aún: la simpatía por el vicio, la curiosidad por las deformidades. Personalmente es un joven sano, ordenado y con un tenaz sentido de lo que está bien, un sentido del equilibrio heredado de su familia de burgueses provincianos. Es un bretón de una estirpe de comerciante y marinos.

Eso no le impide buscar y, si fuera necesario, provocar algunos «casos escandalosos». Amó durante dos meses a Germaine Audoux, para mi asombro, pues es uno de sus amoríos más largos, y nada justifica esa constancia respecto a una joven quizá no fea, pero en ningún caso hermosa. Descubrí su secreto el día en que Maurice completó el capítulo dedicado a Germaine con todos los datos necesarios: es eterómana.

—No puedes imaginar lo instructivo que es. En la clínica solo he conocido casos de intoxicaciones graves, y en los manuales, solo generalidades. Sin Germaine, el éter habría sido tan solo una abstracción. Con Germaine es un drama.

Me habría gustado estallar: «¿Y tú qué es lo que eres, hombre, una máquina de grabar dramas? ¿Un detective? ¿Un agente psicológico secreto? ¿Un aficionado a las almas?». Pero me contengo a tiempo. El único sentimiento que Maurice Buret es incapaz de captar es la indignación.

Es probablemente la persona más inteligente que he conocido, porque es solo inteligente. Nada más: ni moral ni inmoral, ni bueno ni malo. Su inteligencia hace también las veces de sensibilidad. Hay emociones, hay tonalidades que uno debe sentir. Él las comprende. No tiene instintos, no tiene reflejos: se orienta a través de la lucidez. Me pregunto qué haría él en una gran pasión que causa estragos, consume, hunde… ¡Chiquilladas! Esa clase de pasiones no se arriesgan a enfrentarse a personas así. Maurice Buret sería capaz de poner orden en un ciclón.

Él está siempre en busca de puntos de referencia. En una muchedumbre de personas o en una sinfonía, en un paisaje o en un libro, su primera preocupación es fijar el norte y el sur. Solo después se permite ser aventurero, pues conoce los caminos de vuelta. *(S'égarer est un plaisir délicieux, à condition que la route de Paris ne soit pas trop éloignée.)*

Últimamente, Maurice Buret se ocupa del caso Robert Grevy/Jacques Bertrand. «Es una pareja obligatoria», anotó en su cuaderno imaginario en la rúbrica de Robert el día en que le presentó a Jacques.

—Pero Bertrand no es homosexual —objeto yo escandalizado.

—Lo será. Tiene todos los atributos.

—¿Y Robert Grevy?

—Lo ha sido. Conserva todas las nostalgias.

Robert Grevy está casado. Su esposa, Suzanne, que conoce todos los detalles de su pasado, no le quita ojo. Es una mujer implacable y atenta.

—Mientras esté Suzanne presente, no hay nada que hacer —observa Buret con buen juicio. Luego decide—: Suzanne debería ausentarse una temporada.

Martes, almuerzo con la familia Grevy.

—¿Por qué me miras así, Maurice? —pregunta Suzanne sorprendida.

—¿Cómo te estoy mirando?

—No sé, como con preocupación.

—Ah, no es nada. Me ha dado la impresión de que has tosido.

—Sí, me he atragantado.

—Asegúrate de que no sea nada. Me ha parecido una tos sospechosa.

—¿Sospechosa?

—Ay, no te preocupes. He sido un imprudente. Ahora no me dejarás en paz. Estoy convencido de que pensarás que estás tuberculosa.

—No, Maurice… Pero, de todas formas, si tú lo dices…

—¿Sabes qué? Pasa mañana por el hospital y hacemos una radiografía. Así te quedas tranquila.

Al cabo de tres días, Suzanne parte a Saboya con la recomendación de pasar un mes tumbada al sol en una hamaca. Evidentemente, la radiografía muestra dos o tres lesiones.

Maurice Buret ríe con modestia.

¿Es un corruptor? No. Nada que ver con Gide, ni con el vicio, ni con el proselitismo y tampoco con la inquietud, sobre todo en ningún caso con la inquietud. La gente, su perdición o su salvación, le interesa poco a Buret.

—Yo solo me preocupo por modificar todo lo posible los paisajes psicológicos a mi alcance. Tengo la impresión de que Robert y Jacques pueden llegar muy lejos juntos. Procuro, por tanto, facilitarles el acercamiento, limar asperezas, aclararles su propia vocación. Es un trabajo

modesto, entre bambalinas.

Escucho a Maurice Buret y hago verdaderos esfuerzos por no escandalizarme. Debo aceptar de una vez por todas que este hombre no tiene escrúpulos morales y que, en consecuencia, hay que aceptarlo del todo o rechazarlo del todo, algo que me resulta muy difícil.

Su patrón espiritual (si es que «espiritual» es un término adecuado para él) no es Gide, sino Laclos, y el ambiente moral en que vive se parece muchísimo al ambiente de *Las amistades peligrosas,* que no es perverso, sino simplemente libertino, porque no es el vicio lo que prima, sino el gusto de la inteligencia por inventar juegos variados en todas partes.

Solo al cabo de una ausencia más prolongada (una de esas misteriosas huidas de las que regresa con sorprendentes informes personales), solo tras varias semanas en que la echo en falta, comprendo el valor de la amistad de Buret. Trae consigo el sentimiento audaz de que en esta vida todo es posible, de que se puede conquistar a todas las mujeres, de que todas las puertas se pueden abrir. Hay algo que resulta curioso: previsor como sé que es, metódico y reflexivo respecto a todo lo que hace, transmite sin embargo la impresión de vivir con espontaneidad.

—Simulas incluso la espontaneidad, mi querido Maurice.

—No la simulo, la organizo. Organizo mi espontaneidad. Tú me tomas por un cínico, pero soy un entusiasta. Solo que mi entusiasmo es sistemático.

Una conversación de una hora con él es un examen personal de claridad. Hay que encontrar un término para cada matiz, una enmienda para cada confusión. «Se puede definir todo», cree él con tozudez, y no se perdona ninguna palabra inapropiada, ninguna distinción expresada de manera incompleta. Nunca le he escuchado juzgar nada —a una mujer, un fragmento musical, un cuadro— con impresiones difusas. Siempre me dirá con precisión qué le gusta y qué no, distinguiendo un matiz de otro con rigor.

En su compañía, la vida se vuelve lineal; las proporciones, justas; los horizontes, nítidos.

II

Las oficinas de Ralph T. Rice del bulevar Haussmann son apenas una agencia modesta en comparación con la sede de la Piaţa Rosetti de Bucarest. Varios despachos, varios escritorios, un pequeño archivo en proceso de organización. No sé con exactitud qué quiere instalar aquí el viejo Ralph: una simple oficina comercial o una verdadera sociedad anónima. De su decisión depende que comencemos o no las obras de Le Havre. (Yo preferiría, en cualquier caso, Dieppe, que me parece más cómodo desde un punto de vista comercial y, desde el punto de vista del terreno de la construcción, infinitamente más despejado, más amplio. Le he enviado suficientes bocetos al maestro, que será quien decida.) Podría incluso renunciar a todo. No es el momento de realizar grandes inversiones en un negocio que, de todas formas, en las condiciones más favorables, no sería rentable hasta dentro de unos años. A finales de 1929, cuando la Explotación Rice S. A. empezaba a cumplir el antiguo plan del viejo Ralph de establecer una filial francesa, la empresa parecía posible. Hoy, en 1931, es como poco arriesgada, si no directamente temeraria. El petróleo está atravesando una crisis solo igualada por la agricultura. Rice es un hombre audaz en los negocios, pero no es corredor de bolsa.

El maestro nunca se ha tomado muy en serio la «expedición a Francia», como bromeábamos en la oficina, pero, por una parte, le habría gustado poder construir aquí, y por otra, no tenía ningún motivo para desanimar a Rice. Además, le complacía la idea de ofrecernos a Dronţu y a mí la posibilidad de abandonar nuestro país durante un año. Lo echamos a suertes y salí yo.

—De acuerdo: este año vas tú, el año que viene, Dronţu.

Estos días se ha cumplido el año. Esperaba que me reemplazara Marin, pero no ha venido. Me ha escrito una carta de cuatro líneas justas, las primeras que recibo desde su boda.

> No puedo ir. Hombre casado, tengo demasiados líos. Quédate tú. Te echo de menos y querría verte. Marjorie te envía saludos. Te escribirá un día de estos.

Marjorie te escribirá… No. Marjorie no me escribirá, lo sé y también lo sabe Marin.

Así que un año más aquí.

En la Explotación, en el bulevar Haussmann, me encuentro a veces con Pierre Dogany. Está preparando su tesis doctoral sobre Derecho público y económico. Luchó a brazo partido en Budapest y cuando vio que no había nada que hacer, se marchó. Tiene la intención de regresar allí después de la tesis. Está decidido a ser húngaro a cualquier precio, cueste lo que cueste. Su exceso de celo acaba por disgustarme. Tengo la impresión de que se arrepiente de la carta que me envió hace dos años a Bucarest. No me perdona el hecho de que recuerde perfectamente sus desengaños húngaros. Preferiría no haberse quejado nunca conmigo de las persecuciones soportadas, no haberse delatado jamás como oprimido, expulsado, rechazado por su violento magiarismo. Me resulta excesiva esta devoción forzada.

Me invitó a la facultad la semana pasada para que asistiera a una ponencia suya en el Seminario de Derecho Internacional de Lapradelle. Hablaba sobre el aspecto jurídico del caso de los rumanos de Transilvania y, puesto que Lapradelle fue el abogado consejero de los húngaros en la Haya, toda la reunión consistió en un alegato contra la tesis rumana. Me sentía incómodo y, aunque desconocía los detalles técnicos —cifras, datos, estadísticas—, sentía la necesidad de plantear una objeción. Lo hizo, para mi alegría, un estudiante rumano presente en la sala que, una vez hubo concluido Dogany su informe, se instaló en el estrado y habló desde allí media hora entera, con una mirada ardiente y unos gestos febriles como seguramente jamás se han visto en esta fría sala de conferencias.

Me acerqué a él a la salida para conocerlo.

Se presentó y me dijo que se llamaba Saul Berger. Casi me dio rabia ese símbolo tan facilón, demasiado evidente como para no imponerse, pero demasiado melodramático para mí: dos judíos peleando entre sí por dos victorias que no son sino dos abstracciones. El destino, el inevitable destino.

Blidaru me pregunta en su última carta cuándo tengo la intención de regresar a Rumanía. Ha conseguido a través de la Casa del Cuerpo de Docentes un terreno en Snagov y quiere que sea yo el que construya la villa.

Le he respondido *par avion:*

No sé cuándo regresaré, pero, vuelva cuando vuelva, la villa la construiré yo y nadie más. Tendrá que esperar, señor profesor, tendrá que esperar. Es una alegría demasiado grande como para dejarla escapar.

III

Maurice Buret regresó ayer de Normandía, donde ha hecho, en Oizy-sur-Glaive, una sustitución de veinticinco días. Está feliz con la cosecha recogida, tan feliz que ha renunciado incluso a esa sonrisita de modestia con la que habitualmente se excusa por sus victorias. Ha dado dos golpes en Oizy, buenos los dos, y ahora me los relata animado, pero metódico, en capítulos numerados.

El doctor Sibier.
El registro de ingresos.

1. El doctor Sibier es el médico al que ha sustituido. Se marchaba de vacaciones al sur de Francia y solicitó a París un interno que lo reemplazara.

Esta circunstancia le envió a Maurice.

—Desde el primer momento —relata Maurice—, comprendí que no se trataba de un tipo corriente. Tenía en casa dos cuadros, un Braque y un Marie Laurencin, algo que en Oizy no es un simple acto de valor, sino una provocación. Parisino, treinta y seis años, inteligente, ¿qué pinta este hombre aquí, en este agujero de provincias, en un pueblo de ocho mil habitantes, solo, sin relaciones, sin recuerdos, sin expectativas? Le pregunté al chófer, le pregunté a la enfermera, les pregunté a algunos pacientes en la consulta. Nadie pudo darme explicaciones. Recurrí entonces a la investigación personal y abrí los cajones inferiores del escritorio. No me había dejado las llaves, pero me resulto fácil abrirlos con un cuchillo.

Encontré una pila de cartas de poco interés, algunas fotos corrientes y, finalmente… un diario íntimo. Unas seiscientas páginas. Las leí en un par de noches. Pues bien, es extraordinario. Lo repito, extraordinario, y lo mantengo. Lo leerás también tú y ya verás.

—¿Cómo? ¿Te has llevado los cuadernos?

—Ah, eso no. ¿Acaso soy un bandolero? Solo los he leído y he anotado los pasajes esenciales. De todas formas, no tenía nada mejor que hacer por las noches. Los copié y luego los guardé en el cajón. Dos días antes del regreso del doctor, hice venir a un cerrajero del pueblo para que reparara la cerradura estropeada. Nada sospechoso, en definitiva, todo en orden.

2. El doctor Sibier regresó a Oizy por la noche, a las diez; yo tenía que partir al día siguiente al amanecer. Le entregué el libro de ingresos en el que estaban anotadas las consultas y el dinero cobrado. Conté ante él dieciocho billetes de mil y varios billetes de cien. Conté dieciocho, aunque solo había diecisiete. No me preguntes por qué. Me divertía hacerlo, dejando a un lado la consideración de que mil francos son mil francos.

—Podría haberte pillado.

—¿«Haberme pillado»? Qué mal te expresas. Quieres decir que podía reparar en un pequeño error en los cálculos. Es posible, pero no se dio cuenta.

—Está a tiempo todavía.

—Por supuesto. Espero una carta suya cualquier día de estos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por el momento no lo sé. Depende de la carta.

Efectivamente, llegó la carta del doctor Sibier.

> Tengo la impresión de que hay un pequeño error en nuestros cálculos. No estoy seguro y, créame, me sabe mal molestarle por esta minucia, pero me faltan mil francos en la suma. ¿Se me ha olvidado algo o, por el contrario, he apuntado un número dos veces?

Maurice respondió de inmediato. No sabe si se trata de un error, pero, si ha habido alguno, el responsable es él, así que está dispuesto a enviarle rápidamente la cantidad que falta. «No importa cuánto, mil o diez mil

francos, nada será demasiado si se trata de conservar una confianza para mí más preciada que cualquier otra cosa».

Dieciocho horas después, recibió un telegrama de respuesta. «No envíe nada, no falta nada. No ha sido asunto suyo en ningún caso. Miles de disculpas.»

—Mira en qué consiste una buena educación —concluyó Buret agitando el telegrama del médico.

Aunque conozco la absoluta ausencia de moralidad en la que vive, intenté de nuevo encontrar una explicación. Maurice Buret no es un libertino y tampoco es impulsivo. Haga lo que haga, lo hace con tranquilidad y a conciencia. Quiero saber, así pues, si en sus actos no interviene realmente ningún otro criterio que el de la seguridad personal. Es incómodo hablar de «conciencia», pero tengo interés por descubrir cómo funciona el mecanismo interior de este muchacho, su sistema de reflejos y conversaciones íntimas en el que cada uno de nosotros se juzga, se absuelve y se condena a sí mismo.

—Ah, funciona a la perfección. Como un buen pulmón, como un buen estómago. Tengo una conciencia capaz de digerir las crisis más graves. Y eso gracias a que no me engaño a mí mismo y no convierto en un problema moral lo que no es sino un problema técnico. ¿Has jugado alguna vez al fútbol? Yo sí. De todas formas, conocerás el principio general: meter un balón redondo en la portería del adversario, respetando, sin embargo, ciertas reglas. Lo más importante es no tocar la pelota con la mano. Perfecto. Si quieres jugar al fútbol, tienes que aceptar obligatoriamente esa regla y someterte a ella. Si no la aceptas, no juegas. Es sencillo. Pero una cosa es respetar una regla y otra es *creer* en ella. Tocar o no tocar el balón con la mano no tiene ningún valor *en sí mismo,* ningún significado. Adquiere sentido solo en el marco del juego. Un moralista iniciado en el fútbol no tardó, sin embargo, en decretar la naturaleza trascendental del golpe con la mano. Pues bien, yo a eso no me apunto. Mira, la noción de «pecado» es para mí una abstracción. No existe el «pecado». Existe tan solo la «falta de tacto».

No he estado más de un par de veces en casa de Buret, en la época en que vivía con su madre, en los apartamentos de la rue Vouillet. En ambas ocasiones tuve la impresión de que se sentía incómodo. Cerraba las puertas con precaución y me guiaba deprisa por el pasillo hacia su habitación. Una

sola vez adiviné, a través de una puerta entreabierta, a una señora a la que saludé azorado sin saber si debía presentarme o no. Él solo le dijo así, como de pasada, con indiferencia, «No es nada, un amigo», y siguió su camino.

Él, que habla de todo, no me ha hablado jamás de su familia. Existe una zona de intimidad que permanece cerrada. Conversamos sobre mujeres, sobre libros, sobre amigos. Pero ni una sola palabra sobre lo que hay detrás, petrificado, inalterable, tenaz, en su espíritu de familia de bretones trasplantados a París, donde no han dejado de ser bretones. Con su aparente cordialidad, con su terrible discreción, con su pasión por la conversación y los «documentos», Maurice Buret es, sin embargo, un hombre cerrado, parco y reservado. No he sorprendido nunca en él un momento de depresión o de alegría que le haga hablar libremente, de manera imprudente tal vez, pero libre, sin control, sin reticencias, nunca. Eso que se llama «necesidad de entregarte» es para Maurice algo completamente desconocido. Tiene, como mucho, simpatías intencionadas. En algún lugar, en su vida íntima, funciona una oficina de censura que verifica cada palabra, recela de todo impulso, enfría cualquier entusiasmo. Un círculo de hierro hace inexpugnables sus secretos estrictamente personales.

La semana pasada me dijo de repente:

—Me he cambiado de casa. Ahora vivo solo. He decidido, de acuerdo con mi madre, que nos separemos.

Me quedé sorprendido. Menos por la noticia que me comunicaba que por el hecho de que me la comunicara.

—¿Por qué?

Se lo preguntaba por educación, para no dejarlo sin réplica, pero no pensaba que fuera a responder. Además, no tengo talento alguno para solicitar confesiones. Me respondió, sin embargo, para mi sorpresa, con explicaciones y detalles:

—No sé cómo ha sucedido. Notaba desde hacía ya un tiempo que no funcionaba. Había una presión silenciosa que perjudicaba lentamente no mis actos, sino más bien mis pensamientos. Quien diga que se siente libre en casa de sus padres, se engaña. Mira, con mi padre creo que podría vivir fácilmente. Es una persona fría y me resulta indiferente. No creo haber hablado jamás con él más de cinco palabras seguidas. No me interesa, no lo quiero, no me quiere. Con mi madre, sin embargo, es terriblemente difícil. Nos queremos y eso resulta intolerable. Yo puedo soportar perfectamente la

hostilidad, pero no soporto un gran afecto. La hostilidad se me enfrenta y me define. El amor, por el contrario, es conciliador, dispuesto a las transacciones sentimentales, dispuesto a los falsos sometimientos. Sobre todo el amor en la familia, donde los vínculos son antiguos, duraderos e invisibles. Le expliqué todo esto a mi madre. No sé si lo comprendió, pero, en todo caso, lo aceptó. Cerramos un pacto de mutuo acuerdo: nos veremos dos veces por semana.

Sin su presencia física, sin su sonrisa modesta y atenta, sin esa inteligencia que simula tan fácilmente la sensibilidad y algunas veces la emoción, Maurice Buret sería un personaje horrible. Claridad, orden… ¿Es suficiente eso para forjar a una persona? Dios sabe cuánto he perseguido yo ese orden, cuántas sombras he matado por esa claridad. ¿No es, sin embargo, una victoria demasiado seca, demasiado árida?

Cito a Descartes para vengarme.

> *…ne recevoir jamais aucune chose pour vraie que je ne la connusse évidemment être telle, c'est-à-dire éviter soigneusement la précipitation et la prévention et… ne comprendre rien de plus en mes jugements que ce qui se présenterait si clairement et si distinctement à mon esprit que je n'eusse aucune occasion de la mettre en doute.*

Qué ley tan pobre.

IV

En el bulevar Haussmann, en la Explotación Rice, me esperaba un personaje sensacional: Philip Dunton. No he podido evitar abrazarlo, una efusión que lo ha abrumado un poco: tenía la pipa en la boca, no se esperaba semejante explosión de entusiasmo.

—Perdóname, Philip, pero me hace tanta ilusión verte…

Ha venido directamente de Bucarest y, no sé a través de qué retorcido resorte de la memoria, su aparición despierta de repente mil imágenes de

allí: gente, calles, periódicos, cines, cafés… Todo, todo lo que se ha apagado aquí, poco a poco, por la superposición de tantas imágenes recientes. Philip Dunton es un joven meticuloso que habla despacio (un tic adquirido, estoy seguro, del ajedrez, donde necesitas un cuarto de hora de meditación para cada movimiento). Lo he acosado a preguntas y no sabe cuál responder antes.

Se quedará unos cuantos días aquí para esperar al viejo Ralph, que también debe aparecer un día de estos. Luego no sabe qué hará exactamente. Regresar a Uioara no, allí ya no tiene trabajo. Quiere conseguir una excedencia de un año en la Explotación para ir a América y poner al día unas cuantas experiencias y observaciones personales en el laboratorio. Tal vez publique el trabajo que ha esbozado en Uioara. Un año después partirá adonde lo envíe Rice. De todas maneras, él preferiría ir a Rusia.

Hemos almorzado juntos, yo impaciente por escucharlo, él sosegado y tranquilo, como lo conozco desde siempre. Ardía en deseos de preguntarle por Marjorie, pero me daba miedo abrir una herida demasiado escondida. Un temor inútil. Me ha hablado de Marjorie cuando se ha acordado de ella, sin hacer ningún esfuerzo y, lo que es más, sin apuro alguno. Lo que sucedió entre ellos le parece extremadamente simple. Se separaron como buenos amigos. Él asistió a su boda civil y ella, por su parte, lo acompañó a la estación tres semanas después.

—Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera tener problemas con Marjorie. Es verdaderamente inteligente y, fíjate, eso es lo único que hizo posible nuestro matrimonio durante tantos años. No podía pedirle más. Sabía que algún día se marcharía y durante mucho tiempo me preocupaba tan solo la pregunta de con quién lo haría. Cuando fuimos a Uioara y te conoció, me dije que podrías ser tú. Yo te observaba con bastante curiosidad y, ¿te lo puedes creer?, con bastante simpatía. Sin embargo, no sucedió nada, no sé por qué. Luego, cuando apareció Pierre Dogany, pensé que sería él. Confieso que Marin Dronţu es el único en el que no pensé. Cuando me enteré, me eché a reír: me parecía demasiado grotesco. Ahora, en cambio, a medida que pasa el tiempo, observo que fue un acontecimiento dichoso. El pobre Pierre Dogany tenía la gran desventaja de estar enamorado de Marjorie, pero ella no necesitaba ser amada, sino amar. Ama a Dronţu. Deberías haberla visto salir de su brazo del ayuntamiento: resplandecía. Es una buena camarada. Creo que no la olvidaré jamás y no puedo prometer que no regrese algún día a Rumanía

para verla y hablar de lo que pasó.

El viejo Ralph T. Rice vino hace un par de días y me trajo la respuesta del maestro a mi informe. En teoría, han aceptado mi punto de vista. Si se construye, será en Dieppe. Las ventajas del terreno son evidentes, y no existen desventajas comerciales en relación con Le Havre. ¿Pero se construirá? Es difícil asegurarlo por el momento. Rice se inclina más bien por que no. La crisis lo ha asustado de verdad. Más que la crisis, lo ha asustado el estado de ánimo de Rumanía.

—Llevas solo un año fuera —me ha dicho—, pero si volvieras ahora, creo que no reconocerías muchas cosas. No sé, allí está ocurriendo algo, algo bulle en secreto.

La decisión definitiva sobre el destino de la Explotación en Francia no la tomará hasta más adelante, hacia el otoño, cuando espera disponer de elementos de juicio más exactos. Sin embargo, parece decidido desde ya a restringir drásticamente las dimensiones de la empresa respecto a la planificación inicial. Tal vez construya una red de pequeños almacenes de distribución y venta en toda Francia e intente imponer en el mundo de los automóviles la gasolina y el aceite de Rice. Bastante poco respecto a las intenciones que albergaba en otra época.

He intentado averiguar de dónde surge la alarma del viejo, tan tranquilo y autoritario por lo general. Lo he interrogado largo rato, pero no ha sabido darme más información. Tampoco Philip Dunton, mucho más sereno y escéptico respecto a los «graves acontecimientos», sabía gran cosa.

Al parecer, en Uioara ha habido varios momentos difíciles este último año: varias huelgas parciales, de poca importancia, pero repetidas, algunos encontronazos entre los trabajadores y la dirección, una serie de negociaciones salariales tensas. Además, los eternos conflictos con los vecinos de Uioara la Nueva, por culpa de sus eternos ciruelos, cada vez que se instala un nuevo pozo y hay una nueva ola de *spülung*. Pero no parece que eso sea suficiente para hacer tambalear la serenidad de un hombre como Ralph Rice. Debe de haber otra cosa, algo más profundo. Le escribiré al maestro para preguntarle.

Tengo la impresión de que los asuntos europeos se ven mal desde París. Advierto sorprendido —y no por primera vez desde que estoy aquí— que París no es una buena atalaya para observar el continente. Hay aquí demasiadas certezas, están demasiado acostumbrados al pensamiento

sólido, y en Europa hay demasiadas convulsiones y descomposiciones como para que el paisaje no parezca falseado si lo contemplas desde París. Habría que introducir una «cuota de intranquilidad» en los problemas que solucionamos a la orilla del Sena. La seguridad es un ambiente poco propicio para pensar.

V

He visto en la calle de La Boétie varios cuadros de Chagall. ¡Qué tumulto! Las flores son blancas, de ensueño, pero bajo ellas, desde la sombra, se desprenden las cabezas fatigadas de los amantes de frentes pálidas, con los brazos largos, con la mirada como el humo. Todo, los colores, el cielo, todo parece atravesado por otras luces que las del día, por otras sombras que las de la noche. ¿De dónde vienen estas plantas desconocidas, estos árboles entumecidos por la falta de movimiento? El sol es difuso, apagado, como si estuviera bajo el peso de varios océanos superpuestos.

¿De qué montañas desciende este carro de heno, azul como en las fotos, inverosímil y solemne? Es una estación lánguida, de luces evocadas, de campos soñados y ventanas que se abren hacia adentro. Aquí y allá, la hierba es de un verde brutal, con un exceso de color y un esfuerzo por vivir que delata una desesperada nostalgia por el sol.

La timidez del judío ante el campo abierto. ¡Su torpeza ante las plantas, su reserva ante los animales! De todas las soledades, esta es la más dura. Es tan difícil acercarte con simplicidad a un árbol cuando no has vivido jamás junto a él…

Chagall ama la hierba, el heno, los árboles, pero no sabe cómo amarlos. Hay demasiado fervor en este amor, y mucha tristeza también. Hay impulsos refrenados, hay efusiones que no tienen el valor de llegar hasta el final, hay gritos que tropiezan con una sonrisa. ¡Humor! Tal vez. Pero, sobre todo, incapacidad de huir, de renunciar a ti mismo, de rodar entre piedras y maleza, de cerrar los postigos de tu negocio por la tarde con tus problemas íntimos y entrar en la plenitud del sol sin recuerdos, sin nostalgias.

Mi sinagoga de la infancia tenía unos cristales pequeños, azules y rojos,

en las ventanas. La luz de los cuadros de Marc Chagall viene de ahí. Recuerdo perfectamente los dos leones de bronce que sostenían a derecha e izquierda las tablas de Moisés. He vuelto a verlos también en los cuadros de Chagall. Es una nueva zoología que ha pasado en primer lugar por el oro, por el bronce, por los tejidos, un folklore de ornamentos. Chagall desciende de esa antigua tradición de sinagoga. Es un talmudista saturado de abstracciones, un jasídico que ha salido al campo y ahí contemplará aturdido el paso perezoso de los bueyes, percibirá el olor de la tierra húmeda, seguirá el vuelo breve de los gorriones, pero no olvidará, no conseguirá olvidar el balanceo eterno del lector de la sinagoga sobre los libros abiertos.

Regresé a la calle de La Boétie con Maurice Buret. Sabe apreciar la pintura, pero no le gusta Chagall. Percibí su hostilidad ante los cuadros, una hostilidad obligatoria para un hombre que durante toda su vida no se ha permitido sino emociones severas, comedidas. En el autobús, a la vuelta, me explicó:

—No me gusta el tumulto. A ti tal vez te emocione; a mí, en cambio, me molesta. Símbolos pesados, sueños inconclusos, imágenes confusas… ¿Qué quieres que haga con ello? Siento ahí algo crispado que me inquieta, me incomoda.

—Eres un hombre cómodo.

—Lo soy. ¿Acaso es algo vergonzoso? Todos los hombres solos son cómodos, todos los que respetan su propia dignidad. Soy ciertamente un hombre cómodo y no quiero caer en manos de todos los accesos de lirismo, ya procedan de la vida, de los libros o de los cuadros. Si no soporto mis propios desmayos, ¿por qué debería soportar los de los demás? La vida solo es posible entre personas mesuradas, que controlan sus ideas, verifican sus sentimientos y guardan para sí las crisis interiores. Soy francés. Más aún, soy bretón. No siento un ápice de comprensión hacia los teutones o los judíos.

—¿Antisemita?

—Sí. No en política, pero en la psicología sin duda. Tienes que comprenderme y no enfadarte conmigo.

—Querido Maurice, he conocido en mi carrera de judío tantos antisemitas furibundos que tú, que eres en cuestiones antisemitas un simple diletante, un aficionado, lejos de enfadarme, me gustas.

—Gracias por tu amabilidad, pero te advierto que no la merezco. Puesto que, peligroso o no, sigo siendo un antisemita. O, para hablar con exactitud, sigo siendo enemigo de esos tics de sensibilidad y de psicología judías. Existe un espíritu judío agitado, convulso y febril que yo detesto. Existe una determinada óptica hebrea que cambia las proporciones de las cosas, altera su simetría, ataca su realidad. La inclinación al sueño que alababas en Chagall, ahí tienes lo primero que denuncio. Yo soy un hombre en vela. No me gusta la gente medio despierta. Tu Chagall se mueve en la frontera entre el sueño y la vigilia y eso lo inhabilita para el arte. Un judío despejado es un fenómeno. La mayoría son sonámbulos.

—Antes de responderte, deberíamos tal vez ponernos de acuerdo sobre el término «claridad». ¿Crees que existe una sola forma de ser claro? Claro puede ser un notario y también un poeta, pero me parce que no es lo mismo.

—Tal vez. Yo me quedo, sin embargo, con la claridad del notario. Este piensa en la más pura línea de la tradición francesa: una palabra para cada idea.

—¿Y qué? Eso es, como mucho, un mérito estilístico, no vital. La claridad puede ser estéril, y el tumulto puede ser fértil. Hay cosas que nacen en el caos, a altas temperaturas, ahí donde el ojo helado de la claridad no puede resistir. Hay cosas que se entienden con la sangre o no se entienden en absoluto.

—Protesto, protesto enérgicamente. Lo que estás afirmando es un grave error anatómico. El órgano con el cual comprende el hombre es la cabeza. La sangre sirve para otras cosas. Esa aberración de la «sangre pensante» es teutona, eslava o judía. Un francés no lo diría jamás. Un anglosajón, todavía menos. Compruebo apenado que te vuelves patético, algo que es sinónimo de judío. Una lástima, me estoy arriesgando a perder un amigo.

Aquí estoy, defendiendo los derechos del caos espiritual en contra de la lucidez. Si se enterara Ştefan Pârlea, lo celebraría. Para él, yo era un monstruo escéptico. Para Maurice Buret, me he convertido, por el contrario, en un metafísico.

Creo que existe en el alma judía una lucha siempre abierta entre la biología y la inteligencia, una lucha entre extremos que ninguno de nosotros ha conseguido aplacar. Por eso podemos ser para algunos monstruosamente lúcidos y, para otros, monstruosamente patéticos.

Siempre habrá un Ştefan Pârlea que denunciará nuestro espíritu crítico. Habrá siempre un Maurice Buret que detestará nuestro espíritu trágico. Habría que encontrar una línea intermedia, pero es difícil mantenerla. Abrazamos con imprudencia, con pasión, un camino u otro, un exceso que pagamos más adelante con nuestro cansancio y con la hostilidad de los demás.

Qué ingenuo Maurice Buret al imaginarse que me está diciendo algo nuevo. ¿Cuántas veces me habré acusado yo con más severidad aún? Hay en mí un personaje que ama la tensión, el alboroto, el tumulto de los grandes vendavales desatados. Y hay otro que ama las ideas frías, las distinciones precisas, la reserva, la espera. Entre estos dos hombres resulta difícil el acuerdo, pero todos mis esfuerzos personales se dirigen a la búsqueda de ese acuerdo, que debe ser sellado y respetado.

El «antisemitismo» de Maurice Buret no es, en el fondo, sino una reserva psicológica, la única forma de antisemitismo posible en Francia. En ese mismo sentido puedo ser yo antifrancés o, hablando con más precisión, anticartesiano. Es una definición de posiciones intelectuales, no una discrepancia. Existe entre el espíritu hebreo y los valores franceses una zona de aislamiento que el tiempo puede por supuesto atenuar, y que el paso de las generaciones puede suprimir, pero que, en una primera toma de contacto, resulta muy seria. Atravesar esa zona de desapego es un problema de orden individual, cada uno debe superar las dificultades de su propio temperamento.

Por lo que a mí respecta, creo que el camino no me resultaría difícil si pasara por Montaigne y Stendhal.

—¿No has sentido nunca repugnancia ante tu inteligencia? —le dije a Maurice Buret—. ¿No te ha parecido nunca agobiante, presuntuosa, insuficiente? ¿Y que, después de haberlo discutido todo, de haberlo aclarado todo, perdure más allá de las cosas una sombra o una luz fuera de tu alcance? Lo que te reprocho a ti y al espíritu francés es el exceso de memoria. Recordáis todo demasiado, controláis todo demasiado, como en un laboratorio en el que cada probeta contiene una fórmula, una serie de reacciones conocidas, una serie de certezas limitadas. Ese horizonte es estéril. Seguro pero estéril. Tu vida carece de misterio y yo me pregunto cómo no te aburres viviéndola. Ella, de todas maneras, debe de aburrirse espantosamente en tu compañía. Eres un hombre sin sorpresas. Tú dices

«un hombre con tacto». Puede ser. No gritarás jamás, no romperás nada jamás, no darás un empujón a nadie. La educación es tu metafísica.

»Te vigilas como si fueras un edificio público. Ser policía es tu vocación. Tienes pisos y apartamentos interiores para cada sentimiento o pensamiento, tienes escaleras y ascensores que te llevan con precisión de un pensamiento a otro. Eres el portero de ese edificio: controlas quién entra y quién sale, cierras las puertas, apagas las luces, lo ordenas todo. Cuidas con esmero las plantas de interior, podas las ramas que se atreven a crecer demasiado, enderezas los tallos que se doblan, cortas las flores que sobresalen. No soportas los bosques, solo te sientes a gusto en los parques. Y tú eres tu propio parque.

»Me gustaría saber si has entrevisto alguna vez la sombra de la muerte, más allá de las pequeñas certezas que cultivas… Si te ha estremecido alguna vez el sentimiento de que eso que haces es irrisorio, inútil, vacuo, que todas esas «experiencias» son estériles, que la vida pasa por encima de tu cabeza… Me gustaría saber si no te ha asaltado nunca el deseo absurdo y urgente de dejarlo todo y partir al albur, adonde sea, abandonándote a la suerte para que haga contigo lo que quiera…

»Eres un hombre sano y equilibrado, pero estás demasiado sano. Te falta un ápice de desequilibrio, sin el cual la vida no se abre nunca ante nosotros más allá de los horizontes inmediatos. Te falta un sentido un poco menos exacto que la vista, pero más esencial que este: “el sentido de lo trágico”.

VI

S. T. Haim lleva dos días en París. Se ha alojado en la calle Daunou, en ese pequeño y reluciente hotelito donde me prometo suntuosamente, en mis sueños, vivir algún día. Su maleta está llena de etiquetas multicolores; es una maleta que ha dado la vuelta a Europa varias veces. Ha estado en más ocasiones en París estos últimos meses, pero nunca solo. Hay una mujer en su vida, no me cabe duda, pero este parlanchín de S. T. H. se torna mudo y sombrío cada vez que sale el tema.

Hemos paseado mucho juntos, desde el Louvre hasta la Abbesse y

desde allí hasta la Place du Tertre.

Me daba miedo que no le gustara este barrio, que es mi favorito.

—No puedes imaginarte qué impresión de ciudad provinciana te causa París cuando vienes de Europa. Tienes la sensación de que te has perdido en una estación en la que no paran los expresos. Huele a 1924, a 1928 como mucho. Y estamos en 1931. No solo Berlín o Viena, donde reina una máxima tensión, sino incluso Bucarest tiene más vida, es más dinámica. Cuando cruzas la frontera en Bâle hacia París, el reloj se atrasa una hora, pero el tiempo retrocede varios años. Ya lo comprobarás tú mismo en otoño, cuando te marches. Encontrarás en Europa, no importa dónde, una agitación que aquí no se percibe y que resulta inimaginable.

—No sé si me marcharé en otoño.

—Te marcharás. No van a llevarse a cabo las obras de Dieppe. Ya lo verás.

—¿Por qué lo sabes?

—No lo sé. Veo los tiempos que se acercan y comprendo qué se puede hacer y qué no.

Para mi sorpresa, he descubierto que el viejo Ralph Rice conoce a S. T. H. y además muy bien. Mantuvieron una conversación de dos horas, arriba, en las oficinas del bulevar Haussmann. S. T. H. ha trabajado este último año para la Explotación Rice en Berlín, donde dispone de información y de posibilidades comerciales que el viejo Ralph aprecia.

Me hace gracia el semblante atemorizado del viejo mientras escucha a S. T. H., que se pasea por la oficina dibujando en el aire con el dedo índice escalas gráficas de la catástrofe.

—Se ha acabado, señor, se ha acabado. Ya puede cerrar el negocio. Nos encaminamos hacia una revolución. Alemania no funciona. Austria por supuesto que tampoco. El Extremo Oriente cruje. No se trata ya de una crisis de siete u once años, de esas de las que hablan los libros de economía: es un naufragio general. Puedo demostrárselo con cifras, pero no quiero. Tengo mucha más confianza en su olfato de hombre de negocios. Usted viene de Europa. Dígame una cosa: ¿no ha sentido el cosquilleo del olor a dinamita en la nariz en lugar del olor a petróleo?

Le presenté a Maurice Buret. Harto de conversaciones sociales, pues ya había mantenido varias con Rice, S. T. H. estuvo admirable. En cuanto deja de ocuparse de los destinos del universo, es un hombre con sentido del

humor.

Fuimos los tres al concierto de Colonne. En el programa, *Horace victorieux* de Honegger, lineal, grave, conciso, con un engañoso aire de simplicidad que triunfa sobre las dificultades más ocultas. Salí de allí renovado, purificado… «El orden domina el mundo —reflexioné en mi fuero interno— desde el momento en que una victoria así es posible.»

Continuamos la velada en Montmartre, donde habíamos descubierto tiempo atrás un milagroso vino de Anjou. S. T. H. estaba inspiradísimo. Relataba los entresijos del escándalo Oustric, lo transformaba en una verdadera novela con mujeres, aventuras, negocios en la bolsa, historias de alcoba, todo ello dirigido con genialidad y relatado de manera veloz, como en una película. Sabe muchísimas cosas y, sobre todo, sabe establecer relaciones entre ellas, es un poco abracadabrante, pero lógico y difícil de refutar. Sus explicaciones tienen algo de Ponson du Terrail, algo melodramático y sensacional y, si no son justas, son al menos plausibles.

—Con tus capacidades, vas a terminar en el Servicio de Inteligencia.

—Es la única profesión que me interesaría. La única, de verdad, si no hubiera algo más decisivo, más perturbador. Hacer de policía a lo grande es, por supuesto, interesante. Pero es poco, es insuficiente. Es un trabajo de informes, de relaciones, de subordinados. Yo necesito otra cosa. Os lo diré al oído, para que no se enteren los vecinos.

Se inclinó sobre la mesa y silabeó en tono confidencial:

—Lo ab-so-lu-to.

—*Rien que ça?* —le preguntó Buret.

Llevo cuatro días sin ver a S. T. H. Hoy por la mañana, abro el periódico y leo en la tercera página: «Arrestos masivos de comunistas en Rumanía». El nombre de S. T. Haim aparece el primero entre líneas. Me he quedado de piedra. Telefoneo a su hotel. Sí, es exacto: S. T. H. abandonó París el día doce. Hoy estamos a dieciocho. Tiempo suficiente como para haber llegado a Bucarest y ser arrestado.

He escrito a Rumanía, a Pârlea y a Marin, para pedirles información. No entiendo qué ha podido pasar. Estaba tan seguro de sí mismo, tan profundamente tranquilo. Me parece que hay aquí algo de novela policiaca. La idea de que este hombre, con el que paseaba hace unos días por París, esté ahora en Bucarest entre rejas me intranquiliza. Es otro curso de la vida, otro orden de cosas, otra lógica. ¿Cómo puede ser? Caminé a su lado,

almorcé con él, charlamos, fumamos, bebimos… ¿y no había nada en él que presagiara la cercanía de la caída? ¿Ninguna señal que anunciara siquiera de lejos que en alguna parte, en aquel momento, se estaba decidiendo su suerte?

Me resulta imposible aceptar esa indiferencia de las cosas y me persigue cada detalle de nuestra velada como si cada uno escondiera un fragmento de explicación. Su traje gris, su corbata azul con lunares blancos, los cigarrillos Chesterfield que compró de camino, en el estanco junto a Châtelet.

Ni una respuesta por parte de Pârlea, tampoco por parte de Marin. En cambio, un sobre de una tienda con la dirección escrita por una mano apresurada. Lo abro: es de S. T. H.

> ¿Recuerdas la hora de convulsión de la que hablábamos en otro momento? Ya ha llegado.
>
> Tiene una memoria extraordinaria. A mí se me había olvidado.

QUINTA PARTE

I

Subiendo por Şerban-vodă, donde empiezan a escasear las casas, el automóvil causa una cierta sensación, como en un arrabal de provincias. Se ven cabezas curiosas en las ventanas, se oyen puertas que se abren a nuestro paso, nos persiguen grupos de niños.

—¿Van hacia el crematorio? —le pregunta al chófer una mujer apoyada en el umbral de su casa.

—Vamos a la mierda —le responde él, enfadado por los baches en los que acabamos de meternos.

El solar se abre a la izquierda, triste, sucio, con arcones rotos, cosas viejas, cajas de hojalata, pilas de basura que arden lentamente. Aquí y allá, un parche de hierba que ha resistido hasta comienzos de noviembre, un árbol frutal medio deshojado, un perro callejero.

Tal vez esta visita sea un error. ¿Qué voy a decirle? ¿Qué va a decirme? Nada me desarma más que una situación solemne, pues las palabras corrientes me resultan pobres y las grandes me cohíben. Desde hace tres días, desde que conseguí el pase, no puedo pensar en otra cosa que en el momento del reencuentro.

He imaginado cada gesto decenas de veces y siempre me parecía o bien excesivo, o bien insuficiente. La caja de cigarrillos que le llevo también me incomoda: no sé cómo dársela. Me gustaría encontrar ese gesto breve y medio indiferente con el que le ofreces a alguien la pitillera para que se sirva. Me gustaría estrecharle la mano con sencillez, como si se la estrechara por la calle, para darle la impresión de que nada ha cambiado, de que nuestro encuentro aquí no es excepcional, de que su aparición entre rejas no es una catástrofe.

—¡Alto!

El chófer ha frenado bruscamente, con una última sacudida.

—Ya hemos llegado —me dice, y me señala con el dedo a lo lejos una línea imaginaria, más allá de la cual solo se ven las puntas de tres bayonetas.

—¿Jilava?

—Sí. Está bajo tierra.

El tintineo de la campana, el grito repetido de los centinelas («¡cabo de relevo!»…, «¡cabo de relevo!»), el control de los documentos, el ojo suspicaz del oficial de servicio, todo es soportable excepto esa puerta pequeña de madera y hierro al fondo del pasadizo de piedra, excepto ese umbral que cruzarás enseguida, en unos minutos, en unos segundos, mi viejo S. T. H., excepto ese umbral opresivo y oscuro. Me resulta imposible apartar la mirada de ese punto. Se oyen unos pasos al otro lado, lejanos, desconocidos, de otro mundo. Ya está, ahora se abrirá la puerta. En este instante… Debería encontrar una sonrisa, una sonrisa a cualquier precio.

¡El radiante S. T. H.! Ha irrumpido por la puerta impetuoso como siempre, rubio, agitado, impaciente y con el rostro iluminado. Se ha detenido un momento en el umbral para localizarme a veinte metros, al otro lado de la barrera. ¿Con cuántas zancadas se ha plantado junto a mí? Con una sola, creo.

Habla deprisa, alegre, apresurado, con los ojos, con las manos, con el mechón que le cae siempre sobre la frente, con todo su ser, como sometido a una formidable presión interior y exultante ahora por la alegría de la explosión.

—¡Si supieras lo bien que se está aquí! Personas, amigo, las primeras personas que conozco. Al otro lado de la puerta hay varios siglos de cárcel, ¿qué digo?, varios miles de años. Y no son todavía suficientes para lo que esta gente puede cargar en el espinazo sin rechistar. Me daría vergüenza quejarme por mis doce años de encierro. Si no hubiera sido por los abogados de mi madre, ni siquiera habría interpuesto un recurso. Porque, de todas formas, será lo mismo. A nosotros no nos saca de aquí ni el consejo de revisión, ni el de casación. Yo con estas bromas no me hago ilusiones. Pero se acerca una derogación mayor que las demás, y que sepas que viene deprisa. No sé cómo estará la cosa en Calea Victoriei, pero aquí, en el cuartel, huele terriblemente a revolución. No te rías. La percibo, en serio que la percibo. No hay noche en la que no me acueste con la idea de que por la mañana podríamos encontrarnos las puertas abiertas. Quizá la primera nevada no nos sorprenda ya aquí.

Su absurda certeza me asombra. No, no lo agarraré por los hombros y no lo sacudiré para que despierte. ¿Con qué fin? Es mejor que crea y que espere, incluso aunque lo que espera no sea sino una lamentable sombra inventada por una fantasía que sigue su vuelo más allá del horizonte custodiado con metralletas y rifles.

Te deseo lo mejor, S. T. H. Ya han transcurrido diez minutos y el reloj de Jilava es más exacto que el reloj de la historia. Él mide con minutos y segundos, tú mides con décadas y siglos.

He pasado por el Central, donde estaba seguro de encontrar a Ştefan Pârlea. No se mueve de ahí desde el alba hasta medianoche. Tiene al fondo, junto a la barra, una mesa que todo el mundo considera de su propiedad. Al ministerio no va ya desde hace mucho. Presentó la dimisión para ser libre. ¿Libre para qué? No sé. Libre para «la gran velada». Me habría gustado decirle que su nueva indumentaria de nihilista —melenudo y descuidado— es una chiquillada. Me temía, sin embargo, que estallara lanzando su antiguo grito: «¡Tú a callar! ¡Tú eres un esteta!».

Lo evitaría con mucho gusto, pero es el único que puede aclararme cuál es la situación de S. T. H., por qué fue arrestado, por qué lo han condenado y cuáles son sus posibilidades de cara al futuro. En su expediente hay un informe de la policía alemana que lo identificó en Berlín tres meses antes de su arresto, en un encuentro comunista de barrio donde tomó la palabra. Está también el testimonio de un alto funcionario que le escuchó comentar en el Orient Express, en voz alta, «importantes secretos de armamento». Además de algunas declaraciones, algunas alusiones, algunas propuestas. Todo es vago, inconsistente, carente de seriedad. Es cierto, sin embargo, que se trata de S.T. Haim, un revolucionario disponible a cualquier hora del día y de la noche. No sería sorprendente que lo hubieran pillado con nitroglicerina en el bolsillo del chaleco. Es un hombre capaz de llevar consigo una bomba y dejarla plácidamente en el guardarropa: «Por favor, guárdeme esta bomba en mi número; tenga cuidado de que no explote».

A Pârlea lo enfurecen mis preguntas.

—¿Que por qué lo han arrestado? ¿Que por qué lo han condenado? Bobadas, tonterías. Lo arrestaron porque tenían que arrestarlo. Ayer a él, hoy a mí, mañana a todos. Solo así se hace la revolución: con gente que haya pasado por la cárcel. ¿Es culpable? ¿No es culpable? ¿Le caen cinco años? ¿Le caen cincuenta y cinco? Allá él. Para nosotros solo existe una pregunta: ¿va a reventar el Estado o no?

—No sabía que fueras comunista.

—Y no lo soy. ¿Qué es eso? Comunista, reaccionario, izquierda, derecha… Supersticiones, hombre, retazos de ideas. Existe tan solo un

mundo viejo y un mundo nuevo. Solo eso. Un mundo que se resquebraja y otro que nace. ¿Voy a ponerme ahora a llorar por S. T. Haim? No tengo tiempo. Se acabó. Nosotros andamos de noche, al azar, unos caen, otros no, cada uno según su suerte. Cuando amanece, pasamos revista.

Tampoco aquí, en el café, entre los vasos de cerveza vacíos, dominando con su voz de barítono todas las mesas de alrededor e intimidando a su público de jóvenes atemorizados, tampoco aquí resulta ridículo Ştefan Pârlea. Tiene una frente inspirada y un puño decidido. Cuando habla, su mirada traspasa a los que lo rodean, como si se hiciera un hueco hacia no se sabe qué objetivo invisible. Hay varios adolescentes que lo escoltan permanentemente, un poco incómodos con su ropa de paisano…, la primera ropa de paisano que visten desde que abandonaron el liceo. Fuman mucho y mal, unas veces con evidente bravuconería, otras, con un respingo de temor que traiciona el recuerdo reciente del retrete donde encendían sus cigarrillos a escondidas. Circulan entre ellos diversas octavillas panfletarias que leen con avidez, las comentan en voz alta, recitan versos, proclamas, manifiestos. Todos se tutean, se conocen sin haberse estrechado la mano, sin haberse visto nunca. Entre la una y las dos, a la hora del almuerzo, la agitación crece de repente. Todo el mundo se pone a buscar los veintiséis *lei* del «menú». Las monedas circulan de mesa en mesa, arrojadas de manera amistosa o con un juramento. Hay pocas chicas, alguna que otra despistada en un grupo de chicos, pequeñas hadas aburridas, con gabardina, con la cabeza descubierta, con el cigarrillo medio encendido. Es difícil definir su identidad: quizá estudiantes, quizá bailarinas de revista, tal vez chicas de la calle, simple y llanamente.

Hay una que guarda un parecido sorprendente con Louise Brooks en el papel de Lulu. Todos los chicos se dirigen a ella por su nombre —Vally— y ella les responde a todos con la misma sonrisa cariñosa y hastiada. Lleva un jersey verde ceñido con un cinturón, como si fuera un muchacho, y una especie de boina, también verde, que deja al descubierto tres cuartas partes de cabeza, enmarcada por un flequillo. Ha pasado por nuestra mesa y ha saludado a Pârlea con un gesto vago, llevándose el dedo al ala de un quepis imaginario. Me ha preguntado de paso si no tenía un cigarro. Le he ofrecido mi paquete de Regal del que ha extraído uno, haciendo, no sé por qué, una mueca.

—Se parece a una protagonista de Wedekind.

—Ya lo sé. A Lulu.

—¿Por qué lo sabe?

—Me lo han dicho más veces.

Ha seguido su camino, con su paso no arrastrado, sino indeciso, indiferente.

He descubierto por qué torció Vally el gesto cuando le ofrecí los cigarros. En el Central solo se fuman «funcionarios», cigarrillos de cincuenta céntimos, tabaco negro. Los Regal son cigarros burgueses. Los poetas, los revolucionarios, la gente libre, la gente imaginativa fuma solo tabaco proletario. Mi pobre paquete de treinta *lei* era una insolencia, una provocación. La mueca de la joven que se parece a la Lulu de Wedekind quería decir de manera bastante clara: «Ya entiendo con quién estoy hablando».

Existen otras reglas de conducta en el Central. No saludar con más de un dedo y, en ningún caso, si llevas sombrero, quitártelo. No tratar a nadie de «usted». No presentarse a nadie. Todo el mundo se conoce aquí oficiosamente. No hay tiempo para protocolos, mentiras, caprichos. Estamos cansados —¿no es verdad?—, estamos hartos. Los ricos, los importantes, los que tienen barriga, pueden hacer las tonterías que quieran. También tienen tiempo y ganas de bromear. Nosotros, no.

Reina una agitación continua en el Central y, al mismo tiempo, una abrumadora atmósfera de hastío, de inutilidad. Estos chicos son apasionados o fingen pasión, están desencantados o fingen desencanto. Hay algunos muy jóvenes, agresivos, ruidosos, con la frente salpicada de acné juvenil, unos jóvenes incendiarios sin ocupación por el momento. Entre ellos, aquí y allá, una hermosa cabeza de adolescente. Hay, asimismo, varios pares de barbas y bigotes flamantes, intencionadamente descuidados, sombríos, proféticos. (Debería observarse la abundancia de barbas en periodos de efervescencia social, en los años de revolución o de descomposición. Es el primer refugio en el misterio al alcance de los hombres).

Una vez que entras en el Central, resulta difícil marcharse. Te retiene aquí la pereza, la falsa idea de que estás esperando a alguien cuando, en realidad, no esperas a nadie, el aburrimiento de pasear por las calles, la indiferencia… La puerta giratoria de la entrada da vueltas sin cesar, introduciendo a los mismos tipos que vienen y se van, para regresar al cabo de cinco minutos a la mesa de la que se acaban de levantar. Flota en el aire algo soporífero, somnoliento, un regusto de ceniza, un recuerdo de

amargura.

A veces estalla una reyerta de ideas o de bofetadas en alguna mesa, algo que, por un instante, espabila a todos del sopor, hasta que esa leve sensación se pierde en el rumor impasible de siempre.

Hay un basarabeano barbudo, de unos veinte años; dicen de él que es hijo de un herrero y que es un genio. Ha traducido a Blok y se pone de vez en cuando a recitar un verso de *Escitas* como si fuera la llamada de una trompeta.

Encontré a Vally sola, apoyada de espaldas a la barra y mirando con los ojos entornados, como a través de un denso humo de cigarrillo, no sé qué (en el Central se mira mucho al vacío). Es una joven hermosa y su flequillo liso acentúa un aire de chica formal que el cigarrillo no consigue arrebatarle del todo. Me he acercado a ella y le he hecho una propuesta que le ha sorprendido.

—¿Quiere salir a dar un paseo?

Al principio parecía no entender («¿A pasear? ¿Por qué?»). En el umbral se detuvo de nuevo, indecisa. Estaba lloviendo.

—Espero que no la amilanen cuatro gotas de agua.

Se levantó sin prisa el cuello de la gabardina, metió las manos en los bolsillos y echó a andar por delante, con un pequeño gesto heroico, enfrentándose a la lluvia.

¡El antiguo placer de caminar bajo la lluvia! El brillo del asfalto mojado, el parpadeo lejano de los anuncios luminosos, la prisa de los peatones, el ruido alarmado de los cláxones de los taxis, la caída amplia, generosa, envolvente de la lluvia en los tejados.

Caminamos un buen rato sin hablar. Oía el ruido de sus pasos en el asfalto, un poco demasiado enérgicos para ella, pero entrenados como para una marcha de varios kilómetros. Llevaba un impermeable de goma delgado en el que las gotas de agua rebotaban con un ruido exagerado, lo que daba la impresión de tormenta aunque se trataba tan solo de un chaparrón.

—¿Por qué frecuenta usted el Central?

No me respondió de inmediato. Seguía caminando un poco inclinada hacia adelante para proteger el rostro de la lluvia. Más adelante dijo:

—Porque es barato. Veintiséis *lei* el almuerzo.

—¿Y por eso se pasa el día entero ahí? Tengo la impresión de que es estudiante.

—Sí. En cierto modo. Estoy matriculada en tercero con exámenes

pendientes de primero. Pero me aburro, me muero de aburrimiento… Me cuesta quedarme sola en casa. Todo lo que hago me sale mal, me aburro, me asquea.

—Y el Central le divierte.

—¿Que si me divierte…? No… Bueno, no sé. No puedo irme. Venga de donde venga y vaya adonde vaya, paso por allí. Abro la puerta, miro qué hay de nuevo y me pongo a hablar con unos y otros. Y así pasa el tiempo.

Habla con una voz neutra, indiferente, con una cierta apatía que procede de un inmenso hastío o bien de un igualmente infinito cansancio.

—¿No ha intentado nunca marcharse?

—Sí, claro. Pero no lo he conseguido. Al fin y al cabo, me siento bien tal y como soy. ¿Tú piensas que realizas una gran hazaña si no vienes al Central?

—¿Por qué me trata de «tú»? Me conoce desde hace tres días. No sabe quién soy ni qué quiero.

—Eso no tiene ninguna importancia. Te trato de «tú» porque me he acostumbrado a tratar de «tú» a todo el mundo. Creo que eres lo bastante inteligente como para no enfadarte.

—Gracias por su confianza. Pero se trata de usted, no de mí. ¿No le sienta mal ese abuso de intimidad? «Usted» no es tan solo un tratamiento de cortesía, es un arma de defensa personal.

—Muy sutil, pero no lo entiendo. «Tú» es más breve y más sencillo. «Arma de defensa personal»… Eres muy gracioso, en serio. ¿Qué quieres que defienda yo?

Seguimos caminando sin hablar. Más adelante, paré un taxi.

—¿Adónde vamos?

—No sé. Adonde quiera.

La abracé y no opuso resistencia en absoluto. Se dejó besar y me besó, pero sin convicción, indiferente, abstraída, como si estuviera fumando. Por un momento pensé en llevarla a mi casa, pero el chófer había tomado ya Calea Victoriei y me daba pereza decirle que diera la vuelta. La dejé en el Central. Desde el umbral, me envió su saludo militar, con el dedo en el mismo quepis imaginario. Mostraba una especie de sonrisa que no decía nada.

Regresé ayer al Central por curiosidad y me quedé toda la noche. No tenía nada mejor que hacer, era demasiado pronto como para volver a casa, el tiempo era demasiado malo como para pasear. Cinco minutos, otros cinco, cinco más. Se me acercó uno y me pidió veintiséis *lei;* otro, un

cigarrillo; otro, tres *lei* para comprar un periódico. Me parecía conocerlos a todos y quizá los conociera efectivamente de verlos en la calle, en un tranvía o qué sé yo dónde.

«Debería marcharme», me dije varias veces, pero me daba pereza levantarme. Vally, mientras se pasaba de una mesa a otra, me envió un saludo de reconocimiento por encima del hombro. «¿Todavía aquí?» Siguió su camino sin esperar la respuesta a la pregunta que había lanzado al azar.

En el grupo de Ştefan Pârlea estaban hablando de «descomposición». Los chicos seguían la discusión muy concentrados, como si cada uno examinara en su intimidad las fases de esa descomposición. Al verlos entregados al debate como a un estupefaciente, pálidos unos, violentos y tensos otros, me habría gustado dar un puñetazo en la mesa para espabilarlos. «Hay que largarlos —pensaba yo—, hay que sacarlos urgentemente de aquí; solos no van a marcharse jamás.» Como cuando luchas agotado con esa somnolencia incipiente, me resultaba imposible levantarme de mi sitio. «Oblomov», pensé, recordando la pereza del héroe eslavo. «Un café lleno de Oblomoves. Y yo entre ellos, a punto de convertirme en uno más.»

Nos fuimos tarde, en grupo. Una vez en la calle, íbamos separándonos uno a uno en las esquinas, camino de las afueras, en grupos más pequeños, continuando aquel debate interminable. Me quedé a solas, más allá de Lipscani, con un tipo que caminaba a mi lado.

—¿Vives cerca del parque Carol?

—Sí…, más o menos.

Me resultaba penoso caminar junto a un muchacho al que no conocía y al que no sabía qué decir. Intenté varias veces entablar una conversación, porque el silencio me resultaba insoportable, pero no cuajó en absoluto. Ni yo encontraba temas ni él tenía ganas de responder.

En Sfinţii Apostoli, doblé hacia la izquierda, pensando que él continuaría recto hacia Antim. Sin embargo, giró a la vez que yo. Hice un último intento por la calle Emigrantului, demasiado pequeña y desconocida como para que su camino siguiera por allí a la vez que el mío. Me siguió. Me sentía furioso y me habría gustado detenerme de repente y preguntarle a dónde iba. Sin embargo, me contuve, porque no quedaban al fin y al cabo más de doscientos pasos hasta mi portón, donde le tendí la mano apresuradamente, un gesto que lo sorprendió, pues tardó en tender la suya, dejando mi saludo a medias.

—¿Cómo?… ¿Te vas?

—Sí. Buenas noches.

Seguía en la acera, delante del portón, apoyado en la farola, con las manos en los bolsillos, súbitamente desorientado, como si hubiese perdido un tren. Di unos pasos por el patio, indeciso, no sabía si tenía que regresar o no. Tenía un vehemente sentimiento de alivio que una voz interior resumía sin rodeos: «Que se vaya a la mierda». Pero, al mismo tiempo, sentía que lo que yo estaba haciendo «no se hace». Tenía una oscura sensación de angustia que sabía ya que no me dejaría en paz. Al fin y al cabo, me conozco. Soy capaz de cometer pequeñas infamias para proteger mi tranquilidad personal, pero, una vez cometidas, recordarlas me fastidia como una mota de polvo en el ojo.

Me volví hastiado hacia él y le pregunté en tono desabrido:

—¿Pero por qué te quedas ahí? ¿Por qué no vas a acostarte?

Se encogió de hombros y sonrió (seguramente por la ingenuidad de la pregunta).

—¿Dónde vives?

—Hmmm… Donde se tercia.

Mi primer pensamiento fue: «Qué bien se tiene que estar ahora arriba, en mi habitación, la cama para mí solo, estirarme todo lo que quiera, encender la lámpara de la mesita y leer». Me parecía que nunca me habría gustado más estar solo que en ese momento.

—Vamos, quédate a dormir en mi casa.

Eché a andar, maldiciéndolo en mi mente con toda mi ira y maldiciéndome a mí mismo por esa mala suerte caída del cielo. Nos desnudamos en silencio, yo furioso, él indiferente.

Qué extraña resulta una persona desconocida. Una persona desconocida que duerme a tu lado. Oigo su respiración como si oyera su vida entera, con sus procesos ocultos, con el latido de la sangre en los tejidos, con el billón de pequeñas descomposiciones y combustiones que se reúnen oscuras para crearla y mantenerla.

No voy a dormir. Es inútil cerrar los ojos, es inútil enfadarme, no voy a poder dormir. Es mejor aceptar el insomnio y resignarme a permanecer despierto. Él está cansado. Lo que le ha ocurrido esta noche le ocurrirá seguramente todas las noches. Nada que lo turbe, por tanto, nada que lo inquiete.

Un hombre desconocido duerme a mi lado, como una piedra junto a otra piedra.

Es la primera persona que entra en mi vida sin llamar a la puerta. A

toda la gente que conozco, la conozco gracias a un pacto tácito de soledad. «Mira, yo soy este, tú eres este otro: esto es lo que puedo darte yo, esto es lo que puedes darme tú; nos estrechamos la mano y pactamos así compartir algunas cosas, algunas ideas, algunos recuerdos… El resto permanece cerrado, el resto queda en nuestro fuero interno y, como somos personas educadas, no cruzaremos nunca esa línea, no abriremos nunca nuestras puertas cerradas.» El pacto es concreto, las partes están definidas: yo, tú.

Un solo hombre desconocido duerme a mi lado y tengo la sensación de que con él ha entrado toda una multitud. No me ha dicho nada, no le he dicho nada, pero siento que no tengo nada que decirle, nada que esconderle.

«Revolución… Tal vez. Dentro de un mes, dos, tres», dicen los muchachos del Central. Ştefan Pârlea precisa: «Por San Jorge estarán funcionando las horcas». Quizá se engañe respecto a la fecha y los aparatos. No se engaña, sin embargo, respecto a la atmósfera, que resulta asfixiante.

¡De dónde habrán salido estos muchachos chiflados, sin casa, sin trabajo, con la cabeza descubierta, con las manos vacías, con una identidad indefinida, con unas expectativas titubeantes!

Duermo hoy aquí, mañana allí, pasado mañana no duermo en ningún sitio. Se pasan la vida de mesa en mesa, en busca de una moneda, en busca de un cigarrillo, en busca de una cama. Entre ellos, a veces, se abre camino a codazos alguno que tiene una revelación, un mensaje que comunicar a todos, una verdad absoluta. Al cabo de un día o dos, al cabo de una semana o dos, se pierden en su propio aburrimiento o en el aburrimiento de los demás.

«Os llevaremos al paredón.» He escuchado esta frase cien veces, mil veces. Te encuentras con un vengador en cada esquina.

¿A quién llevarán al paredón? Por el momento no lo tienen claro: «A los burgueses, a los viejos, a los barrigudos, a los saciados». Todo es confuso, sordo, embrollado. Todos están desalentados y febriles. La espera los consume, esa espera insaciable que no acaba nunca, que consume sus horas, días, años y sigue hambrienta; la espera sin propósito, sin término, sin objeto, espera pura y dura, construida solo con nervios y tensiones.

—Tiene que reventar, tiene que reventar sin falta.

—¿El qué?

—Todo.

II

He estado con el profesor Ghiţa en Snagov visitando su parcela. Es un pequeño solar para viviendas del cuerpo docente en el que Blidaru compró hace tiempo unos doscientos metros cuadrados con la idea de construirse una casa más adelante. No parece en absoluto dispuesto a hacerlo ahora. El lugar está muy bien ubicado, en la parte opuesta a Bucarest, con una perspectiva abierta hacia el lago, un poco elevada, lo cual nos permitiría hacer una terraza soberbia. Me gustaría construir la casa solo por la alegría de proyectar una terraza. Tanto el maestro como yo hemos intentado convencerlo, pero el profesor parece decidido a no empezar nada.

—No insistáis, por favor, no insistáis. Tengo la sensación de que no hay nada más ridículo hoy en día que construir algo…, sea lo que sea. Estoy seguro de que mañana va a temblar la tierra y yo me pongo a construir una casa hoy. Decidme vosotros mismos si no es gracioso. No es posible. Ahora es el momento de derruir, no de edificar.

Vive en la misma casa desde 1923. Todo sigue como lo vi por primera vez, la ventana alargada, rectangular, sin cortinas, un catre de campaña, los libros, el pequeño Brueghel de la pared… Él mismo, con su batín largo de andar por casa, a la luz de la misma lámpara de escritorio, parece no haber cambiado. Habla despacio, examina todas las hipótesis, se responde rechazando él solo sus objeciones. Sosegado y discreto como es, ¿quién imaginaría las cuestiones candentes que le preocupan? Tengo a menudo, al escucharlo, la impresión de encontrarme ante un químico que, con una ampolla de ecrasita en la mano, diserta sobre las cualidades explosivas del cuerpo. Y este hombre frío es el más apasionado y tumultuoso de los hombres.

Le he recordado nuestras primeras conversaciones aquí, el curso de 1923, sobre la «evolución de la noción de valor», la indignación de los especialistas, nuestro asombro, el de los estudiantes… Hemos sacado de la estantería un atlas geográfico y hemos abierto el mapa de Europa para marcar con un lápiz los centros de crisis que confirman hoy sus presagios de entonces.

Él me ha quitado el lapicero y ha dirigido la punta hacia el centro del mapa: Viena.

—Aquí está el nudo. Desde aquí se resquebrajará todo. Observa cómo a partir de una cuestión en definitiva menor, como el *Anschluss,* se crea un punto de resistencia totalmente desproporcionado. Todo el mundo se implica en ese juego, todo el mundo apuesta y, cuanto más funesto es el desenlace, más desesperada es la tensión. Finalmente, cuando se rompa, se romperá todo.

Inclinado sobre el mapa, parecía un general que siguiera las fases de una batalla aún no librada, pero inevitable.

Como no hay demasiado trabajo en el estudio, asisto de manera casi regular al curso de Ghiţa Blidaru. La caída de la libra inglesa alimenta desde hace tres semanas las clases con la vivacidad propia de un folletín. De una clase a otra, una nueva serie de certezas monetarias se derrumba. El profesor recibe el boletín de los desastres con la serenidad de unas apreciaciones técnicas bajo las cuales no me resulta difícil adivinar la satisfacción de seguir las etapas de la descomposición general. No creo, por lo demás, que le interese el fenómeno monetario en sí, sino tan solo como síntoma de la liquidación y como un elemento de esta. Una moneda fuerte significa, en cualquier caso, un eje de valores, sea en el plano que sea, el de la economía o el de la cultura. Estabilidad provisional, por supuesto, pero, por el momento, real. Por el contrario, una inflación monetaria provoca inflaciones simultáneas en todos los planos de la vida, en el de la psicología colectiva en primer lugar. (¿La Alemania revolucionaria no se debe en buena medida a los años de inflación? Pregunta para Blidaru.)

Tengo a veces la impresión, en el curso del profesor, de que estamos reunidos en una especie de pequeño cuartel general ideológico de una inmensa guerra mundial y de que esperamos de un momento a otro los telegramas de las catástrofes, sobre cuyas cenizas soñamos con una nueva tierra.

Por el momento, en lo más profundo, los viejos estratos se desprenden insensiblemente. Ghiţa Blidaru tiene un oído fino.

III

El primer telegrama desde Uioara no parecía demasiado grave. «La gente del pozo A se niega a trabajar.» Ha sucedido otras veces. Solo me parecía raro que enviaran un telegrama, cuando hay tantas líneas de teléfono disponibles. En la explotación de la Piaţa Rosetti, sin embargo, todo el mundo mantenía la calma.

Por la tarde intentaron establecer contacto con Uioara, pero fue imposible. La centralita de Câmpina respondió invariablemente durante una hora: «Uioara no responde. Probable avería en las líneas». Era algo plausible, pero el asunto me sonaba sospechoso.

—¿Y si avisarais al viejo Ralph…? —propuse yo con la boca pequeña.

Se echaron a reír.

—¿Dónde quieres que demos con él? Tendríamos que buscarlo por toda Europa. Y, además, no vamos a importunarlo por una tontería.

Por la tarde, sobre las siete, irrumpió Hacker, el de contabilidad, en la Explotación. Venía directamente de Uioara, con dos ruedas reventadas, con el motor recalentado, a punto de estallar, con el parabrisas roto, con media capota arrancada de las bisagras. Nosotros estábamos en el estudio y nos convocaron inmediatamente en la Piaţa Rosetti. Por el camino, el maestro estaba tranquilo y pálido.

A decir verdad, las noticias que había traído Hacker eran menos desesperadas que su aspecto. Había tenido la imprudencia de pasar por Uioara la Nueva, donde la gente lo había recibido a pedradas, algo que, ciertamente, no era grave. El peligro gordo debía de estar en Uioara la Vieja, en los pozos y la refinería. Pero allí por el momento no había sino un amago de huelga, más violenta que de costumbre.

—Temo por la refinería —decía Hacker—. Se han reunido todos allí, en grupos grandes, y están debatiendo. Los de la refinería estaban todavía trabajando cuando me he marchado yo, pero quién sabe qué habrá ocurrido entretanto. Si se quedara al menos la gente de la central para que tengamos luz… Que Dios nos libre de la oscuridad. Creo que los borrachuzos de Uioara la Nueva no esperan otra cosa. Son también ellos los que han arrancado los cables del teléfono.

Estuvimos pendientes de las noticias toda la noche. No las procedentes de Uioara, con la que toda comunicación estaba excluida, sino del Ministerio del Interior y de la Prefectura de Prahova. En la Explotación

había un ajetreo tremendo. Incluso Marjorie había venido con Marin, muy abatida, pero también muy comedida. Quería a toda costa ir inmediatamente a Uioara, con el coche de Hacker, que pensaba conducir ella sola.

El maestro parecía ausente. Una sola vez me dijo: «Sería triste que nos destruyeran Uioara».

Los periódicos de la mañana son alarmantes y confusos. Nadie sabe con exactitud qué está pasando. De la Explotación han partido para las negociaciones dos directores, acompañados de un delegado del Ministerio de Trabajo y precedidos por varias unidades de gendarmes. Las cosas podrían arreglarse, sin duda, si se tratara de un mero conflicto laboral. ¿Es solo eso? No creo.

Por muy vagas que sean las informaciones que tenemos hasta ahora, parece que en Uioara hay dos movimientos distintos, aunque envueltos en el mismo incendio. Está, en primer lugar, el conflicto de los trabajadores de los pozos, la refinería y la fábrica, todos de Uioara la Vieja, y luego está el movimiento de los viticultores de Uioara la Nueva. Los primeros reivindican mejores salarios, los otros no tienen reivindicaciones de ninguna clase, excepto el deseo de bajar a Uioara la Vieja y destrozarlo todo. La revuelta de los pozos es la revuelta de los ciruelos.

En el Central reina un entusiasmo unánime. En Calea Victoriei, un rumor de guerra. ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¡Ya viene! ¿Quién viene? La revolución, evidentemente.

Ştefan Pârlea parecía transfigurado esta mañana mientras me hablaba.

—Siento que ha llegado nuestro momento, amigo. Siento que salimos de la mediocridad. A través de la sangre, de las lágrimas, pero salimos. No podía ser de otra manera, de otra manera nos marchitábamos. Cuando te estás asfixiando en una casa llena de gas, no intentas abrir las ventanas: las rompes.

Intentamos partir furtivamente a Uioara el maestro, Dronţu y yo, en el Ford de Hacker, que de todas formas no tiene mucho que perder. Fue, sin embargo, imposible. Nos hicieron regresar los gendarmes desde Câmpina.

¿Qué ha sucedido allí? Nadie lo sabe. Circulan unos rumores siniestros. Que si los viticultores de Uiora la Nueva habían prendido fuego a la

refinería, que si habían vaciado las cisternas para inundar con petróleo toda la línea interior, que si habían encerrado a los americanos en los despachos, que si habían atacado a los gendarmes con piedras, que si los gendarmes habían abierto fuego, que si había sesenta muertos…

¡Una hora de convulsión! ¡Una hora de convulsión! Me parece estar oyendo la voz de S. T. H.

Vieru está deprimido. Creía en la estabilidad de las obras de Uioara, y ahora el estallido inesperado del desastre lo desconcierta. Son tantos los años de trabajo que desaparecen en una noche, en un instante. Si las noticias sobre el incendio se confirman, ¿qué quedará entonces de sus edificios? Unos cuantos planos, algunas fotografías…

Ghiţa Blidaru triunfa sin orgullo. Creo que también sin alegría. Ha venido al estudio para ver al maestro y me ha sorprendido su expresión tensa.

—¿Has vencido? —le ha preguntado Vieru esforzándose por reír.

—Por desgracia, todavía no. No haces una revolución con un incendio. Lo que está sucediendo ahora en Uioara pertenece al orden natural de las cosas. Diez años han hablado los pozos y ahora hablan los ciruelos. Su voz viene de más lejos y, por ese motivo, era obligatorio que se hiciera oír. Pero no nos equivoquemos. Por el momento es insuficiente. Nosotros tenemos que quemar una historia entera, no tres pozos. Quedan tantas cosas por destruir que Uioara no pone fin a nada. Esto es solo el comienzo.

Una aparición sensacional en las oficinas de la Explotación: Eva Nicholson. Ha venido sola, en un coche de dos plazas, y se marcha al cabo de dos horas. Lleva un pantalón de algodón sobre el que se ha puesto un impermeable. Está pálida, tranquila y muy cansada, pero carente por completo de emoción.

—He venido a comprar algodón, tintura de yodo y vendas. Lo necesitamos allí. No he podido comprarlo en Ploieşti, habría levantado sospechas.

—¿Por qué, señora? ¿Acaso se ha aliado con los revolucionarios? —le ha preguntado alguien de la dirección.

—No son revolucionarios; son heridos.

Sin embargo, los acontecimientos de Uioara no son tan graves. Eva Nicholson nos ha tranquilizado. En primer lugar, no han destruido nada, o casi nada. Han saqueado algo, y han montado escándalo. Los gendarmes

han disparado. Los trabajadores se han encerrado en la fábrica y en la refinería. Si no salen de ahí en veinticuatro horas, los gendarmes volverán a disparar. En tres días estará todo liquidado.

Calma. El viejo Ralph T. Rice llegó ayer. El último boletín desde Uioara anuncia la evacuación de todos los edificios. Se busca por el momento a los «instigadores» y se abre una instrucción. Es posible que la semana que viene se reanude el trabajo en los pozos y en la refinería. En la central eléctrica han comenzado ya a trabajar con equipos reducidos. El comunicado del Ministerio del Interior habla de cuatro muertos y varios heridos leves. Se rumorean, sin embargo, cosas terribles.

IV

He intentado varias veces ponerme a trabajar, pero todo me parece inútil. Estás en un barco que se hunde. ¿De qué sirve mantener tu puesto de vigilancia? Los desastres no se organizan, se sobrellevan.

Nunca me han parecido más insoportables mi habitación, mis libros, mis papeles. Siempre he creído que las únicas derrotas y las únicas victorias decisivas en la vida son las que pierdes o ganas solo, ante ti. Siempre he creído en el derecho a poner entre el mundo y yo una puerta cerrada cuya llave quede en mi poder. Pues ahí tienes la puerta, abierta de par en par. Todas la puertas abiertas, todas las entradas libres, todos los refugios al descubierto.

Estar solo es una dignidad perdida. Quizá un vicio curado. Recordaremos nuestras obligaciones como especie y viviremos amontonados, unos sobre otros, aplastando a algunos, salvando a otros, al azar, reintegrados en un orden zoológico del cual huimos uno a uno. ¿Quién sabe? Tal vez un terreno que no ha dado durante décadas sino plantas seleccionadas, crisantemos y tuberosas, necesite, para renovar su energía creadora, un furioso brote de malas hierbas, ortigas, beleño, laureles silvestres. Es el tiempo de las plantas amargas.

Nadie va a pedirme que acepte con alegría estas sombras. Basta con

aceptarlas.

Entregarte a las lluvias y los vientos, someterte a la noche que cae, perderte en la muchedumbre que pasa…, no hay nada más reconfortante. No intentaré buscar de nuevo el camino que conduce hacia mí. Pero tampoco puedo esperar que surjan de la nada horizontes que no se ven aún. La desesperación es un entusiasmo que reprimí desde el principio, sé lo difícil que resulta en la sensibilidad de un judío. No regresaré a los fantasmas de los que me separé. ¿Viene la «gran velada»? Que venga. Pero hasta entonces me queda un largo ocaso para lo que he amado y lo que amo todavía.

Voy a construir la casa de Snagov. Sin falta. En contra de la voluntad de Blidaru, si es necesario. Hay que hacer una casa lineal, sencilla, con ventanas grandes, con una terraza cuadrada, una casa para el sol.

He hablado largo y tendido con el profesor y, aunque no está convencido, va a aceptar. Le he pedido libertad total de elección y de trabajo. Me ha prometido que no pasará por allí hasta que se lo pida yo.

Ştefan Pârlea habla siempre del gran incendio histórico que se acerca. Mejor aún, tendré algo que ofrecer a ese incendio.

SEXTA PARTE

I

Iba camino del estudio para encontrarme con el maestro. Desde que comencé las obras en Snagov, nos vemos poco. He decidido venir al centro solo una vez por semana, los sábados. De lo contrario sería difícil terminar antes de septiembre.

En la esquina, hacia el bulevar Elizabeta, había un grupo de muchachos uniformados que vendían periódicos.

—¡Los misterios de la judería! ¡Muerte a los judíos!

No sé por qué me detuve. Por lo general sigo tranquilamente mi camino, pues se trata de un grito antiguo, casi familiar. Pero esa vez me quedé sorprendido, clavado en mi sitio, como si solo en ese momento hubiera comprendido por primera vez el sentido de esas sílabas. Es extraño. Estas personas están hablando sobre la muerte, más en concreto sobre mi muerte. Y yo paso indiferente a su lado, pensando en otras cosas, haciéndoles caso a medias.

¿Por qué será tan fácil lanzar en una calle rumana el grito de «¡muerte!» sin que nadie vuelva siquiera la cabeza? Creo, sin embargo, que la muerte es un asunto bastante serio. Un perro aplastado bajo las ruedas de un automóvil ya es suficiente para provocar un instante de silencio. Si alguien se plantara en medio de la carretera para pedir, qué sé yo, «muerte a los tejones», pienso que provocaría cierto asombro entre los transeúntes.

Pensándolo mejor, no es grave el hecho de que tres jóvenes se coloquen en la esquina de una calle y griten «muerte a los judíos», sino que su grito pueda pasar inadvertido, sin encontrar resistencia, como la campana de un tranvía.

Me sucede a veces, cuando estoy solo en casa, que empiezo a escuchar de repente el tictac del reloj. Siempre ha estado a mi lado y siempre ha funcionado, pero, por falta de atención o de costumbre, no lo escuchaba. Se fundía, junto con otros muchos sonidos pequeños, en una especie de silencio que suprime los rumores de las cosas que te rodean. De esta inmovilidad surge bruscamente el ruido dentado del reloj con una violencia y una energía que no imaginaba. El tictac da golpes secos, con sacudidas

bruscas, como pequeños puñetazos de metal. Ya no es un reloj, es una metralleta. Su ruido lo tapa todo, llena la habitación, ataca los nervios. Lo escondo en el armario, también ahí se oye. Lo ahogo con la almohada, el sonido continúa, lejano y vehemente. No existe otro remedio que la resignación. Tengo que esperar. Al cabo de un rato, no sé gracias a qué milagro, el ataque cede, las rueditas se aplacan, el segundero se amansa. Ya no se oye nada: el tictac se ha integrado en el silencio general de la casa, se ha fundido en el bullicio insensible de todos los objetos.

Sucede exactamente lo mismo con este secular grito de muerte que circula siempre por las calles rumanas, pero que solo se oye de vez en cuando. Durante años pasa junto al oído del hombre corriente, impasible, apresurado, sumido en otros pensamientos, durante años aletea y se agita por todos los caminos… y nadie lo oye. Un buen día, de repente, ahí está, bruscamente despierto del silencio que lo envolvía, ahí está, surgiendo de todos los escondrijos, de debajo de todas las piedras.

¿De repente? Estoy exagerando. Para esto hace falta un tiempo de fatiga, de enfado, un tiempo de esperanzas extenuadas, un tiempo de decepción. Entonces se oyen las voces que antes no se oían.

En Snagov, en la obra, en los andamios, entre obreros, entre piedras, cemento y vigas, no hay problemas. Los problemas empiezan en cuanto regreso a la ciudad.

Ha sucedido algo estos últimos meses. Se ha roto cierto mecanismo invisible que sustentaba la espera. Veo tan solo gente agotada, encuentro tan solo gente rendida. La revolución tenía que llegar y no ha llegado. El episodio de las dos Uioara fue un breve estallido, un fogonazo.

Decían: «Aquí acaba todo; aquí comienza todo». Pues mira, no ha acabado nada, no ha comenzado nada.

San Jorge pasó hace mucho. Las horcas con las que soñaba Pârlea el día del santo no se utilizaron. Todos los presagios han resultado engañosos, todos los plazos se retrasan.

Hay que hacer algo para calmar los nervios, que no pueden más, hay que abrir una nueva ventana para estas esperanzas sofocantes.

Hay muchachos que gritan por la calle «muerte a los judíos». No está mal por el momento.

Es difícil seguir día a día la tensión progresiva de las hostilidades. Te encuentras de repente acorralado por todas partes, sin saber ni por qué ni

cuándo ha ocurrido. Pequeños hechos aislados, pequeños gestos insignificantes, pequeñas amenazas lanzadas al viento. Hoy una bronca en el tranvía, mañana un artículo en el periódico, pasado mañana una ventana rota. Todo parece casual, inconexo, medio en broma. Una buena mañana, sientes que ya no puedes respirar.

Lo más difícil de entender es que nadie, absolutamente nadie, tiene un ápice de culpa en esta historia.

Un momento espantoso en el estudio. Me he peleado con Dronţu.

Habíamos discutido. No era la primera vez, porque él es una persona que te lo dice todo a la cara y tampoco yo me muerdo la lengua. Habitualmente acabamos enseguida, él con un juramento, yo con otro, y luego nos estrechamos la mano en señal de paz.

Esta vez no sé por qué peleábamos. Creo que se trataba de un frasco de tinta que yo había guardado no sé dónde y que Marin necesitaba sin falta. Nos dimos unos empellones, en broma, por supuesto, levantamos la voz y, sin darnos cuenta, estábamos frente a frente, furiosos de verdad. Marin me miraba con unos ojos que yo no le conocía. Por un instante, un solo instante, pensé que estaba bromeando y que iba echarse a reír de un momento a otro. Me habría gustado tenderle la mano, pero, afortunadamente, no tuve tiempo de insinuar el más mínimo gesto porque él estalló.

—No me vengas con judiadas. Yo soy olteano. Conmigo no hables como un judío.

Palidecí. No había nada que hacer; todo lo que había entre nosotros, recuerdos, amistad, camaradería, todo se derrumbaba de golpe. Sentía violentamente que el hombre que tenía delante se había vuelto de pronto un completo desconocido, como esa gente que —dicen— encanece en un minuto. Se había vuelto tan desconocido, tan lejano e inaccesible que responderle me habría parecido algo tan insensato como hablar con un pedrusco.

Debería sentirme triste. Me sorprende incluso no estarlo. Es como si hubiera recibido un balazo en el hombro y esperara ahora que me doliera. Pero no me duele.

Tengo la curiosa impresión de que Marin Dronţu es un nombre desconocido, sacado de un libro. Nunca imaginé que se podía borrar a un hombre de manera tan profunda, tan brusca, tan absoluta.

He dormido tranquilamente, sin soñar. He trabajado todo el día.

Marjorie ha estado en Snagov. Me encontraba en los andamios y cuando la he visto de lejos, vestida de blanco, me he sobresaltado como si hubiera vuelto a ver a la Marjorie Dunton de hace años, en Uioara. La he invitado a mi habitación, a doscientos pasos de la obra, junto al lago. Solo ahora me doy cuenta de cómo se parece esta estancia a nuestra cabaña de otra época.

Marjorie viene por iniciativa propia.

—Lo que ocurrió ayer es atroz. Marin me lo ha contado todo. Es absurdo… Dos personas serias como vosotros… Tienes que comprenderlo. Un momento de enfado, un desliz. No se rompe una amistad de diez años por algo así. ¿A que lo entiendes? ¡Dime que lo entiendes!

—Querida Marjorie, lo entiendo. Lo he entendido desde el primer momento.

—¿A que vais a hacer las paces?

Me he encogido de hombros.

—¡Claro que sí, por Dios! Lo has dicho tú misma: no somos unos críos.

Noche en el lago, con Marjorie y Marin. Me sentí cohibido un buen rato. Nos estrechamos la mano sin explicaciones. Es más fácil.

Desde el lago se veía muy bien la casa de Blidaru, en la oscuridad solo se distinguían sus paredes rectas. Los andamios, las carretillas de yeso, los montones de piedra habían desaparecido en las sombras. Esa casa me relaja con solo mirarla. Me gustaría terminarla tarde, lo más tarde posible.

Llevábamos demasiado tiempo callados y Marjorie se dio cuenta. Le pidió a Marin que remara hacia la orilla.

—Estoy cansada, chicos. Vamos, llevadme en brazos. ¿Os acordáis? Como en Uioara.

Que si nos acordamos… La cogimos a la «silla de la reina» y Marjorie, recordando un gesto de aquel lejano día de septiembre, se quitó el sombrero y, agitándolo como una bandera, empezó a cantar como entonces:

It's a long way to Tipperary,
It's a long way to go.

Me daba perfecta cuenta de que no era sino un esfuerzo por revivir las sombras del pasado, pero eso no me ha impedido sobresaltarme ante la invocación a unas emociones que yo reconocía.

Cuando los he acompañado al autobús, Dronţu me ha dicho, con cierta desgana, cierto hastío y un acento de tristeza que compensan muchas cosas:

—La vida es una porquería, tú. Nos obliga a hacer un montón de mezquindades sin preguntarnos siquiera. Una porquería, que lo sepas. Nadie tiene la culpa.

En verdad, nadie tiene la culpa. Todo acaba aquí, un día u otro. Lo sé perfectamente, por los recuerdos, por el profundo sentimiento de inutilidad de cualquier esfuerzo, sé perfectamente que las cosas no pueden ser de otra manera…

II

Se ha marchado Sami Winkler. Con su buzo de obrero, con la cabeza descubierta, con una pequeña bolsa de viaje colgada del hombro, parecía, en la ventanilla del vagón de tercera clase, un excursionista que parte a la montaña para un par de días.

Le pregunté medio en broma:

—¿No es un equipamiento demasiado sencillo para alguien que va a hacer historia?

—No. Es lo único que necesito. El resto se queda aquí.

—¿Ha sido difícil?

—Bastante difícil. Por eso he cortado por lo sano. Es más sencillo separarte de todo a la vez que hacerlo por partes.

Estaba solo en la estación. Les había prohibido a sus familiares que fueran y sus compañeros de viaje habían partido antes a Constanţa, donde tenían que esperar el barco. El jueves siguiente estarían en Haifa.

—¿Y luego?

Respondió abriendo los brazos, como queriendo abarcar seguramente

una respuesta demasiado grande para una sola palabra: «todo»…, «la vida»…, «la victoria»…, «la paz»… Estaba muy tranquilo, sin nervios, sin prisas.

Pasaron por nuestro lado dos muchachos que vendían una revista de ideología cuzista.[18]

—Cómprenla, señores, es contra los judíos.

Sonreímos ambos por su oportuna intervención. A veces los símbolos se presentan con facilidad.

Winkler llamó a los dos mozalbetes y les compró una revista.

—De todas formas, no tenía nada para el viaje.

Ciertamente, no había llevado consigo ningún libro, ninguno. Es verdad que nunca le habían interesado demasiado los libros.

Nos dimos un apretón de manos. Habría querido abrazarlo, pero me daba miedo la perturbación que esa efusión habría provocado en nuestra circunspecta despedida. Nos dimos un apretón de manos.

Ojalá triunfe, pero me cuesta creer en su victoria. Ojalá encuentre entre sus naranjos palestinos la paz que todos buscamos ahí donde la escribió nuestro destino: S. T. Haim en Jilava, Abraham Sulitzer en los viajes y los libros, Arnold Max en la poesía, yo en la obra, construyendo. El barco que lo lleva a Haifa abrirá entre las olas un sendero que tal vez avance hacia una nueva historia judía. ¿Conduce hacia una paz judía? No sé, no lo creo, no me atrevo a creerlo.

Dos mil años no pueden suprimirse, de todas formas, con una partida. Habría que olvidarlos, olvidar la marca del hierro ardiente, la melancolía segada con una guadaña. Sin embargo, son ciertamente demasiados como para poder desprendernos de ellos. Vivimos siempre en su recuerdo turbio, que viene de lejos y que bordea con un círculo de bruma los horizontes futuros. Muy de vez en cuando, atraviesa esa niebla la luz de una historia de armas, de victorias, de reinos. ¿Se puede elaborar una historia con tan poca cosa?

Winkler tiene muchas cosas por conquistar, y lo hará. Pero tiene que perder una y no sé si conseguirá perderla. Tiene que perder la costumbre de sufrir, tiene que perder la vocación del dolor. Es una capacidad demasiado desarrollada, un instinto demasiado firme como para que ceda ante una

vida simple. Esa raíz amarga resiste en todas las estaciones del año y jamás será demasiado tarde como para que no dé sus frutos tristes en el más apacible verano de su espíritu engatusado por una calma siempre engañosa. Volverás a encontrarte algún día en un momento de espanto y aprenderás de nuevo eso que has aprendido siempre y que siempre has olvidado: que puedes escapar de cualquier parte, pero no de ti mismo.

III

Me gustaría poder reproducir textualmente, al pie de la letra, la conversación que mantuve anoche con Mircea Vieru.

Vino a verme a la obra. La casa de Blidaru también le interesa a él. Le interesa sobre todo mi edificio, el primero que construyo solo. No quiere ponerme ninguna objeción. Quiere verme culminarlo todo bajo mi única responsabilidad…, algo que por una parte me encanta, pero que por otra me intimida. No estoy seguro de ir por buen camino. Unas veces todo me parece inspirado, claro, articulado. Otras, por el contrario, todo es inerte, frío, esquemático. Llamé al profesor, pero no quiso venir.

—No. Tú a tus asuntos, haz lo que quieras, trabaja como quieras. Eso es lo pactado: que cuando esté terminada, me avisarás. Por el momento es tu casa.

Desde la obra fui directamente con Vieru a cenar a la carretera de Bucarest. Ya he pasado otras cinco semanas sin salir de Snagov.

—Ya no te dejas ver en la ciudad, ¿no?

—Es que me repele. Me envenena la irritación que reina allí. En cada esquina, un apóstol. Y en cada apóstol, un exterminador de judíos. Me agota, me deprime.

No me respondió. Se quedó un momento pensativo, titubeante, un poco azorado, como si quisiera cambiar de tema. A continuación, probablemente después de una breve deliberación íntima, se dirigió a mí con ese gesto decidido de la gente que quiere quitarse… un peso de encima.

—Tienes razón. De todas formas, existe un problema judío y hay que resolverlo. No se puede soportar a un millón ochocientos mil judíos. Si estuviera en mis manos, intentaría eliminar a unos cientos de miles.

Creo que no pude reprimir un respingo. La única persona a la que creía incapaz de ser antisemita era él. Mircea Vieru. Así que también él… Se dio cuenta de mi consternación y se apresuró a explicarse.

—Entiéndeme. Yo no soy antisemita. Te lo he dicho otras veces y lo mantengo. Pero soy rumano. Y como tal, todo lo que es diferente de mí es peligroso. Existe un espíritu judío irritante. Debo defenderme de él. En la prensa, en las finanzas, en el Ejército, siento esa presión en todas partes. Si el organismo de nuestro Estado fuera resistente, no me importaría. Pero no lo es. Es desgraciado, corruptible y débil. Y por ese motivo debo enfrentarme a los agentes que lo descomponen.

Para su sorpresa, guardé silencio varios segundos. Habría podido responderle algo, por cortesía, para mantener la conversación, pero no lo conseguí.

—¿Te sorprendo?

—No, me deprimes. Mira, yo conozco dos clases de antisemitas. Los antisemitas porque sí y los antisemitas con argumentos. Con los primeros puedo entenderme, porque entre ellos y yo todo está claro. Con los otros, sin embargo, es más difícil.

—¿Porque te resulta difícil responderles?

—No. Porque es inútil responderles. Mira, querido maestro, tu error comienza exactamente donde empiezan también tus argumentos. Ser antisemita es un hecho. Sin embargo, ser antisemita con argumentos… es una pérdida de tiempo, una broma. Porque ni tu antisemitismo ni el antisemitismo rumano necesitan argumentos. Pongamos por caso que yo pudiera responder a esos argumentos. ¿Y qué? ¿Crees que aclararíamos algo? Piensa que todas las acusaciones posibles contra los judíos de Rumanía son solo hechos locales, mientras que el antisemitismo es universal y eterno. Antisemitas no son solo los rumanos. Antisemitas son los alemanes, los húngaros, los griegos, los franceses, los americanos… todos, absolutamente todos, en su marco de intereses, con sus métodos, con su temperamento. Y los antisemitas no existen solo ahora, después de la guerra, sino que existían también antes de la guerra; no solo este siglo, sino también el siglo pasado y a lo largo de todos los siglos. Lo que ocurre ahora en el mundo es una broma en comparación con lo que sucedía en el año 1300. Pues bien, si el antisemitismo es un hecho tan persistente y general, ¿no es inútil buscar las causas específicamente rumanas? Hoy son causas políticas, ayer causas económicas, anteayer causas religiosas… Todas son demasiado numerosas y demasiado particulares como para explicar un

hecho de semejante envergadura histórica.

—Eres muy hábil —me interrumpió Vieru—. ¿No será que, como el antisemitismo es eterno, quieres declararlo inexplicable? ¿Y a los judíos, inocentes?

—¡Dios me libre! No solo considero explicable el antisemitismo, sino que considero a los judíos los únicos culpables. Querría únicamente que reconocieras que la esencia del antisemitismo no es aquí de índole religiosa, ni de índole política, ni de índole económica. Creo que es simplemente de naturaleza metafísica. No te asustes. El judío tiene la obligación metafísica de ser odiado. Esa es su función en el mundo. ¿Por qué? No lo sé. Su maldición, su destino. Asunto suyo, si quieres. No lo digo, te suplico que me creas, con orgullo ni con ánimo de recriminación. Lo digo, por el contrario, con tristeza, con cansancio, con amargura. Pero considero que es un hecho implacable y soy consciente de que ni tú ni yo ni nadie puede cambiar nada. Estaría muy bien que pudiéramos ser exterminados. Sería, en cualquier caso, lo más simple. Pero tampoco eso es posible. Nuestra obligación de estar siempre en el mundo la prueban esos miles de años que, como sabes, no han sido misericordiosos. Y entonces tienes que aceptar —mira, yo lo acepto— esa alternancia de masacre y paz que es el pulso de la vida judía. A título individual, cada judío puede preguntarse espantado qué debe hacer. Huir, morir, suicidarse o bautizarse. Cuestión de compromiso personal en la que intervienen interminables sufrimientos, por supuesto, que tú, una persona sensible, no ignoras…, pero que no dejan de ser «una cuestión de compromiso personal». A nivel colectivo, sin embargo, hay una sola vía: la espera, el acatamiento del destino. Y no creo que eso signifique renunciar a la vida, sino, por el contrario, retornar a la biología con la conciencia de que la vida continúa más allá de todas esas muertes individuales que, a su vez, son también un acto vital, como acto vital es de hecho la caída de las hojas para los árboles, la muerte de los árboles para el bosque, la muerte del bosque para la flora de la tierra.

—Vuelves a ser muy hábil —replicó él—. Desplazas la cuestión por completo. No te enfades, pero a mí no me interesa el problema del pueblo hebreo. Es asunto suyo, como has dicho. A mí me interesa simplemente la solución al problema hebreo de Rumanía. No desde el punto de vista metafísico, donde me niego a seguirte, sino desde el punto de vista político, social y económico, por mucho que te asuste. Yo defiendo que el peligro judío en Rumanía es una realidad, una realidad que debe ser comprendida

y abordada con tacto, con moderación, pero también con decisión. Tú me respondes hablándome de los pogromos del 1300. Pues bien, eso es desviar la discusión, pues una cosa era aquel antisemitismo, un fenómeno religioso, y otra es mi supuesto antisemitismo, un fenómeno político y económico. No existe relación alguna entre uno y otro. Son planos distintos. Me asombra que hagas, con conocimiento de causa, esas confusiones lógicas. Volvamos mejor a eso que se denomina claramente «cuestión judía» en Rumanía. Hay un millón ochocientos mil judíos en Rumanía. ¿Qué hacemos con ellos? Esa es la cuestión.

—Volvamos a ella, si eso es lo que quieres, ¿pero me permites hacerte una pequeña, muy pequeña, observación sobre mis confusiones lógicas? ¿De verdad te parece tan distinto el significado del antisemitismo de ahora respecto al de hace seiscientos años? Religioso entonces, político hoy en día, ¿crees en serio que son dos fenómenos sin relación? ¡Ay, qué equivocado estás! Piénsalo bien y dime si no son en realidad dos caras del mismo asunto. Por supuesto que el antisemitismo de 1933 es económico y el de 1333, religioso. Pero eso se debe a que el orden esencial en aquel siglo era uno religioso, mientras que el orden de este siglo es la economía. Si la estructura social se centra mañana no en la religión, ni en la política, ni en la economía, sino —pongamos por caso— en la apicultura, el judío será odiado desde el punto de vista de la cría de las abejas. No te rías, es así. Lo que se transforma en el antisemitismo, como fenómeno eterno, es el plano en que se manifiesta, pero no sus causas primigenias. Los puntos de vista, sí, son otros, siempre otros; la esencia del fenómeno, sin embargo, es la misma, siempre la misma. Y se llama, por mucho que protestes, la obligación judía de sufrir.

—No te enfades, te suplico que no te enfades, pero me niego a responderte. Esencias, causas primigenias, metafísica… No acepto nada de todo eso. Te llamo al orden. Yo soy un pensador, tú hablas como un visionario. No nos entenderemos si sigues así.

—Nos entenderemos todavía menos si no sigo. Mira, por darte el gusto retomaré tus argumentos. Verás cómo se complican las cosas a partir de ahora. Lo que tú denominas «argumentos» no son, en realidad, otra cosa que «excusas». Tú no eres antisemita porque creas en ciertos peligros judíos, sino que crees en esos peligros judíos porque eres antisemita.

—Date cuenta, por favor, de que eso se parece un poco a la historia del huevo y la gallina. ¿Qué fue antes? ¿El antisemitismo o el peligro judío? El talmudismo, amigo, el talmudismo.

—Pues será el talmudismo si es eso lo que quieres. De todas formas, escúchame. Y, para no seguir discutiendo sobre ideas generales, tomemos un ejemplo concreto. Decías antes que hay en Rumanía un millón ochocientos mil judíos. ¿Por qué conoces esa cifra?

—¿Cómo que por qué? Lo sé. Se sabe.

—«Se sabe» es un poco vago. ¿Por qué se sabe? ¿Quién la ha establecido? ¿Quién la ha verificado? Nadie, evidentemente. Según los cálculos de los judíos, ellos solo son ochocientos mil. En ningún caso un millón. Según la versión de las autoridades, el fisco, los ayuntamientos, las listas electorales…, son poco más de un millón, unas pocas decenas de miles más. Sin embargo, tú dices de repente, simplificando la polémica, un millón ochocientos mil. ¿Por qué? ¿No será porque esos siete u ochocientos mil de más satisfacen tu sentimiento antisemita, previo a cualquier número y a cualquier peligro?

—Te equivocas al abusar de ese argumento. Yo, por supuesto, no tengo medios para precisar cuántos judíos hay. Digamos que hay solo un millón. ¿Y qué? ¿Te parece que si son un millón no serían suficientes para resultar peligrosos?

—Ya ves, querido maestro, ahora te toca a ti ser hábil. Porque no se trata de eso. No de cuántos son, sino de cuántos crees tú que son. ¿Por qué tú, tan riguroso en la arquitectura y en la crítica con cada dato, con cada afirmación, por qué tú, tan severo con tu propio pensamiento, con tu propia conciencia cuando se trata de ciencia o de arte, te vuelves de repente, cuando se trata de judíos, tan negligente y superficial, y aceptas con facilidad una aproximación de un noventa por ciento, cuando en cualquier otro ámbito de ideas te espantaría una aproximación de un 0,01 por ciento? ¿Por qué tu honradez intelectual, que tantas veces he considerado incluso demasiado estricta y demasiado arriesgada, puesto que fuiste capaz de jugarte una situación material fundamental por una mínima verdad, por qué esa honradez deja de funcionar aquí, en nuestra discusión sobre los judíos?

Durante unos instantes no respondió nada. Se levantó y dio unos pasos por la terraza, se detuvo ante mí como si quisiera decir algo, se lo pensó mejor y siguió caminando por la terraza, circunspecto, pensativo. Finalmente, habló, muy tranquilo, sin la brusquedad habitual de sus réplicas.

—Tenías razón hace un rato. Es muy difícil que nos entendamos. Podemos interpretar y reinterpretar todo esto de mil maneras. Para cada

hecho, existen diez interpretaciones; para diez, cien. Para un argumento, cinco; para cinco, quinientas. Y no se acaban jamás.

—¿Ves lo que pasa si rechazas las explicaciones metafísicas?

—No, déjate de bromas. La verdad es que nosotros no somos especialistas en estadística. Si lo fuéramos, sería tan sencillo como decir «buenos días». Diríamos: hay tantos rumanos y tantos judíos. Tantos judíos buenos y tantos judíos peligrosos. Y todo estaría meridianamente claro. Pero como no podemos ni contar ni juzgar a todos, tenemos que conformarnos con determinados indicadores, con determinadas intuiciones. Yo sé, por ejemplo, que en Rumanía hay dos banqueros judíos que manejan a nuestros políticos, nuestras fuerzas públicas, nuestro aparato estatal. Pues bien, tengo el sentimiento de que esos dos ejemplos expresan toda una mentalidad judía dominadora e intolerante. ¿Tú me pides cifras cuando estamos hablando de una intuición? ¿Qué somos nosotros? ¿Gente que enumera o gente que piensa?

—Esta vez ni lo uno ni lo otro. Somos gente que siente. Lo has dicho tú mismo: «tengo el sentimiento de que». Ya ves, aquí sí que estamos de acuerdo. Se trata de un sentimiento, no de un juicio. Por eso me parece superflua esta discusión. Recuerda que yo he tratado de evitarla. Pero me has acusado de recurrir a la metafísica. Estoy tan convencido de que ese sentimiento tuyo, esa «intuición» si prefieres, es inatacable, que sé de antemano que todos los argumentos, buenos o malos, fracasarán. Podría oponer, a esos dos banqueros que has mencionado, veinte, dos mil, doscientos mil obreros judíos desgraciados, miserables, que se debaten entre el pan de cada día y el hambre de cada día. ¿Y qué? ¿Sacudiría eso tus intuiciones? ¡Por Dios bendito! ¿No ves que lo que tú llamas «intuición» y que yo llamo tu «antisemitismo» selecciona los ejemplos que pueden alimentarlo y desdeña los que pueden refutarlo? Ha habido siempre en la sensibilidad rumana algo que la ha llevado a contar a nuestros desertores y a no tener en cuenta a nuestros muertos y heridos. ¿Por mala fe? No. Estoy convencido de que no. Por desconfianza, por recelo, por la costumbre de un antiguo sentimiento de repulsa. Créeme, no te reprocho nada. Te lo digo con la mano en el corazón: no te reprocho nada. Hay aquí una fatalidad contra la que no se puede hacer nada. Casualmente, tus argumentos son injustos. Podrían ser excelentes, pero llegaríamos al mismo sitio. Creo con gran serenidad, con una triste serenidad, que no se puede hacer nada. Que por mucha buena voluntad que pongan los unos y los otros, la causa está perdida de antemano. Me resulta penoso hablar sobre mí mismo, pero

llegados a este punto, es mejor hablar sin reservas. Mira, estoy convencido de que, si fuera necesario, moriría un día en la primera línea de un frente rumano. ¿Heroísmo? No, por supuesto. Pero creo que no soy cobarde y que no estoy hecho para huir de un sitio donde se debate algo decisivo. Allá donde sea —en la vida, en la guerra, en el amor—, me quedaré para cumplir mi destino. Tantos años de amistad y de conocimiento me conceden el derecho de decírtelo con sencillez. Pues bien, ¿crees que ese último momento demostrará algo? ¿Que, así o de otra manera, no seguiré siendo siempre un desconocido, siempre sospechoso, siempre menospreciado? No, no, créeme, da lo mismo y, por lo demás, esto, este sentimiento de inutilidad, es también mi único consuelo.

Volvió a guardar silencio largo rato, sumido en sus pensamientos. No podía saber si había seguido todas mis palabras o si, ausente, había continuado con sus propias reflexiones. Luego se dirigió a mí con un cierto desaliento.

—Resulta descorazonador. No sé por qué, pero tengo la impresión de que cada puerta que cierras abre otras diez. Está claro que me resultaría difícil contestarte. Nos alejaríamos cada vez más del meollo de la cuestión. Del meollo del drama, si quieres, por darte el gusto. Eres judío con demasiada pasión y yo soy un rumano demasiado moderado como para que lleguemos a entendernos. Me refiero a la discusión, por supuesto, pues por lo que a la vida respecta, permíteme no ser tan sombrío como tú y decirte que con judíos como tú la paz será siempre posible. Más incluso que la paz, el amor.

—«Con judíos como tú…» Ya he escuchado antes esas palabras. «Si todos los judíos fueran como tú…» Es una amabilidad muy antigua. Y muy humillante. Estoy cansado, créeme.

—Cansado e intolerante. No me dejas terminar, no me dejas explicarme. Reconoce que no eres un interlocutor cómodo. Yo creo firmemente que tu desolación «metafísica» aporta demasiadas complicaciones a una cuestión práctica, quizá difícil, pero solucionable. Bastaría con que lo creyeras también tú, que lo creyerais vosotros, y el asunto estaría solucionado.

—Tienes un espíritu ingenuo.

—Tienes un espíritu trágico.

Encendimos un cigarrillo e intentamos cambiar de tema, pero no funcionó, y nos despedimos tarde, de noche, un poco acongojados, con un apretón de manos deliberadamente cálido.

IV

Conferencia de Ştefan Pârlea en la Fundación sobre «Valores de oro y valores de sangre». Una muchedumbre abarrotaba los palcos, las escaleras, los escalones de la tribuna. A Pârlea le costó abrirse paso hasta el estrado. Estaba pálido y decidido, como estrujado por la multitud, pero gesticulaba a veces de manera tan violenta y directa que la respiración de todos parecía pendiente de su brazo extendido como en un llamamiento.

No sé qué dijo. Intenté varias veces escapar de morir ahogado, como todos, bajo la ola de su discurso medio susurrado, medio vociferado; intenté encontrar una sola isla en ese naufragio, detener por un momento la avalancha de interrogantes, requerimientos y truenos, retener una idea, un juicio, una dirección. Todo parecía abrumador, urgente, irremediable, como un terremoto en el que no te queda ni una décima de segundo para pararte a pensar. Ya no reconocía al hombre que hablaba. Era una mirada lejana, una presencia turbia, como en sueños, un brazo de leyenda.

Me espabilaron luego las aclamaciones, los gritos, el torrente de aplausos. Desde las galerías llegaba un cántico que yo reconocía:

Porque los extranjeros y los judíos
Nos chupan, nos chupan la sangre.

Evidentemente.

Una hora de convulsión, una hora de convulsión… Un mundo que muere, un mundo que nace… La historia que se divide en dos… Una época muerta…, una época viva…

No se asusten, señores. No van a perder nada, ni lo que han creído ni lo que no han creído, ni la cabeza, ni el dinero, ni sus pequeñas certezas, ni sus pequeñas dudas. Todo seguirá igual, todo será como es. Hay, por casualidad, un grito que llega a tiempo de calmar las grandes indignaciones y sofocar las grandes revoluciones. Hay una muerte barata que cuesta menos pedir que la muerte cara de ustedes. Hay un pueblo dispuesto a pagar a tiempo por ustedes, por los saciados, por los hambrientos, por los blancos, por los rojos, por los flacos, por los gordos. ¿No dicen ustedes que es un pueblo de banqueros? Pues que paguen.

No, no, no, mil veces no. No puedo reanudar el diario de 1923. Si no corto de inmediato mi gusto por el martirio, estoy perdido.

Lo sé: es infinitamente más fácil reunir mis desilusiones y vivir de sus brasas, sumergirme en las aguas estancadas, en las aguas cálidas de la tristeza, creer en el orgullo de esa tristeza… Es mucho más fácil que permanecer en vela, que ser comprensivo con los demás y duro conmigo mismo. Montaré guardia, incluso aunque sea la guardia de mi última hora.

(«La guardia de mi última hora» sigue siendo demasiado retórico. Casi un grito. Querido amigo, son muchos los que gritan. Tú procura hablar o callar).

Le pregunté a Pârlea:

—¿No te da miedo que todo acabe de nuevo con varias cabezas y cristales rotos? ¿No te preguntas si no desembocará todo en otro escándalo antisemita sin que llegue a pasar de ahí? ¿No crees que tu «revolución» es una palabra demasiado nueva para una miseria demasiado antigua?

Frunció el ceño y me respondió:

—Mira, hay sequía y yo espero que llegue la lluvia. Pero tú te quedas al margen y me dices: «La lluvia es necesaria y estaría bien que lloviera. Pero ¿y si trae granizo? ¿Y si viene con tormenta? ¿Y si estropea mis cultivos?». Pues bien, mi respuesta es que no sé cómo va a venir la lluvia. Solo quiero que venga. Y ya está. Con granizo, con tormenta, con rayos, pero que venga. Que destruya, que ahogue, que arrase, pero que venga. Del diluvio puede escapar uno. De la sequía no escapa nadie. Si la revolución pide un pogromo, que haya un pogromo. No se trata de mí, de ti, de él. Se trata de todos. No me interesa quién muera y quién no, incluso aunque el que muera sea yo. Solo me interesa una cosa: que hay sequía y tiene que llover. Más allá de eso, no quiero nada, no espero nada, no pregunto nada.

Podría responderle. Podría decirle que una metáfora no basta, sin embargo, para justificar una carnicería. Que la disposición platónica de morir no es equiparable con la decisión muy seria de matar. Que, a lo largo del tiempo, se ha encontrado para todas las grandes porquerías históricas un símbolo igualmente grande que las tape. Que, en consecuencia, estaría bien que prestáramos atención a las grandes certezas, a los grandes mandatos, a las grandes «sequías», a las grandes «lluvias». Que un poco, una pizca de desaliento no les vendría mal a nuestras más violentas pasiones.

Podría responderle. ¿Para qué serviría? Tengo la sencilla, serena, inexplicable sensación de que todo lo que ocurre está en el orden natural de las cosas y de que espero otra estación del año, que llegará y pasará porque ya ha venido y ha pasado antes.

—Eres un hombre peligroso —me dice Pârlea—. Demasiado lúcido para nosotros. Nosotros necesitamos una generación de hombres hartos de ser inteligentes. Un puñado de hombres capaces de meter la pata.

Pârlea no está de broma. Como cualquier misionero, no soporta las actitudes de espera, de observación. Me ha zarandeado varias veces:

—Responde, hombre, ¿blanco o negro? ¿Sí o no?

La intolerancia de la gente inspirada es terrible. Yo la consideraba un defecto judío, pero me equivocaba: es un defecto producto del fervor. S. T. Haim, en otra época, me reprochaba lo mismo que Pârlea hoy: la falta voluntaria de entusiasmo. Si les dijera que también yo tengo mis ilusiones, no me creerían. La diferencia entre nosotros y ellos es que ellos estimulan su propio entusiasmo, mientras que yo lo vigilo.

Rechazaré siempre las invitaciones al fervor, y las rechazaré con más tenacidad cuanto más me tienten. Hay demasiada voluptuosidad en abandonarse a merced de las olas como para que no resulte sospechosa.

Tuve la suerte de crecer junto al Danubio, donde hasta el último barquero, cuando maneja el remo, maneja un instrumento de continua comprobación. No conozco barqueros inspirados, solo atentos. Dos docenas de intuiciones borrosas no valen en el Danubio lo que un ápice de decisión clara.

Si no me asustara una meditación íntima demasiado larga, intentaría precisar en qué medida soy, antes que cualquier otra cosa, un hombre del Danubio. Ahí está mi patria. Siempre me ha costado pronunciar esas dos palabras con sencillez: «mi patria». Estoy acostumbrado desde pequeño a que recelen de mi buena fe y, como soy sensible a mi propio ridículo, no he insistido en hacer afirmaciones que nadie estaba dispuesto a aceptar.

Nosotros, los rumanos… Era casi inevitable en el liceo, en clase de historia, hablando de una guerra, utilizar esa primera persona en plural: *nosotros, los rumanos*… («¿qué rumanos?», me preguntó una vez uno desde su pupitre, lo cual me impidió durante mucho tiempo solidarizarme con la historia de Ştefan cel Mare).[19] Evitaba con precaución los términos que pudieran hacerme sospechoso de hipocresía, aunque era una edad en la que

las palabras solemnes le gustan a cualquiera. País, patria, pueblo, héroes… Todo un vocabulario prohibido. Como ejercicio intelectual no estuvo mal, pues me vi así obligado a vigilar mis palabras a edad muy temprana y a pedirles que dijeran exactamente lo que deben. Pero, por mucho consuelo que te ofrezca el sentimiento de injusticia, el juego no siempre es divertido. Una sombra de terror cae sobre todos mis recuerdos de la escuela y de la infancia.

Hoy examino con bastante rigor mis ocasionales tendencias a sentirme perseguido y no me perdono esos accesos de patetismo, pero me costaría olvidar mi primera noche de guardia, en el regimiento, hace muchos años, cuando me comunicaron que no me podían asignar el puesto número 3, el de adjunto («Hay una orden especial para los judíos», explicó un poco azorado el subteniente). Así pues, en su conciencia, yo, si no era un traidor verificado, era en cualquier caso uno potencial. Una orden «especial» suprimía de un plumazo mi vida en esta tierra, la vida de mis padres, la vida de mis abuelos y de mis antepasados, una orden «especial» borraba con un número de registro casi dos siglos de recuerdos en un país que, sin duda alguna, no era «mi patria», puesto que podía venderla una noche de guardia.

Mientras escribo tengo la impresión de que me enternece, por así decir, «mi triste destino», algo que no es en absoluto mi intención. Viene bien recordar de nuevo que he decidido de una vez por todas no ser un mártir, un papel demasiado serio para mí. Aquí solo pretendo explicar mi sincera incapacidad para determinadas palabras grandilocuentes, para determinadas nociones solemnes. Probablemente siempre me resultará imposible hablar sobre «mi patria rumana» sin un sentimiento de pudor forzado, pues no puedo conquistar por la fuerza un derecho que no han podido ofrecerme la perseverancia en el tiempo, ni mi buena fe siempre despreciada, ni mi sinceridad cuestionada. Pero sí que hablaré sobre una patria mía y por ella me enfrentaré al riesgo de mostrarme ridículo al amar eso que no tengo derecho a amar. Hablaré sobre el Bărăgan y el Danubio como de algo que me pertenece no de manera jurídica y abstracta, a través de constituciones y tratados, sino de forma física, a través de recuerdos, de alegrías y de tristezas. Hablaré sobre el espíritu de esos lugares, sobre la inteligencia específica de ese clima, sobre la lucidez que he aprendido aquí de la luz blanca del sol en la llanura y sobre la melancolía que he descifrado en el paisaje del Danubio, que remolonea a la derecha de la ciudad, en la laguna.

Debo dejarlo aquí. Me he emocionado demasiado y me he puesto retórico. Lo retomaré mañana, en tono menos sentimental.

Hay en la sensibilidad rumana una región moral en la que me siento en casa: Muntenia. Es la atalaya de la cultura del país, el puesto de control, de verificación, de juicio. Moldavia es más fértil, pero también más confusa: sus recursos creativos son infinitamente más complejos, pero desiguales, desordenados, tumultuosos. El espíritu de Muntenia ofrece una frialdad en la que reconozco el juego un poco estéril, pero organizador, de la inteligencia. Hay mucho más metal a este lado de Milcov.[20]

En la hostilidad de Pârlea creo que no se esconde tan solo el desacuerdo rumano-judío, sino también la oposición moldavo-munteano. Se lo dije y le dio la risa.

—¡Ahora va a resultar que eres también valaco!

Acepté la broma sin enfadarme y me dispuse a meditar seriamente al respecto. Si Valaquia significa no tanto una división geográfica cuanto una psicológica, y si no existe el pueblo valaco, sino tan solo un ámbito valaco, entonces sí, yo soy, en el orden de valores rumanos, un valaco, un munteano. El pensamiento desordenado de Pârlea, las sombras de su pensamiento, sus piruetas, sus generosas ingenuidades…, todo ello procede de una sensibilidad desatada, lírica, retórica, con la que S. T. Haim, moldavo, puede simpatizar directamente, pero que, a la luz diurna de la llanura danubiana, parece una especie de inútil persecución de sombras que no existen.

Nunca dejaré de ser judío, por supuesto. Eso no es un cargo del que puedas dimitir. Lo eres o no lo eres. No se trata aquí de orgullo ni de vergüenza.

Es un hecho. Sería inútil intentar olvidarlo. Si alguien intentara ponerlo en cuestión, sería igualmente inútil. Pero nunca dejaré, tampoco, de ser un hombre del Danubio. Y eso es también un hecho. Que me lo reconozca o no quien quiera o quien no quiera, es asunto suyo. Exclusivamente suyo.

La dificultad no radica ni ha radicado nunca en el reconocimiento jurídico de mi situación, una cuestión menor que no me concierne a mí, pues yo no tengo reivindicaciones y no me reconozco derechos (se me viene a la mente un mitin de los sauces de la laguna de Brăila para

reivindicar su derecho a ser sauces). Yo soy lo que soy y las dificultades, si es que existen, solo pueden encontrarse en lo que soy yo, no en lo que dicen los registros del Estado. El Estado es libre de decretar que soy un barco, un oso polar o una cámara de fotos, pero yo no dejaré por ello de ser judío, rumano y danubiano. «Demasiadas cosas a la vez», susurra mi voz antisemita (porque también yo tengo una voz antisemita con la que converso en mis ratos de meditación). Por supuesto que son demasiadas. Pero todas verdaderas. No digo yo que su alianza no esté libre de disonancias, no pretendo alcanzar su armonía inmediata. Por el contrario, sé que ese acuerdo es lento, que esa convivencia presenta dificultades internas, íntimas. Discutir sobre la solución política del problema judío es para mí algo totalmente inútil. Me interesa tan solo una solución y esa es la psicológica, la espiritual. Creo que la única forma de aclarar algo en este dolor tan antiguo es intentar desenredar yo solo, para mi propia vida, el nudo de adversidades y conflictos que me unen a la vida rumana. Y no creo que esta soledad sea una huida, una falta de solidaridad con los míos, sino todo lo contrario, pues es imposible que la experiencia de un solo individuo que acepta y vive con sinceridad un drama no sea una guía para todos los demás. Me parece más urgente y eficaz alcanzar, en mi vida individual, la armonía entre los valores judíos y los valores rumanos que conforman esa vida antes que obtener o perder no sé qué derechos civiles. Me gustaría conocer, por ejemplo, la legislación antisemita que pueda anular en mi ser el hecho irrevocable de haber nacido en el Danubio y de amar esa tierra.

¿Ha tenido alguien más necesidad de una patria, de una tierra, de un horizonte con plantas y animales? Todo lo que es abstracción en mí ha sido corregido y, en buena medida, sanado por el simple paisaje danubiano. Todo lo que era febril se ha calmado, se ha tranquilizado. No sé cómo sería si hubiera nacido en otra parte. Estoy simplemente convencido de que habría sido otro. A mi gusto hebreo por las catástrofes íntimas ha opuesto el río el ejemplo de su majestuosa indiferencia. A mis complicaciones interiores le ha opuesto la simplicidad del paisaje. Y a la inseguridad, al desasosiego, les ha mostrado el baile efímero y eterno de las olas.

El símbolo es barato. Pero, barato o caro, no por ello es menos consolador.

V

Estuve anoche en Snagov hasta muy tarde, hasta que terminó todo: el barnizado del parqué, la limpieza de los cristales, la colocación de las cerraduras en las puertas. Esperé a que se marcharan los trabajadores uno tras otro y me quedé a solas en el umbral, el último.

Es la casa que he soñado. Una casa para el sol. Cuando cae la noche, su sombra se acuesta sobre la extensión del lago como la sombra de una planta.

Ghiţa Blidaru recorrió todas las estancias sin decir una palabra. Nos detuvimos en la terraza, donde la mañana de septiembre se abría hacia el horizonte, más allá del lago, blanca bajo el sol sereno del otoño y como levemente fatigada por su propio esplendor.

Me sentía feliz por que no dijera nada y en su silencio comprendía que se sentía en su casa.

Es una alegría construir y es una aún mayor separarte de lo que has construido.

Nos olvidaremos, blanca villa mía de Snagov; tú, para recibir cada día al sol a través de tus ventanales; yo, para levantar otras paredes, que serán también relegadas al olvido.

Ya está, aquí se separan nuestros caminos. Eres lo que siempre he soñado ser: un objeto sencillo, limpio y sereno, con un corazón abierto por igual a todas las estaciones del año.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ORIGINAL[21]

Mihail Sebastian ha decidido plantear el problema del judaísmo. Y lo hace con un caso concreto. Elige un momento en cierto modo histórico, más o menos los últimos diez años de nuestras convulsiones políticas, e intenta fijar en ese marco la vida de esperanza, lucha y sufrimiento de un judío confiado —pero no por ello menos judío—, uno oriundo, puede que incluso él mismo, Iosif Hechter. Iosif Hechter sufre. Pero como Mihail Sebastian quiere resolver un problema —él aspira a comprender por qué sufre y si no podría evitarlo—, Iosif Hechter vive lúcidamente, es decir, desdoblado. El punto de llegada de este Iosif es, en cierto sentido, sorprendente: habiendo partido de su «¿POR QUÉ?» por la línea racionalista —específicamente judía—, nuestro protagonista termina por aceptar, metódico, la actitud estática de Ghiţa Blidaru, que, puesto que es oriental, puede ser asumida también por los judíos (al menos por un judío místico) desde el momento en que esta actitud forma parte del fondo del pensamiento aritmético de Spinoza, pero no es menos ajena al judío de hoy en día, el cual, enzarzado en la lucha con la problemática de su raza, quiere ser un guerrero. ¿El resultado? Iosif Hechter no consigue explicar nada. En cambio, realiza una constatación: constata que Judá sufre y se atormenta, y que no se puede evitar.

Solo que esta constatación no es necesaria. Es cierto que desde que existe el mundo y desde que existen los judíos —pues los judíos existen desde que existe el mundo—, este pueblo ha sufrido. Del hecho de su constante sufrimiento, sin embargo, no se puede extraer sino de forma inductiva, es decir, hipotéticamente, a beneficio de inventario, el carácter necesario de su sufrimiento. Y esto resulta insuficiente. Así pues, al afirmar, igual que Iosif Hechter, que *Judá agonizará hasta el fin del mundo,* me considero capaz de *demostrar* que no puede ser de otra manera. Y como Iosif Hechter no lo hace, Mihail Sebastian le permite a Ghiţa Blidaru decir aquí lo que no le ha dicho a Iosif Hechter.

Buscarle a la cuestión del judaísmo una solución general de orden político es una operación que carece de sentido. Puesto que, desde el

momento en que Judá sufre y tiene que sufrir, se sobreentiende que siempre que se plantee en un conflicto el problema del judaísmo, este se resolverá a favor del sufrimiento judío (¡lo cual no es una solución!). Y se resolverá de esa manera no porque la gente sea mala o injusta, sino por el simple motivo de que Judá debe sufrir. Puesto que es así, el drama del judaísmo ni siquiera es un problema político —un problema de esta naturaleza implica siempre una solución—, sino, simplemente, *un hecho*. Los hebreos pueden ofrecer, políticamente, motivos para convertirse en un problema para los pueblos en cuyo seno viven o con los que están en contacto. Estos problemas tienen, por supuesto, soluciones, buenas o malas, pero soluciones al fin y al cabo. Así, España resolvió —o creyó resolver— el problema judío, a finales del siglo XV, expulsándolos del país. Pero esto no resuelve el problema del judaísmo como tal: por el contrario, confirma tan solo el *hecho* del drama judío.

Eso significa que el drama hebreo no puede ser resuelto, porque no se trata de un problema sino de un fenómeno. Este fenómeno puede ser, sin embargo, conocido, es decir, comprendido. ¿De qué manera y con qué método? Si el drama judío pudiera ser en cierto modo resuelto, se trataría de un fenómeno relacional: el conflicto surgiría por una toma de contacto defectuosa entre los hebreos y los demás, un contacto que podría ser enmendado, ajustado. Pero como este conflicto es permanente, ajeno al tiempo y al espacio, o mejor dicho, si este conflicto es permanente —tal y como constata nuestro protagonista y como pienso también yo—, entonces tenemos que inferir necesariamente que las causas del conflicto están en el judío. Dadas esas circunstancias, la explicación del método es precisa: si el hebreo tiene que sufrir, su sufrimiento debe de tener su origen en él mismo; pero como el sufrimiento es algo vacío, porque rompe la armonía de la creación de Dios, el hebreo debe de estar esencialmente enfermo. De aquí se desprende que, para resolver el misterio del permanente sufrimiento de Judá, hay que saber qué significa ser judío.

Yo sé que este no es el método habitual en la investigación de la «cuestión judía». Los antisemitas, por ejemplo, proceden justamente al revés: de forma empírica. A saber, establecen que existe un conflicto constante entre los hebreos y los otros pueblos, conflicto que, en determinados momentos, requiere soluciones radicales. Como consecuencia de estas soluciones, los hebreos sufren, indudablemente, pero la culpa es solo suya, porque desde que existen no han cometido más que fechorías. Es inútil insistir en la falta de valor de ese método. Diré tan solo que este no

puede ser concluyente, ya que sus resultados pueden ser igualmente utilizados por los hebreos en contra de los antisemitas. En realidad, ¿cómo establecen los antisemitas la culpa de los hebreos? En el mejor de los casos —cuando no se contentan con simples afirmaciones—, se enumeran las situaciones, una, dos, mil, en las que los hebreos han actuado con maldad. ¿Es esto una prueba? No. Porque por mil actos reprobables, los hebreos pueden aducir en cualquier momento mil actos dignos de encomio. ¿Hay malhechores? Sí. Pero también hay benefactores de la humanidad. ¿Hay usureros? Por supuesto. Pero también hay filántropos. ¿Hay traidores en tiempos de guerra? Quizá. Pero hay muchos que han muerto de manera sencilla y honrada. Y así sucesivamente. Por lo tanto, si los antisemitas dicen «Es justo que sufráis, porque sois malos», los hebreos pueden responder: «No es justo que nos hagáis sufrir, porque somos buenos». ¿Quién tiene razón? Los unos y los otros. Pero eso significa que ni los unos ni los otros. ¿Por qué es así? Porque su método de demostración a través de la enumeración no puede ser concluyente.

Volvamos, pues, al otro método: Judá se mortifica. ¿Por qué? Aquí no existe un porqué. Judá se mortifica porque… es Judá. Así como el sol brilla, el caballo tiene cuatro patas o la suma de los ángulos de un triángulo es de 180º, el judío sufre, es decir, está esencialmente enfermo. Pero entonces, ¿qué es un judío?

La cuestión no es en absoluto sencilla. En cualquier caso, hay que buscar las respuestas. En primer lugar, ¿cuándo es alguien hebreo? Este problema ya lo debatí en otro momento, en una discusión con el señor I. Frollo sobre los llamados rumanos católicos. Esa discusión no llegó a ninguna parte, ya que nuestros puntos de partida eran diferentes. No nos pusimos de acuerdo sobre la pregunta de cuándo es alguien judío. Debo retomar, por tanto, con más motivo si cabe, la aclaración desde mi punto de vista, puesto que el esclarecimiento de esa pregunta es esencial para lo que nos ocupa aquí. La categoría de rumano, hebreo, turco o alemán es una cuestión de pertenencia: formas parte de un colectivo, de una comunidad. Esto puede suceder de dos maneras: de manera subjetiva, a través de un acto de confesión, o de manera objetiva, por ser el vehículo de una historia. La primera modalidad no es efectiva, puesto que no es suficiente realizar una declaración de fe judía, por ejemplo, para ser hebreo. Más aún, puedes declarar, puedes sentir, puedes creer que no eres hebreo y sin embargo serlo. Esa es la idea que defendía yo en otra ocasión: que la pertenencia a una comunidad no es un acto de voluntad personal, y sigo pensándolo

ahora. Alguien puede trabajar por una comunidad, puede realizar grandes servicios, puede incluso sacrificar su vida por esa comunidad, pero eso no lo acerca en el fondo a ella. Alemania hizo la guerra gracias a la acción de dos judíos: Haber y Rathenau.[22] A pesar de ello, sin embargo, Haber y Rathenau no se convirtieron en alemanes. Realizaron un servicio, pero desde fuera, al otro lado de los muros de la comunidad espiritual alemana. ¿Es injusto? Esa pregunta no tiene sentido: *es un hecho.* Siendo así, la única forma real de ser judío, francés o qué sé yo, es ser portador de la historia respectiva. Sí, claro, esta respuesta se basa sobre todo en sutilezas y, en consecuencia, resultará difícil aceptarla; sobre todo en nuestra época, que apenas ahora empieza a recuperar el sentido de las sutilezas. Pero no es culpa mía. Yo no puedo juzgar sin sutilezas, y tampoco quiero, ya que solo ellas son capaces de expresar y transmitir directamente las realidades más complejas. Eres, por tanto, rumano o judío o alemán si eres el fruto de una historia. El fruto natural y normal. Pues, como en cualquier proceso vital, pueden surgir aberraciones, ya sean congénitas o de otra naturaleza. El acto de conciencia por el cual te reconoces como miembro de una comunidad espiritual —expresión de una misma historia— puede como mucho *añadirse* a tu rumanidad y, aun así, no hace más que reforzar la intensidad y precisión de esta rumanidad. Pero puedes ser muy rumano y no darte cuenta de ello. De la misma manera que un roble es un roble… sin saberlo. En consecuencia, eres rumano o hebreo o griego no gracias a una declaración de fe, sino por transmitir una historia y sin que esa cualidad sea, una vez más, un acto individual de voluntad, sino un *estado natural.*

Iosif Hechter no ignora estas verdades fundamentales. Él tiene ocasión de descubrirlas en su propia familia. En cada judío hay dos circunstancias activas: una, la de la tradición judaica; otra, la de la tierra natal. La tradición judaica es solo una; la tierra natal, distinta. Existe un judío ruso, así como existe un judío rumano o un judío alemán. Eso es un hecho, pero es un hecho que da pie a confusiones. Se puede demostrar fácilmente que es un hecho. Son muchos los judíos que han abandonado la tierra rumana. Y la han abandonado por necesidad, por culpa de las adversidades; al fin y al cabo, nadie se echa al mundo por gusto. Se han ido, por tanto, maldiciéndonos la mayoría de las veces. Se han establecido en el extranjero y, aunque hayan triunfado en la vida, han seguido difamándonos. Sin embargo, resulta curioso encontrar casi siempre en sus casas una habitación rumana; que en su mesa haya frecuentemente *mamaliga* o *sarmale*…[23] de cerdo; y que en su corazón haya no pocas veces una

sombra de nostalgia. De modo que la tierra natal influye. Pero ¿cuánto influye? Con intensidades diferentes. En la familia de Iosif Hechter, por ejemplo, los parientes por la línea paterna son vendedores de cereal en el mercado de Brăila, viven en contacto permanente con realidades concretas, se encuentran bajo el signo del lugar; entre los familiares por parte de madre, hay artesanos en contacto solo con materia muerta y talmudistas que viven inmersos en abstracciones y que son capaces, por tanto, de sustraerse a lo específicamente geográfico: prevalece en ellos la tradición judaica. Iosif Hechter lo sabe. En esta distinción está también, sin embargo, el origen de las confusiones. Porque el pensamiento se tambalea. Así pues, veamos cómo piensan algunos: si en cada judío hay dos particularidades, la de la tradición y la geográfica, entonces el diagrama de cada individuo viene dado por la proporción en que se mezclan las dos circunstancias que lo constituyen. ¿Cuáles son, sin embargo, los límites entre los cuales oscilan estas dos circunstancias? En teoría, aumentan y disminuyen en sentido inverso, y el límite de la disminución puede ser cero. Si disminuye hasta cero la circunstancia geográfica a favor de la tradición, el judío rumano se convierte en judío puro; si, por el contrario, disminuye hasta cero la circunstancia de la tradición hebrea, el judío rumano se convierte entonces en un rumano puro. Es la ilusión asimilacionista; es la ilusión de muchos hebreos que se creen sinceramente rumanos y a los que los inflamados movimientos antisemitas pillan por sorpresa y les provocan un desesperado desconcierto. Pero sin razón. Puesto que, en cierto modo, el antisemitismo no es para ellos sino una llamada al orden: ¡recuerda que eres judío! Lo sé. Iosif Hechter va a protestar, él dirá: «Llámame como quieras, pero yo sé que soy un hombre del Danubio y que el Danubio de Brăila forma parte de mí». ¿Es así? No vamos a refutarlo. Hay, en los elementos constitutivos del ser humano, circunstancias esenciales y accidentales, profundas y superficiales. ¿Eres tú, Iosif Hechter, un *hombre* del Danubio de Brăila? No. Eres un *judío* del Danubio de Brăila. Esto es lo que hay que recordar: en un judío aumentan y disminuyen esos dos momentos, el de la tradición y el del lugar; pero, mientras que el medio geográfico se puede reducir hasta casi cero, el espiritual se mantiene en un límite sensiblemente superior, por debajo del cual no puede bajar nunca. Eso es lo que hace que un judío sea judío, esté donde esté. Así es. Y así tiene que ser. Diría incluso que es lo correcto.

La nacionalidad es, por tanto, un estado orgánico. Cuanto más vivo está un hombre, más nacional es. La profesión de fe que recordaba antes es

insuficiente e ineficaz. He aquí la prueba: hay muchos hombres que se declaran categóricamente rumanos y que, con toda su genealogía inmaculada, han dejado de ser rumanos; ya no son nada. Son unos ejemplares híbridos en la degeneración de la nación, no crean nada en el ámbito de la vida pública, o bien crean valores formales, llenos de artificiosidad, y su vitalidad es tan reducida que, la mayoría de las veces, en el plano fisiológico, no tienen hijos. Observemos que este hibridismo no ataca en absoluto a la inteligencia. Podríamos afirmar incluso lo contrario: aguza, a veces hasta lo enfermizo, el instrumento de la inteligencia, pero solo el de la inteligencia formal, que desmenuza, analiza y que, sin alcanzar a *comprender,* tampoco puede crear. Recordemos esta correlación: la lógica tomada como instrumento de creación, no de transmisión de la verdad – falta de solidaridad con la vida – incapacidad de creación desde cualquier punto de vista – carácter anacional. ¿Ejemplos? Se podrían buscar entre nuestros políticos de hoy en día, que realizan una política muy poco nacional, es decir, muy poco vinculada con la estructura del pueblo rumano.

Pero no hace falta insistir. Estos ejemplos no son interesantes, como sucede con cualquier híbrido. Volvamos a nuestra cuestión, es decir, *¿cuándo es alguien judío?* Tras lo planteado anteriormente, la respuesta se desprende de forma bastante clara: cuando vive la historia judía, independientemente de si es consciente de ello o no, independientemente de que lo desee o no. Esto significa que, para entender lo que es un judío, hay que saber qué es la historia judía.

El debate de esta cuestión entraña —lo reconozco— un esfuerzo de objetividad. Pero me considero capaz de hacerlo. Y me atrevo por tanto a llevar el debate hasta el final. La historia de los hebreos es, para ellos, una larga sucesión de padecimientos injustificados. Para «los demás», los padecimientos de los judíos no son más que el resultado de una reacción justificada a todo el mal que los hebreos causan en el seno de los pueblos con los que conviven. Cada una de las «partes» opina, por tanto, que la razón la ampara. ¿Qué se puede hacer? Yo creo que lo más sencillo es dejar, por el momento, al margen de nuestras preocupaciones la cuestión de la razón, no hablar de sufrimientos «injustificados» y reacciones «justificadas», sino hablar solo del sufrimiento, del sufrimiento de los judíos.

Así pues, *Iuda patet.*

¿Por qué?

Partamos del hecho a secas, tal y como es vivido y descrito por los hebreos, para intentar establecer de qué consta este sufrimiento. Se constata que entre los judíos y los pueblos en cuyo seno viven han existido secularmente discrepancias y malentendidos; como consecuencia, los hebreos han estado sometidos a un régimen especial que ha sido siempre fuente de sufrimiento para ellos. Este régimen se ha aplicado a los hebreos tanto en el plano individual como en el colectivo, según las circunstancias. No se puede negar, por ejemplo, un sentimiento general de odio y desprecio de los pueblos respecto a los judíos, sentimiento que los sitúa, aunque solo sea moralmente, en una categoría de paria que está en la base de todas las acciones a raíz de las cuales los judíos sufrirán. Observemos, sin embargo, que la tensión entre los judíos y los otros pueblos no es un fenómeno constante, y que hay con frecuencia periodos en los que reina la tranquilidad plena y en los que el pueblo hebreo prospera. ¿Cuándo sufren los hebreos? ¿Cuándo son los hebreos —por utilizar su propia expresión— perseguidos? En momentos de crisis. Esta crisis puede ser dos tipos: provocada por los hebreos o provocada por otros motivos de diversa índole. Los graves y sangrientos movimientos antisemitas de Inglaterra, al comienzo de los tiempos modernos, por ejemplo, tienen su explicación en las acciones de los judíos. Ciertamente, en tanto que portadores del espíritu capitalista, los hebreos emprendieron entonces en Inglaterra la disolución de la economía agraria; nada más lógico, por tanto, que una reacción por parte de los damnificados: los terratenientes y los trabajadores agrícolas, beneficiarios del régimen de economía agraria. El hecho no es, por otra parte, específico de Inglaterra, sino general, y sobre él he tenido ocasión de insistir también en otro momento.

Hay, sin embargo, otros casos en los que los judíos no tienen culpa alguna. Sucedía por ejemplo en la antigua Rusia, que cada vez que el Gobierno se encontraba en dificultades y necesitaba un motivo de distracción, organizaba un pogromo, local o de gran extensión, según sus necesidades. Son sobre todo estos hechos los que subrayan los judíos para mostrar que son perseguidos y, además, sin motivo alguno. Ya que, dicen ellos, no existe una justificación objetiva para semejantes pogromos. Existe tan solo un odio subjetivo contra nosotros, y este odio es también la causa de nuestros sufrimientos.

Analicemos objetivamente esta afirmación. En primer lugar, los pogromos no son una invención rusa y no se han llevado a cabo solo contra los judíos. Si no recuerdo mal, la Roma imperial conocía también

semejantes procedimientos, pero sus víctimas eran a menudo los cristianos. Eso por citar tan solo un ejemplo. Este ejemplo es suficiente, sin embargo, para establecer un hecho: a saber, que los hebreos no son la única vía a la que recurren los no judíos para aliviar una situación tensa; es decir, no es la particularidad de ser judío la que provoca a los no judíos como un trapo rojo al toro. No es la particularidad de ser hebreo, sino otra cosa. ¿Cuál? Intentemos comprenderla.

Es cierto que el procedimiento mencionado era muy utilizado en Rusia. Es asimismo cierto que un procedimiento semejante podría ser utilizado en otros países con un ambiente político y ético similar. ¿Prueba esto, sin embargo, que el motivo de semejantes agitaciones es subjetivo? ¡Difícil de aceptar! Miren, cuando el diablo quiso tentar a las primeras criaturas en el Paraíso, no se dirigió a Adán, sino a Eva. ¿Por qué? Porque sabía que Eva iba a sucumbir más fácilmente a la tentación. Lo mismo hacía la política rusa al organizar los pogromos: ofrecía a los judíos como diana de la cólera pública. ¿Por qué esos agitadores no azuzaban a la gente contra los tártaros, o los húngaros, o los franceses? ¿Por qué —suponiendo que la premisa de los judíos sea cierta y los judíos sean el burro de los palos de todos los agitadores—, por qué todos esos ataques tienen como blanco al pueblo judío? Es muy simple: porque semejantes ataques cuajan siempre y los agitadores lo saben. Lo saben los instigadores antisemitas de hoy en día, así como unos dieciocho siglos atrás lo sabían los instigadores anticristianos. De acuerdo: solo que, en este caso, debe de haber en los hebreos de hoy y de siempre, debía de haber en los cristianos de hace dieciocho o diecinueve siglos, un *elemento objetivo* que los haga susceptibles de avivar el odio público, así como la debilidad congénita de Eva la hacía susceptible de sucumbir a la tentación del diablo. ¿Cuál es ese elemento?

Los datos anteriores contienen un problema elemental de psicología de las masas. Para que una categoría de personas pueda convertirse en objeto de la descarga de la furia de las masas son necesarios varios elementos. Si tomamos en consideración que semejantes descargas —puesto que se trata de hechos de psicología colectiva— tienen, en la mayoría de las ocasiones, únicamente orígenes irracionales, diremos que una categoría de personas solo es elegida como víctima por los agitadores:

1. Cuando constituye un grupo fundamentalmente distinto de la masa en cuyo seno vive.
2. Cuando estas diferencias, asumidas de manera consciente y entendidas como motivos de superioridad respecto a los pueblos de

alrededor, tienen como consecuencia un proceso *deseado* de secesión que lleva al aislamiento de dicho grupo dentro incluso de la sociedad en cuestión.

3. Cuando, como consecuencia de este aislamiento, la vida dentro del grupo adopta determinadas formas esotéricas, cargadas de misterio para los de fuera.
4. Cuando este grupo representa un peligro permanente para el orden de los de fuera, para la estructura espiritual, política, social o económica de sus modos de vida.

Estas cuatro circunstancias se confirman plenamente en el caso de la persecución de los cristianos en el Imperio Romano. Es cierto que, tanto por su forma de vida como por su *ethos,* por su comprensión del mundo y por el sentido general que daban a la existencia y a las acciones humanas, los cristianos se diferenciaban esencialmente de los dirigentes de Roma. Y lo que es más: conscientes, en tanto que seguidores de Cristo, de estar en posesión de la verdad absoluta, llevaban una vida separada de la de los demás, con unas prácticas cotidianas que desentonaban categóricamente no solo en el ámbito religioso y que los obligaban a aislarse, aunque no fuera más que por protegerse de la tentación de la vida pagana; de ahí la vida en comunidades, incluso geográficamente cerradas, verdaderos guetos dentro de los cuales no penetraba el ojo indiscreto —si no era el de un iniciado—, y de ahí también el secreto que rodeaba esa vida y que alimentaba las leyendas más fantásticas. ¿Existe una leyenda sobre la muerte ritual? Existe. Pero ¿de qué se quejan los judíos? ¿Acaso no han existido leyendas sobre cristianos envenenadores de pozos? ¿Y no tienen los judíos parte de la culpa? ¿No han desempeñado acaso ningún papel en la propagación de esas leyendas? Pero he aquí que la historia no hace otra cosa que repetirse. Sin embargo, para el Imperio Romano, los cristianos cumplían una función: la de elemento de disolución del orden romano. Cristo dirá: dad al César lo que es del César. Pero esto no protegía al Imperio de la dinamita del cristianismo. Ese peligro lo sentían los gobernantes, y por ello reaccionaban. Reaccionaban a través de… pogromos. Al intentar explicar este fenómeno unos dicen que se debía a que los cristianos eran portadores de ese movimiento revolucionario. Los propios hebreos dicen sobre sí mismos que solo los retrógrados son incapaces de soportarlos, solo los retrógrados son antisemitas, y eso es así porque los judíos son revolucionarios, portadores del progreso. Es erróneo. Los judíos no son portadores del progreso, entre otras cosas porque el progreso… no existe.

Los hebreos traen el *cambio,* no el progreso, y esto ni siquiera siempre. Hoy en día, el único país revolucionario en Europa es Alemania. (Italia no es todavía revolucionaria. Y Rusia, que con Lenin fue formalmente revolucionaria, en el fondo no lo es, ya que el marxismo no es, con respecto al racionalismo cartesiano, revolucionario en absoluto. De modo que Rusia, que fue formalmente revolucionaria, dejó de serlo cuando —o *si*— Voroshílov, el hombre de la estepa, capituló ante Stalin, que es cada vez más proclive a la técnica, es decir, el *heredero de Pedro el Grande,* de tal manera que sigue las sugerencias de Francia y *regresa a Europa.*) Así pues, el único país revolucionario en la Europa de hoy es Alemania, pero la Alemania de hoy es antisemita. No es cierto, por tanto, que los hebreos sean siempre y en todas partes un fermento revolucionario. E incluso si así fuera, eso no justificaría las pasiones desatadas contra ellos, ya que no es cierto que los pueblos se subleven en contra de cualquier revolución. No. Los pueblos se sublevan contra las revoluciones cuando estas atacan su carácter nacional, su *ethos.* Las aceptan, sin embargo —más aún: las apoyan —, cuando refuerzan ese *ethos.* Volviendo a nuestro caso, el cristianismo representa ante el carácter romano una fórmula si no diametralmente opuesta —lo cual podría incluso defenderse—, en cualquier caso diferente. Roma debió de comprender —y su instinto no le engañó— que la idea romana de Estado solo podía sucumbir ante el florecimiento del cristianismo. Y por ello reaccionó (ya se ha visto con qué éxito. Pero esa es otra cuestión). He aquí, por tanto, el origen o la explicación de la persecución de los cristianos bajo el Imperio.

La pregunta es: ¿acaso estuvieron y están los judíos, respecto al mundo entero, en la situación en que se encontraron los cristianos respecto al Imperio Romano?

Veamos.

Los judíos son el pueblo elegido. Esto tiene que reconocerlo no solo cualquier judío, sino cualquier cristiano. Los judíos son el pueblo elegido porque ellos establecieron la primera alianza con Dios. Ellos lo saben. Sin embargo, un pueblo elegido tiene que cumplir una función, puesto que no ha sido elegido *por* algo, sino —aún más importante— *para* algo, con un objetivo determinado. Pero para poder cumplir su misión, tiene que mantenerse como pueblo elegido. Esto lo han entendido también los hebreos. Por eso, en su historia, incluso desde el comienzo, puede identificarse con facilidad una tendencia constante no solo a santificar su vida, sino a mantenerla pura, al margen de todo contacto con otro credo.

En su país —cuando lo tenían—, en todos los demás países adonde los arrojaban sus desgracias nacionales o tan solo esa incisiva desazón que los obligaba a ponerse siempre en camino —pues, de hecho, muchos judíos han vivido en la diáspora incluso en tiempos de su Estado independiente—, vivían separados de los demás, en comunidades estrictamente cerradas. La conciencia de la superioridad de su fe, la conciencia de su superioridad como pueblo elegido, alimentaba en ellos un orgullo inmenso que, hoy en día, después de tantas desgracias y padecimientos, permanece tan intacto como en tiempos de su esplendor nacional (pues también hubo momentos de esplendor). Ciertamente, los judíos han sido siempre un cuerpo extraño en el seno de los pueblos con los que han entrado en contacto, y si es cierto que *la différence engendre haine,* también han sido odiados. Hay que reconocer, sin embargo, que si este proceso de diferenciación, de singularidad, de aislamiento, ha llegado hoy en día tan lejos que entre los judíos y los otros pueblos no pueden construirse puentes sólidos, ese proceso no fue iniciado por los otros pueblos sino, precisamente, por los judíos. El Antiguo Testamento es también nuestra ley, la de los cristianos, y si nosotros la reconocemos, debería existir entre nosotros y los judíos algo en común: el Antiguo Testamento. Y, sin embargo, no existe. Porque lo que constituye el fondo del *ethos* judío no es esa antigua ley, sino su *comentario.* Está escrito que la Torá es agua y la Mishná es vino. Y esto tiene una importancia enorme. Sucedió con el Antiguo Testamento de los hebreos lo mismo que sucedería más tarde con el evangelio de los católicos: que solo era válido bajo la tutela de la Iglesia (San Agustín), es decir, a la luz de los comentarios. No insistamos más, pues la cuestión es conocida: el Talmud sustituyó a la Torá. No de repente, sino tras arduas disputas que solo terminaron cuando fue quemada la obra de Maimónides, el *More Nebukim.* Estamos hablando, por tanto, del siglo XIV. Pero incluso después de 1300, los seguidores de los fariseos siguieron luchando por imponer el espíritu exclusivista en virtud del cual los judíos debían mantenerse lejos de todo contacto con los otros pueblos, ya se tratara de persas o romanos, griegos o alejandrinos, árabes o cristianos. En esa época, sin embargo, el éxito de los rabanitas[24] era total, y la separación entre los judíos y los demás pueblos había culminado por completo.

Pero cuando alguien quiere mantenerse alejado de ti porque te desprecia, porque te considera inferior e indigno de relacionarte con él, tu reacción es natural: empiezas a considerarlo un enemigo o, en cualquier caso, alguien de naturaleza diferente a la tuya. Los otros pueblos ahondan

el proceso de separación iniciado por los judíos. A ello ha contribuido, por si aún fuera necesario, otro hecho de orden estrictamente concreto. Los judíos son, por supuesto, místicos; pero son, al mismo tiempo, racionalistas. Como prueba, ahí tenemos la cábala. (El jasidismo —que es respecto al racionalismo de los talmudistas, en el seno del judaísmo, más o menos lo mismo que los franciscanos en el catolicismo respecto a la escolástica tomista— no es, ni de lejos, un elemento definitorio en la composición del *ethos* judaico.) Pero del talmudista al usurero que pesa el oro y presta dinero no hay siquiera un paso, son lo mismo. Los judíos han sido en todas las épocas unos excepcionales administradores de dinero. Esta cualidad los ha situado en el entorno de los reyes y de los dirigentes de todos los pueblos, a los cuales han prestado a menudo servicios importantes. Los judíos no han sabido, sin embargo, no han entendido nunca —a pesar de todas las desgracias que han caído sobre ellos— que no hay mayor desdicha que la de servir a los poderosos a cambio de una recompensa. Porque lo que te pueden ofrecer como recompensa los gobernantes de un pueblo son privilegios, y los privilegios no pueden ser sino fuente de desgracias. Privilegios para su pueblo: eso funciona durante una temporada. Y también les funcionó a ellos. En Alejandría, por ejemplo, al igual que más tarde en España, los privilegios de los que disfrutaban los judíos eran tan significativos que muchos se convertían al judaísmo solo por disfrutar de las prerrogativas de ser judío. Pero esto no funciona indefinidamente. Porque, en un determinado momento, interviene una crisis pública y entonces el delirio popular se dirige precisamente contra los privilegiados. ¿Deben protegerte los gobernantes? Los gobernantes ofrecen, en el mejor de los casos, privilegios—, pero ni hablar de protegerte de la opinión pública, eso no. ¡Los judíos olvidan siempre que fueron expulsados de España poco tiempo después de haber prestado valiosos servicios a Isabel y Fernando, cuyas finanzas sanearon! Ahí tenemos, pues, en su privilegiada situación —¿y dónde no han tenido privilegios los judíos?—, otro elemento del proceso de aislamiento de los hebreos, proceso que, esta vez, no parte de los judíos, sino de los otros, aunque, de hecho, no es más que una consecuencia de la secesión de los rabanitas. ¿No explica esto bastantes cuestiones? Bastantes, pero no todas.

Ciertamente, los judíos son el pueblo elegido. ¿Pero elegido para qué? Ellos dicen que para dominar la Tierra. Es una afirmación que hace imposible

todo debate. Pues ¿qué significa, en el ámbito de las realidades concretas, dominar la Tierra? Considero, por tanto, oportuno, elegir otro punto de partida. Un punto de partida más preciso y más fácil de aceptar para todos. ¿Cuál es, incluso según los judíos, el momento en que debería empezar su dominio sobre el mundo? El momento en que aparezca el Mesías. En consecuencia, si desplazamos un poco el problema sin modificar, sin embargo, el destino, diremos que los judíos son el pueblo elegido porque entre ellos debía nacer, por decisión divina, el Mesías. A este respecto todos estamos de acuerdo, judíos y cristianos. Inmediatamente después surge, no obstante, la controversia.

Nosotros decimos que el Mesías ya ha venido. A través de la encarnación del Verbo. Él es Cristo. Los judíos son el pueblo elegido, elegido para la encarnación de Dios. Pero desde el momento en que esta tuvo lugar, desde el momento en que él cumplió su misión, el pueblo judío dejó de ser el pueblo elegido. Así pues, es cierto que la antigua ley era una alianza entre Dios y el pueblo hebreo; la nueva ley, sin embargo, es una alianza entre Dios y todos los pueblos de la tierra. Con la nueva alianza, por tanto, se convierte de alguna manera en elegido cualquiera que acepte la nueva ley: elegido para la salvación frente a la perdición En consecuencia, o los judíos reconocen que el Mesías ha venido con el rostro de Cristo y entonces, desde ese momento, dejan de ser el pueblo elegido (bajo la amenaza de cometer el pecado más grave, el de la soberbia), o rechazan la autenticidad del Cristo-Mesías y renuncian así a la función de pueblo elegido, la de ser instrumento de Dios para la salvación del mundo, pecando no solo contra su propia misión, sino incluso directamente contra Dios.

A esto los judíos replican con firmeza: no cabe duda de que Cristo fue *alguien.* Tal vez incluso un profeta. Pero si pretende ser el hijo de Dios o, en cualquier caso, el Mesías, entonces es un impostor. El Mesías no ha llegado aún. Él vendrá, por supuesto, a lomos de un caballo blanco, y entonces comenzará el dominio de Israel sobre la tierra.

Las dos posturas son irreconciliables. Si intentáramos, desde un punto de vista externo a ambas, establecer quién tiene razón, tendríamos que reconocer que no somos capaces. Afortunadamente, sin embargo, para nuestro problema resulta absolutamente indiferente saber quién tiene razón. Ya que el núcleo de nuestro problema está precisamente en el carácter irreconciliable de las dos posturas. Recordemos que lo que en realidad queremos dilucidar nosotros no es quién es culpable en el conflicto

permanente entre los judíos y los otros pueblos, sino cuál es la explicación del permanente sufrimiento de Israel.

En consecuencia, la postura de los hebreos está clara: ellos son el pueblo elegido, el que dominará la Tierra el día de la llegada del Mesías. Pero he aquí que en Israel ya nació alguien que dice ser el Mesías. Este alguien —Cristo—, que no es sino un impostor, ha terminado, sin embargo, por ser reconocido como hijo de Dios por muchos de los pueblos en cuyo seno viven los judíos. Él creó una nueva visión del mundo, una nueva estructura espiritual y no solo una nueva escala de valores, sino incluso valores nuevos. Una organización *cristiana* del mundo.

Aquí empieza el problema. Los judíos viven en medio de este mundo cristiano. ¿Según qué ley? ¿Según la ley cristiana? ¿Según las costumbres creadas por la ley cristiana? ¿Según las indicaciones del ámbito cristiano? De ser así, los judíos habrían renunciado a su ley, habrían traicionado su alianza con Dios, habrían dejado de ser el pueblo elegido; más aún, habrían dejado de ser judíos. Nada de todo eso ha sucedido aún. Los judíos siguen siendo judíos. ¿Qué significa esto? Que, en el seno de unos pueblos cristianos, ellos crean estructuras internas y viven su vida según su ley, diferente a la ley cristiana, contraria a la ley cristiana, obra de un impostor. ¿Conclusión? En consonancia con su ley, los judíos tienen que sabotear los principios y los valores cristianos.

No se trata tan solo de un problema religioso. Es cierto que las desgracias y los sufrimientos de los judíos son más profundos y más frecuentes en aquellas épocas y regiones en las que los pueblos se afirman en un cristianismo más radical. Así como también es cierto que su situación es incomparablemente mejor en los países protestantes: el protestantismo —sobre todo en algunas de sus manifestaciones— es la fórmula menos cristiana del cristianismo y la más cercana a la estructura judaica. Pero, una vez más, el problema no es en primera instancia religioso. O, más exactamente, la justificación formal de este conflicto permanente no es de naturaleza religiosa. Se trata de algo más: el judaísmo y el cristianismo son mucho más que religiones, son principios que organizan la vida: existe un modo de vida judío y un modo de vida cristiano, independientemente de si en la conciencia de los hombres y de las instituciones aparecen de forma explícita Cristo y Jehová o no. Así pues, existen valores cristianos y valores judíos en cualquier orden de la vida, ya pensemos en la organización política de una nación, ya nos preocupemos por la creación y circulación de bienes materiales, ya se trate de la forma de entender el sentido general

de la existencia. En cualquier ámbito en que nos situemos, por tanto, existe una categórica «incompatibilidad de humores» entre cristianos y judíos.

Sin embargo, la diferencia que hemos identificado entre judíos y cristianos va todavía más allá: estos últimos no solo consideran que los primeros se aislaron de forma voluntaria, sino que además —ya saben, la cuarta condición expuesta más arriba— son peligrosos para el orden cristiano. Cristianos y judíos, dos cuerpos mutuamente extraños que no pueden fusionarse en una síntesis, entre los que no puede reinar la paz si no es… a través de la desaparición de uno de ellos.

Judá sufre.

¿Por qué?

Porque Judá vive en el seno de unos pueblos a los que no puede evitar odiar, incluso aunque quisiera que fuera de otra forma: porque desde el momento en que rechazó reconocer a Cristo-Mesías y siguió aferrándose —justa o injustamente— a su condición de pueblo elegido, tiene el deber para consigo mismo de cumplir la función que le corresponde: la de disolver los valores cristianos.

Judá sufre porque alumbró a Cristo, lo vio y no creyó. Y esto aún no sería demasiado grave. Pero otros sí creyeron: nosotros.

Judá sufre porque es Judá.

Existe, sin embargo, un movimiento a través del cual los hebreos han intentado escapar a su suerte. Se trata del sionismo. Pero el intento me resulta completamente confuso. Jerusalén sigue, naturalmente, siendo el polo magnético del judaísmo. Pero un polo, diría yo, místico. Ya que el deseo nostálgico «el año que viene, en Jerusalén» no tiene en sí nada positivo, sino que es uno más de esos mitos sobre los que habla Sorel, un mito al igual que lo es el milenarismo, acontecimientos que nunca tendrán lugar, pero que polarizan a la humanidad y que ejercen sobre los hombres una influencia extremadamente poderosa, obligándoles a organizar su vida en función de esos acontecimientos como si fueran a ocurrir.

El regreso a Jerusalén es una realidad indiscutible para los hebreos. Es la realidad judaica más poderosa. Esta certidumbre mística según la cual Israel se reunirá algún día a la sombra del templo está tan arraigada en la naturaleza de los judíos que estos no consideran su vida en la diáspora sino como una época provisional. Más aún, como una ficción. Ya que, si bien los hebreos tienen templos y casas de oración en todos sus asentamientos, no es menos cierto que el único lugar de oración y sacrificio sigue siendo Jerusalén y que, en el fondo, el verdadero templo —no los sucedáneos de la

diáspora— está allí. ¡Qué extraño estado espiritual, en el cual el concepto límite de los deseos, el objeto de las dolorosas inclinaciones de todo un pueblo se convierte en una realidad verdadera, mientras que la vida cotidiana se deshilacha en ilusiones transparentes, en ficciones!

Comprendan lo alejado de la realidad judaica que estuvo entonces el pensamiento de Theodor Herzl cuando lanzó la idea del sionismo. ¿Un estado judaico? Evidentemente, si alguien consiguiera reunir en un sitio a todos los judíos de la Tierra y convertirlos en un Estado, el problema del sufrimiento de los hebreos tomaría otro cariz, quizá podría incluso ser resuelto. Pero la cuestión es cómo constituir un Estado hebreo. Los judíos ya han tenido un Estado. Lo han tenido incluso varias veces. ¿Dónde está? ¿Acaso estaban esperando los judíos a Theodor Herzl para descubrir la idea de un Estado hebreo? Resulta cuando menos extraño. Un pueblo normal y corriente tiende de forma natural a vivir en un Estado, sin planearlo de forma deliberada, exactamente igual que las moléculas de una solución sobresaturada tienden a cristalizar. Sin embargo, esto no se observa en los judíos. Al contrario: siempre que han tenido un Estado, no han descansado hasta hacerlo pedazos. ¿Abandonar la vida en la diáspora? Un sinsentido. Ya que la vida en la diáspora es la situación natural de los judíos.

Por supuesto, la vida en la diáspora no habría sido posible, la dispersión no habría podido conservar incólume al pueblo hebreo tal y como lo ha conservado, si cada judío por separado y todos a la vez no hubieran vivido con una tensión alucinante la visión mística de la Jerusalén terrenal. Jerusalén ha cumplido, no obstante, como ya he dicho, la función de polarizador no de los individuos concretos, sino de la espiritualidad judaica y del *ethos* judaico. Solo eso. Suficiente para perpetuar al pueblo, pero insuficiente para reunir a los individuos en un Estado.

Y ahora, ¿qué quiso Theodor Herzl y qué quiere el sionismo? ¿Quitarle a Jerusalén su nimbo místico, su carácter actual de mito, y transformar esta ciudad en capital de un Estado con ministerios y seguridad? Quizá. Solo que no se llevaría a cabo sino una experiencia completamente transitoria, como lo han sido siempre los Estados políticos judíos y, por otra parte, al concretarse Jerusalén, se les despojaría a los hebreos dispersos del único centro de reagrupamiento que les ha hecho posible la vida hasta hoy.

El sionismo es, sin duda, un intento de romper el círculo de sufrimiento de la fatalidad judaica, pero un intento que no puede conducir sino a un solo resultado: la pérdida de los hebreos como pueblo a través de la

destrucción del mito de Jerusalén.

¿El sionismo? ¡Un suicidio! ¡Y eso tenía que ser la solución!

Henos aquí, al final. Iosif Hechter siente que Judá sufre y que es inevitable. Pero Iosif Hechter no entiende por qué. Hemos intentado aclararlo nosotros. De la forma más sucinta y didáctica posible. Con elementos tomados no de la literatura de orientación antisemita, sino con los referentes que tendría a su alcance un judío, un judío objetivo y lúcido.

Sufres porque eres judío: dejarías de ser judío en el momento en que no sufrieras, y solo podrías librarte del sufrimiento dejando de ser hebreo. Es, seguramente, una fatalidad abrumadora. Pero precisamente por ello no hay nada que hacer. Judá agonizará hasta el final de su vida.

¿Una rebelión? No vale para nada. No sirve de nada. Así como nadie puede saltar por encima de su sombra, el judío no puede superar su sufrimiento si no es… dejando de ser judío. ¡Una situación aún más trágica, ya que nadie puede dejar de ser lo que es!

Iosif Hechter, tú estás enfermo. Tú estás esencialmente enfermo, porque solo puedes sufrir y porque tu sufrimiento es infundado. Todo el mundo sufre, Iosif Hechter. Sufrimos también nosotros, los cristianos. Pero para nosotros hay una salida, porque nosotros podemos salvarnos. Ya lo sé, tú albergas una esperanza, la esperanza de que algún día llegará el esperado, el Mesías, en su caballo blanco, y entonces dominaréis la Tierra. Ten esperanza, Iosif Hechter. Es lo único que te queda.

Yo, sin embargo, no puedo hacer nada por ti. Porque yo sé que ese Mesías no vendrá. El Mesías ya ha venido, Iosif Hechter, y tú no lo has conocido. Solo eso se te pedía a cambio de todas las bondades que Dios te ha ofrecido: que vigilaras. Y no vigilaste. O no lo viste porque tu orgullo te puso escamas en los ojos.

… Iosif Hechter, ¿no sientes que te abrazan el frío y la oscuridad?

NAE IONESCU

CÓMO ME CONVERTÍ EN HÚLIGAN

Textos, hechos, personas

CAPÍTULO EN EL QUE SE HABLA DE UNAS ISLAS HÉBRIDAS

La guerra que ha provocado en la cultura bucarestina la aparición de mi libro *Desde hace dos mil años* persistirá quizá bastante tiempo. En Rumanía, donde la gente se cansa enseguida de todo, estos cinco meses de discusiones y debates en torno a un solo libro constituyen un curioso caso de tenacidad. Las discrepancias continúan con el fervor y la violencia de los primeros días. Nuevos panfletistas e ideólogos intervienen cada semana, se abren nuevos frentes. Algunas veces el conflicto parece aplacado, los contrincantes hastiados, la calma restablecida. Pero no han transcurrido siquiera tres días en paz y, por donde menos te lo habrías esperado, irrumpe un nuevo cruzado, más dispuesto que todos sus antecesores a despedazar toda una serie de problemas. El ambiente es cada vez más tenso. Raras veces ha concitado un debate público a tantos temperamentos nerviosos, a tantos idealistas fogosos, a tantos visionarios irascibles.

Mi intención era esperar a que se calmaran las aguas para decir una última palabra en esta encarnizada historia de la cual, me guste o no, soy responsable. Quería escuchar primero todas las voces que tengan algo que decir o que gritar y responder a todas a la vez.

Lo siento, pero tendría que esperar demasiado. Me ha llevado casi cuatro años escribir ese libro calumniado. No puedo perder otros cuatro leyendo los comentarios. Por lo demás, creo que lo que había que decir ya está dicho y que, a partir de ahora, no queda espacio sino para variaciones verbales sobre las mismas cuestiones aireadas durante los primeros cinco

meses con tan noble pasión intelectual. Quedan seguramente algunos rugidos sermoneadores y no cuestiono su éxito. En esencia, sin embargo, los problemas (se verá qué «esencia» y qué «problemas») ya han sido formulados.

Ha llegado quizá el momento de afrontarlos.

¿Tengo yo derecho a ello?

La pregunta es pertinente. Un escritor no tiene nada que añadir desde el momento en que su libro está colocado en el escaparate de la primera librería.

Nada me parece más grotesco que eso que se denomina «autor incomprendido». En materia de crítica literaria, no hay apelación, hay tan solo esperanza y —si es posible— humor. Quien no sea capaz de leer con desapego y con una sonrisa un panfleto cruento escrito contra él carece del placer y del sentido del juego intelectual. Por lo que a mí respecta, considero el hecho vulgarmente denominado «ser un incomprendido» una gran alegría íntima y, ciertamente, un constante reto personal.

Así pues, quiero dejarlo claro desde el principio: no tengo nada que replicar a las críticas literarias dirigidas a mi última novela. Aprecio demasiado el ejercicio de la crítica como para no respetar sus derechos. La he practicado yo mismo y valoro demasiado su vehemencia intelectual como para no aceptar de buena gana su severidad. Un crítico se define más por sus aversiones que por sus adhesiones. Personalmente, me gustan mucho mis antipatías críticas, que he formulado siempre de manera abierta, y me alegra saber apreciar las de los demás, incluso cuando, eventualmente, me resulten incómodas.[25]

No tengo nada de qué vengarme y no sé por qué escribo estas páginas. Me gustaría, sin embargo, aclarar varios asuntos, unos asuntos ajenos a la literatura que se han visto implicados por la fuerza en *Desde hace dos mil años*.

Lo que podía hacer por este libro ya lo hice: escribirlo. El resto es asunto suyo. Que se las apañe como pueda.

Cualquier libro es en cierto modo un intento por forzar lo desconocido. No sabes en qué manos va a caer, qué acuerdos va a establecer, qué discrepancias va a provocar. Hay una infinita serie de incógnitas que decidirán su futuro. Hay resistencias, opacidades, accidentes, y solo detrás de todo eso esperas encontrar determinadas preguntas a las que tu libro responde. ¿Llegará a esas preguntas? ¿Las responderá? ¿Conseguirá aglutinar en torno a él una pequeña e insegura familia de inteligencias y de

corazones para los cuales creías escribir? Tal vez sí, tal vez no. Es una cuestión de azar. Tu mensaje, enviado en cierto modo hacia lo desconocido, puede llegar, pero también puede quedarse en el camino. Hay muchas posibilidades de que lo pierdas. Sin embargo, quien no sepa perder con el corazón sereno, no tiene motivos para escribir libros.

Por lo demás, las cosas suceden así también en otros ámbitos ajenos a la literatura. La vida está formada por galerías mal entrecruzadas que puedes recorrer hasta la muerte sin encontrarte con la persona adecuada, aunque a veces no os separe más que un muro, un paso, una sombra. ¿Acaso no has pensado nunca que en la inmensidad de la tierra puede haber en este preciso instante una persona que esté repitiendo tu vida, tus expectativas, tus preguntas? Ninguna soledad tiene sentido sin este sentimiento, sin esta nostalgia por alguien a quien intentas arrancar de la multitud para que responda a tu señal, a tu llamada.

Un libro es una llamada. Hay llamadas que quedan sin respuesta. Eso es todo.

Digo esto para que se entienda que no hago del caso *Desde hace dos mil años* una cuestión personal. Este libro fue escrito para que se perdiera, algo que le ha salido de maravilla. No tengo nada que añadir, nada de lo que retractarme. «Así es el juego», como dice el verso de Arghezi, y hay que aceptar el juego.

Pero el escándalo ha reavivado reacciones y problemas que se sitúan no solo más allá del libro, sino más allá de la literatura. Partiendo de un hecho literario, la batalla ha revelado enseguida sus objetivos políticos.

Hay aquí una flagrante confusión de planos y de puntos de vista que no sorprende y, más aún, no indigna a quien conozca las sencillas leyes de la cultura rumana. La confusión constituye, en nuestras discusiones públicas, casi un método.

Para un espectador sosegado, la manera en que un debate de ideas se degrada entre nosotros, perdiendo sus directrices y aferrándose a dos o tres detalles concomitantes, es un entretenimiento habitual.

Nada resulta acuciante para un intelectual bucarestino. Él no juzga basándose en problemas definidos, sino en ciertas predisposiciones personales, líricas y confusas. En general, desde su punto de partida le resulta muy fácil llegar adonde le dé la gana. Ningún problema es tan inexorable como para impedirle que se evada. De una teoría matemática superior, pasará en línea recta al cambio de gobierno.

Habitualmente, nuestra cultura cotidiana está dominada por dos o tres

ideas agitadas que pululan un día, una semana o un mes por las revistas, los cafés y las redacciones hasta el desgaste o el aburrimiento. Bajo su influencia se coloca, por las buenas o por las malas, cualquier hecho, cualquier libro, cualquier individuo.

En junio de 1934, con la aparición de la novela *Desde hace dos mil años,* las ideas que agitaban el fervor intelectual rumano eran dos: el antisemitismo[26] y la dictadura. Las ideas bucarestinas se caracterizan no solo por su inquietud, sino también por su exclusividad. No permiten pasar a otro plano que no sea el suyo. Puesto que las cuestiones candentes de la conciencia bucarestina eran la dictadura y el antisemitismo, *a esas* preguntas y no otras debía responder el inoportuno libro. Así pues, ese volumen de trescientas cincuenta páginas ha sido obligado a pronunciarse respecto a varias cuestiones graves y arrastrado violentamente a responder. Ese libro ha sido sometido a un duro interrogatorio para que declare a qué partido pertenece, qué opinión le merece la cuestión constitucional y a quién vota. Sobre todo «a quién vota», pues esa es la cuestión rumana principal. (Como se puede observar en Caragiale: *La carta perdida, Ambiente cargado,* etc.)

De todo lo que se ha publicado al respecto, solo unos pocos artículos han partido de los objetivos del libro. Los demás, un dosier entero, han hablado sobre democracia, ortodoxia cristiana, fascismo, revolución industrial, etc., etc., etc., asuntos capitales todos ellos, por supuesto, pero ajenos al libro a cuyo nombre recurrían por pereza, por indiferencia o por fervor ideológico, pero en ningún caso por pasión, como podría pensarse, pues sería una pena estropear esa hermosa palabra.

Durante cuatro meses se intercambiaron a expensas de este libro —un libro paciente— innumerables disparos de polémica religiosa, política y social que me honraban indeciblemente, pero que no tenían nada que ver conmigo. No reconocía en esa carnicería nada de lo que había pensado, nada de lo que había escrito yo.

En una novela de Virginia Woolf hay un personaje que, al escribir la biografía novelada de un poeta, decide que un episodio entero de su vida transcurra en las islas Hébridas.

—¿Por qué en las Hébridas? —pregunta alguien—. Tu poeta nunca estuvo allí.

—Ya lo sé. Pero las islas Hébridas me gustan mucho.

Tengo la impresión de que el intelectual rumano tiene también unas islas Hébridas que «le gustan mucho» y que sitúa, siguiendo una geografía

fantástica, donde quiere. Sus «Hébridas» actuales son la democracia y el fascismo, el antisemitismo y la revolución marxista.

—¡Pero si yo no he estado nunca en las Hébridas! —exclamaría también yo, como el personaje de Virginia Woolf, si no supiera que es inútil.

«La polémica de ideas» se lleva a cabo con obsesiones, no con verdades… y entre ellas la lucha es profundamente desigual. Por eso no pienso intentarlo.

No quiero decir que el problema de la democracia, por ejemplo, carezca de interés. Nada de lo que concierne al destino humano carece de interés. Observo tan solo que no era ese el problema en cuestión, como no lo era ninguno de los que han sido arbitrariamente debatidos.

Pero seguramente es ya demasiado tarde para establecer esa discriminación. Las cosas han ido demasiado lejos como para intentar ahora reconducirlas al punto de partida. Distinguir, limitar, asignar… son operaciones metodológicas frías y sin repercusión, mientras que la confusión es un procedimiento seductor.

En el caso *Desde hace dos mil años* se han dado varias confusiones irrevocables.

Las acepto.

UN DOSIER CON PROBLEMAS

Va a resultarme difícil, seguramente, evocar a continuación el ambiente incendiario que ha tenido que atravesar el libro. Tengo los textos ante mí —varios cientos de páginas cuidadosamente recortadas de periódicos, revistas y gacetillas—, pero, al releerlos, me doy cuenta de que se han vuelto casi inexpresivos. La violencia de los términos, la brutalidad de la injuria, el salvajismo de los insultos se revelan ahora por completo una vez superada la impresión de pequeño cataclismo que producían los primeros días.

Sin duda, lo que se ha escrito es muy grave. Grave incluso para una sociedad como la nuestra, en la que se insulta con tanta facilidad. Sin embargo, los documentos escritos del caso *Desde hace dos mil años* me parecen amistosos y educados en comparación con los testimonios orales. La furia polémica vino precedida y rematada por una intensa campaña verbal en las calles, en los cafés, en las redacciones y las librerías, en los cines, en las casas particulares, en las instituciones públicas; un rumor sordo y tumultuoso como cuando en el teatro sale la comparsa de las bambalinas: mujeres, soldados, pueblo. No sé de dónde, no sé cómo, no sé a través de qué súbita sacudida moral se despertaron varias voces vengativas, varias conciencias puras, varios misioneros indignados. Y su ejemplo fue peligroso, pues la inclinación por la severidad moral es una de las tentaciones más irresistibles. Tres días después de su aparición, mi novela había levantado ante sí una división blindada de conciencias

intransigentes.

No puedo contarles cómo fue. Sería demasiado complicado, demasiado largo, demasiado arduo. Como en los malos dramas cinematográficos, en los que circulan toda una serie de personajes sin que sepamos de dónde salen, a quién buscan ni qué quieren, se presentó en esta disputa una legión de jóvenes pintorescos, reclutados en los medios más diversos, que venían a vengarse de las cuestiones más variadas. Organizados en equipos, repartidos en sectores, distribuidos en turnos de día y noche, recorrían las calles y los bulevares en busca de público.

No bromeo. O, si bromeo, no estoy exagerando. Este libro ha sido perseguido hasta la obsesión, hasta la extenuación, hasta la fijación. La indignación se alimentaba de su propia sustancia en el vacío, cada día, cada hora.

Resulta irritante pelear con un libro. Su silencio es abrumador. En general, resulta irritante pelear con alguien que no reacciona. Cualquier individuo que grita resulta ridículo si su grito cae en el vacío, y entonces, con legítima exasperación, se ve obligado a seguir gritando, a gritar sin parar para tapar el sonido de su propia voz.

Solo el primer paso hacia el desorden moral es difícil: el resto viene solo, por inercia, por exasperación. Una sola mentira te impone un sistema entero de mentiras; una sola invectiva, un chaparrón de invectivas. He seguido a mis adversarios día tras día, en silencio, y me ha fascinado el ritmo desesperanzado al que aumentaba su furia hasta adoptar formas convulsivas. Podría decirse que ha sido un concurso de devastación intelectual, una prueba de huliganismo moral,[27] una carrera en pos del exabrupto más fuerte, de la falsedad más violenta, del insulto más cruel. No ha quedado piedra por arrojar, no ha quedado insulto por pronunciar.

Escribo estas páginas con mucha calma, sin melancolía y sin remordimientos. Ya les he dicho que no tengo nada que vengar. Quien se haya visto alguna vez entre tanto fuego cruzado no puede recibir los disparos sino con un legítimo sentimiento de orgullo. No se imaginan qué excelente ejercicio de soledad es un acontecimiento así. De repente se reestablecen las distancias, se amplía tu campo de visión, se recortan en una pantalla circular las siluetas de la gente —amigos, conocidos, enemigos, camaradas—, se verifican las cobardías, el valor, los abandonos, la lealtad y los compromisos de cada uno. Es una comedia extensa, con infinitos aspectos, con revelaciones involuntarias, con escenas, hechos, réplicas y gestos que nunca habrías conocido si el escándalo no los hubiera

iluminado de golpe. Le debo al caso *Desde hace dos mil años* una lección de vida muy vívida y muy compleja que compensa un puñado de desilusiones.

Y hay todavía algo más que me impide tomarme a la tremenda esta guerra periodística: conozco a la gente que la ha protagonizado. Los conozco a todos y cada uno de ellos, con su pequeña biografía cultural, con sus pequeñas expectativas, con sus pequeñas componendas, con sus pequeños chantajes, con sus pequeños «enchufes», «maniobras», «asuntillos». En siete años de periodismo, he ocupado en ese mundo de idealistas una atalaya privilegiada que me permite recibir ahora con una sonrisa su inopinada crisis ética. La mayoría de ellos ha pasado por mi despacho de la revista *Cuvântul,* unos para pedirme un artículo, otros para publicar una nota, otros para pedir una reseña favorable, cada uno con un problema, con una petición, con una solicitud. Vuelvo a encontrármelos ahora con una piedra en la mano y me digo que la vida sin ellos no tendría gracia.

Su indignación no es indignación, su hostilidad no es hostilidad, su entusiasmo no es entusiasmo, su nada no es nada. Si su encontronazo con un libro o con una persona fuera un verdadero encontronazo —es decir, una toma de postura—, si su enemistad naciera de la conciencia de unos valores enfrentados, si su violencia fuera una verdadera reacción del pensamiento, todo se habría salvado. Pero nada es serio, nada es grave, nada es verdadero en esta cultura de panfletistas risueños. Más aún: nada es incompatible. Ahí tenemos una noción inexistente en cualquier plano de nuestra vida pública: la incompatibilidad. En la cultura, como en el parlamento, la gente se insulta en la tribuna y se reconcilia en el bar. El compromiso es la flor de la violencia. Por eso tenemos una cultura de brutalidades y componendas.

Léon Pierre-Quint, el crítico francés que nos visitó en 1933, se mostró asombrado al descubrir en una reunión de intelectuales bucarestinos a varios comunistas y a partidarios de Cuza, miembros todos de la misma agrupación. Escuché cómo pedía explicaciones a un famoso miembro de la Guardia de Hierro al que había encontrado en tierna armonía intelectual con un marxista, también famoso.[28] Pierre-Quint no entendía cómo era posible semejante fraternidad entre dos personas a las que, en teoría, deberían separar diez mundos. Recuerdo perfectamente la cándida respuesta de los dos amigos extremistas.

—Ya ve usted, nosotros somos solo amigos. Eso no nos obliga a nada.

Ese «solo» es un breviario de psicología bucarestina. Explica muchas

cosas y lo justifica todo.

—*Comment ça ne vous engage à rien? Mais un seul geste engage, Monsieur.*

Léon Pierre-Quint se engañaba. A esa gente nada la obliga de verdad: ni el odio ni el amor ni la muerte. Cualquier cosa que hagan, cualquier cosa que digan queda siempre arrinconada en su conciencia, una sonrisa anula lo que han hecho, se retracta de lo que han dicho. El rigor, en cualquiera de sus manifestaciones, no va con ellos. Son personas libres. Tal vez las únicas personas libres de Europa, pues los hechos no los maniatan y las ideas no los obligan.

He ahí por qué los ataques más salvajes no me inquietan. Percibo detrás de ellos la farsa, el engaño, la indiferencia y, como mucho, el enfado. Pasarán. Todo pasa en esta plaza intelectual, todo pasa sin dejar rastro, sin consecuencias, sin memoria. Así son las personas…

Dejémoslas y regresemos a los «problemas». No creo que resulte demasiado difícil. Mi dosier incluye, es cierto, incontables piezas fulminantes, difíciles de manejar. Desmontarlas una a una, examinarlas «en frío» e intentar separar la «idea» de la pólvora es una empresa llena de peligros. Afortunadamente, sin embargo, en este dosier de quinientas páginas no abundan las ideas. Hay dos o tres, ahogadas en un océano de invectivas. Tal vez no carezca de interés —en ningún caso carece de encanto— reproducirlas todas.

Sin embargo, voy a verme obligado, debido a la abundancia de material, a presentar aquí tan solo los textos óptimos y los acentos superlativos del debate. Ellos indicarán el nivel elevado de las preocupaciones y el abuso generalizado de talento y espíritu puestos a su servicio.

Es quizá la primera vez que en la vida pública rumana se registra un caso de unanimidad de pensamiento y sentimiento. Más incluso, unanimidad de vocabulario. En determinados momentos no se podía distinguir quién hablaba: ¿*Adevărul literar* o *Apărarea Naţională*? ¿*Poruncă Vremii* o *Viaţa Românească*? Las gacetas sionistas tendían una mano fraterna al periódico del señor Cuza, las revistas marxistas se entendían de maravilla con las de los húligans; derecha e izquierda, demócratas y reaccionarios, antisemitas y revisionistas…, todo el mundo, en suma, conocía un solo enemigo, denunciaba un solo crimen. Además, aglutinando fortines y trincheras, se agitaba en las calles un pequeño diario de tres al cuarto que se había convertido en mi boletín oficial y que publicaba cada día breves crónicas desde el campo de batalla.

¡Dios mío! ¡Qué cosas llegaron a decir! Cada artículo era la sentencia de un tribunal militar; cada redactor, un justiciero. No faltaron las llamadas al orden, ni las condenas a la hoguera, ni las incitaciones al asesinato.[29] Las he reunido tranquilamente, decidido a enmarcar los pasajes decisivos y a exponerlos luego en mi habitación, alrededor de mi escritorio. Es una lectura que aviva el gusto por la vida.

Siento no poder transcribirlo todo. Busco, sin embargo, entre los documentos del dosier, una página que resuma y abarque, si no todas las maldiciones —algo que sería muy difícil—, al menos todos los problemas. He dudado entre varios textos, pero finalmente el que viene a continuación me parece el más sintético. Tiene la ventaja de haber aparecido en *Viaţa Românească* y de añadir, por tanto, a la furia juvenil con que fue escrito el prestigio añejo de sus veintiséis años de historia. Aquí está:

Entre la humildad y la impertinencia

Mihail Sebastian era un cronista de una insolencia inaudita en el diario ortodoxo-reaccionario *Cuvântul.* Se declaraba en esa época triunfador, «burgués», adoraba a sus monaguillos (G. Racoveanu, Nae Ionescu), daba lecciones de nacionalismo intransigente, escupía sobre la democracia, los derechos humanos, etc.

Para nuestra sorpresa, descubrimos que ese soldado de Cristo, del Rey y de la Patria es un joven… judío llamado Iosif Hechter, de la laguna de Brăila.

Su formación intelectual era eminentemente huligánica. Hechter transforma los sutiles argumentos de su profesor Blidaru en alusiones a la soga, el juego con el filo del cuchillo en un lamento estúpido. Cuando un judío es tonto y renegado, que Dios te pille confesado…

De la impertinencia de otro tiempo, Mihail Sebastian ha pasado a una humildad dostoievskiana…

El grupo de la revista *Cuvântul* se ha trasladado con armas y bártulos al bando antisemita.

¿Debería haberse retirado Iosif Hechter?

Por supuesto que sí. Sin embargo, Iosif Hechter se ha quedado. Y ha recibido además una patada en el trasero: el prólogo del profesor Nae Ionescu para su última novela, *Desde hace dos mil años,* donde fundamenta con argumentos teológicos la existencia del antisemitismo.

¿Lo echas por la puerta y él entra por la ventana?

Ahí lo tienes: impertinente y humilde, maldiciendo y lamiendo la mano que lo ha golpeado…

El caso «moral» podría resultarnos interesante: un judío húligan, expulsado de una banda antisemita, inclinando la cabeza por los golpes recibidos…

Pero en la novela están ausentes por completo el talento y la lengua rumana: «corta la hierba con el hacha» y otros horrores. Nada fluye. Todo resulta correoso, disecado como un animal salvaje, pretenciosamente desagradable, medio docto y estúpido. Así es la novela *Desde hace dos mil años* del señor Mihail Sebastian.

P. Nicanor & Co.

Es digno de admiración el excepcional espíritu de síntesis con el que *Viaţa Românescă* resume en esas treinta y seis líneas todo lo que se ha dicho, denunciado y discutido a lo largo de cinco meses. No falta nada: ni el grave delito de mi colaboración con *Cuvântul,* ni el crimen de haberle pedido un prólogo al profesor Nae Ionescu, ni el horror de haberlo publicado, ni la traición a mi pueblo, ni mi atentado contra la democracia…

Le estoy agradecido a esta veterana revista por haber sabido reunir en un solo puñado de palabras tantas ideas y haber simplificado así mi trabajo.

Procedamos, sin embargo, de forma metódica y numeremos los «problemas». Hay, si no me equivoco, tres problemas principales y varios adyacentes.

Un problema antisemita *(su formación intelectual era eminentemente huligánica)*.

Un problema de democracia *(escupe sobre la democracia y los derechos humanos)*.

Un problema gramatical *(en la novela está ausente por completo la lengua rumana)*.

Estas tres cuestiones constituyen los puntos cardinales del dosier. Ellas han guiado y orientado el caso *Desde hace dos mil años,* agrupando en tres grandes ciclos las ideas, los conflictos de conciencia, los textos, las anécdotas, las personas…

Voy a dejar a un lado el ciclo de los problemas gramaticales, aunque ha

disfrutado de un clamoroso éxito en la prensa. Varios grandes estilistas han expresado su opinión.

Centremos nuestra atención exclusivamente en los problemas principales…

LA PRIMERA NOVELA RACISTA RUMANA

> *El libro presenta una fuerte impronta antisemita. En su pensamiento, en el método filosófico, en las notas psicológicas encontramos los más auténticos documentos racistas. Son fragmentos que parecen extraídos directamente de Alfred Rosenberg.*
>
> Nos encontramos, así pues, ante el caso de un hebreo convertido en antisemita. El caso es, digan lo que digan, sensacional.
>
> *Adevărul Literar,* año XIII, núm. 173, 5-VIII-1935

Los pasajes por los cuales *Desde hace dos mil años* se ha convertido en una «novela racista» y su autor en un peligroso «renegado» son pocos. Unas dieciséis líneas, extraídas de un libro de trescientas cincuenta páginas. Esos pasajes han circulado de mano en mano, de crítico en crítico, subrayados con letras de fuego y denunciados con unánime indignación. La lectura del libro se convirtió en algo inútil desde el momento en que las líneas criminales fueron expropiadas y lanzadas al dominio público, presas de la curiosidad general y del sentido del honor común.

Así como del conjunto de un crimen no llegan a la mesa del tribunal sino los cuerpos del delito —un cuchillo ensangrentado, un frasquito de veneno, un revólver descargado—, así también a la discusión pública han llegado solo unas pocas frases de este libro subversivo. Son mis cuerpos del delito.

Me resulta muy difícil rebatirlas. Podría responder que todas, sin excepción, están falseadas: unas directamente en su contenido material,

otras en su sentido y su espíritu. No voy a decir que esas falsedades me indignan. No sufro de «indignación fácil». He conocido en mi profesión de periodista a tantos soñadores y tantos mártires que he desgastado, en su compañía, las fibras de la rabia moral. Pero, en el caso que nos ocupa, se ha procedido con una falta de escrúpulos tan radical que he dudado muchas veces entre el disgusto y la diversión. Tuve incluso un momento de melancolía —el único— el día en que el señor Petre Chiricuţă, al intervenir también en la controversia, manipuló otras dos o tres frases para demostrarme, una vez más…, mi conversión.

Con un poco de fantasía y un carro de mala fe, se puede demostrar todo, absolutamente todo.

Citar un texto es una operación de responsabilidad íntima. No hay más límites que tu propia conciencia, si es que te la ha concedido Dios. Y cuando Dios no la concede, tu libertad es total y el abuso, inocente. Borras una palabra, suprimes un paréntesis, modificas una coma y resulta que la desgraciada página que ha caído en tus manos dice exactamente lo que tú querías que dijera.

Ese juego no conoce límites. Cualquiera puede demostrar cualquier cosa a partir de no importa qué texto. Si ustedes así lo quieren y desean, puedo encontrar en la *Eneida* de Virgilio hexámetros sobre la revisión del tratado de Versalles, y en el *Infierno* de Dante, tercetos sobre la estabilización monetaria. Es cuestión de punto de vista y los puntos de vista son animales dóciles que van donde tú los lleves.

Un libro es un objeto orgánico en el que cada detalle está iluminado por su contexto, cada página está condicionada por el conjunto del contenido, cada afirmación viene precisada por sus matices. Nada más fácil que mutilarlo salvajemente con un hacha.

Los judíos están acostumbrados a semejantes procedimientos, pues todos sus libros han sido mutilados, en todas las épocas, para que afirmen diversas monstruosidades. El arma antisemita más grave no han sido el revólver ni la piedra, sino algo totalmente distinto: *la cita*. ¿Acaso no se ha demostrado con citas el asesinato ritual? ¿Acaso no han demostrado con citas los señores Cuza y Codreanu[30] que el pueblo de Israel se alimenta de sangre cristiana?

¿Por qué no podría demostrarse también con citas que *Desde hace dos mil años* es una novela racista y su autor un feroz antisemita?

La única novedad es que entre los manipuladores de citas ahora también hay judíos, lo cual viene a demostrar que han aprendido algo de

sus adversarios húligans.

Por lo que a mí respecta, no tengo nada que alegar a los cuerpos del delito de leso-judaísmo. Quiero evitar toda imprecación —pues ya se han lanzado bastantes en este desdichado asunto—, pero creo que quien no sea ni imbécil ni malintencionado encontrará en *Desde hace dos mil años* la respuesta. La única posible.

«Renegada» y «antisemita» para unos, la novela *Desde hace dos mil años* es simplemente «asimilacionista» para otros. El señor Şerban Cioculescu habla de «la sed de asimilación que alienta la novela». Poco antes, el señor Pompilio Constantinescu había formulado la misma idea con otras palabras: «el señor Sebastian es lo que se conoce como un asimilacionista».

La afirmación me parece grave y además —en la medida en que puedo opinar sobre mi libro— inexacta. No se trata de polemizar con los señores Cioculescu y Pompilio Constantinescu, a los que me une una antigua estima intelectual. Es más, les estoy agradecido por haber adoptado un tono sosegado y contundente en un galimatías en el que tanta gente ha perdido la cabeza.

Pero estoy convencido de que el hecho de reflexionar sobre las relaciones entre el espíritu judío y el espíritu local no es, no puede ser, un acto de confesión asimilacionista.

Creo firmemente, por otro lado, que un escritor no puede ser «asimilacionista». Esto es algo que anularía su propia naturaleza. La escritura es un acto de presencia; la asimilación, un acto de evasión.

Más grave que un suicidio, la asimilación es una mutilación.

Esto es aplicable no solo a los judíos, sino a todo el mundo. Sigo, por ejemplo, con un vivo sentimiento de compasión y deleite la situación de los griegos, de los búlgaros y de los polacos que participan en nuestros movimientos de derechas. Su exceso espasmódico de «fe» no tapará jamás su origen viciado.

La comedia asimilacionista, sin embargo, es infinitamente más abrumadora para los judíos. Un griego que renuncia a su pueblo hace, como mucho, un buen negocio. Un judío lleva a cabo una traición más. Pues es mucho más difícil ser judío, y el sentimiento de haber huido de un lugar «difícil» anula no solo las raíces de tu orgullo personal, sino también toda capacidad de crear.

Para evitar caer en el patetismo, no juzgo la asimilación desde un

punto de vista moral. No voy a tacharla de odiosa ni de cobarde. Esas palabras —y otras más fuertes— las he recibido yo mismo y sé con cuánta facilidad se pueden lanzar. La asimilación, sin embargo, ya sea honorable o deshonrosa, produce un gran complejo de inferioridad, que es un paso hacia la destrucción, hacia la esterilidad, hacia la muerte.

Estoy convencido de que mentir es un acto muy grave que acarrea severos castigos interiores. Mentir te arrebata no el derecho, sino la posibilidad orgánica de seguir viviendo con sinceridad y de testimoniar la verdad. ¿Cómo podría compensar la asimilación esa terrible mentira inicial a la que te obliga y bajo la cual te aplasta?

Solo le pido a la vida el derecho a mirarla a la cara con total sinceridad. Esto, así formulado, puede parecer grandilocuente o pretencioso. No me importa. Lo repito y lo mantengo. Por eso escribo. Por eso existo.

No es menos cierto que ante los valores judíos se alzan una serie de valores locales: rumanos en Rumanía, franceses en Francia, alemanes en Alemania. Confrontar esos dos ciclos de valores paralelos, analizarlos, intentar establecer relaciones entre ellos es, creo yo, una obligación interior de lo más normal. ¿Existe acaso un escritor, judío por su origen y también francés, alemán, italiano o húngaro por cultura y formación, que no se plantee esta cuestión?

Jakob Wassermann escribía ya por 1920, cuando el nazismo no existía, un libro que rezumaba una tristeza lúcida: *Mi camino como alemán y como judío*. Ese doble camino debe recorrerlo y meditarlo cualquier judío que viva en una cultura que no sea la judía o la yidis: Ludwig Lewisohn en América, Benjamin Crémieux en Francia, F. Aderca en Rumanía.

Desde hace dos mil años no es el primer libro en la cultura rumana que haya formulado ese drama. ¿Han olvidado a Ronetti-Roman? ¿Han olvidado a Ion Trivale?[31]

Lo que resulta curioso es que ambos resolvían las dificultades de una manera igualmente simple: a través de la asimilación. *Manasse* es un claro alegato asimilacionista. Que Lea se case con Matei Frunză, que Lazar se case con Natalia Frunză y problema liquidado.

Hoy, después de tantas décadas, *Manasse* sigue siendo una admirable obra de teatro, pero la solución de Ronetti-Roman parece más pueril y más triste que nunca.

En cuanto a Ion Trivale, tras definir en *Noua Revistă Română* la noción de «ser rumano», fue a morir al frente, encabezando su batallón. Se imaginaba que, al morir con la cabeza sobre la ametralladora, moría siendo rumano. Se engañó. En 1930 se inauguraba en Predeal un monumento a los escritores caídos en la guerra y el nombre de Ion Trivale no aparecía mencionado. Tampoco la muerte «asimiló» a Iosif Netzler[32] a la tierra por la que había muerto.

No es la primera vez que recuerdo esta muerte doblemente trágica. Habría que hablar siempre a los jóvenes judíos de Rumanía sobre este Ion Trivale, cuya vida entera fue un perseverante acto de adhesión a las realidades rumanas y cuya muerte fue un hermoso desperdicio.

La sombra de Trivale cierra irrevocablemente la puerta a las ilusiones asimilacionistas. Pero no así la puerta a un cierto entendimiento. Siendo judío y manteniéndote como tal, intentarás sin embargo definir tu lugar en la sociedad y la cultura rumanas, ante las cuales tus obligaciones son tanto más apasionantes por cuanto no conservas ya la más mínima ilusión.

Pensaba esto antes de publicar *Desde hace dos mil años*. Lo sigo pensando ahora, después de todo lo sucedido.

«JUDÁ DEBE SUFRIR»

> … tiene muchas cosas por conquistar, y lo hará. Pero tiene que perder una y no sé si conseguirá perderla. Tiene que perder la costumbre de sufrir, tiene que perder la vocación del dolor.
>
> *Desde hace dos mil años*

«Judá debe sufrir», la fórmula de Nae Ionescu, popularizó enseguida una de las páginas de la novela: la que hablaba sobre «la obligación judía de sufrir».

Era una afirmación muy arriesgada pues, tomándola como base, los críticos ingeniosos podían construir una serie de corolarios antisemitas. Algo que se apresuraron a hacer.

Si el sufrimiento de Israel es congénito, si forma parte de la estructura de la raza, ¿no es cierto que el antisemitismo se torna necesario? ¿No es cierto que lo justificas, lo apruebas y —como dice *Viaţa Românescă*— lo «fundamentas»?

No sé si este razonamiento tan lógico es una broma polémica o una estupidez sincera. Sí sé, sin embargo, que se trata de una terrible confusión. Yo hablaba de un sufrimiento metafísico, no de uno político. Me refería a un drama espiritual, no a uno público. A *ese* drama, en ese plano, no le encontraba ciertamente ni un final ni un remedio. Pero es un drama que no tiene absolutamente nada que ver con el derecho al voto de los judíos o con su estatus en las universidades, con su buena o su mala vida. Es algo totalmente independiente de las condiciones en que viven, algo que sobrepasa la justicia o el acoso, la igualdad o la persecución, el pan o la

miseria.

No es que esa justicia, esa igualdad y ese pan no tengan importancia. No pretendo decir que la lucha por conseguirlos sea inútil. No afirmo que en ese orden de cosas no existan soluciones.

Pero creo que esas soluciones no son, en última instancia, esenciales. Creo que no llegarán nunca a la raíz del drama. No porque no sean eficaces, sino porque operan en otro plano, en otra dirección, con otro significado.

¿Existen soluciones para el drama político judío? Probablemente. Los judíos tienen un partido, una asociación y varias organizaciones que se ocupan de encontrarlas.

Tal vez no sea una quimera confiar en que, un buen día, la existencia de este pueblo se vea exenta de las adversidades que la envenenan hoy. Con un poco de valor y un poco de exageración, puedes tomarte la libertad de creer que ese día amanecerá en algún momento también en Rumanía. Es una esperanza ingenua, pero no absurda. Los rumanos de América son muy buenos americanos, aunque siguen siendo rumanos con una tenacidad admirable: conservan su lengua y su folklore y sus tradiciones familiares y los vínculos con la comunidad rumana. Nadie los culpa por formar en Cleveland o en Ohio un «Estado dentro del Estado». Así pues, basándonos en este ejemplo, es legítimo esperar con paciencia la llegada de un tiempo que liquide también aquí, de manera definitiva, eso que el profesor Nae Ionescu llamaba, ya en marzo de 1928, «una política de húligans, agitadora, turbulenta y opresora». El tiempo —que, digan lo que digan, en menos de cien años, ha hecho mucho más justo este país al conceder la libertad a los esclavos gitanos, la tierra a los campesinos siervos y una remota humanidad a las fábricas y las minas—, traerá también en algún momento a estos judíos, víctimas de todas las trampas del Estado, un poco de tranquilidad.

El «tiempo» es, por supuesto, una solución lenta, y «en algún momento» es un término incierto. ¿No hay otras soluciones más urgentes, más radicales, más activas? Pues sí. Existe la solución sionista y —en el polo opuesto— la solución marxista. Ambas se plantean en *Desde hace dos mil años.* Ambas son conocidas.

Para los sionistas, el drama judío concluye con la reconstrucción del Estado judío en Palestina. Sufrimos ahora porque estamos en el exilio.

Dejaremos de sufrir mañana porque nos reintegraremos en nuestra historia nacional. Es un punto de vista impresionante que responde a las más antiguas nostalgias judaicas. Es, al mismo tiempo, una experiencia de vida fundamental.

Para los marxistas las cosas son más simples todavía. El drama judío no tiene por qué terminar, por la sencilla razón de que… no existe.

Existe en el mundo un solo drama y este es el de la «lucha de clases». Los judíos —entiéndase solo los judíos trabajadores y pobres— sufren accidentalmente por culpa de la superestructura burguesa-capitalista que, siempre que se encuentra en crisis, los golpea a ellos, como golpea por igual a todo el proletariado.

Cuando desaparezca esa superestructura, desaparecerá también el sufrimiento de los judíos.

No cuestiono estas soluciones. Pueden ser justas, cada una por su lado o ambas a la vez. Parto de la base de que son excelentes y de que a través de su realización finalizará el problema judío, entendiendo por «problema judío» el complejo económico, político y jurídico del antisemitismo. Parto de la base de que el sionismo o el marxismo, o cualquier otro sistema, si ustedes quieren, conseguirá erradicar por completo la persecución a los judíos, su pobreza, su deambular, toda la cadena de desdichas que los ha estrangulado durante dos mil años. Y, partiendo de este afortunado y radical desenlace, me pregunto si el drama judío no sigue, sin embargo, intacto…

Los judíos son un pueblo trágico.

¿Por qué? No lo sé. Por los mismos motivos por los que los suizos son un pueblo plácido. Es una cuestión de destino, de vocación, de necesidad íntima. Es, sobre todo, una realidad que desborda las explicaciones.

Un marxista no podrá entenderlo, pues concibe el mundo como una serie de relaciones simples, esquemáticas y reducibles a una sola causa. Ahí donde empieza lo irreducible termina el campo de visión marxista. Intuyo por tanto que, al menos en este frente, la comprensión queda excluida.

Cuando uno piensa a través de «imponderables» y ve por tanto las cosas directamente, al margen de un sistema mecánico de causas, es susceptible de ser objeto de las más sabrosas ironías. Se puede bromear infinitamente sobre ese asunto y, de hecho, ya se ha bromeado.[33]

Los judíos son un pueblo trágico. Creo en esta verdad por muy triste,

agotadora o arriesgada que sea. Naturalmente, sería más cómodo y más agradable, para ellos y para todo el mundo, que fueran un pueblo alegre, divertido, bien predispuesto y bromista. La vida sería una fiesta permanente si el globo estuviera habitado solo por los señores Ion Pribeagu e I. Ludo,[34] multiplicados por dos mil millones. Por desgracia, hay personas trágicas y existen pueblos trágicos. Existen ciertas sensibilidades con inclinación hacia el drama, cierto ambiente moral que acoge y fecunda las raíces amargas de la vida.

Las cosas y los hechos no dicen nada por sí mismos. Unos acontecimientos idénticos pueden ser una farsa o una tragedia según la persona que los viva. Las cosas no son nuestra medida, sino nosotros la suya. Hay personas estériles o indiferentes o insensibles que viven junto a las catástrofes sin verlas. Hay otros que perciben desde la distancia, por una señal, por una sombra, por una insignificancia, la proximidad del drama. A unos, una matanza o un naufragio los deja como los encontró, no altera su indiferencia. A otros, una duda, una pregunta, un recuerdo los destroza. Es otra resonancia, otro material humano, otra temperatura.

El judaísmo es, respecto a la existencia, una posición trágica. No por su historia convulsa, sino por la luz que proyecta sobre esta historia, por la resonancia que le confiere. Me pregunto si sobre los hombros de otro pueblo esa misma historia de masacres e incendios no habría resultado menos pesada. Hay en el judaísmo una tensión capaz de conferir a cualquier acontecimiento un sentido dramático.

La conciencia judía es portadora de una antítesis que no resolverá jamás y que, en cualquier caso, todavía no ha resuelto. Ella reúne, en una paradoja irresoluble, la inteligencia en sus formas más frías y la pasión en sus formas más desenfrenadas. Cerebral y patético, el judaísmo oscila entre la lucidez y la excitación, exasperada cada una por la cercanía de la otra, intentando cada una anular a la otra, atrapadas ambas en una lucha que ni las elimina ni las apacigua. Es un pueblo de críticos y de visionarios. La contradicción de esa doble vocación perturba toda su vida, toda su cultura. Críticos gracias a su excepcional capacidad de abstracción, visionarios gracias a un sentido directo del misterio. Todo lo que se dice de los judíos es contradictorio, porque se refiere unas veces a un polo de su estructura y otras veces al otro.

¿Hay judíos escépticos? Seguramente los hay.

¿Son ellos misioneros y proféticos? En ningún caso. Lo dice todo el mundo.

¿Cómo se hermanan entonces su profunda duda con su ferviente fe? Hay una ola de profetismo que recorre la historia del judaísmo, que proyecta grandes sombras fantásticas sobre ella y que es, al mismo tiempo, en sentido contrario, una continua resistencia racionalista y abstracta. Esta permanente tensión entre una sensibilidad tumultuosa y un sentido crítico implacable es la herida abierta del judaísmo, es su nervio trágico. La propia sinagoga crece sobre esa contradicción violenta, la sinagoga mística y talmúdica, azotada por grandes vendavales interiores e inclinada hacia severos ejercicios lógicos.

¿Son los judíos un pueblo orgulloso? Es evidente. Los antisemitas lo dicen y los judíos lo confirman. Son verdaderamente orgullosos. Y, sin embargo, ningún pueblo se ha fustigado tanto a sí mismo con tanta ferocidad, ningún pueblo ha confesado con tanto rigor sus pecados reales o imaginarios, nadie se ha vigilado con más dureza ni se ha castigado con más rigor.

Los profetas bíblicos son las voces más terribles que han resonado jamás en el mundo. ¿Gracias a qué esfuerzo de humildad aguanta un pueblo orgulloso semejantes flagelaciones?

Y no es esta la última contradicción del espíritu judaico. Abstracto y apasionado, místico y escéptico, orgulloso y humilde, él conoce otro drama igualmente agudo: el de la soledad. Se habla siempre de la solidaridad judía. Es una realidad.

Se habla, al mismo tiempo, del individualismo judío. Este es también una realidad. ¿Pero cómo conviven? ¿Qué puente une y hace posible la existencia simultánea de dos direcciones espirituales tan hostiles?

El judío es un hombre solo. A la soledad lo conduce su orgullo, la lucidez, la duda. Y, sin embargo, hay en él un sentimiento de participación en las fuerzas colectivas, un sentimiento que anima toda la historia de los judíos. Un hombre, uno solo, es un universo entero. E inmediatamente, en ese mismo momento, un hombre solo no es nada.

Pienso en la inquietud con la que esperan por la tarde, en las sinagogas de provincia, a que se reúnan diez judíos para la oración. Son necesarios obligatoriamente diez, como mínimo diez. Si falta solo uno, los otros nueve no pueden hacer nada, están desarmados. Dios no los escucha. Pero cuando suman diez, todo el pueblo está allí.

En todos los aspectos del judaísmo intuyo el esfuerzo de pasar del «yo» al «nosotros» y el drama de no poder dar jamás este paso de forma completa.

Ahí están las antinomias del espíritu judío. Sobre su adversidad, sobre su violencia interior, el judaísmo debe existir, crear y… sufrir. Su historia entera no es tal vez sino un intento desesperado por encontrar el camino intermedio entre la pasión y la inteligencia, entre la mística y la duda, entre el orgullo y la humildad, entre la soledad y la colectividad.

¿Existe ese camino intermedio? ¿Es posible el acuerdo de tantas rutas contrarias? ¡No lo sé! Lo que sé, sin embargo, es que durante miles de años —no solo en dos mil, sino en todos los miles de años de su existencia— el judaísmo no ha conseguido alcanzar la paz entre sus grandes discrepancias interiores. Si estas son irreductibles, Judá sufrirá… «Judá debe sufrir».

¿Tiene el antisemitismo algo que ver con esta tragedia? Quizá sí. Pero se trata de una relación completamente externa y accesoria. Hay una especie de «ley de la mínima resistencia» que canaliza hacia los judíos los accesos de odio de los organismos en crisis. De manera sucesiva, la Iglesia, el feudalismo, la burguesía, en sus momentos de descomposición, han encauzado hacia los judíos las fuerzas latentes que los minaban. Pero no es este antisemitismo el que determina la tragedia judía. La alimenta, pero no la explica ni la provoca. Permanece en la periferia del sufrimiento judío, que tiene autonomía espiritual.

¿Por qué son trágicos los misterios dramáticos judíos? ¿Por el antisemitismo? Sin embargo, ahí no existe. ¿Por qué es trágico el drama de Anski, *El Dybbuk*? Es un drama *entre judíos,* sin ecos del exterior. No se trata de pogromos, ni *de numerus clausus,* ni de los señores Cuza y Codreanu… Y es, a pesar de todo, una estremecedora tragedia judía que arde en sus propia llamas.

¿Se han planteado alguna vez que los momentos culminantes de la tensión de su drama los ha vivido el pueblo de Israel bajo los profetas? Creo que el nazismo no existía en esa época. Y creo que un buen día, no muy lejano, dejará de existir. Pero «Judá» seguirá sufriendo. Quien quiera reírse de ello, es libre de hacerlo. Quien pueda reírse es además un hombre dichoso.

¿Debemos detenernos en el sentido cómico de los judíos y observar que este no es tampoco sino otra forma que adopta el sentimiento trágico? ¿Es necesario hablar sobre la idea de humor, sobre la burla, sobre la sátira que retorna, como una bala rebotada, y nos golpea a nosotros de nuevo?

Son cuestiones ya conocidas. Sholem Aleijem, Marc Chagall, Charlie

Chaplin han llevado a la literatura, a la pintura y a la pantomima esa triste crueldad de la risa judía. Esta no engaña a nadie, ni siquiera a nosotros.

Escribía yo en *Desde hace dos mil años:*

> Su hostilidad, la de los antisemitas, sería, al fin y al cabo, soportable. ¿Qué podemos hacer, sin embargo, con nuestra hostilidad, con nuestra propia hostilidad íntima?
>
> Con ellos llegaremos a entendernos —¿quién sabe?— algún día. Sin embargo, con nosotros mismos ¿cuándo?

¿Cuándo? Seguramente nunca.

Tampoco la revolución marxista ni el sionismo llegarán hasta aquí. Es un asunto candente que no descubrirán y que, sobre todo, no suprimirán. En el ámbito político, económico y social, todas las victorias son posibles. Bajo todas estas victorias, sin embargo, perdurará probablemente la misma irreductible «vocación por el dolor».

¿Es este un destino deprimente? No lo creo. Es un gran destino, de tormento y desasosiego, que arroja sombras y luces muy lejos, hasta mucho más allá, hasta el final de los siglos.

Los pueblos felices no tienen historia, decía alguien. Quizá la tengan, pero no la sienten, no la viven, no la transfiguran. La fecundidad y el dolor van siempre juntos, e incluso el acto de crear es un acto de sufrimiento.

«Judá debe sufrir» significa seguramente «Judá debe crear». ¿Por qué habláis de «frío» y «oscuridad»?

SOBRE EL ARTE DE SER AL MISMO TIEMPO REACCIONARIO Y BOLCHEVIQUE

Escupe en la democracia y en los derechos humanos…

Viaţa Românească

Insulta la seguridad nacional y los sentimientos patrióticos.

Porunca Vremii

Desde hace dos mil años no es únicamente, como se ha visto hasta ahora, una novela racista y renegada, sino, además, una novela reaccionaria y bolchevique. «Reaccionaria» para *Adevărul Literar, Viaţa Românească, Şantier,* etc.; «bolchevique» para *Apărarea Naţională, Porunca Vremii,* etc.

Es un «exceso de honor», como dicen en *El Cid* de Corneille, que me emociona. Aquí me tienen, llevando a cabo en un solo libro una especie de «unión nacional» entre la extrema derecha y la extrema izquierda, una especie de «frente común» entre la burguesía y el proletariado.

Proceden también aquí —¡evidentemente!— con citas. Una serie de citas «reaccionarias» para *Adevărul Literar,* y otra serie de citas «bolcheviques» para *Apărarea Naţională*.

Por eso mismo me tomo también esta vez la libertad de no responderles.

Al igual que con las «citas antisemitas», creo que la simple lectura de la novela sirve para restablecer la verdad. Y si no sirve, peor para el libro. Ya les he dicho que no es mi intención defenderlo. Me interesa tan solo aclarar determinados asuntos al margen del libro y cuestionar algunas actitudes al

margen de la literatura. Son asuntos que se han perdido en el fragor de la batalla unas veces por parte de un luchador, otras veces por parte de otro, y no estaría mal reunirlos hoy bajo la misma luz.

Esta cuestión de la democracia y la reacción, por ejemplo, la encuentro en el «dosier con problemas» abordada en varias decenas de páginas.

Por muy ajena a la novela que resulte, no quiero perder la ocasión de explicar un punto de vista y un enfoque. No es la primera vez que me encuentro en el medio, entre las metralletas ideológicas de la extrema derecha y de la extrema izquierda. A la espera de las otras: las metralletas a secas.

Es infinitamente probable que de las zozobras que atraviesa hoy en día la humanidad nazca un nuevo orden social. Es casi seguro que no nos encontramos en una simple crisis coyuntural, sino en una vasta crisis estructural. Los fundamentos políticos y económicos del mundo actual no sirven ya. Entran otras fuerzas en el juego de la historia.

¿El proletariado? ¿El campesinado? Probablemente. No es difícil ver que la historia se hace a través de una serie de círculos concéntricos, cada vez más grandes, que abarcan masas de gente cada vez más numerosas y despiertan estratos de humanidad cada vez más amplios y más profundos. Con una imagen retórica, podría decirse que la historia abre los brazos cada vez, en cada época, para abrazar a toda la gente posible. El círculo feudal abarcaba a unos pocos; el círculo burgués, claramente a muchos más; el círculo proletario o campesino o —si es posible— proletario y campesino incluirá a muchísimos más.

Por abreviar, estas tendencias revolucionarias, todavía oscuras hoy en día, se pueden resumir y se resumen en una sola idea: la preeminencia de lo colectivo sobre lo individual.

Es una idea patética y muy exitosa. Pero es, por encima de todo, una idea justa. La colectividad se pone por delante del individuo. El acento histórico se desplaza del «hombre» a la «masa».

Esta verdad demasiado global esconde sin embargo numerosos peligros y un engaño terrible. De algo real se llega fácilmente a una abstracción: la muerte del individuo. La anuncian con gran entusiasmo tanto la extrema derecha como la extrema izquierda y esa muerte puede convertirse con gran facilidad en un asesinato.

Los comunistas y los fascistas hacen del «espíritu de cuartel» el eje de su acción política. Más incluso: su justificación moral. El «hombre con uniforme» es el tipo de grandeza humana que las experiencias extremistas

de derecha e izquierda intentan imponerle a nuestro tiempo. Las camisas negras, pardas, azules y verdes simplifican violentamente las ideas, las actitudes, los sentimientos, y lo reducen todo a un color, a un signo, a un grito.

Se cercenan así de golpe todas las dudas posibles, se aplanan los matices, se apisonan bajo una formidable presión niveladora las posiciones de pensamiento individuales. No quedan en juego sino dos o tres verdades absolutas y nebulosas que nadie tiene derecho a cuestionar, pero por las cuales todo el mundo debe morir.

Sí, no; blanco, negro. Eso es todo. El resto es suprimido, borrado de nuestra conciencia, esterilizado en nuestra sensibilidad. Con una camisa, con un himno, con un saludo y con una insignia has resuelto todos los problemas, has encontrado todas las respuestas. ¿Quieres una religión? Aquí tienes un carnet de miembro. ¿Quieres una metafísica? Aquí tienes un himno. ¿Quieres una pasión? Aquí tienes un líder.

Es terriblemente simple. La llave de la verdad, la llave de todas las verdades radica en esta camisa que hace las veces de conciencia, de inteligencia, de sentimiento y de acción. El hombre con chaqueta se somete a los héroes. El hombre con uniforme es infalible. Pocas veces ha contado la humanidad con tantas facilidades para resolver sus problemas interiores. Una cruz con ganchos, un manojo de espigas, un martillo y una hoz resumen, resuelven y eliminan todo.

Sería demasiado sencillo burlarnos de esa mística del hombre con uniforme. Hay que reconocer que responde a un gusto natural por la ceremonia, al placer verdadero de creer en ficciones y de someterte a ellas. El hombre es un animal con sentido del espectáculo y, de entre todos los espectáculos, el más abrumador es el de la masa. Cien mil jóvenes levantando el brazo derecho en un estadio, cien mil brazos que parecen brotar de un solo hombro, es una máquina que adula un cierto instinto de poder, una cierta necesidad biológica.

No debemos menospreciar ese placer. Es demasiado peligroso. Un corsario genial, un sargento mayor audaz descubre un buen día esa debilidad sentimental, lanza un silbido, reúne en torno a él a diez muchachos, les hace levantar el brazo derecho… y empieza una revolución.

No debemos reírnos de esta debilidad natural, pero debemos recelar de ella. Es una borrachera de poder y una borrachera de sumisión que se sostienen mutuamente, se azuzan mutuamente y van de la mano hasta las más descontroladas formas de demencia. La «demencia del poder» ha

provocado demasiadas masacres en el mundo y sus masacres han sido siempre tristes, estériles; han dejado, tras el paso de las horas de embriaguez y placer, un irremediable gusto a cardenillo.

He visto muchas veces a hombres fuertes incapaces de combatir y de resistirse, víctimas de un ataque de «cosquillas». Perdonen la comparación, pero tengo la impresión de que los grandes corsarios de la historia, los grandes bandoleros, los «buenos tiranos» han procedido siempre buscando los puntos sensibles de la masa. Desde el momento en que encuentran esos puntos sensibles, desde el momento en que descubren «dónde hacer cosquillas», la partida está ganada. La reacción de las masas se ha visto siempre anulada gracias a la estimulación de sus placeres sencillos. Los coros, la marcha acompasada y los símbolos vagos, esas borracheras psicológicas, son la materia prima de cualquier dictadura. Poco importa que sean deshonrosas o no. Son, sin embargo, eficaces, y eso es lo que importa.

Hay un solo enemigo capaz de enfrentarse a todo ello: el espíritu crítico. Por ese motivo cualquier dictadura, fascista o comunista, comienza por suprimirlo. El «abyecto espíritu crítico» que el alcohol y la dictadura relegan tras los primeros excesos, por pudor unas veces, siempre por miedo… Esta renuncia a la lucidez es un placer más, pues la vigilancia no resulta cómoda, la severidad con uno mismo no es agradable, y la vigilia no es reparadora. Las noches de fiesta en la historia duran a veces demasiado: años, décadas, incluso siglos. Cuando terminan, llega irremediablemente la náusea.

La «muerte del individuo» es la muerte del espíritu crítico. No creo en ese deceso. Ello significaría ni más ni menos que la muerte del ser humano.

No sé hacia dónde nos van a llevar las revoluciones de hoy o de mañana. No sé dónde acabará el proceso de descomposición en el que estamos incuestionablemente inmersos. Sé, sin embargo, que hay determinados valores humanos indestructibles. Ellos perdurarán.

Ninguna revolución conseguirá anular en nosotros la conciencia de la oposición entre «yo» y «el mundo». Ninguna revolución la ha anulado hasta ahora. El progreso es posible en cualquier plano, salvo en ese.

Al individuo se le han asignado algunos dramas esenciales y él los conservará independientemente de sus condiciones materiales. Nadie puede dispensarnos de vivir esos dramas y de redimirlos cada uno con nuestra vida. Ningún sistema social escamoteará las realidades de conciencia que nos hacen personas y que nos colocan en un peldaño superior de la

zoología.

«Yo y el mundo» es un drama que el hombre de uniforme no conoce. Es feliz. Feliz como una abeja, como una hormiga. Su lugar en el mundo es seguro; el horizonte, preciso; su función, estricta. Pero la humanidad no puede vivir demasiado tiempo ignorando sus propias leyes. Que tienda a veces a la colmena y al hormiguero es explicable, pues el enjambre es el régimen de las certezas absolutas y, por tanto, tranquilizadoras. Pero nuestra condición natural es la libertad, un estado difícil, dramático y obligatorio. Es más fácil ser abeja que individuo. Seguiremos siendo individuos incluso aunque queramos evitarlo. La libertad no es una reivindicación ni un ideal, sino una poderosa obligación estructural contra la que nos rebelamos de vez en cuando, envidiosos de la felicidad de las hormigas.

«El hombre de uniforme» tiene preparada una respuesta demoledora para el civil: *¡individualista!* Es una invectiva terrible, pero también una confusión torpe.

No. Enfrentarse al espíritu de la colmena no es una actitud individualista, sino, por el contrario, una afirmación de la idea de individuo que es necesario mantener. No hay nada abstracto ni nada judío en esa resistencia. No hay, sobre todo, nada egoísta.

Nuestro supuesto «individualismo» no tiene nada que ofrecer a una sociedad en la que nueve de cada diez individuos están sometidos a demoledoras condiciones de inferioridad. La humanidad se planteará, antes o después, el problema de los ricos y los pobres. Nuestro supuesto «individualismo» no obstruye ese camino. Pero es un camino que no puede pasar por encima de nuestra vida interior, no puede ignorar nuestra soledad y los derechos de esta soledad, la única creadora de valores humanos. Todas las hogueras, todas las metralletas, todas las mazmorras del mundo son insuficientes para arrancar de raíz estos derechos, estas obligaciones. Para matarlos habría que matar antes al propio individuo. En un cementerio, el problema sería muy sencillo.

El marxismo y el fascismo pueden abarcar un centenar de verdades políticas y económicas decisivas, pero ambos parten de una terrible ignorancia del individuo. Hay, tanto en el marxismo como en el fascismo, una falta de vida y un abuso de esquemas que los hace artificiales desde el principio. Esto se vengará hoy o dentro de cien años, pero se vengará.

Reconozco que esta posición entre los extremos es difícil de mantener. Cuando la mitad de la humanidad grita «sí» y la otra mitad «no», si te

sitúas entre ambas intransigencias, pende sobre ti la amenaza de ser doblemente golpeado. Hoy en día, si no vistes uniforme, circulas con mucha dificultad por el mundo de las ideas. El espíritu crítico nunca ha vestido uniforme. Es un civil.

Siempre he evitado las verdades absolutas, guardadas en el bolsillo como una licencia de armas. He procurado conservar el derecho modesto, pero tenaz, a comprender las cosas con sus matices y sus distinciones. No soy un partisano: soy siempre un disidente. Creo únicamente en el hombre solo; sin embargo, tengo mucha fe en él.

Esto no lo digo y no lo pago por primera vez. He sido «fascista» cuando he hablado sobre los marxistas; he sido «marxista» cuando he hablado sobre los fascistas. Hoy soy también reaccionario y bolchevique.

En 1932, los ideólogos del Capşa y el Corso[35] anunciaban la inminente instauración del comunismo. Los intelectuales bucarestinos se convertían en masa. Hablé entonces en la Fundación sobre «el individuo y el colectivo» ante varios cientos de marxistas suspicaces e indignados. Afirmaba yo allí lo que escribo ahora, lo que he escrito siempre. «¡Burgués!», gritaron mis amigos de extrema izquierda. Fascista y burgués. Sabía que no se podía luchar contra su juicio rápido. Pero publiqué en *Cuvântul* un artículo aclaratorio que ahora releo con alegría, sorprendido por su actualidad.[36]

En noviembre de 1933, casi dos años después, las cosas sucedían exactamente al revés. Entre el Capşa y el Corso, los jóvenes ideólogos se convertían al ideario de la Guardia de Hierro. La revolución fascista estaba al caer. Si no era el martes, el miércoles; si no era el miércoles, el viernes por la mañana sin falta.

Me vi hablando de nuevo en la Fundación en un debate público sobre democracia y dictadura.

> El pasado noviembre, el horizonte de la política rumana era ciertamente sombrío. Se habían acumulado nubes por todas partes. En Alemania, el nazismo campaba por sus fueros. En Rumanía, bajo la influencia directa de Berlín, el extremismo de derechas se preparaba para los más atrevidos asaltos. Hablar de democracia o, incluso menos, de humanidad, era a veces una ingenuidad; otras, una osadía.
>
> T. Teodorescu-Branişte (*Cuvântul Liber*, núm. 53)

Sí, es cierto. Hablar sobre humanidad era una osadía. Tenía de nuevo ante mí a varios cientos de jóvenes enardecidos —los mismos quizá que en 1932, pero convertidos ahora al nazismo— y tenía que hablar contra ellos, sobre la libertad. Y, si bien dos años atrás me consideraban un «burgués», ahora me convertía en un «bolchevique». Hay un orgullo sincero en encontrarte siempre a la contra de esas gentes.

Recapitulo todo lo que he escrito a lo largo de tantos años y me siento feliz al comprobar que, a raíz del esfuerzo de definir en cada línea una postura de alerta y de crítica, solo quedan en el espacio público dos gritos concisos: ¡bolchevique!, ¡burgués! El resto habrá llegado tal vez a las pocas personas para las que escribo y sin las cuales mi escritura me parecería un acto baldío.

Para los demás, seguiré siendo siempre «¡un periodista burgués del periódico nacionalista ortodoxo y húligan *Cuvântul*!».

Porque, no lo olvidemos, mi segundo o tercer crimen (he perdido la cuenta) es ese: *¡Cuvântul!*

CUVÂNTUL

> Mihail Sebastian, que ha hervido durante siete años en la olla de alquitrán antisemita de *Cuvântul.*
>
> *Reporter,* junio de 1934

Solo ha transcurrido un año desde que escribía la crónica de la vida y las batallas de *Cuvântul* con motivo de su décimo aniversario. Me gustaría que esas páginas conservaran siempre el ardor y la pasión con que las escribí. Resumen diez años de derrotas y de victorias, más allá de las cuales quien no estuvo presente no podrá saber jamás cuántos esfuerzos se esconden, cuántos sufrimientos atroces, cuántos silencios orgullosos.

Releo hoy esa crónica que no sé qué irónica coincidencia puso a mi cargo, la releo y la confronto con todo lo que se ha escrito sobre *Cuvântul* últimamente.

Rebusco en mis recuerdos del pasado, repaso día a día mis años en *Cuvântul*, reconstruyo temporadas enteras, campañas, panfletos, revivo toda la agitada existencia del periódico a lo largo de unos tiempos en los que ocurrieron y se transformaron tantas cosas, intento evocar a todos los hombres que pasaron por allí, todos los dramas y comedias de los que fui testigo, me esfuerzo por encerrar en una imagen el tiempo transcurrido entre noviembre de 1927 y noviembre de 1933 e intento descubrir en esa larga película que fue, en buena medida, la película de mi primera juventud, intento descubrir ese *Cuvântul* húligan, antisemita, reaccionario, provocador de pogromos y agente de persecuciones del que habla hoy la literatura de mis queridos polemistas.

Dejemos por el momento de lado la acción del periódico *Cuvântul* entre

noviembre y diciembre de 1933, los últimos cuarenta y cinco días previos a su prohibición.[37] Y dejemos igualmente de lado el prólogo de Nae Ionescu para mi novela. Abordaré estas cuestiones en otro capítulo, por mucho que me resulten penosas o precisamente porque me resultan penosas.

Permítanme sin embargo que me detenga en el *Cuvântul* previo a los tristes acontecimientos de finales de 1933. A ese *Cuvântul* pertenecí y perteneceré siempre en mis recuerdos. Me siento feliz por recibir todos esos insultos por esos hechos y por esta confesión.

¿Era *Cuvântul* un periódico de derechas?

La pregunta carece de sentido. En primer lugar, porque los términos «izquierda» y «derecha» están, al menos entre nosotros, alejados de la realidad. Ustedes consideran que nuestra izquierda actual está representada tan solo por los jóvenes liberales, y no les parece que ese simple hecho reduzca al ridículo semejante categorización.

Palabras huecas sin sus correspondientes obligaciones, la «izquierda» y la «derecha» rumanas albergan los más variados compromisos, las más fantásticas contradicciones. A su carencia de contenido político se suma una grave falta de sinceridad personal que las vacía de todo sentido real. Hay una llamativa discrepancia ente lo que la gente dice y lo que hace, hay un desacuerdo total entre sus textos y su vida. Demócratas con escandalosas fortunas, socialistas con brillantes carreras mundanas, teólogos juerguistas y vividores… Está demasiado llena nuestra sociedad de semejantes ejemplares como para perder el tiempo creyendo en su «democracia», en su «socialismo» y en su «ortodoxia». ¿Qué valor y qué sentido puede tener la «democracia» del director de un periódico que gana doscientos mil *lei* al mes mientras en el sótano de su imprenta mueren de tuberculosis los correctores y los trabajadores hambrientos?

No digan que esta forma de juzgar es sentimental. Al contrario, es la única manera de verificar la autenticidad de una actitud y su verdad. Una actitud que no vives tú en primer lugar es, en el mejor de los casos, una ilusión, cuando no directamente una estafa.

Dejémonos por tanto de términos preconcebidos, de juicios globales, de medias verdades ratificadas en el café.

De «izquierda» o de «derecha», *Cuvântul* es, más allá de estos esquemas inútiles, un hecho vivo que debe ser juzgado en su realidad.

Hagan un análisis de la política rumana de los últimos diez años y

encontrarán un *Cuvântul* comprometido siempre con las fuerzas radicales, en contra de las formas reaccionarias.

Bajo la dirección de Nae Ionescu, *Cuvântul* fue siempre «bolchevique» y «subversivo». Fue siempre «cierta prensa». No veo cuál es la campaña de este periódico hasta noviembre de 1933, no veo cuál es esa lucha que un hombre de izquierdas no estaría obligado a suscribir.

¿La constante acción antiliberal? ¿La defensa del partido de los campesinos entre 1927 y 1928? ¿La campaña a favor de la conversión y revisión de las deudas? ¿La campaña a favor de la orientación hacia la Rusia soviética?

¿Acaso la campaña a favor de la restauración? Pero tendrán que reconocer que más allá de las teorías sobre el principio monárquico, la restauración en 1930 fue, *de hecho,* un acto radical, llevado a cabo en contra de todas las inercias reaccionarias.

No hubo ningún problema, ninguna situación, ningún momento político que *Cuvântul* no abordara e iluminara desde el punto de vista de la revolución. Y no se trata, no se trató, al menos hasta 1933, de una falsa revolución, de otro tipo de huliganismo camuflado en el nazismo o en la Guardia de Hierro. *Cuvântul* nunca se dejó engañar por las distracciones antisemitas que organizaban abiertamente unas veces los liberales, otras los partidarios de Averescu,[38] otras los del partido de los campesinos. Lo que ocurrió después de 1933 es otra historia y volveré sin duda a abordarla. Pero, hasta entonces, *Cuvântul* fue un firme reducto contra el antisemitismo. Los movimientos estudiantiles no recibieron palabras más ásperas que las que publicaba el profesor Nae Ionescu en *Cuvântul,* sin que le preocupara mirar por las susceptibilidades o ganarse simpatías. Releo hoy «Domingo», del 12 de octubre de 1927, escrito a raíz de los incidentes de Oradea: «Los estudiantes demuestran que para ellos el cristianismo es una empresa polémica y política, no una realidad espiritual».

Pero ese ha sido siempre el cristianismo de los antisemitas: una empresa polémica y política. Contra ella se alzó *Cuvântul* de manera decidida, evitando toda demagogia, pero, sobre todo, la demagogia antisemita. Demostraré largo y tendido, en un capítulo especial, cuál fue la actitud de ese diario respecto al judaísmo.

Debería tal vez esbozar toda su política respecto al problema de las minorías, una política libre y valiente que reclamaba los derechos plenos para judíos, húngaros y ucranianos y que negaba con vehemencia «la teoría del estado nacional con sus disparates policiales» (Nae Ionescu, 2 de marzo

de 1928). ¿Es esa acaso la actitud propia de un periódico reaccionario?

Si «derecha» e «izquierda» fueran algo más que palabras vacías, yo diría que *Cuvântul* era un periódico de izquierdas. Prefiero sin embargo decir, simplemente, que era un diario humano. Es mucho más y mucho más difícil. Tal vez porque él mismo estaba oprimido y perseguido, *Cuvântul* se dirigía de manera instintiva hacia los oprimidos. No creía en el derecho, pero creía en la justicia. ¿Les resultan vagas estas palabras? ¿Más vagas que «izquierda» y «derecha»? Para *Cuvântul,* justicia y humanidad no eran términos sentimentales, sino criterios muy serios. Más allá de fórmulas, abstracciones e ideas generales, eran sus únicos puntos cardinales. Y no se equivocaba.

Tal vez me engañe. Tal vez esté demasiado cerca de todo lo sucedido como para ser ecuánime. No lo creo, pero es posible. Tal vez *Cuvântul* no represente sino una posición contrarrevolucionaria camuflada bajo diversas ambigüedades. Tal vez «estado campesino» sea realmente una fórmula fascista para uso de la gran industria y de la burguesía desorientada. Confieso que no creo que ese vocabulario marxista diga mucho más que el vocabulario fascista. Solo abstracciones, esquemas e ideas fijas.

Pero no solo para nosotros, los que nos sentíamos en casa en *Cuvântul* y podíamos —por así decir— dejarnos engañar por el amor o por nuestra pertenencia, sino también para los de fuera, ese diario era una avanzadilla en la lucha. Se le podían pedir a *Cuvântul* actos de valentía o de simple humanidad que no se le pedían a ningún otro diario. La gente —adversarios o amigos, pero sobre todo los adversarios— acudía a *Cuvântul* en sus momentos difíciles. ¿Qué los llevaba hasta allí? Seguramente el sentimiento de entrar en un refugio de comprensión y humanidad. ¿Cuántas notas, informaciones o protestas proletarias, después de hacer una ronda por todas las redacciones donde, por prudencia, eran rechazadas, encontraron amparo en *Cuvântul*? ¿Cuántos fieros comunistas subieron las escaleras de este diario húligan para quejarse de un arresto, de un acto brutal o de un peligro y para pedir ayuda?

Me pregunto si no habrá entre ellos alguno que se acuerde y —al acordarse— albergue una duda, una reticencia, un titubeo… Sé perfectamente que un revolucionario no tiene tiempo de ser sentimental, y hace muy bien. Pero no se trata de sentimentalismo, sino de memoria.[39]

Ese fue el huliganismo de *Cuvântul* por el que se me piden hoy

explicaciones directa y personalmente. Es un honor que no declino, aunque no lo merezco.

Cuvântul era mucho más que nuestras plumas personales. Me resultaría fácil limitar mi responsabilidad a mi propia firma. Pero no quiero. Mi presencia allí no era un accidente. Tal vez fuera un error, pero no un accidente. Los indiferentes abandonaban enseguida la redacción de *Cuvântul,* donde el derecho a escribir era tan duro y, muchas veces, desesperanzado. Demasiado descubierto, demasiado azotado por fuertes vientos, demasiado expuesto a los golpes. *Cuvântul* no era un refugio. Quien buscaba un refugio, se marchaba. ¿Cuántos, de aquellos tristes años de 1928 y 1929, permanecimos unidos en torno al hombre en el que creíamos?

No aconsejaría a ningún joven intelectual que se dedicara al periodismo. Explicaré los motivos en otro lugar y en otro momento. Aquí sería demasiado largo. Pero si la mala suerte o una suerte traidora lo conduce a esa peligrosa ocupación, le diría que empiece en un periódico joven e inquieto que no tenga «la seguridad del día de mañana», que no quiera tener «la seguridad del día de mañana», que no tenga nada propio que proteger, que no espere nada de sus victorias, que no evite las derrotas y que no tema sus imprudencias. Solo en un lugar así encontrará al hombre que le diga lo que me dijo a mí una tarde de noviembre de 1927: «Escribe lo que quieras».

NAE IONESCU

> Y si el señor Nae Ionescu no me hubiera respondido con seriedad, como un profesor, si hubiera intentado convencerme con teorías y plantearme un discurso solemne, le habría dicho: «¡Vete al carajo, amigo! ¡No marees la perdiz, que no funciona! Búscate a otro…».
>
> Tudor Teodorescu-Branişte

Al profesor Nae Ionescu lo vi por primera vez en Brăila, en 1923 o 1924, en una conferencia. Participaba en un ciclo de «ideas europeas», sobre la crisis religiosa en Alemania, si no recuerdo mal. Yo estaba en el quinto curso del liceo y todo eso me resulta ahora algo infinitamente lejano.

Volví a verlo tres años después, en mi examen de reválida, como presidente del tribunal. Su presencia en ese liceo del que había sido expulsado unos quince años antes por «republicanismo nacional» levantaba ahora entre los profesores y los alumnos una oleada de rumores.

Al menos para nosotros, que esperábamos en los pupitres ante los folios en blanco con tanto miedo y, sobre todo, con tanta curiosidad, la entrada de Nae Ionescu en el aula era un acto de revancha. Teníamos la impresión de que ese joven, al que la línea enérgica de las cejas confería una mirada feroz, era nuestro «aliado».

Nos dictó el tema del examen de lengua rumana y me adentré en él como en un bosque: «la poesía lírica rumana». Al cabo de dos horas, cuando nos retiraron las hojas, había escrito unos diez folios, pero apenas había llegado a Alecsandri. Me sentía perdido. Me había alejado del tema, había hablado de lo divino y lo humano, se me había olvidado la pregunta.

Dos páginas sobre el folklore, otras dos sobre poesía popular escandinava, no sé cuántas sobre otras tantas estupideces… ¡De dónde lo había sacado, Dios mío!

Creí que se trataba de una broma cuando, al día siguiente, mi querido profesor Gheorghe Banea me paró por la calle. «Me ha llamado Nae Ionescu para mostrarme tu examen, le ha gustado mucho, pero dice que eres un atolondrado.»

¿Un atolondrado? ¿Solo eso? Estaba salvado.

Un año más tarde, en agosto de 1927, cuando envié a *Cuvântul* mi primer artículo, lo hice sin mucha esperanza. Sabía muy bien que un manuscrito en una redacción es menos que una gota en un océano. Con cuánta ligereza, con cuánto hastío, con cuánta indiferencia se tira un sobre, a veces incluso antes de abrirlo. Por un instante sentí la tentación de enviárselo a Nae Ionescu. Pero ese hombre me intimidaba. Al pensar que serían leídas por él, mis páginas me parecían de repente pueriles, carentes de interés. Recordaba su mirada y me daba miedo.

Envié el artículo a la redacción de *Cuvântul* sin añadir nada, firmado con el primer seudónimo que se me ocurrió. Habría bastado que no fuera publicado para que esos siete años hubieran transcurrido de otra manera. ¿De qué manera? No lo sé.

Pero fue publicado.

Supe más adelante que había alguien en la redacción que se interesaba personalmente por aquellos sobres amarillos procedentes de Brăila: Nae Ionescu. Me pregunto sinceramente qué podía interesarle en los textos de un muchacho de diecinueve años, obsesionado aún por sus lecturas adolescentes.

Recuerdo muy bien mi primera tarde en *Cuvântul*. Estaba inquieto, inseguro, lleno de preguntas que sabía que no sería capaz de formular, intimidado por aquellas luces que me parecían irreales, por aquellos hombres a los que consideraba legendarios. Todo a mi alrededor me parecía extraordinario, transfigurado completamente por lo que una infancia transcurrida entre libros había soñado sobre este lugar milagroso: una redacción.

Desde el rincón de la ventana donde me había refugiado a la espera del profesor, creo que ni me sobresalté cuando lo vi. Vino hacia mí con aquella sonrisa seria que llegaría a conocer más adelante en muchos momentos felices o trágicos; vino hacia mí sin sorprenderse al descubrir en Mihail Sebastian a su antiguo alumno del examen de reválida, Iosif Hechter.[40]

Me dijo muchas cosas aquella primera tarde y todas me parecían importantes, decisivas, abrumadoras, como una hora en la que se sella tu destino o se abre un camino. Hablaba como habla siempre: animado y hermético, con esa tensión dominada que atraviesa como un hilo de fuego su engañosa indiferencia.

Bajé a la calle atónito, ausente, con el sentimiento de que la calle entera —luces, vitrinas, carruajes, mujeres— pasaba a mi lado mortecina, con las voces sofocadas por el grito de la revelación que acababa de vivir.

Tal vez sonrían al leer esto. Me parecería mal que no lo hicieran. Querría decir que no lo he relatado bien, que no lo he evocado como debería.

Siento lástima por los jóvenes que no han encontrado a tiempo un hombre así en el que creer, un hombre capaz de apasionarlos hasta el punto de cambiarles la vida. Es una suerte que merece ser pagada con entusiasmo, por muy excesivo, imprudente o ridículo que pueda parecer a ojos de los extraños.

Creo que ni Jacques Rivière se separó así de Paul Claudel cuando lo vio por primera vez.

Perdonen la comparación. La hago por Claudel, con el que comparte Nae Ionescu varios rasgos comunes, y no por Rivière, que es para mí tan solo un lejano e inaccesible modelo.

Hay algunas personas destinadas a comunicarse directamente con los jóvenes a través de determinados valores de su vida, a través de cierto sentido de su pensamiento o de su sensibilidad expresados en sus textos. La comprensión entre generaciones es casi siempre difícil, si no imposible, por la falta de generosidad de los viejos y por el exceso de fervor de los jóvenes. Hay algo opaco entre ellos, hay una incapacidad recíproca de entenderse, algo que constituye a veces un conflicto sordo, tranquilo y soportable, pero que conduce otras veces a enfrentamientos graves y profundos.

Son pocos los hombres que pueden vencer estas resistencias eternas. Hablar a los jóvenes, comprenderlos y hacerte comprender por ellos es algo arduo y poco habitual. Tiene que ser alguien portador de un mensaje personal, portador de unas experiencias capaces no solo de iluminar su propia vida, sino también la vida de los demás, tiene que vivir él mismo un drama de ideas o pasiones para que su voz lo trascienda y llegue a los demás. Péguy, Claudel, Gide realizaron, en planos de una sensibilidad particular y en direcciones espirituales opuestas, este milagro. No son los

únicos, pero son los más cercanos a nosotros. Cada uno de ellos, en un círculo descrito y limitado por su inteligencia y su sensibilidad, ejerció y continúa ejerciendo sobre las jóvenes élites francesas o europeas un control de valores morales que hacía de cada uno un verdadero «director de conciencia».

Hay una función espiritual que no tiene que ver con el talento, ni con la inteligencia, ni tal vez con el genio. Valéry no la cumplirá jamás. Anatole France por descontado que no. Ella exige una determinada finura íntima, determinada vehemencia de la vida interior, determinada inclinación a pensar vivamente sobre los problemas morales y a hacer de ellos dramas verdaderos. Exige sobre todo otra cosa: el valor de tomarse la vida en serio, de tomársela muy en serio.

La broma y la ironía pueden ser actitudes mundanas encantadoras. Pero con ellas no se puede zarandear a los jóvenes. France es un gran artista, seguramente más grande que Gide, pero France no modificará jamás el curso de la vida de un individuo, no planteará una pregunta esencial, no le revelará a nadie una desdicha, un desencuentro o una expectativa.

A los jóvenes no les han gustado nunca los hombres —por muy geniales que fueran— que hayan mostrado desinterés por las grandes cuestiones.

«¡Vete al carajo, amigo! Búscate a otro» es una manera demasiado fácil de resolver las dificultades como para que puedan aceptarla. Ninguno de aquellos que han significado alguna vez algo en la conciencia de una época han profesado una doctrina que, por su propia comodidad, empequeñezca al individuo.

Nae Ionescu fue nuestro director de conciencia.

Nosotros éramos unos veinte jóvenes que nos habíamos dirigido hacia el «profesor» (como nos acostumbramos a llamarle para simplificar) cada uno por su camino, esperando cada uno las respuestas a diferentes preguntas, unidos en una familia en la que los caminos personales seguían siendo, sin embargo, distintos y solitarios, si no incluso —como sucede a veces— contrarios.

Sus textos nos aclaraban algunas cuestiones esenciales; sin ellos habríamos pensado de manera confusa. Su presencia nos ayudaba a llevar hasta el final un examen íntimo que de lo contrario habría carecido de

principios. Era un hombre que hablaba con sencillez sobre el amor, sobre la vida, sobre la muerte, como si se tratara de asuntos reales y decisivos. Había asimismo en su obra y en su vida un continuo esfuerzo por comunicarse directamente con lo que estaba vivo, rompiendo moldes, fórmulas y esquemas. Era, en fin, un hombre dramático, sin certezas opresoras, tolerante, dispuesto a entender la vida de un individuo con todas sus dudas y sus sombras.

Los jóvenes lo buscaban de manera instintiva. No solo nosotros, que lo conocíamos de cerca gracias a una buena suerte tal vez inmerecida, sino también muchos amigos desconocidos, repartidos por los rincones más alejados del país. El área de difusión del pensamiento de Nae Ionescu trasciende con mucho el horizonte de los doscientos hombres agitados que alimentan hoy en día la «cultura rumana» con sus polémicas, sus confesiones, sus ideas y sus obsesiones.

Hay, creo, pocos jóvenes a los que la obra y el pensamiento de Nae Ionescu no hayan «marcado». Su existencia es un hecho ineludible. Puedes enfrentarte a él, puedes discrepar, pero no es posible pasar a su lado con los ojos cerrados.

No todos los jóvenes italianos están con Papini, no todos los jóvenes franceses están con Gide, pero no hay ninguno que no haya sentido la presión de esos dos momentos de conciencia esenciales ante los cuales cualquier actitud es posible, salvo la indiferencia. Nae Ionescu pertenece a esa familia.

No voy a hablar sobre el valor de este hombre, que me parece excepcional en todos los ámbitos a los que se ha dedicado. No tengo derecho a hacerlo y, en todo caso, no lo haría aquí, donde me dispongo a exponer unos asuntos muy tristes.

Por lo demás, no es el valor cultural o político de Nae Ionescu lo que determina nuestro profundo vínculo con él. Es un hombre que nos ha enseñado muchísimo en el ámbito de la filosofía, de la economía política y del arte. Son incontables las cuestiones que ha planteado, los libros que nos ha puesto entre las manos, los prejuicios que nos ha obligado a eliminar. El periodismo le ha ofrecido la oportunidad de meditar y de escribir sobre los más variados aspectos de la vida, a los que se ha enfrentado siempre con un armazón documental complejo, pero, sobre todo, con una visión personal, nueva y orgánica capaz de atrapar, en los hechos más corrientes, los grandes movimientos de la vida. A partir de sus artículos diarios a lo largo de ocho años podría elaborarse un vasto diccionario de términos,

nociones e ideas, una especie de «explicación de nuestro tiempo» enjundiosa y sintética. Es una tarea que deberá ser acometida algún día y que lamento no tener tiempo de abordar.

Pero, créanme, Nae Ionescu no es nuestro «profesor» por aquello que nos ha enseñado, sino por el sentido que él da a su propia vida.

Un hombre que no le proponga a su vida un drama que resolver es un hombre ausente. Ni la inteligencia ni la erudición pueden sustituir ese fogonazo. Lo que hace es abstracto, lo que hace es indiferente.

Nae Ionescu, al igual que Papini, al igual que Gide, al igual que Péguy, aporta, antes que cualquier otra cosa, la confesión de un drama personal. El resto no tiene importancia. He elegido a propósito los nombres de un anarquista, de un hugonote y de un católico porque eso carece de importancia. No es su doctrina lo que los hace virulentos y activos en el mundo de los jóvenes que los reconocen como sus directores de conciencia, sino su tensión, la temperatura interior de la que hablan y que arde en lo más profundo de sus textos y de su vida.

Para sus desconocidos y sus enemigos, Nae Ionescu es un personaje enigmático, una especie de peligroso director de la vida pública, escondido en una sombra voluntaria desde la cual maneja complicados juegos de ideas y de personas, dominando sus impulsos con una mano fina y disimulada. Su leyenda asusta, indigna o intriga.

Para nosotros, el verdadero Nae Ionescu estaba sin embargo más allá de ese juego: un hombre inquieto que lleva, por encima de sus victorias, un corazón y una inteligencia divididos entre grandes preguntas personales, a las cuales el «éxito» o el «fracaso» no podían responder de ninguna manera.

«Se la va a pegar», oí decir por lo bajo sobre Nae Ionescu en la época en que la gente, sin saber muy bien qué iba a suceder en el futuro, no tenía todavía el valor de insultarle a la cara.

Sí, se la va a pegar. Y se la pegó y seguramente volverá a pegársela unas cuantas veces más.

Me pregunto si este hombre está hecho para las victorias. Probablemente no. Ha conocido victorias, algunas incluso muy importantes. Pero las abandonó por el camino para buscar algo más, siempre algo más.

No es un hombre infalible. Seguramente ha cometido grandes errores, seguramente los seguirá cometiendo. Pero no es eso lo que me interesa. Sé que sus luchas, sus victorias o sus caídas no son esenciales. Sé que más allá de ellas, vencedor o vencido, seguirá siendo un hombre atormentado, un

hombre triste, un hombre solo.

Sobre este hombre estoy hablando, en este hombre he creído.

NAE IONESCU Y EL JUDAÍSMO

Cuando regresé en 1931 de París, adonde me había enviado él a estudiar, lo primero que le dije al profesor fue: «Estoy escribiendo un libro judío».

La noticia no le sorprendió. Yo no había aceptado jamás la más mínima sombra de ambigüedad sobre mi condición de judío. Nae Ionescu lo sabía perfectamente. Él, que odiaba toda clase de compromisos y, en especial, ese.

El año 1931 no fue, si lo recuerdan, un año antisemita. El ambiente público era más bien de izquierdas, el nazismo era un fantasma más ridículo que peligroso, a los judíos los dejaban, por fin, en paz. Era uno de los pocos momentos de respiro que se les concedió después de la guerra.

El libro que había comenzado no tenía, así pues, un objetivo social. No aspiraba a ser en ningún caso un libro de actualidad. Es cierto que el tiempo se ocupó de sobrepasar sus intenciones y de lanzarlo al mundo, al cabo de tres años, en un momento de agitación general.

¿Por qué le pedí un prólogo al profesor Ionescu?

La prensa respondió con ligereza: 1) para traicionar a mi pueblo; 2) para ganar dinero; 3) para atraer hacia la causa judía a un defensor del rumanismo.

Voy a reproducir, en el capítulo siguiente, una pequeña antología de esas interpretaciones, extremadamente interesantes.

Es una lectura muy provechosa y no me perdonaría no facilitársela.

A decir verdad, creo que le pedí ese prólogo en julio de 1931 por otros

motivos. Tal vez me engañe un perverso rechazo freudiano (¡otro judío el tal Freud!), pero, en la medida en que puedo responder de mis actos, tengo la impresión de que no le pedí que me escribiera las páginas que con tanta benevolencia me había prometido ni por dinero, ni por traición, ni por la alegría de complicarle vida a mi profesor entre los apóstoles de la Guardia de Hierro y los acólitos de Cuza.

Me resultaba natural, en primer lugar, pedirle al hombre que había guiado mis primeros años de juventud un juicio directo sobre un libro destinado a aclarar, al menos en mi intención, una serie de preguntas decisivas. Había esperado muchas veces con emoción o con tensión las palabras del profesor sobre aquello que yo pensaba, pero nunca con tanta pasión.

Ese motivo estrictamente personal quizá sea suficiente para poder explicar por qué era tan importante que mi libro lo encabezara su prólogo.

En otro orden de cosas, sin embargo, y de manera totalmente subsidiaria —como se dice en términos jurídicos—, confiaba en que tal vez el prefacio fuera un acto de reconciliación y un acto de paz que trascendiera la literatura. Nae Ionescu era, tanto por su pensamiento como por su posición, uno de los pocos hombres capaces de hacer algo así. Su simpatía por los problemas judíos era conocida, su justificación para intervenir en ese ámbito no admitía duda.

Hoy en día —y todavía más en junio de 1934—, pedirle al profesor Nae Ionescu un prólogo para una novela judía parece, en principio, algo extraño, si no abiertamente provocador. En 1931, sin embargo, nada resultaba más normal y, con toda seguridad, a nadie le sorprendió.

El judaísmo era una antigua preocupación intelectual del señor Nae Ionescu. Los antisemitas de la Guardia de Hierro y de Cuza hacen muy bien en olvidar hoy ese detalle inoportuno. ¿Pero por qué lo olvidan también los judíos? ¿Por qué no hay ninguno que recuerde que en 1928 invitaron al profesor Nae Ionescu a participar en una conferencia en el… hogar sionista? No es broma. El antisemita Nae Ionescu pronunció entonces —invitado, creo, por la Asociación de Mujeres Judías— una admirable conferencia sobre la espiritualidad hebrea.

Pero no es lo único que ha caído en el olvido. Se pasa con indiferencia, o con simple inconsciencia, por unos años en los que se concretaba una actitud de comprensión, de simpatía y de conocimiento objetivo de los aspectos políticos y, sobre todo, de la dimensión espiritual del fenómeno judío. *Cuvântul* es testigo de ello desde 1926 hasta el otoño de 1933. En

aquella época, Nae Ionescu era seguramente un «vendido a los judíos».

Cristiano ortodoxo, de un cristianismo que no fue «una empresa polémica y política», Nae Ionescu lleva en su propia fe la obligación de amar al pueblo del Antiguo Testamento, a amar a esos judíos que «no son impíos, sino piadosos rezagados en el camino de la redención», como afirmaba tras los incidentes de Oradea[41] en el artículo «Domingo», que encontrarán recogido en el anexo.

No solo no esperaba la conversión de Israel al cristianismo, una conversión que él sabía imposible y lamentable,[42] sino que, como cualquier cristiano verdadero, comprendía que su propia fe quedaría aislada, como un árbol talado, en el momento en que ella negara, ridiculizara o reprimiera las raíces espirituales de las que procede. Como cristiano, Nae Ionescu vivía directamente el drama espiritual judaísmo/cristianismo que, digan lo que digan, no se reduce al «Canon 11 del Sexto Concilio Ecuménico».[43] Queda, más allá de este canon, espacio suficiente para el amor y, sobre todo, para el respeto a una antigua doctrina en la que se apoyan todavía hoy los grandes ejes del mundo. Nosotros no entendemos de teología, pero el profesor Nae Ionescu sí y, cuando afirmamos todo esto, no hacemos otra cosa que citarlo a él.

La actitud de Nae Ionescu respecto a los judíos no se circunscribía al plano estrictamente religioso. Era igualmente firme e inequívoca en el plano político.

Él preconizó siempre una política de amplias libertades públicas y culturales para las minorías. Para todas las minorías y sobre todo para los judíos (pues el problema se planteaba con más frecuencia y de manera más aguda respecto a ellos).

Toda la política de Nae Ionescu y del diario *Cuvântul* respecto a esta cuestión se basaba en una distinción esencial: Estado y nación. El Estado y la nación no eran, en el sistema de pensamiento del profesor, dos valores idénticos; tampoco dos nociones superpuestas, sino, por el contrario, dos realidades de naturaleza distinta. El Estado, una realidad política; la nación, una realidad cultural. Esa distinción resulta decisiva, pues anula y hace imposible todo chovinismo, independientemente del eufemismo bajo el cual se esconda: «nación exclusiva», «nación dominante», etc.

He aquí el motivo por el que he abandonado al señor Cuza, el de la

> teoría de la nación exclusiva: no he sentido ningún entusiasmo por la teoría de la nación dominante, y he seguido al señor Iorga, que se ha convertido entre nosotros en el campeón de los derechos espirituales de las minorías.
>
> Nae Ionescu, «¿Por qué no te bautizas?»

Llevada hasta sus últimas consecuencias, esta distinción entre Estado y nación justifica una libertad idéntica y completa entre todas las naciones de un Estado. El Estado, lógicamente, solo se convierte en un factor técnico cuya primera obligación es crear marcos de vida para todas las naciones que lo componen, otorgándole a cada una la posibilidad de realizarse y de crear.

Pero no hace falta que yo lo comente. Es suficiente con que lo transcriba:

> … nosotros… los de la generación de 1906… hemos comprendido que la NACIÓN NO ES UN INSTRUMENTO POLÍTICO, SINO CULTURAL. Que una nación no tiene derecho a reprimir o destruir un manantial de creación espiritual cuya promoción es la obligación más elevada de un individuo. Y que el Estado, un INSTRUMENTO TÉCNICO, adaptado a unos fines completamente distintos, debe tener en cuenta asimismo los imperativos culturales.

Comparen, por favor, la fórmula «Estado como instrumento técnico» con la fórmula «Estado totalitario» y comprenderán el abismo que separa a Nae Ionescu de todos los nazis del globo.

No deben pensar que esa fórmula es una simple figura de estilo, un accidente textual, una expresión abstracta, sin consecuencias, una palabra fortuita de la que me permito abusar. No deben pensar, sobre todo, que se trata de una afirmación gratuita, pertinente para un artículo de consideraciones generales y, en realidad, vacía de contenido político. No. Toda la política del diario *Cuvântul* respecto a las minorías y —en especial — respecto a los judíos se resume en esa idea fundamental. *Cuvântul* ha reclamado en muchas ocasiones, a lo largo de los años, ya sea para los judíos o para las minorías en general, derechos y libertades que tal vez ellos mismos han dudado en reclamar.

Podría citar en este sentido páginas enteras. Me detendré sin embargo en un solo artículo, especialmente significativo por el contexto en el que

fue escrito.

Primavera de 1928, en la época de la gran campaña del partido de los campesinos para tumbar a los liberales. En Cernăuţi, en pleno mitin político, hablaron unos cuantos representantes de las minorías, cada uno en su lengua. Entre ellos había un judío, Rapaport, que pronunció un discurso antiliberal en… yidis. El gobierno liberal que, como se sabe, representaba por aquel entonces «la reacción de la conciencia nacional contra los judíos invasores», protestó violentamente. *Viitorul* se apresuró a calificar a los seguidores del partido de los campesinos de «vendidos a los judíos» (¡evidentemente!) y a declarar alarmado que el discurso en yidis de Cernăuţi ponía en peligro las bases del estado rumano.

Nae Ionescu respondió con su artículo «Contubernios inconscientes», publicado en el número 1032 de *Cuvântul* (1 de marzo de 1928).

> Al parecer, el Gobierno piensa que el hecho de expresarse o de permitir la expresión en lengua materna en un acto público constituye un contubernio inconsciente contra la unidad del Estado.
>
> Pronunciada por un chovinista irresponsable, esa declaración de Estado solo podía ser considerada una aberración. Impresa por el diario oficioso del Gobierno, aparece como la declaración programática de una política propia de húligans, agitadora, alborotadora y opresora…
>
> ¿Se imagina el ministro de Asuntos Internos… que la teoría del Estado nacional resiste con sus incoherencias policiales?
>
> Nosotros sabemos qué significa la nacionalidad. Conocemos su gran poder creativo en el ámbito espiritual y somos sus primeros, más sinceros y más convencidos defensores. Pero, precisamente porque estamos convencidos de la realidad de la nación como unidad espiritual y ética, no podemos asistir impasibles a una política de estrangulamiento de las nacionalidades. Esa fuga polémica le ha arrancado al Gobierno algunas declaraciones aberrantes. Tiene que arrepentirse de manera formal y explícita. No es nada vergonzoso. Sería, por el contrario, una declaración que tranquilizaría al país —a nosotros, los rumanos, que no deseamos en primer lugar el destino de Hungría— y que convencería también en el extranjero de que los Gobiernos rumanos no son ajenos a la elemental diferenciación entre cultura y política.
>
> Y de cara al futuro, más cuidado con lo que se dice.

Creo que no se puede hablar con más claridad, más lealtad y más calidez.

No quiero insistir demasiado en el aspecto político de la cuestión. Está suficientemente explicado, creo, gracias a los artículos que he citado.

No hay aquí posibilidad alguna de equívoco o de interpretación.

Pero la actitud del profesor Ionescu sobrepasaba, en el conocimiento del judaísmo, el plano político. Si en este plano reivindicaba amplios derechos para los judíos en el marco del Estado rumano y abordaba incluso los asuntos más delicados de la vida judía,[44] los problemas generales del judaísmo le interesaban más si cabe.

La metafísica judía es un problema familiar para el pensador Nae Ionescu. Pocos judíos rumanos conocen tal vez este aspecto.

En sus conferencias, en sus textos, en sus cursos, de manera incidental o directa, él ha planteado muchas veces esa cuestión, ya sea en sí misma, con sus propios datos, ya sea comparándola con el punto de vista del pensamiento occidental (como ha hecho siempre que se ha referido a Spinoza). Resulta muy significativo que en sus primeros artículos en *Cuvântul,* entre los primeros problemas que abordó desde el principio, hablara sobre determinados aspectos de la espiritualidad judía. Me refiero, en especial, a tres artículos de julio de 1926:

«La crisis del judaísmo» (*Cuvântul,* núm. 509);
«La crisis del judaísmo II» (*Cuvântul,* núm. 512);
«Otras perspectivas» (*Cuvântul,* núm. 514).

Volveremos sobre ellos cuando hablemos del prólogo a *Desde hace dos mil años*.

Ya ven a quién le pedía yo ese prólogo. No solo a mi profesor, no solo a un hombre que representó a lo largo de los años el punto de vista más humano y más leal respecto al problema político judío, sino, por encima de todo, a un apasionado investigador del espíritu hebreo.

¿Qué ocurrió desde julio de 1931, cuando le pedí y me prometió ese prólogo, hasta junio de 1934, cuando fue escrito y publicado? Una deriva

total de Europa hacia la derecha.

En menos de tres años, todas las ilusiones que sustentaban el continente se evaporaron, todas las reservas y las fórmulas de la democracia se hundieron, todas las referencias a la paz se esfumaron. Fue una verdadera carnicería en la que sucumbieron el espíritu de Locarno y la conferencia de desarme y la Sociedad de Naciones. En esa rápida disgregación de todas las ilusiones o hipocresías europeas, las fuerzas socialistas y democráticas entraban en un declive espantoso, al tiempo que fascismos de toda índole conocían un brusco despertar y un frenesí de lo más activo. En Viena, en Madrid, en Berlín, en Bruselas, es decir, en cuatro de sus más importantes reductos, la socialdemocracia se descomponía. La estrella de la aventura brillaba sola en ese sombrío cielo europeo. El gobierno de Hitler en la primavera de 1933 coronaba catastróficamente toda aquella serie de disoluciones y hundimientos europeos. Según una antigua costumbre histórica, los judíos tendrían que pagar el delirio, la locura y la desesperación de todos.

Si 1931 no había sido un año antisemita, 1934 se preparaba para ser un año húligan. En la apertura de ese compás se inscribe el prólogo del profesor Nae Ionescu.

Cuvântul no podía mirar con buenos ojos aquella oleada reaccionaria. Sabía que el fascismo italiano no era una revolución y sabía, asimismo, que el nazismo tampoco podía serlo. Hitler era para *Cuvântul* un corsario inventado, pagado y mantenido por la gran industria alemana en contra de los sindicatos obreros. Podría citar, en este sentido, incontables artículos de los años 1931, 1932 y 1933 de ese periódico.

Ni me interesa ni me tienta en absoluto el juego de «las refutaciones». Quiero recordar tan solo —porque todo el mundo lo ha olvidado— que el periódico *Cuvântul* fue anti-Hitler y que hasta noviembre de 1931 su actitud no solo no experimentó ningún cambio al respecto, sino que se manifestó con una violencia polémica de lo más radical. Todos los que escribíamos en aquella época en la portada del periódico tuvimos el derecho, la libertad y la alegría de analizar la farsa alemana y de denunciarla en todas sus formas políticas camufladas. Y les aseguro que hice uso de ese derecho.

¡Noviembre de 1933! Aquí se separan los caminos y aquí se encuentra el nudo del triste acontecimiento del que estamos hablando.

Llegaban los liberales al Gobierno. Era un golpe duro. Era una decepción enorme. *Cuvântul* había sido siempre, desde su primera hora de vida, antiliberal. Había en su antiliberalismo mucho más que una posición política: era una necesidad orgánica. A través de todo lo que *Cuvântul* había pensado sobre la vida rumana, por todo lo que había comprendido y explicado sobre la historia del país, el diario se oponía a los liberales, el partido de la banca, el partido de la oligarquía, el partido de la Policía. Los liberales representaban, en suma, el «mundo antiguo». El liberalismo rumano no sofocaba tan solo la idea de una revolución, sino la propia idea de una vida moderna.

Desde enero de 1926, el partido había entrado en una serie de convulsiones agónicas, de tal manera que, al cabo de cuatro años y medio, en junio de 1930, parecía verdaderamente muerto. *Cuvântul* tenía derecho a anunciar un «nuevo curso» en la existencia del Estado rumano, un «nuevo orden», un «nuevo régimen». El partido de los bancos, el partido de los señores, había fallecido.

El «nuevo curso», sin embargo, no llegó a materializarse. El «nuevo orden» quedó reducido a una ilusión. En noviembre de 1933, los liberales llegaban al poder: todo estaba perdido, había que empezar desde el principio.

Esperábamos una acción antigubernamental implacable por parte de *Cuvântul*. No era únicamente legítima: era verdaderamente obligatoria.

Cuvântul era en aquel momento la única fuerza capaz de plantear una oposición seria. Los del partido de los campesinos, agotados y desacreditados, no tenían ni interés ni capacidad para atacar. En cuanto a los denominados «partidos pequeños», fallidos, engañados e indignados, solo les quedaba la puerta de todas las situaciones desesperadas: el antisemitismo. Yo estaba convencido de que Nae Ionescu y *Cuvântul* no seguirían ese derrotero. Él, que había escrito y había luchado por un mundo nuevo, no podía apoyar esa miseria antigua. Contra los liberales, gracias a Dios, no faltaban armas ni argumentos. ¿Hacía falta acaso un divertimento antisemita? A ese divertimento podía recurrir cualquiera, salvo el periódico *Cuvântul*.

Se lanzó entonces la antigua, eterna, infalible expresión que, en su época, habían arrojado los liberales a la oposición y que ahora les arrojaban a ellos: liberales vendidos a los judíos.

¿Qué liberales, amigos? ¿Acaso los liberales que habían mantenido diez años en las universidades una batalla sistemática para justificar ese estado

de asedio? ¿Acaso los liberales que habían subvencionado en 1927 los incidentes de Oradea? ¿No habían sido acaso estos liberales, desde 1848, la principal fuerza antisemita tanto en su propio Gobierno como en la oposición, gracias a los seguidores de Cuza? ¿Esos liberales «húligans, agitadores, alborotadores y represores» a los que denunciaba el profesor Nae Ionescu en marzo de 1927?

Evidentemente, el chiste era demasiado fácil incluso para una sociedad acostumbrada a los chistes fáciles y siniestros.

Por eso no creí ni un solo momento en la deriva antisemita de *Cuvântul*. No me lo podía creer. Se le oponía todo su pasado; se le oponía, sobre todo, todo su sistema de pensamiento político.

La batalla que comenzaba era, por supuesto, al menos en su fase inicial, confusa, amenazada por peligrosos equívocos y, sobre todo, por comprometedoras alianzas. Estaba convencido de que el diario *Cuvântul* no las toleraría y de que rápidamente pondría orden en sus acciones, restableciendo las fronteras que lo habían separado siempre de aventureros, de impostores y de los revolucionarios «de la Policía en persona». Un *Cuvântul* afecto a la Guardia de Hierro me parecía —y me sigue pareciendo ahora— algo estrictamente imposible. No por sentimentalismo, sino por un conocimiento exacto del pasado de ese periódico y de las líneas políticas y espirituales en las que se había movido.

A título personal, intenté aclarar la cuestión en dos ocasiones. Una vez, marchándome. (Fue la mañana en que apareció el curioso artículo «Y una palabra de paz» —noviembre de 1933—, que parecía más bien una palabra de guerra). Le confesé abiertamente al profesor todo lo que albergaba en mi interior y le pedí permiso para partir.[45] Recibí una respuesta que ridiculizaba todas mis dudas, todas mis vacilaciones.

—¿*Cuvântul* antisemita? ¿*Cuvântul* fascista? ¿No ves que es absurdo?

Al cabo de unos días, publicábamos en portada, para estupor de los antisemitas, el artículo sobre Ion Trivale.[46] La situación me parecía ahora perfectamente clara.

Quien contemplara todo esto desde fuera podía sentirse asombrado o indignado. Resulta muy difícil, en el fragor de una disputa política, distinguir una postura de otra, diferenciar un grito de otro, separar un objeto de otro. Los golpes caen a ciegas, sin discriminar demasiado. Los gritos resumen de manera lapidaria, salvaje, las más improbables asociaciones de ideas, las más extrañas alianzas.

Esperaba con el corazón encogido, pero también con una certeza

inamovible, el momento en que *Cuvântul* pidiera silencio a su alrededor para hablar con claridad.

Les aseguro que no era una espera ingenua. En el pasado, *Cuvântul* había mostrado ese valor en muchas ocasiones. Había sacrificado sus victorias cuando empezaban a resultar ambiguas. Había escindido antiguas alianzas en aras de aclarar una situación. Yo no podía creer que el periódico soportara mucho más tiempo la niebla terrible que cubría la política rumana en noviembre y diciembre de 1933, entre aquellas sombras desesperadas, entre aquellos pecios sin brújula, entre aquellas aventuras insensatas.

Todo duró seis semanas y todo se derrumbó, finalmente, con un acto de terror. El resto ya lo conocen.

Cuvântul clausurado, Nae Ionescu encarcelado, la ola antisemita en pleno ascenso… Hay que reconocer que la época no era favorable a la novela que se acercaba a su final.

Su publicación, que habría sido algo normal en 1931, se convertía ahora, por la acumulación de tantas pequeñas y grandes catástrofes, en un hecho escandaloso.

Los antisemitas esperaban el prólogo del profesor como un manifiesto político. Los judíos, como un testimonio de comprensión. Y tanto unos como otros lo esperaban con temores diferentes.

Yo no compartía esos temores. Estaba seguro de que Nae Ionescu no iba a escribir para sus amigos ni para sus enemigos, *sino para el libro*. Estaba seguro de que iba a escribirme el prólogo de 1931, como si no hubiera ocurrido nada desde entonces, puesto que lo que quiera que hubiese sucedido no tenía derecho a modificar su pensamiento sobre un drama que no es de ayer ni de hoy, sino de siempre. Yo conocía ese pensamiento y descartaba cualquier sorpresa.

Hoy tengo que reconocerlo: estaba equivocado.

UNA ANTOLOGÍA

Dicen que el prólogo del profesor Nae Ionescu para el libro *Desde hace dos mil años,* del señor Mihail Sebastian, es un encendido y vibrante alegato antisemita.

Si eso es así, sentimos curiosidad por conocer los motivos de la insistencia del señor Sebastian, que puso todo su empeño en que el libro no se publicara sin el prólogo del señor Nae Ionescu.

¿Se habrá vuelto Mihail Sebastian —que Dios nos ampare— antisemita?

Facla, año XIII, núm. 1015, 23 de junio de 1934

Como todo el mundo sabe, las novelas judías siguen un determinado recorrido en el mercado. Las leen tanto los judíos —con interés—, como los cristianos —por curiosidad—. Informados sobre este fenómeno literario, ¿qué pensaron los racistas? ¿Qué tal si utilizamos la novela como vehículo para difundir con más eficacia la ideología racista?

¡Dicho y hecho! Buscaron y encontraron un autor judío, Mihail Sebastian; buscaron y encontraron un editor judío, Ciornei; buscaron y encontraron un título específicamente judío —*Desde hace dos mil años* — y, al abrigo de este triple blindaje judío, lanzaron la bomba. ¿Cuál? El prólogo de Nae Ionescu.

Es una farsa sin precedentes en la historia de los dos mil años de lucha. Nosotros, los judíos, hemos tenido rabinos que han denunciado a

su propia comunidad; hemos tenido diligentes miembros de la Inquisición; hemos tenido falsificadores de textos talmúdicos, pero todos, grandes y pequeños, tuvieron los escrúpulos de pasar antes al bando cristiano, con armas y bártulos, para poder atacar desde él, abiertamente, a sus hermanos originarios. Sin embargo, no habíamos encontrado hasta hoy un ejemplar judío que se enfurezca terriblemente si pones en duda la pureza de sus sentimientos judíos y que, fingiendo judaísmo, se ponga a escribir una novela judía. ¿Con qué objetivo? Con el objetivo de atraer, gracias a sus rugidos y artificios literarios, a los judíos hasta la trampa, hasta sus dominios, donde los acechan, detrás de la portada, los arios. ¡Y ya han visto lo que sucede después! Ideólogos racistas, con el pretexto incontestable, espiritual, de que no son sino ejecutores de una fatalidad implacable que reclama que los judíos deben ser golpeados, invitan a los judíos a besar el garrote.

A esto yo lo llamo también burla. Un verdadero *tour de force*. El señor Mihail Sebastian puede estar satisfecho. Los colaboradores arios de su novela, digamos semita, no lo dejan en ridículo. El engaño está tan inteligentemente maquinado que nadie podría imaginar qué perla encierran las tapas del libro. Los compradores de la novela solo descubren la realidad después de soltar la calderilla. Pero entonces ya es demasiado tarde.

Adam, año VI, núm. 72, 1 de julio de 1934

Un joven escritor judío ha escrito una novela en cierto modo autobiográfica. Una sola y dramática pregunta recorre todo el libro: ¿por qué deben sufrir los judíos tantas humillaciones?

Como pueden ver, el tema no es nuevo ni extremadamente interesante. Pero el joven escritor se dirigió al señor Nae Ionescu para pedirle un prólogo. Y el señor Ionescu lo escribió. En ese prólogo el señor Ionescu responde a la pregunta atormentada de Iosif Hechter.

«Los judíos tienen que sufrir porque son judíos.» Y todo el prólogo es una demostración antisemita al respecto.

Un conocido crítico literario decía en relación con este caso: «Comprendo la situación de alguien que recibe inesperadamente unas patadas por la espalda. Pero no habría podido imaginar la existencia de un hombre que las pida con insistencia y que luego se sienta orgulloso

del trato recibido».

El caso sigue provocando la preocupación de todos los círculos literarios.

Încotro («Sadism», año IV, núm. 160, julio-agosto de 1934)

El prólogo de Nae Ionescu condena a una cadena perpetua moral y política al pueblo de Israel. El pobre Hechter se apresura a colocar la sentencia inapelable al frente del libro y se siente orgulloso de llevar ese escupitajo helado que le ha arrojado nuestro querido profesor…

Adevărul Literar, año XIII, serie V, núm. 3

Este judío, tras introducirse gracias a la perfidia propia de su raza en la redacción de un periódico rumano y nacionalista, permitió durante mucho tiempo que se toleraran en la opinión pública rumana peligrosas confusiones.

Más aún. Él llevó su osadía todavía más lejos y le pidió para un libro judío escrito en yidis, en el que se alaban los Protocolos de los Sabios de Sion, un prólogo al profesor Nae Ionescu con la intención de arrastrarlo al bando de la masonería y comprometerlo ante los ojos de los buenos rumanos. Pero ha sido castigado como se merece. El prólogo denuncia todos los crímenes de los judíos y arroja luz sobre el peligro que representan esas garrapatas para cualquier Estado nacional. Felicitamos calurosamente al profesor Nae Ionescu por haber evitado la trampa que le tendieron escribiendo un prólogo que cualquier rumano de bien debería conocer.

Porunca Vremii, Apărarea Naţională, Buletinul anti-iudeo-masonic… etc.

Debido a su condición de advenedizo, confunde la nación rumana con el nacionalismo rumano y se ha jugado todo su capital literario en las acciones de este. Sin embargo, el nacionalismo rumano, como todo nacionalismo, es, por definición, xenófobo y antisemita, y el señor Mihail Sebastian, llamado Iosif Hechter, no es ario. Así pues, Mihail Sebastian no podía ser aceptado en su seno… Incapaz de vivir la vida

de la mayoría y rechazado por una minoría, la abulia del señor Mihail Sebastian necesitaba una fuerza sobrenatural que lo protegiera del espanto cotidiano y del espanto del destino.

Así, el destino material y espiritual del señor Mihail Sebastian se ha unido de manera indisoluble al del señor Nae Ionescu.

Pero ¿qué busca el prólogo del señor Nae Ionescu?

El pecado original del señor Mihail Sebastian, su desprecio a la chusma, lo arrastró al crimen. Tenía que arrepentirse obligatoriamente.

Y el arrepentimiento ha sido su novela y el prólogo del señor Nae Ionescu.

… Iosif Hechter, tú estás enfermo. Estás esencialmente enfermo porque eres un advenedizo… Sí, sí, Iosif Hechter, tú estás enfermo, esencialmente enfermo, y el señor Nae Ionescu no puede hacer nada más por ti. Ha desaparecido *Cuvântul* y, con él, también las subvenciones y el salario. ¡Iosif Hechter, tú eres un húligan! Has renegado de la chusma que te ha criado y no encuentras la salvación en ninguna parte, incluso aunque el profesor te nombrara «capitán» en el gueto. ¿Qué culpa tienes tú si Corneliu Zelea Codreanu no ha querido aceptarte? Iosif Hechter, ¿sientes cómo te abraza la oscuridad y cómo se te cae la cara de vergüenza?

Şantier («De A. Ioan Cuza a Mihail Sebastian»,
año II, núm. 10, 1-5 de septiembre de 1934)

Aunque es judío, irrumpió en el campo de la reacción rumana. Se proclamó «burgués» (no tiene un céntimo en el bolsillo), nacionalista de naturaleza cartesiana… Tomó prestados *tale quale* los esquemas de pensamiento y el vocabulario de la derecha nacionalista y húligan.

El señor Mihail Sebastian se entregó a «Dios, Cristo y Nación» y no abandonó a Nae Ionescu cuando este se pasó a los húligans.

Permanecer en ese grupo y aceptar ese prólogo (en el que se sintetiza la doctrina antisemita) para encabezar *Desde hace dos mil años,* escrito por el judío consciente Iosif Hechter, significa una descalificación para Mihail Sebastian.

Adevărul Literar, año XIII, serie II, núm. 718, 9 de septiembre de 1934

Pero, para imprimir más autenticidad a su condición de israelita, el neojudío consiguió un prólogo firmado por Nae Ionescu, amigo de los judíos. Nadie sabe lo que tramaron, entre bambalinas, el padrino y su ahijado. Esto es lo que hemos visto: cuando apareció Iosif Hechter en la rampa y, con hondo patetismo, tras una perorata breve y muy sentida, se arrojó con un grito de gran sacrificio a la caldera de su triple fe judía-rumana-danubiana, el señor Nae Ionescu, con mucho gusto, quitó de golpe la colchoneta. Y el pobre Hechter, ¡zas!, se dio de bruces contra el parqué desnudo del escenario.

Más o menos esto es lo que sabemos del tormento de Hechter, que sufre terriblemente por amor en su novela rumana y que ha vendado su drama con un salario razonable, incluso aunque su «experiencia» «sirva como guía para todos los demás». Así pues, las monedas, a las que Hechter denomina «aislamiento», pues es el único que las cobra —por lo que me dicen— incluso ahora, de su acaudalado patrón judío, bajo esta forma honorable, por su drama judío mensual o por su drama mensual judío, son una pista para solucionar el sufrimiento de todos sus correligionarios.

El señor Nae Ionescu elevó a este dramático roedor de huesos desde su humilde situación de perro callejero al noble rango de perro de raza. ¿No lo ven? A pesar de todo su desprecio por los demás «judíos», el señor Nae Ionescu está tan acostumbrado al pequeño judío «Quejica» Hechter que, de vez en cuando, lo saca a pasear por Cişmigiu atado con una correa. Y si al apestoso Quejica le apetece levantar la patita y escribe una novela junto a las raíces de un tilo, el señor Nae Ionescu, sonriendo con tolerancia cristiana, espera a que el chucho termine sus asuntos, sin volver siquiera la cabeza por el asco. Más aún, a esa trastada que solo el ácido fénico puede arreglar, el señor Nae Ionescu le regala encima un prólogo…

Señalado por todo el mundo con el dedo, él continuó lamiéndose su interés tranquilamente, sin decir una palabra. Qué más da que lo llamen canalla, desgraciado, deyección del gueto judío que con igual devoción fabrica hombres y asnos a la vez… ¡A Hechter nada le afecta! Él sabe muy bien que la tierra no gira alrededor de la dignidad humana, sino alrededor de un eje que se parece terriblemente al hueso del boyardo.

I. Ludo, *Iuda trebuie să sufere pentru*

că e suferind (Ed. Adam)

EL PRÓLOGO

«¿Y qué quiere que haga yo?»

Desde hace dos mil años

He leído incontables veces ese prólogo y me resulta difícil distinguir una a una todas las cuchilladas que asesta al libro que le fue confiado.

Es un acto global de injusticia. Bajo su peso, los problemas y los argumentos puestos en juego se borran y se pierden. Antes de numerar los puntos a debatir, antes de separar las ideas frase a frase y aislarlas del corpus de diecinueve páginas, queda una impresión total de ceniza y muerte. Tras ella, se puede discutir hasta el infinito…

No es un prólogo duro, como dicen. No me habría quejado de su dureza. La voz del profesor Nae Ionescu siempre ha sido dura conmigo. De él he recibido las palabras más severas y cualquiera de sus alumnos podría afirmar seguramente lo mismo. Quien imagine nuestro vínculo con el profesor como una cadena de cumplidos mutuos no podrá sospechar jamás la brutalidad sincera con la que nos obligaba a rendir cuentas de nuestros propios actos ante nosotros mismos. Y tenía derecho a imponernos esa brutalidad porque el primero que la soportaba de buena gana era él mismo.

Pero no es un prólogo duro. La dureza es también un acto de amor. Es un prólogo de una crueldad fría, metódica e indiferente. Diríase que se trata de un registro sistemático de tragedias, recopiladas en orden alfabético y numeradas. Al autor no le ha temblado la mano.

Eso es lo que más me sorprende en ese texto. Descubro por primera vez a un Nae Ionescu indiferente y abstracto. Ese hombre, cuya escritura lineal y clara no ha conseguido nunca ocultar la emoción, escribe ahora una

especie de informe técnico, gélido en sus ideas generales y abstractas. Es la pieza de un informe, es un resumen jurídico, es el diario de un secretario judicial en el que ha desaparecido el espíritu de la vida. No se oye voz alguna, no se atisba a nadie en ese desierto.

Sigo el desarrollo complejo de las ideas a lo largo del prólogo, su intersección en los puntos de apoyo del razonamiento, su dispersión en paréntesis y temas secundarios, sigo íntegramente ese armazón de argumentos y me sorprende encontrar solo fórmulas, solo esquemas, solo abstracciones. Que esas abstracciones sean o no antisemitas es, por el momento, indiferente. Pero son abstracciones. Cuando, por ejemplo, el profesor fija con tres palabras la coincidencia entre talmudismo y usura, lo que resulta lamentable de esa afirmación no es tal vez su evidente sentido antisemita, sino, por encima de todo, su arbitrariedad. O cuando enuncia la teoría del «concepto límite» y basa en ella el rechazo al Estado sionista, no hace otra cosa que concederle a una sugerencia —seductora como juego dialéctico— el valor de axioma. Y hay a lo largo de ese prólogo muchas sugerencias elevadas de forma abusiva al rango de axioma. Hay un exceso de verdades universales a las que el pensamiento de Nae Ionescu no nos tenía acostumbrados hasta ahora. Pues solo de él aprendimos el significado de pensar en términos concretos.

Conservaré de aquí en adelante, como ejemplo único de pensamiento esquemático, el pasaje en el que habla sobre «los límites de la oscilación entre el momento geográfico y el momento de la tradición». Sería difícil construir una imagen más mecánica de una vida humana. Todo —pasión, inteligencia, inquietud— se entreteje y se anula en esa escala gráfica que resume para el profesor una existencia.

No quiero debatir la cuestión del método. Sería también muy difícil con un pensador tan preciso como el profesor Nae Ionescu. Considero simples bromas los ejercicios de lógica que se han llevado a cabo al margen del prólogo. Sería más serio —si lo fuera— el paso del plano de la filosofía de la cultura al plano del problema de la salvación, un paso que analiza Mircea Eliade («Judaísmo y antisemitismo», *Vremea,* 22 de julio de 1934). Sin embargo, no me siento competente para plantear y, mucho menos resolver, semejantes objeciones. Pero quiero subrayar otro doble plano del prólogo y este sí que voy a intentar explicarlo.

Desde las primeras páginas, cuando habla del drama judío, Nae Ionescu

distingue dos aspectos. Un aspecto interno: el sufrimiento del judío es íntimo, tiene sus raíces en él mismo, parte de un conflicto consigo mismo. Un segundo aspecto externo: el sufrimiento del judío proviene del exterior y radica en un conflicto permanente con los demás individuos. Entre esos dos aspectos, el profesor no duda al elegir: solo el primero es esencial. El otro es engañoso, carece de importancia. Los términos están claros. El drama del judaísmo no es un «fenómeno relacional», no es «una toma de contacto defectuosa entre los judíos y los demás».

Esa distinción tan precisa, que yo suscribo, cierra sin embargo el drama judío en *su propio círculo*. Quien desee hablar sobre este drama tiene que hablar sobre judaísmo, sobre nada más. Deberá buscar los resortes del sufrimiento judío en los elementos constitutivos del espíritu judío, en *sus conflictos íntimos,* no en sus relaciones «defectuosas» con el resto del mundo. Los «conflictos íntimos» constituyen un problema. Y el problema puede resolverse mediante «enmiendas», mediante «ajustes», en tanto que el fenómeno sigue siendo irreductible.

¿Es posible un análisis semejante del judaísmo y de su drama «desde dentro»? En ningún caso. Lo hizo el propio profesor Nae Ionescu, pero no en el prólogo de 1934, sino en un artículo de 1926 («Otras perspectivas», *Cuvântul,* núm. 514, 24 de julio de 1926).

El punto de partida y las conclusiones de dicho artículo son perturbadoramente idénticas a las del prólogo. Sus explicaciones, sin embargo, son otras. «El judaísmo solo tiene dos certezas: sufre eternamente o muere. *Tertium non datur*», escribe en 1926 Nae Ionescu, anticipándose casi siete años a ese «Judá debe sufrir» de ahora.

¿Pero por qué sufre el judío en el artículo de 1926? Porque contiene una cierta antinomia íntima que no puede resolver (lo verán enseguida). ¿Y por qué debe sufrir Judá en el prólogo de 1934? Porque, al no reconocer al Mesías y atacar los principios de los cristianos, provoca la reacción defensiva de estos.

La explicación es completamente distinta. ¿Habrá una contradicción de por medio? Tal vez no. Hay, sin embargo, con toda seguridad un cambio de punto de vista. El artículo «Otras perspectivas» considera el drama del judaísmo *en sí,* mientras que el prólogo de *Desde hace dos mil años* considera ese drama en su relación con el antisemitismo. ¿Es esa relación esencial? ¿Es el antisemitismo un elemento constitutivo del sufrimiento judío? Si lo juzgamos a partir del prólogo, sí. Si lo juzgamos a partir del artículo, no.

Aquí encontramos, ciertamente, cómo explicaba en 1926 el profesor

Nae Ionescu el drama del judaísmo sin apelar a ningún argumento exterior a ese judaísmo, utilizando tan solo los datos estrictamente internos:

> La diferencia fundamental entre los judíos y el resto del mundo radica en el hecho de que para ellos nación y Estado se superponen: como esfera, pero no como contenido. Solo su pueblo tiene su religión, no hay otro. Ellos constituyen sin duda una nación, es decir, una comunidad natural; la legitimidad de su existencia como nación ha sido de origen religioso, por eso son los judíos el «pueblo elegido»…
>
> … Pues bien, en esa unidad político-religiosa, los judíos no han encontrado nunca un equilibrio estable. Este es el hecho bruto y brutal, si así lo desean, que constituye la crisis del judaísmo y que va a impedir eternamente que «fructifique» y que «se cumpla» el cristianismo.
>
> El periodo más equilibrado de su historia es seguramente el que precede a la diáspora. Pero incluso entonces el equilibrio es cuestionable. Porque el acento fundamental de la vida judía no ha caído de la misma forma sobre el momento nacional y el religioso, sino que el interés ha oscilado siempre entre esas dos circunstancias. Los profetas son tan solo una prueba de que el momento nacional y el religioso, lejos de fundirse, se han sucedido siempre: religiosos en tiempos de desgracia política; infractores de la ley en épocas de florecimiento nacional.
>
> Más o menos de la misma forma se plantea el problema también hoy en día. Pues en el intento de solucionar el problema del judaísmo, Europa pone alternativamente el acento en uno y otro de esos momentos, sin poder fundirlos en una síntesis unitaria. Confesionalidad-Nacionalidad, he ahí las dos soluciones propuestas por el judaísmo en conformidad con su naturaleza dual…
>
> Yo opino que la crisis del judaísmo es permanente. La continua oscilación de la que hablaba, entre el polo nacional y el religioso, no es solo un acontecimiento (¡rigurosamente verificado desde el punto de vista histórico, pero un acontecimiento al fin y al cabo!), sino una necesidad. La historia del judío errante no es solo una historia, sino la expresión misma de la inquietud de esa raza que no ha encontrado su camino.
>
> Es imposible una síntesis entre el momento nacional y el religioso del judaísmo porque esos dos momentos no son homogéneos, y en

tanto que esa síntesis no sea posible, toda la vida hebrea se verá sacudida por las oscilaciones entre los dos polos.

He aquí el grave dilema en que se encuentra el judaísmo: o bien conserva su especificidad, es decir, el doble carácter natural-nacional y religioso, y entonces la crisis de oscilación entre ambos polos es permanente; o bien, para escapar de esa crisis, renuncia a uno de los elementos y entonces sacrifica su propia vida.

No he transcrito esta larga cita para comentarla, sino únicamente para mostrar que es posible una explicación del sufrimiento judío a través de sus propias leyes y *solo a través de ellas*. Nae Ionescu, en su artículo de 1926, reducía todo el drama del judaísmo a «una oscilación entre el momento nacional y el religioso»; lo reducía, por tanto, a una antinomia estructural, a un conflicto interior.

Ese conflicto interior es completamente independiente de las condiciones históricas en que viven los judíos y de las relaciones —buenas o malas— que mantienen con otros pueblos. Pues —si entiendo bien el texto del profesor— el judaísmo es trágico —o lo era más bien en 1926— no por los conflictos que mantendría con el resto del mundo, sino por los conflictos que mantiene consigo mismo. En ese sentido, y solo en ese sentido, puede afirmarse que el sufrimiento de Israel no es un «fenómeno relacional».

Dejando a un lado el artículo «Otras perspectivas» y volviendo al prólogo, tenemos que observar que aquí la explicación del drama del judaísmo cambia radicalmente. Por el desplazamiento de su eje desde el seno del judaísmo al exterior. Esta vez, la raíz del drama es *no reconocer a Cristo*. Y no porque esa falta de reconocimiento le provoque al judaísmo un problema de conciencia, una crisis espiritual o una tragedia íntima, sino porque entra en conflicto con los cristianos. Entra en conflicto con los cristianos, no consigo mismo.

¿Se dan cuenta? La única cuestión que se puede plantear, partiendo de esta premisa, es conocer tan solo cuáles son las relaciones posibles entre cristianos y judíos. ¿Relaciones buenas? Los judíos estarán contentos. ¿Relaciones «defectuosas»? Los judíos sufrirán. Así pues, el drama judío no se transforma en otra cosa que en un simple «fenómeno relacional»: exactamente ese fenómeno relacional que el prólogo excluye desde el principio para recuperarlo después a lo largo de toda su argumentación.

Tengo la impresión de que aquí está el vicio de las diecinueve páginas,

un vicio que les impide comprender, y aún menos explicar, el drama que someten a juicio.

Entendámonos. No tengo ninguna intención de meterme en los problemas teológicos que el prólogo implica o plantea. Son, sin duda, muy respetables, pero responden a unas preguntas que no me pertenecen. No espero de su respuesta iluminación alguna. Declaro sin insolencia, pero con firmeza, que soy un laico convencido. (Eso no significa que vaya a tomarme alguna vez la libertad trivial de ironizar sobre esos valores en nombre de la «libertad de pensamiento».)

En el caso *Desde hace dos mil años* ha habido también un capítulo teológico, muy violento por el tono y muy doloroso por la gente a la que ha enemistado. A lo largo de dos meses se ha discutido acaloradamente sobre la redención de los judíos; algunos textos parecían concederla, pero otros —inflexibles— la negaban sin piedad. No sé qué decisión se ha tomado finalmente a este respecto. Pero se sobreentiende que yo no podría seguir el prólogo desde este punto de vista, el teológico. Cuando el profesor Nae Ionescu intenta explicar el drama del judaísmo a través de la negación de Cristo, yo no puedo preguntar qué sentido religioso ha tenido esa negación y tampoco qué penalidades metafísicas le esperan. Pero puedo hacerme otras preguntas: ¿en qué medida la explicación del profesor explica? ¿En qué medida aborda el tema? ¿No lo deja a medias en algunos aspectos? ¿No lo deja acaso sin explicar?

No querría parecer demasiado categórico en mis afirmaciones, pero tengo la impresión de que el prólogo plantea aquí una serie de dificultades muy serias y deja sin respuestas algunas objeciones obligatorias. Voy a formular tan solo dos, las más simples.

Los judíos, dice el prólogo, sufren porque no han reconocido a Cristo-Mesías. Al no reconocerlo, se enfrentan a los cristianos y sabotean sus principios. Los cristianos reaccionan, golpean y, en consecuencia, los judíos sufren. Está clarísimo.

De aquí se extraen sin embargo dos consecuencias que imagino que nadie podrá negar:

1. El sufrimiento empieza con la llegada de Cristo. No existía antes de esa llegada.
2. Los judíos sufren solo cuando están en contacto con los cristianos.

Para que la explicación del sufrimiento judío propuesta por Nae

Ionescu sea justa, deberían verificarse en primer lugar esas dos consecuencias. ¿Se verifican? Me temo que no.

En realidad, el drama del judaísmo no nace con Cristo, sino que lo precede, y lo precede por mucho tiempo.

Los judíos no sufren tan solo desde hace mil novecientos treinta y cuatro años, sino desde hace unos cinco mil seiscientos noventa y siete, tantos cuantos se numeran desde la creación del mundo. Toda su historia es una sucesión de tragedias. Inquieto, atormentado, sacudido por un eterno estremecimiento patético, el judaísmo ha sido siempre, antes o después de Jesús, en sus momentos de humillación histórica, pero también en sus momentos de esplendor, un drama. Es algo ya conocido y, en todo caso, Nae Ionescu lo conoce. Relean una sola frase del artículo arriba citado: «El periodo más equilibrado de su historia es seguramente el que precede a la diáspora. Pero incluso entonces el equilibrio es cuestionable».

Pero si «incluso entonces» el equilibrio es cuestionable, si «incluso entonces» el judío sufre, ¿se puede acaso explicar su sufrimiento a través del hecho muy posterior de la llegada de Cristo y del hecho de que no lo reconozcan como Mesías?

He ahí otra pregunta a la que el prólogo no responde.

Nuestra segunda pregunta queda también, a su vez, sin respuesta. Si los judíos, al rechazar a Cristo-Mesías, sabotean los valores cristianos, tienen que sufrir en consecuencia el castigo de esos cristianos. Muy lógico. El antisemitismo cristiano queda así explicado. ¿Qué hacemos sin embargo con el antisemitismo árabe? ¿O serán acaso también antisemitas los árabes y los turcos porque los judíos no reconocen a… Cristo? Sería difícil. Les podrían reprochar como mucho no haber reconocido a Mahoma, pero entonces, tendrán ustedes que admitirlo, la cuestión se complica más aún.

La casualidad, una triste casualidad, hizo que este verano, poco después de la aparición del prólogo, tuviera lugar en Argelia, en Constantine, un breve y terrible pogromo. Fue lo que se podría denominar «un clásico pogromo de interés local», organizado, perpetrado y consumado ante los ojos de la policía. Me pregunté entonces en qué párrafo del prólogo podría incluirse la sangre derramada en Constantine, qué matiz justificaría los cadáveres de los judíos asesinados allí. No he encontrado aclaración alguna. Lo cual significa que, al menos en el frente árabe, el sufrimiento judío sigue sin encontrar una explicación.

Por lo tanto, la explicación central del sufrimiento de Israel por su negación de Cristo presenta dos serias lagunas. No explica, en primer lugar, el sufrimiento de los judíos antes de Cristo. No explica, en segundo lugar, su sufrimiento en relación con los no cristianos. Estas dos fracturas en la línea dialéctica impiden que la explicación de Nae Ionescu abarque la totalidad del drama. Y si no lo abarca en su totalidad, no lo abarca en absoluto.

¿Qué permanece entonces en pie tras la eliminación del problema del Mesías? Permanecen los hechos.

> Se constata que entre los judíos y los pueblos en cuyo seno viven han existido siempre discrepancias y malentendidos; como consecuencia, los hebreos han estado sometidos a un régimen especial que ha sido siempre fuente de sufrimiento para ellos.

¿Discrepancias y malentendidos? ¿Acaso no se pueden denominar también «toma de contacto defectuosa entre los hebreos y los demás»? ¿No volvemos aquí acaso al «fenómeno relacional» que hemos rechazado desde el principio?

No lo sé y no insisto. Creo, sin embargo, que a partir de este punto el prólogo del profesor se enzarza en una inevitable deriva antisemita. Pues ya no vuelve a plantear la cuestión de la explicación, sino, simple y llanamente, el problema de la responsabilidad y de la culpa.

Dejando a un lado la metafísica y la psicología, el prólogo entra directamente en la política al plantear una cuestión sencilla, breve y decisiva: *¿quién* es el culpable? Una pregunta contra la cual protesta varias veces el profesor, pero que su prólogo impone en cada página.

> Recordemos, en verdad, que lo que queremos dilucidar nosotros no es quién es culpable en el conflicto permanente entre los judíos y los otros pueblos, sino cuál es la explicación al permanente sufrimiento de Israel.

Pero es inútil y, en cualquier caso, demasiado tarde para recordar esa cuestión cuando la hemos relegado en todas las páginas anteriores. Intencionadamente o no, el prólogo plantea de lleno el problema de las responsabilidades. Creo incluso que tan solo plantea, en un último análisis, el problema de las responsabilidades.

¿*Quién es el culpable*? El prólogo responde sin dudarlo: *¡Los judíos!*[47]

Y una vez fijada esa culpa, se apresura a analizar los elementos y las circunstancias agravantes.

… diremos que una categoría de personas solo es elegida como víctima por los agitadores:

1, Cuando constituye un grupo fundamentalmente diferente de los grupos en cuyo seno vive.
2, Cuando estas diferencias, asumidas de manera consciente y entendidas como motivos de superioridad respecto a los pueblos de alrededor, tienen como consecuencia un proceso *deseado* de secesión que lleva al aislamiento de dicho grupo dentro incluso de la sociedad en cuestión.
3. Cuando, como consecuencia de este aislamiento, la vida dentro del grupo adopta determinadas formas esotéricas, cargadas de misterio para los de fuera.
4. Cuando este grupo representa un peligro permanente para el orden de los de fuera, para la estructura espiritual, política, social o económica de sus modos de vida.

Si quedaba alguna duda posible, este fragmento la elimina. Expone, resume y sistematiza todo lo que la doctrina antisemita ha pensado hasta ahora sobre el judaísmo y sobre los judíos. Es un breviario de «infamias» judías que esta vez no solo explican el antisemitismo, sino que lo legitiman. Pues si los judíos, como sostienen los antisemitas y como afirma Nae Ionescu, representan por su propia naturaleza «un peligro permanente», nada es más natural para los pueblos amenazados que eliminarlos o, al menos, intentar eliminarlos. Me parece que ni siquiera los antisemitas reivindican otra cosa.

Hasta ese extremo llega el profesor Nae Ionescu, el antiguo admirador de Israel.

¿Debería responder a los cuatro puntos planteados? ¿Para qué? ¿Qué valor pueden tener los argumentos ahí donde la propia vida no ha tenido valor alguno?

Proporcionaría quizá, como mucho, una melancólica satisfacción responder al profesor con sus propios textos del pasado… Pero no con la intención de ponerlo —como suele decirse— «en un aprieto» (sería temerario e inútil: conozco con exactitud mis escasas fuerzas y conozco

demasiado bien su excepcional capacidad dialéctica).

De todas las objeciones posibles —¡y hay muchísimas!— enfatizaré solo una. Me gustaría pedirles que pensaran si los cuatro «puntos» planteados arriba, a través de los cuales se legitima el antisemitismo, son aplicables hoy únicamente a los judíos o si, por el contrario, no los cumple con mucha más exactitud cualquier otra minoría nacional. Los sajones, por ejemplo.

Intentémoslo:

1. ¿Constituyen los sajones «un grupo fundamentalmente diferenciado de las masas rumanas»?
   Creo que no cometo un abuso si respondo que *sí*.
2. ¿Viven ellos como un grupo aislado dentro de la sociedad rumana, conscientes de sus diferencias y considerándose superiores[48] a los pueblos de alrededor?
   Evidentemente. El orgullo de los sajones y su rechazo al contacto con los rumanos es bien conocido.
3. ¿Adopta la vida en el seno del grupo «determinadas formas esotéricas», misteriosas para los de fuera y, en cualquier caso, impenetrables?

Por supuesto. Sociedades rigurosamente cerradas, organizaciones políticas, legiones de carácter militar.

Si los judíos viven aislados o no, si ellos se consideran superiores o no, si su vida resulta misteriosa o no es algo discutible. Para los sajones, esa discusión es inútil. Ellos constituyen de manera fehaciente e incontestable una isla en el Estado y en la sociedad rumanos.

Pero, entonces, ¿por qué no hay un movimiento antisajón? ¿Por qué son los judíos —y no los sajones— «elegidos como víctimas por parte de los agitadores»?

Muy sencillo, responderá la voz antisemita. Porque los judíos representan —y los sajones no— un peligro.

El «cuarto punto» se aplica solo a los judíos y solo ellos son peligrosos.

Quizá. Pero ¿peligrosos por qué? ¿Por su «diferencia fundamental», por «el aislamiento y la conciencia de su superioridad», por «las misteriosas formas que adopta su vida»? No, categóricamente no. Pues, a través de esos mismos elementos, los sajones (o los húngaros o cualquier otra minoría, sea de donde sea) no resultan en absoluto peligrosos. Así pues, no pueden ser esos los elementos constitutivos del peligro, sino otros, que es necesario encontrar. Los tres primeros puntos de la acusación deben ser, por tanto,

rechazados porque no son concluyentes. Solo nos queda el último punto de la acusación, el más duro, sin embargo, y el que descansa únicamente sobre los hombros de los judíos.

Los judíos «representan un peligro permanente…». Ellos «sabotean los valores y los principios cristianos».[49]

Henos aquí, finalmente, después de toparnos con tantos problemas inútiles, ante estos antiguos y familiares axiomas. Los judíos son destructores, aniquiladores y agresivos. Ellos atacan los organismos vivos, paralizan la vida de los Estados, minan las bases de la seguridad de los pueblos. Es una verdad crucial a la que se reducen, en última instancia, todas las teorías antisemitas, surjan de donde surjan, ya sea de la economía, de la fisiología, de la política o de la metafísica. Ahí donde callan las cifras, los gráficos, los textos y los documentos, empieza a hablar, en última instancia, esa «intuición».

¿Creerá acaso en ella el profesor Nae Ionescu? No. Cien veces no. Él sabe muy bien, sabe con certeza, que «el espíritu destructor judío» es una burda y siniestra leyenda. Lo ha explicado en incontables ocasiones y, de manera especial, en un antiguo artículo suyo que les recomiendo leer y que se titula «La crisis del judaísmo», publicado en el periódico *Cuvântul,* núm. 509, 18 de julio de 1926:

> Hay una opinión… según la cual el judío no es sino un *docteur de l'incrédule:* es decir, un espíritu simplemente destructor, «un indignado nato, un liberador anarquista o bolchevique», un elemento negacionista y estéril. Sin embargo, esa observación se ve desmentida por la historia… Cuesta admitir que un pueblo que vive con sus características definidas desde hace varios miles de años, de cuya vida nació el Antiguo Testamento, de cuyas filas surgió Cristo, Dios hecho carne, no sea otra cosa que un pueblo de posesos cuya única razón de ser sea tan solo el deseo de decir «no». Y la posibilidad de destruir el mundo cristiano preparando la muerte de la tierra.

Deberíamos dejarlo aquí. Soy el primero en reconocer que este largo examen es inútil. Argumentos, contraargumentos, confrontaciones de textos, interpretaciones… Todo ello resulta frío. Conseguiremos quizá, en el mejor de los casos, dejar a un lado los «problemas». Perdurará, sin embargo, el significado de ese prólogo, que es mucho más grave y más

doloroso que sus dudosas verdades. Más allá de sus alusiones políticas (y son muchas: externas e internas), más allá de los paréntesis que resuelven tantas objeciones obligatorias de manera incidental con una alusión, con una broma o con un silogismo, más allá de esa complicada construcción de ideas-sugerencias y prejuicios, perdurará siempre el acto voluntario de injusticia, el rechazo lúcido a comprender. Es una sombra que no cae tan solo sobre nuestros hombros.

Este es el prólogo de mi profesor Nae Ionescu.

¿Tenía yo derecho a publicarlo?

La pregunta debe formularse de otra manera. ¿Tenía derecho a no publicarlo?

Desde hace cinco meses, todo el mundo, amigos y enemigos, pide que «se arroje luz» sobre esa grave cuestión que ha mantenido ocupadas todas las rotativas del país. Desde hace cinco meses soy emplazado por mis enemigos y requerido por mis amigos a explicar en razón de qué «sadismo» he consentido publicar, encabezando mi libro, un prólogo que me atacaba en primer lugar a mí. Ya han leído la breve antología, reproducida en el capítulo anterior, y han podido ver qué acentos patéticos adopta a veces esa interpelación.

¿Por qué he publicado el prólogo?

En primer lugar, porque yo lo solicité. ¿No es suficiente? Yo no solicité un *determinado* prólogo, sino un prólogo. Lo solicité, se me prometió y se me entregó. Y lo publiqué. Esas eran las reglas del juego y yo las respeté.

En segundo lugar, porque no reconozco en ningún caso mi derecho a ejercer la censura. Me parece en general odioso el hecho de suprimir una hoja escrita. No soy por temperamento ni por formación ni por pensamiento un incinerador de libros…, y menos aun cuando me atacan. Y resulta que debería censurar precisamente a… Nae Ionescu. Amigos, ¿han perdido el sentido de la proporción? ¿Qué soy yo, quién soy yo para atreverme a disponer de un texto del profesor Ionescu? Existen ciertos límites para cualquier orgullo; existen, sobre todo, ciertos límites para cualquier «indignación».

Pero, dejando a un lado estas consideraciones que, en mi opinión, un hombre de buena fe no podría ignorar, diré que, por encima de todo, publiqué el prólogo porque su publicación me resultaba… indiferente.

Miren, lo grave para mí no era el hecho de que apareciera un prólogo

así, sino que pudiera escribirse un prólogo semejante. Se lo he dicho con sinceridad al profesor y me tomo la libertad de repetirlo aquí: si solo nosotros dos hubiéramos conocido el prólogo, él y yo, si sus páginas hubieran quedado solo en mis manos, si lo hubiera quemado, si lo hubiera enterrado, no habría supuesto un dolor menor. Su posibilidad es lo que me espanta, no su publicación. Lo trágico es el hecho de que haya podido pensarlo y escribirlo Nae Ionescu, no que vayan a leerlo Petre Pandrea e I. Ludo. ¿Qué importancia tienen todos los Pandreas y todos los Ludos del mundo, cuánto pesan sus insultos, su miseria y su indignación, cuánto pueden golpear ellos donde ya ha golpeado una vez Nae Ionescu?

Contra ese prólogo me quedaba una sola venganza, que era, al mismo tiempo, una obligación: publicarlo.

Lo he publicado.

ÚLTIMA PALABRA

Heme aquí, al final de esta historia demasiado larga. Espero que se me perdone una última mirada hacia atrás, a todo lo que concluyo aquí, para permitirle al tiempo que cicatrice y que borre.

Desde hace dos mil años ha sido un arriesgado acto de sinceridad. A su paso queda un hogar perdido, un símbolo caído, una gran amistad herida. Un poco de ceniza, eso es todo.

Es un pequeño cataclismo, llegado quizá en el momento adecuado, pues no está mal zarandear de vez en cuando tu lugar en el mundo y sacarlo por la fuerza de la red de las costumbres. Cada uno de nosotros vive sobre un cúmulo de verdades adulteradas que no ha tenido tiempo de verificar. Amistades, amores, odios, ideas, juicios… se acumulan con el paso del tiempo como se acumulan los periódicos y los papeles viejos sobre el escritorio. Resulta bastante difícil revisar una pila de papeles y quemar los que no necesitas. Resulta infinitamente más difícil repasar un montón de sentimientos y de reflexiones. Vivimos con ellos, por negligencia, por cansancio, por las prisas, y dejamos que se descompongan en nuestra sombra, sin saber cuándo y sin preguntarnos por qué. Un buen día, un suceso, un accidente, una coincidencia nos arranca de nuestra pereza, de nuestra indiferencia, y entonces nos quedamos atónitos, pues los creíamos medio muertos, estériles, ajenos.

Ese acontecimiento ha sido el caso *Desde hace dos mil años.* Él ha sacado a la luz rencores que ardían desde hace mucho en la sombra, golpes

y ataques sofocados bajo un atisbo de duda, gritos y gestos que esperaban confusos detrás de hábitos demasiado antiguos, demasiado apáticos, demasiado falsos. Ha zarandeado equívocos amistosos, ha sacudido dudas sentimentales, ha precipitado sinceridades y violencias lingüísticas. No puedo decir hasta dónde ha llegado, no puedo decir cuántas fortalezas ha hecho tambalear, cuántos recuerdos, cuántas confianzas, cuántas esperanzas ha roto. Es muy difícil enumerarlo todo, ahora, cuando me encuentro entre sus ruinas, entre sus escombros y sus piedras quemadas.

Es una enumeración triste, pero no es deprimente. Me digo, sin desafiar a nadie, sin desafiarme a mí mismo, que nunca pagaremos un precio demasiado alto por el derecho a estar solos, sin medios recuerdos, sin medios afectos, sin medias verdades.

Me digo que reunirlos todos en una única hoguera y caminar luego sobre sus cenizas es la única libertad que puede transformar nuestra vida en algo que no sea una larga descomposición cotidiana.

El escándalo *Desde hace dos mil años* está todavía, en el momento en que concluyo estas páginas, en plena expansión. En Bucarest siguen anunciando y publicando panfletos e informes. En provincias se organizan «simposios» y juicios públicos cuyo único acusado soy yo. (He recibido convocatorias de unas tres ciudades para que me presente «en persona» ante esas instancias. Espero las órdenes del juez.)

Destinadas a aparecer en semejante concurso de ensañamientos, no me hago ilusiones sobre la suerte de las precisiones que he escrito aquí. Seguramente les espera una segunda serie de falsedades, una nueva avalancha de insultos, un nuevo ataque de indignaciones morales. No sé si he escrito para provocarlos, pero en ningún caso para prevenirlos.

Es un bello espectáculo un libro entre piedras. No quiero alterarlo ni esquivarlo.

Para mí, el caso *Desde hace dos mil años* acaba irrevocablemente aquí. No tengo nada más que responder.

Confío estas páginas a un joven que vaya a aceptarlas con buena fe y vaya a leerlas como si estuviera hablando consigo mismo. No conozco a ese joven y no sé dónde está. Pero estoy convencido de que existe.

Noviembre-diciembre de 1934

ANEXOS

I

«No sabes rumano» es un antiguo grito que da la bienvenida al escritor judío en la cultura rumana. Es un «¡fuera los judíos!» evolucionado. El antisemita filólogo es una especie de antisemita más delicado que, de la rotura de cristales, ha pasado al problema del estilo.

«Qué tal estás ya», «cá'te tú», «el chicuelo de Iţic» son expresiones humorísticas que numerosas generaciones han heredado, han conservado y han mantenido hasta hoy con un vigoroso sentido de la tradición. No sé qué diabólica ironía (¡la masonería seguramente!) ha hecho, sin embargo, que algunos de los mejores investigadores de la lengua rumana sean… judíos.

Pero Gaster, Tiktin y Şăineanu en otra época, Bick y Graur hoy en día, no pueden arrebatarle al último antisemita que suspende la asignatura de lengua rumana el derecho a gritarles a todos a la vez y a cada uno por separado «cá'te ya». Es el grito que han recibido sucesivamente Ronetti-Roman y Ghercea y Ion Trivale y F. Aderca. Me habría sentido afligido de no haber compartido con ellos ese honor.

La señal la lanzó el señor Petre Pandrea no en *Apărarea Naţională,* como cabría esperar, sino en *Adevărul Literar*.

En un largo artículo, el señor Pandrea publicó cincuenta y tres errores lingüísticos recopilados en *Desde hace dos mil años,* señalando entre paréntesis la forma correcta y protestando en nombre de la lengua dacorrumana contra esa «jerga horrorosa».

La «jerga horrorosa» estaba constituida en parte por estridentes errores

de imprenta y en parte por expresiones correctas, desconocidas por el señor Pandrea. No lo digo yo, lo dice un camarada suyo de la redacción, el doctor Y., que intervino en la discusión (*Adevărul,* núm. 15, 526, 22 de agosto de 1934) y puso las cosas en su sitio.

Cito textualmente:

> Y este crítico literario considera que ha destruido al novelista por haber encontrado en su novela muchos errores gramaticales.
>
> […]
>
> ¡Pero la indignación del crítico llega a colmo cuando lee en la novela que uno de los personajes corta la hierba del jardín con el hacha!
>
> Nosotros creemos que algunos de los errores señalados son sencillamente erratas tipográficas, otros son variedades dialectales, y otros son formas presentes en la mayoría de nuestros escritores.
>
> Y el hacha que provocó la indignación del crítico cuando decretó que el novelista no sabe rumano era seguramente, en su manuscrito, una hoz que el tipógrafo transformó en hacha.[50]

Resulta evidente y, para un hombre de buena fe, resultaba evidente desde el principio. Yo habría podido zanjar el asunto aquí. Pero era una oportunidad de entretenimiento lingüístico que no podía dejar pasar. Tomé entonces un artículo del señor Petre Pandrea publicado en *Viaţa Românească* —el primero que cayó entre mis manos— y me distraje leyéndolo lápiz en mano. Resultado: cuatrocientos veinticuatro errores gramaticales, ortográficos y de estilo en solo trece páginas. No eran erratas tipográficas, no eran descuidos sin importancia, sino fruto de una poderosa, convencida y decidida ignorancia.

Publiqué esas observaciones en un artículo de la revista *Vremea* («Un poco de gramática para un “marxista”», año VII, núm. 553, 2 de septiembre de 1934). Señalaba en él las discordancias entre sujeto y predicado, las formas imposibles del genitivo y el dativo, las frases incorrectas, las preposiciones mal utilizadas, los burdos pleonasmos… En fin, una antología de monstruosidades gramaticales y estilísticas que, en condiciones normales de sentido común y decencia, le habrían arrebatado a cualquiera el derecho a opinar en esta materia. A cualquiera, excepto al señor Petre Pandrea.

De manos del *Adevărul Literar,* la tarea de salvar la lengua pasó a la revista *Gândirea,* que retomó el asunto a través del señor «Toma Vlădescu» (?). Lamento desconocer quién se esconde tras esa firma, pues me habría gustado repetir el ejercicio que tan buenos resultados dio con la prosa del señor Pandrea. El muchacho de *Gândirea* tiene, respecto al muchacho de *Adevărul Literar,* la prudente superioridad de no haber escrito nada. Es un estilista de la abstención. Pero un estilista no menos vehemente.

> … nos ha resultado imposible soportar más de veinte o treinta páginas; hemos sucumbido, como todo el mundo, aplastados por el «estilo» del ingenioso vendedor exótico de literatura autóctona… He aplaudido, por ello, al crítico literario que se negó a ocuparse del libro aduciendo que no está traducido al rumano y que la sintaxis y la lengua en la que fue escrito no se corresponden con ningún diccionario humano.
>
> … la lengua rumana ha recibido en la jerga yidis de este libro la más grave de las ofensas posibles…
>
> Se ha cometido así pues no solo un grave delito gramatical… Pues si Iosif Hechter sufre «desde hace dos mil años», ¿cuántos años tardará en aprender la lengua a la que con tanta imprudencia dice servir?
>
> *Gândirea,* octubre de 1934

Me gusta este fragmento por su indignación vengativa, vibrante y feroz. Es el corazón de un patriota el que late aquí sin comas, ahogado en un mar de proposiciones de relativo incorrectas, pero muy sentidas.

Debo confesar, sin embargo, que así como comprendo perfectamente y aprecio desde hace tiempo esta legítima protesta en mi contra, me asombra y, en cierto modo, me entristece el ataque que, de repente, el tal «Toma Vlădescu» realiza contra el señor Nichifor Crainic, el eminente director de la revista *Gândirea.* A él debe de referirse, sin duda, el siguiente fragmento:

> … en lugar de un oficio más acorde con su naturaleza, ha cambiado su nombre por un pseudónimo rumano. ¿Podía, sin embargo, una falsa identidad, añadir talento o verdad a un hombre que se pone en evidencia a sí mismo? He ahí lo que cuesta conseguir a través de la fácil estafa de los nombres prestados.

Pues bien, publicadas en *Gândirea,* esas líneas me parecen una grosería, una desfachatez, un ataque por la espalda al hombre que te ha acogido en

su propia revista. Sí, es cierto que el director de *Gândirea* cambió su nombre por un pseudónimo rumano. Es cierto que su nombre familiar era Ion Dobre. También es cierto que lo sustituyó por el pseudónimo Nichifor Crainic. ¿Pero tiene por ello derecho Vlădescu, que es un don nadie, a burlarse así del señor Crainic que, de todas formas, es un poeta? ¿Tiene derecho a acusarlo de «falsa identidad» y —¡Dios bendito!— de «estafa», incluso de «estafa fácil», algo que resulta doblemente insultante? (Convendrán conmigo que en materia de estafas son preferibles sin ambages las pingües, las serias y las difíciles, no las «fáciles», que no salen rentables.)

El señor Nichifor Crainic, que se lamentaba recientemente de la ola de trivialidad que recorre hoy en día la prensa rumana, debe de haber vivido un momento penoso al recibir estas injurias inmundas que le echa en cara un colaborador muy sincero, pero inconsciente.

II

El señor Petre Chiricuţa publicó, en tres números consecutivos del diario *Adevărul,* tres folletines: «El libro del señor Sebastian» (núm. 15, 527, 23 de agosto de 1934); «Una discusión en curso» (núm. 15, 528, 24 de agosto de 1934) y «Solución para un problema difícil» (núm. 15, 529, 25 de agosto de 1934).

Él ofrece a los judíos una solución radical: el bautizo. No me siento capacitado para aceptarla o rechazarla, pero, por lo que tengo entendido, a los judíos se les han planteado en el curso de los siglos invitaciones similares. Y me cuesta creer que no las hayan aceptado a lo largo de dos mil años solo para tener hoy el placer de aceptar la del señor Chiricuţa.

Pero el debate, al menos a ese respecto, no me compete.

El señor Chiricuţa tiene, sin embargo, la amabilidad de denunciarme como traidor a mi pueblo. Y se sirve para ello de varias citas. Todas falseadas. Voy a ofrecer un solo ejemplo, que me parece decisivo.

El protagonista de mi libro apunta en su diario lo siguiente:

> Tarde en familia. Han vuelto mi prima Viky y su marido del viaje de novios. Al parecer, ella está encinta. Uno de los tíos bromea sobre el

acontecimiento.

—¡Qué diligentes habéis sido!

Viky está avergonzada; su marido, serio.

—¡Je, je, ya está, amigo! Se acabó lo bueno. Quieras o no quieras, te apetezca o no… tienes que… ¿Sabes la historia esa del tren?

Y cuenta la historia del tren. Todo el mundo ríe ruidosamente. Desde un rincón, mi madre me mira azorada.

Habría podido ser yo como todos ellos, un comerciante gordo, casado, satisfecho, que juega al póquer los domingos por la tarde y les dice groserías a los recién casados. ¿Te sabes esa del tren?

Algunas veces me pregunto con espanto si habré conseguido escapar de ellos por completo.

El episodio está claro. Citado en su totalidad, no admite equívoco alguno, ninguna interpretación torticera.

El señor Chiricuţa lo sabe y por ello —para darle otro significado— desgaja las dos últimas líneas de la cita y las cita por separado, ignorando el contexto.

Algunas veces me pregunto con espanto si habré conseguido escapar DE ELLOS por completo.

Para que la trampa sea redonda, las palabras «de ellos» están subrayadas por el señor Chiricuţa. Quien lea el pasaje entero, sabe que ese «de ellos» se refiere a unos «comerciantes gordos, casados, satisfechos, etc., etc.».

Quien conozca tan solo la frase citada por el señor Chiricuţa no puede saber a qué se refiere exactamente ese «de ellos». Pero él se apresura a explicarlo: «…de ellos, es decir, del pueblo judío».

La falsificación de su significado es brutal y el procedimiento, descorazonador. ¿Cómo se puede debatir con alguien que no titubea ante tamaña manipulación? ¿De qué sirve decirle al señor Chiricuţa y a sus camaradas panfletistas que es injusto citar, de un libro *intencionadamente* contradictorio, solo ciertos términos y prescindir de los términos contrarios? ¿Qué sentido tiene utilizar ese argumento, para ellos abstracto, cuando aplauden las más planas y evidentes violaciones de un texto? Sería ingenuo decirle al señor Chiricuţa que eso no debe hacerse y que no es honesto citar un fragmento («esa cordialidad judía que detesto») cuando

sabe perfectamente que sigue un pasaje que anula la primera reflexión («¿No seré yo un tipo ridículo, que tiene aquí, entre ellos, escrúpulos críticos y que controla su "actitud"? Un esteta. Eso es lo que soy. "Decencia, discreción, soledad": valores de tres al cuarto»…etc., etc.).

Los señores Şerban Cioculescu, Pompiliu Constantinescu e I. I. Cantacuzino señalaron en sus artículos que *Desde hace dos mil años* es un libro constituido por tres momentos espirituales no solo alejados en el tiempo, sino estructuralmente contradictorios. No puedo pedirle al señor Chiricuţa que lo entienda. Pero le pediría, por su edad y condición, que muestre un ápice de buena fe.

De entre todos los destructores intelectuales a los que se ha enfrentado el libro en el caso *Desde hace dos mil años*, el señor Petre Chiricuţa es el más deprimente.

III

En el vecindario judío, el señor I. Ludo es una especie de Tănase, bastante gracioso en algunas ocasiones. ¿Quién le pide al señor Tănase, excelente director del teatro Cărăbuş, que sea serio? ¿Quién puede acusarlo de frivolidad? ¿Quién, sobre todo, tendría la disparatada idea de pedirle explicaciones por lo que canta?

Tănase es el ciudadano que «se las sabe todas», al que «no le das gato por liebre», el que «se agarra un mosqueo» de repente y «te suelta cuatro frescas» y te quedas «con dos palmos de narices». Tănase es el sentido común ordinario en libertad.

Confieso que ese estilo me divierte mucho. Me gusta ese hombre bromista, alegre, con el sombrero ladeado, que tiene opiniones para todos los temas, que se aburre de todas las ideas, que puede con todos los «señorones». Tănase es «la gente» personificada. Tiene ideas y soluciones sobre política exterior, sobre la teoría de Einstein, sobre aviación, sobre el problema de las transacciones, sobre literatura, sobre amor… y todo lo resuelve «en un santiamén», rápido, breve, radical. Tănase satisface en cada uno de nosotros un cierto sofoco plebeyo, un cierto gusto por lo trivial y por escapar de todas «las finuras y carruseles», como decía mi amigo Marin

Dronţu. Luego, después de haberte reído, cuando te quedas a solas, sientes cierta vergüenza ajena.

En el Cărăbuş, en su mundo, en su horizonte, Tănase es un personaje profundamente simpático. Las cosas se complican solo en el momento en que, por error, entra en una sala de conciertos y, en medio de una sonata de Bach, grita entusiasmado desde la galería: «¡arrea!» o «a otra cosa, mariposa».

El señor I. Ludo desempeña en el periodismo judío de Rumanía exactamente la misma función. Es un Tănase chato, pero con garbo. Sus cuplés son, como dicen, irresistibles. Familiarizado con las abstracciones, habituado a las ideas, un poco grosero con los matices, trata de tú a tú todos los problemas del mundo. Por desgracia, a diferencia del señor C. Tănase, el señor Ludo frecuenta demasiado las salas de concierto. Más allá de ello, es un humorista agradable.

En el caso *Desde hace dos mil años*, él ha publicado un folleto de noventa y seis páginas. Cuesta veinte *lei* y está en todas las librerías.

IV

«…También yo soy burgués»

(*Cuvântul,* núm. 449, 15 de febrero de 1931)

La semana pasada, en una breve disertación sobre asuntos muy serios, me vi haciendo la siguiente declaración que me sirve de título: «… También yo soy burgués».

No era algo premeditado. Era algo mucho menos o tal vez mucho más agradable: una broma. No recuerdo exactamente su lugar en la frase y tampoco su lugar en la secuencia de ideas entonces expuestas. Cuando me haga con el estenograma de la conferencia, lo publicaré, y entonces todo quedará aclarado.

Es sin embargo divertido, e incluso instructivo, detenerse un momento en las consecuencias de esa broma lanzada al azar.

Había entonces entre el público de la Fundación algunos jóvenes para los cuales los problemas de política y estructura social que se debatían en esa conferencia estaban y están meridianamente claros. Me

refiero a mis amigos y espectadores marxistas. Ante unas preguntas que nosotros nos planteamos todavía temerosos, con una incertidumbre que nace de las fibras germinales de nuestra vida, de la cultura, de las costumbres, de nuestro agotamiento —si así lo desean—, ante esas preguntas que nos provocan algunas veces dudas dramáticas, ellos disponen de la llave de la verdad. Ellos están en el buen camino, el único.

Y nuestros titubeos aledaños, nuestras cavilaciones íntimas, nuestras búsquedas más allá del horizonte resuelto del problema les parecen, a esos conocedores del absoluto, heréticas e inútiles. Tal vez, incluso, criminales.

De ahí que ante mi falsa «declaración de burguesía» ellos reaccionaran con decisión: algunos marchándose ostentosamente, otros, irritados, apuntando en un cuaderno esa confesión que vendrá bien algún día en la mesa de un tribunal proletario. Uno de ellos —uno de los más inteligentes, apasionados y, precisamente por ello, más queridos— se tomó incluso la molestia de subir las escaleras del *Cuvântul* para ponerme en guardia contra mis propias imprudencias.

Este acontecimiento me parece triste, y por eso ahora ya no hablo en broma. Así pues, la gente está condenada a creer en algo solo a cambio de su ceguera. Así pues, el hecho espiritual de creer, que yo consideraba feraz, creador, propiciador de grandes viajes interiores, sigue siendo un pobre sistema sectario, más allá del cual no puede existir nada. No hay matices de pensamiento ni de expresión, no hay reservas ni objeciones espirituales, no hay alejamientos ni separaciones que deban ser comprendidos. No hay nada detrás de esa fórmula exacta que expresa la verdad, una verdad fija, simple, precisa y comunicable como un cálculo algebraico. Eso es todo y a partir de ahí empieza la muerte.

Lo sé. Un iluminado es un tipo turbulento. De ahí su psicología de criminal con sentimientos. La revelación, que para un espectador neutro puede parecerse terriblemente a una idea fija, esa revelación lo lleva, empuñando un revólver, por los caminos del absoluto. Un revólver que puede ser imaginario, un revólver-símbolo que vigila las desviaciones de la línea ideal y que elimina a los que han huido a uno y otro lado de ella.

Un iluminado es «puro». Es un hombre con criterios definitivos que regulan toda la vida, la suya y las de los demás. Todo es simétrico,

claro, centrado y supeditado a un punto motriz que se llama Idea. Ideal. Verdad. Revelación (todo con mayúsculas). Sobre la cabeza de estas palabras hay que crear un gran vacío.

Pues bien, los tiempos venideros serán tristes si son, como dicen y parecen, los de los «puros». Serán tristes porque la vida, en sí misma, no es «pura» en absoluto, sino, por el contrario, convulsa, contradictoria, fantasiosa, variopinta. Está constituida por continuas desviaciones, por infinitas disidencias espirituales, por desórdenes que forman tanto lo trágico como lo cómico humano.

En este sentido —y sin ápice de cinismo— puede decirse que un buen estafador es preferible a un gran visionario. En todo caso, es más humano. Los hombres necesitan una ligera reticencia cuando conocen o creen conocer la verdad, necesitan un cierto acento de relatividad que matice sus certezas y que les impida —a estas certezas— convertirse en unas bestias absolutas.

Es una lección que nos ha costado aprender —después de no sé cuántas guerras y revoluciones—, pero que al menos creíamos bien aprendida. Estábamos engañados. Ahí la tenemos, olvidada: ahí están los nuevos fiscales que salen a cazar con la carabina del ideal al hombro. Preparemos nuestras confesiones espirituales como si fueran declaraciones fiscales. Es más prudente.

MIHAIL SEBASTIAN

V

«DOMINGO»

(*Cuvântul*, núm. 754, 12 de diciembre de 1927)

La Unión de Estudiantes Cristianos, reunida en un congreso en Oradea, ha destruido las casas de oración judías. Eso demuestra el nivel espiritual que han alcanzado nuestros jóvenes.

Imaginamos que la corriente de renacimiento del cristianismo —un fenómeno general en la cultura del mundo actual— se basa en un fenómeno de incremento habitual. Solo así puede ser fecundo el nuevo

cristianismo: como fórmula óptima —como si fuera de transmisión divina— de valoración de la vida religiosa.

Los estudiantes quieren convencernos hoy de que nos hemos equivocado. Lo reconocemos. Pero no nos hemos equivocado respecto al fondo del problema en sí, sino respecto a su capacidad de comprensión, su seriedad y su profundidad espirituales. Los estudiantes muestran que para ellos el cristianismo es una empresa polémica y política, no una realidad espiritual.

Destruir la casa de oración de cualquiera es un signo de la más consternadora sequía espiritual. Destruir una sinagoga, sin embargo, significa negar el Antiguo Testamento, que es en el tiempo la base misma del evangelio: romper la continuidad de la iglesia de Dios.

He ahí lo que no comprenden los estudiantes y he ahí por qué no son cristianos. Pues, dejando a un lado el aspecto político del suceso, si nuestros jóvenes hubieran tenido algún problema nacional que aclarar con los judíos, podían haberlo hecho dejando el templo al margen. Ellos atacaron, sin embargo, la casa de oración. ¿Querían atacarla o lo hicieron sin darse cuenta? En el primer caso, no saben qué es el cristianismo; en el segundo, no está viva en ellos la imagen de la iglesia de Dios. Un pecado en cualquier caso. Un pecado contra el cristianismo, no solo como religión del amor, sino contra los logros históricos del cristianismo. La ley antigua es tan solo una etapa necesaria del evangelio de Cristo, una etapa que forma parte integrante de ese evangelio.

Para nosotros, los cristianos, los judíos no son infieles, sino creyentes rezagados en el camino de la redención: nosotros hemos llegado a la nueva alianza, ellos la esperan todavía; esperan al Mesías, que vendrá para salvarlos a lomos de un caballo blanco, y no quieren reconocer que el Mesías ya ha venido.

Eso es la sinagoga, el Antiguo Testamento y el judaísmo religioso a los que la Unión de Estudiantes Cristianos ha insultado sangrientamente en los incidentes de Oradea.

Señores estudiantes, aprender estas cosas a estas alturas… es difícil. Cambien, así pues, el nombre de la Unión.

NAE IONESCU

VI

Era el verano de 1931. Habían expulsado del Parlamento, bajo el gobierno de Iorga-Argetoianu, a los cuatro cargos electos comunistas y uno de ellos, Imre Aladár, había sido arrestado. Se hablaba de la posibilidad de un fallecimiento súbito. Suele ocurrir.

Una mañana, irrumpe en *Cuvântul* el joven Petre Pandrea (antiguo Petre Marcu Balş), antiguo nacionalista ortodoxo, pero, en aquel momento, comunista declarado.

—Señor profesor, lo van a matar. Tenemos que liberarlo.

—¿Y por qué vamos a liberarlo?

—¿Cómo que por qué? ¡Van a matarlo!

—¿Y qué? ¿A vosotros no os viene bien un muerto?

Soltó la pregunta como por descuido, acompañada de ese levantamiento de cejas con los ojos entreabiertos que subraya los giros bruscos en las réplicas del profesor.

—Dejadlo estar. Vosotros necesitáis un muerto porque así se hace la revolución: ellos también necesitan un muerto, porque eso es lo que hace la policía.

Era una broma triste, expresada con mucha tristeza.

Al cabo de unos días, Imre Aladár cruzaba la frontera sano y salvo en dirección a Viena. Poco tiempo después lo siguió su esposa, para la que consiguieron dinero y pasaporte. No voy a revelarles gracias a quién se consiguió todo ello. Es alguien que no me lo ha perdonado.

Epílogo. El joven Pandrea abandona el comunismo al cabo de unos meses y se afilia al partido de los campesinos. Su nuevo jefe, que no es ya Karl Marx, sino Virgil Madgearu, lo contrata en el periódico *Dreptatea,* ¿y a quién creen que le obligan a insultar desde su primer artículo?

Han acertado. A Nae Ionescu.

El siguiente acontecimiento se parece asombrosamente al primero. Solo que el protagonista me parece más pintoresco.

Me dirigí un día de octubre de 1931 a Jilava, a visitar al ingeniero Belu Silber, un muchacho mundano al que un inexplicable error policial había convertido en condenado político. Es evidente que la policía carece de talento psicológico. Hay gente a la que se debería dejar en libertad por su compromiso natural con una causa.

Belu Silber, convertido desde entonces en una popular figura

bucarestina, es un joven tarambana que parlotea en el Corso sobre política mundial dictaminando la posición de Europa, insultando violentamente a los Gobiernos, sacudiendo los cimientos de los Estados y enemistando los continentes. Medio agente de seguridad y medio mártir, tiene la ligereza del primero y la vehemencia del segundo, una aleación verdaderamente graciosa. Si recuerdan a Boris Sarafoff de Caragiale, comprenderán con bastante exactitud cómo es el personaje. Pero creo que Silber es más inteligente y menos serio.

Su presencia en Jilava era más una broma pesada que una injusticia, más una farsa que un error. El pobre muchacho presentaba allí el aspecto asustado y confundido de alguien que se ha equivocado de tren y no sabe cómo saltar cuanto antes.

Cuando me vio, se acercó a mí y, mirando espantado a derecha e izquierda, unas veces al centinela, otras al oficial de servicio y luego a la campana de alarma, me susurró entre dientes:

—Habla con Nae Ionescu.

No tengo derecho a juzgar a un hombre por un pánico tan legítimo. El heroísmo no es obligatorio. Ninguno de nosotros sabe qué actos cobardes sería capaz de realizar si la vida lo pusiera a prueba.

No juzgo a Silber, lo comprendo. Hay muchos que mueren en las barricadas, se pudren en las cárceles o cavan en la dura tierra rusa. Entre estos y Belu Silber media, sin embargo, un abismo; quizá no sea el destino de sus respectivas clases sociales, sino otra cosa. Más dignidad, más valor y más idealismo.

No lo juzgo. Observo tan solo que su primer pensamiento fue para Nae Ionescu, en él depositaba toda su desesperada esperanza.

Yo no sé si el profesor podía hacer realmente algo para salvar a Belu Silber. No lo sé y tampoco me importa, pues no se trata de eso. A mí me basta con que en ese momento el «revolucionario» Silber apelara al «fascista» Nae Ionescu y le pidiera ayuda.

¿Con qué derecho? ¿Con qué justificación respecto a sí mismo? Y, en el fondo, ¿quién era ese húligan al que se dirigía, desde los muros de Jilava, el grito de Silber? ¿Qué era él para recibir ese grito y para responder?

Evidentemente, el joven Belu Silber no tenía tiempo, en esos momentos, de hacerse esas preguntas. Estaba ocupado con el problema, mucho más urgente, de conseguir la libertad. Y, una vez conseguida, la cuestión dejaba de ser actual.

Hoy, el ingeniero Silber publica regularmente, más o menos cada dos

semanas, sucios ataques contra el profesor Nae Ionescu. De lo contrario, la historia no estaría completa.

VII

No sé cómo se llama el protagonista de mi novela. No se lo he preguntado hasta ahora. Sin embargo, una parte de la crítica lo ha denominado, por cuenta propia, según una sugerencia del prólogo, Iosif Hechter. El señor Ion I. Cantacuzino hace en su crónica una observación muy pertinente al respecto:

> En relación con el protagonista, hay que señalar una nueva prueba de la intensa sugestión que ha ejercido el prólogo del señor Nae Ionescu. Hoy todo el mundo coincide en que el protagonista de Sebastian se llama Iosif Hechter. Sin embargo, en ningún momento de la novela le da el autor ese nombre a su personaje. Se lo dio una vez, en el prólogo, el señor Nae Ionescu. Y con eso ha sido suficiente.
>
> *Criterion,* año I, núm. 1, 15 de octubre de 1934

Este hecho no es un simple detalle. Ni para la lectura de la novela, ni —sobre todo— para la lectura de las polémicas que siguieron.

Partiendo de este nombre, se estableció el carácter autobiográfico del libro. Iosif Hechter es Mihail Sebastian. El protagonista del libro se llama Iosif Hechter. Así pues, el protagonista del libro es Mihail Sebastian. Es silogismo es breve y la identificación, completa. Ella ha llevado asimismo a otros descubrimientos detectivescos. Se ha extendido el rumor de que, al ser autobiográfica, *Desde hace dos mil años* es una novela en clave. Se ha encontrado para cada personaje un equivalente en el mundo bucarestino. Hemos descubierto así que Abraham Sulitzer es fulano, Pârlea, mengano, Vieru, zutano, S. T. Haim, fulanito, Dronţu, menganito…

Me doy cuenta de que es inútil protestar contra una curiosidad tan bárbara y fantasiosa. No hay novela para la que no circulen varios pares de «claves». Gusto por la indiscreción, gusto por los tejemanejes entre bambalinas, gusto por la grosería literaria.

En realidad, una novela se escribe siempre con una aleación de reminiscencias e invención en la que la parte de las reminiscencias es con toda seguridad la más pequeña y más desdibujada. Existen varias confesiones de técnica «rumana», demasiado célebres como para invocarlas aquí. Todas dicen, sin embargo, lo mismo: la «clave» es una superstición del lector, suya y solo suya.

De todas formas, afirmo que *Desde hace dos mil años* no es un libro autobiográfico. Lo sería, como mucho, por su significado; en ningún caso por sus hechos ni por sus momentos épicos. Afirmo asimismo que, con la excepción de Ghiţa Blidaru, ningún personaje del libro esconde un modelo concreto de la vida real.

Respecto al protagonista de la novela, rechazo el nombre que la crítica le ha asignado de manera arbitraria. Aquí hay una confusión… y algo más.

Iosif Hechter abría unas amplias posibilidades panfletarias que Mihail Sebastian no podía ofrecer. Una de las armas predilectas de la cultura bucarestina es algo que yo denominaría, si me lo permiten, la «polémica onomástica».

Si tu adversario se llama Gheorghe Nosequé, le llamarás Jorj Nosecuántos o Nosecuándo o Nosecuál… y ya lo has liquidado. Para los judíos, el asunto es todavía más sencillo. Se llame como se llame, lo bautizarás Iţic.[51] «Iţic» es recapitulador, breve y eficaz. «Iţic» zanja de manera radical toda controversia.

Iosif Hechter ha hecho en el caso *Desde hace dos mil años* el papel de Iţic. Con cuánto humor, con cuánta sutileza, con cuánta inteligencia deslumbrante se ha abordado este tema, susceptible de tantas variantes: Iosif Sebastian, Mihail Hechter, Iţic Sebastian, Mişu Hector…

De todas ellas, me gusta ese Hector final, que está vinculado, además, a un tierno recuerdo personal.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta hace unos años el cabo mayor Coţofană.

—Iosif Hechter.

—¿Cómo?

—Iosif Hechter.

Se detiene, me mira largamente, una sonrisa resplandece bajo su bigote canoso y luego repite iluminado, para regocijo general:

—¡Ajá! Hector.

Señor cabo mayor Coţofană, usted no sabía que con su bravo humor es un gran panfletista. Hay en Bucarest algunos señores cultivados y letrados

que lo plagian.

VIII

El señor Tudor Teodorescu-Branişte ha publicado en *Cuvântul Liber* ni más ni menos que cuatro artículos sobre el caso *Desde hace dos mil años*: «El "judío" Iosif Hecher y el "rumano" Nae Ionescu» (*Cuvântul Liber*, núm. 36, 14 de julio de 1934); «El señor Nae Ionescu se contradice» (núm. 38, 28 de julio de 1934); «¿Sufre Judá?» (núm. 40, 11 de agosto) y «Los señores Iosif Hechter, Nae Ionescu, Mircea Eliade y la gracia divina» (núm. 44, 9 de septiembre).

Solo quiero comentar aquí una «objeción de lógica» en la que se basa el ataque del señor Branişte. No lo hago para «defender» a Nae Ionescu (su prólogo merecería un ataque mucho más grave, entendiendo por grave mucho más serio), sino para señalar a qué tosquedades ha quedado reducido el debate.

El señor Branişte cita dos contradicciones del prólogo, dos textos que, a pocas páginas de distancia, chocan —dice él— frontalmente:

1. … el drama hebreo no puede ser resuelto, porque no se trata de un problema, sino de un fenómeno. Este fenómeno puede ser, sin embargo, conocido, es decir, comprendido. ¿De qué manera y con qué método? Si el drama judío pudiera ser en cierto modo resuelto, se trataría de un fenómeno relacional: el conflicto surgiría por una toma de contacto defectuosa entre los hebreos y los demás, un contacto que podría ser enmendado, ajustado. Pero como este conflicto es permanente, ajeno al tiempo y al espacio, o mejor dicho, si este conflicto es permanente —tal y como constata nuestro protagonista y como pienso también yo—, entonces tenemos que inferir necesariamente que las causas del conflicto están en el judío. Dadas esas circunstancias, la explicación del método es precisa: si el hebreo tiene que sufrir, su sufrimiento debe tener su origen en él mismo; pero como el sufrimiento está vacío, porque rompe la armonía de la creación de Dios, el hebreo debe de estar esencialmente enfermo.

2. Observemos, sin embargo, que la tensión entre los judíos y los otros pueblos no es un fenómeno constante, y que hay con frecuencia periodos en los que reina la tranquilidad plena y en los que el pueblo hebreo prospera. ¿Cuándo sufren los hebreos? ¿Cuándo son los hebreos —por utilizar su propia expresión— perseguidos? En momentos de crisis.

Entre estos dos textos el señor Branişte establece una contradicción muy simple y muy evidente.

En primer lugar, el señor Nae Ionescu dice que el sufrimiento de los judíos es *constante;* luego afirma que es *intermitente.*

¿Cuándo dice usted la verdad, cuando afirma que el judío sufre siempre en cualquier lugar?…

… O tal vez dice la verdad cuando afirma que el judío sufre de vez en cuando.

Y en este tono interrogativo, extremadamente violento, el artículo sigue, repite e insiste.

Envidio al señor Branişte porque puede resumir a eso todo el pensamiento de Nae Ionescu. Lo envidio porque puede simplificar todas las dificultades de un debate. Si pudiera reducir también yo a un burdo error de lógica toda la personalidad del profesor, la vida sería sencilla. Por desgracia, lo considero mucho más complejo e infinitamente más peligroso cuando quiere ser peligroso.

¿Cree en serio el señor Branişte en la fulminante contradicción que ha descubierto? ¿No se da cuenta de la falsedad de su propia denuncia?

Le propongo un cambio momentáneo de términos en los textos citados y someto las dos afirmaciones a su atención:

1. X sufre del corazón. X sufre permanentemente del corazón.

2. ¿Cuándo sufre X? En los momentos de crisis. Solo en los momentos de crisis.

¡Contradicción!, exclamará el señor Branişte. X no es lógico. Unas veces dice que sufre siempre, otras dice que sufre solo a veces. Es una incongruencia. Una de dos: o está enfermo del corazón y entonces tiene que sufrir permanentemente, o solo sufre a veces, por lo tanto no está enfermo. Esta medicina sumaria, que el señor Branişte contrapone a la lógica del prólogo, llega así a unas conclusiones de lo más alegres. El pobre

X se ve obligado a sufrir permanentemente para evitar perder su condición de enfermo. Es una exigencia de todo punto exagerada.

Le propongo al señor Branişte un segundo y último ejemplo que tomo prestado de su propio pensamiento político.

1. El régimen capitalista-burgués está enfermo. Este régimen está estructural y *permanentemente* enfermo.

2. El régimen capitalista-burgués sufre solo en épocas de crisis.

¡Contradicción!, debería exclamar, pero el señor Branişte no lo hará esta vez. Y, sin embargo, no hay contradicción alguna. El régimen capitalista puede incluir ciertamente en su estructura una enfermedad que, sin embargo, solo se manifiesta en épocas de crisis. ¿Quiere esto decir que esa enfermedad cede cuando lo hace la crisis? ¿O que el régimen capitalista se cura en los momentos de prosperidad?

Evidentemente, no. Aunque el dolor es intermitente, la enfermedad es constante.

Esto explica el «delito de lógica» que infiere Branişte.

¡Y eso es lo más serio que ha podido decir en contra del prólogo!

IX

Sobre la redención o no de los judíos, sobre el perdón o la condena a muerte, han debatido, en relación con el prólogo de *Desde hace dos mil años,* los señores Mircea Eliade, G. Racoveanu y Mircea Vulcănescu.

El primero y el último creen que los textos, la Iglesia y su espíritu admiten la salvación de los judíos. El señor Racoveanu se opone e invoca otros textos, si no incluso otra Iglesia y otro espíritu.

Toda la dificultad radicaba en dilucidar si los judíos son, como decía el profesor Nae Ionescu, «unos creyentes rezagados en el camino de la redención» o si son, como cree Racoveanu, unos infieles que «recibirán la suerte de Judea y de los herejes».

La bibliografía del debate es impresionante. La incluyo para quien tenga interés personal por el asunto:

Mircea Eliade, «Judaísmo y antisemitismo. Preliminares para un debate» (*Vremea,* año VII, núm. 347, 22 de julio de 1934).

G. Racoveanu, «Un problema teológico erróneamente resuelto o qué no ha comprendido Mircea Eliade» (*Credinţa,* año II, núm. 195, 29 de julio de 1934).

G. Racovenau, «Cristianismo, judaísmo y osadía I» (*Credinţa,* año II, núm. 215, 22 de agosto).

G. Racoveanu, «Cristianismo, judaísmo y osadía II» (*Credinţa,* año II, núm. 216, 23 de agosto).

G. Racoveanu, «Cristianismo, judaísmo y osadía III», (*Credinţa,* año II, núm. 217, 25 de agosto).

Mircea Eliade, «Una última aclaración» (*Vremea,* núm. 352, 26 de agosto de 1934).

G. Racoveanu, «Cristianismo, judaísmo y osadía. Más allá de los textos», (*Credinţa,* núm. 222, 29 de agosto de 1934).

Mircea Vulcanescu, «Un problema teológico erróneamente resuelto o qué no ha contado Gheorghe Racoveanu» (*Credinţa,* 2 de septiembre).

G. Racovenau, «Para Mircea Vulcanescu, el nuevo bendito» (*Credinţa,* núm. 227, 5 de septiembre 1934).

No me atribuyo derecho alguno a intervenir en este debate que, además, en el fondo, me resulta profundamente indiferente. Tengo la vaga impresión de que, cuando muera, no seré juzgado con los textos de Racoveanu. Y si estoy equivocado, hágase la voluntad de Dios.

Me pregunto tan solo con qué íntima justificación maneja el señor Racoveanu el rayo y la espada de la fe.

¿Acaso una licenciatura en Teología trae consigo una vida y una conciencia cristianas? Conocía al señor Racoveanu como buen periodista, como polemista entretenido, como buen amigo, como amante de los momentos agradables, como adorador de esas bellas palabras alemanas según las cuales solo hay tres cosas buenas en este mundo… No sospechaba en él, sin embargo, las ardientes llamas místicas de ahora y tampoco adivinaba ese espíritu sediento de intransigencia con el que revive —con un poco de retraso y tras demasiados «descensos»— el Canon 11 del Sexto Concilio Ecuménico.

… *ni traben amistad con los judíos, ni les llamen en la enfermedad ni acepten sus medicamentos, ni se bañen jamás junto a los judíos.*

Si se me permite semejante impiedad, añadiría a esa cita teológica una antigua declaración profana de un gran laico de 1830.

Ce qu'il y a de plaisir c'est de voir cet air de conviction profonde à un homme qui est habituellement en état de péché mortel.

«Pecado mortal» es mucho decir en el caso de Racoveanu, que es, por encima de todo, un escéptico. Su cristianismo es estrictamente técnico. El señor Racoveanu es un perito, un especialista, un experto. Entre él y la vida cristiana hay exactamente la misma relación que entre un mecánico y los principios de la electricidad o que entre un abogado y el sentido de la justicia. Relaciones profesionales.

No sé qué valor canónico, eclesiástico y ortodoxo tienen sus textos. Conozco, sin embargo, el sentido humano que esconden cuando detrás de ellos se encuentra el señor Racoveanu. Y con eso es más que suficiente.

X

En el último momento, cuando recibo precisamente las penúltimas correcciones de estas páginas, conozco la larga denuncia publicada por la revista *Azi* contra mí. El firmante del documento es un tal señor Nicolae Roşu.

Siento profundamente que llegue tan tarde. Le habría reservado un lugar de honor en la antología, junto a su hermano no ario, pero igualmente violento y perspicaz, I. Ludo.

Aquí solo puedo ofrecer un apresurado comentario. Soy el primero en lamentar esta forzosa falta de hospitalidad.

El señor Roşu, que es, por sus preocupaciones, un comisario culto, me habla sobre la «revisión de los pasaportes» y me asegura que, si le beneficiara, no perdería el tiempo hablando, sino que sustituiría el «conflicto de ideas» por una «resolución inmediata».

Me gusta esa declaración de pendenciero franco, convertido en intelectual solo por la imposibilidad material de ejercer su verdadera vocación. Pero tengamos paciencia. Esperemos que el señor Roşu estalle un buen día, y no me cabe duda de que entonces su fiebre revolucionaria empezará conmigo, que solo tengo una pluma en la mano y —como decía el señor Pandrea despectivamente—, «ni un céntimo en el bolsillo». Así comienzan las grandes revoluciones.

La crítica del señor Roşu es claramente policial. Distribuye a los personajes del libro en dos epígrafes, según su nacionalidad, su religión y sus señas particulares: rumanos y judíos. Lo mismo que había hecho antes que él otro subcomisario político, judío sin embargo, llamado Th. Löwenstein —creo—, en una gaceta sionista de derechas. El método es el mismo, el espíritu, idéntico, solo los resultados difieren. Ciertamente, el señor Roşu encuentra simpáticos a todos los personajes judíos de la novela, mientras que todos los rumanos son antipáticos… De lo cual se deduce que la novela es antirrumana.

> En conclusión debo precisar: los judíos de la novela de Mihail Sebastian están muy por encima de los rumanos.
>
> *Azi,* año III, núm. 5, p.1316

El colega sionista del señor Roşu acusa a la novela del pecado exactamente contrario:

> Ciertamente, no encontramos figuras simpáticas entre los judíos… En cambio, Ghiţa Blidaru sigue siendo maestro hasta el final… con cuánta simpatía habla de Pârlea…
>
> *Renaşterea Noastră,* órgano nacional judío, año XI, núm. 460, 26 de agosto de 1934

Si quedaba todavía en el mundo un ápice de ridiculez, creo que se ha refugiado en este intercambio de opiniones, en esta involuntaria fraternidad entre los señores Roşu y Löwenstein, ambos puros, ambos intransigentes, ambos perspicaces.

No puedo detenerme en la «filosofía» del señor Roşu. En esa materia, me inclino por el señor Cuza, que es divertido, o el señor Maurras, que es inteligente. Las meditaciones antisemitas de *Azi* son, sin embargo, de una mediocridad que solo su irresistible información puede redimir de vez en cuando.

Les recomiendo fervientemente el párrafo del final de la página 1312 y el comienzo de la siguiente, donde se habla de Philon, Maimónides, Averroes, Spinoza y Renan. Es una síntesis de ignorancia vigorosa y frenética. La mitad del pensamiento del mundo cabe en el bolsillo pequeño

del señor Nicolae Roşu. (Aprovecho para llamarle entretanto la atención sobre un pequeño error: Averroes tampoco es ario, al menos no lo es uno de sus padres. En el futuro, sea más cuidadoso con las alabanzas, señor Roşu. Controle bien los pasaportes de antemano.)

¿Por qué se empeña este señor en ser un «antisemita con problemas» cuando resulta tan fácil ser un «antisemita normal y corriente»? Así se complica la existencia la gente. ¿Para qué necesita el señor Roşu a Philon, Maimónides y Spinoza, judíos pérfidos los tres, que perturbarán su entusiasmo a través de unas objeciones talmúdicas? ¿Por qué se deja atrapar en esas trampas eruditas en las que se arriesga a perder su prestigio, su sosiego y su serenidad?

El señor Roşu debería evitar en el futuro los caminos inseguros. Una conciencia sana no necesita demasiadas verdades. Pocas, pero sólidas: el asesinato ritual, la judería, *Los protocolos de los sabios de Sion.* El señor Roşu debe retornar a ellas y no encontrará así dificultades de información filosófica.

No es la única imprudencia en la denuncia del diario *Azi.* El joven policía ataca también —¿acaso era posible evitarlo?— el asunto de la lengua rumana: «El desconocimiento de la lengua rumana es esencial a los judíos».

Aferrado a esta verdad, el señor Roşu se lanza a una serie de ataques estilísticos a los que le da derecho su exclusivo origen dacorrumano. «Pues —se habrá dicho el señor Roşu— ¿no es acaso mi lengua? ¿No tengo acaso derecho a hacer con ella lo que quiera?»

Claro que sí, naturalmente. Y, en consecuencia, la pisotea y la humilla con su estilo hasta destrozarla. Una frase sin cabeza por aquí, un predicado acorralado por ahí, un pronombre con fantasiosa ortografía más allá, por todas partes un engrudo textual en el que la «idea» flota como puede y luego se hunde, de tal manera que no se sabe qué quería, ni de dónde venía ni adónde iba.

El señor Roşu no se conforma tan solo con eso y, apelando a sus derechos de latino, se lanza también a la lengua de Virgilio para demostrarnos con tres palabras un error monumental: *Tertius non datur* (página 1309, penúltima línea). Ese *tertius* indica, por una parte, la profunda cultura humanista de nuestro opinador y, por otra, su deseo legítimo de ultrajar una lengua cuyo desconocimiento no sé si le es «esencial», pero que es al fin y al cabo evidente.

Me detengo aquí. Las quince páginas con letra pequeña del señor Roşu nos mantendrían despiertos hasta el alba si nos dedicáramos a comentarlas línea a línea. El ejercicio sería agradable, pero demasiado largo.

Subrayo una última frase, la única que me habría indignado si el señor Roşu pudiera indignarme: esa en la que habla sobre mis «cohortes de amigos» y sobre «las revistas a mi disposición».

«Las cohortes de amigos» se han evidenciado, creo, en este caso *Desde hace dos mil años,* en el que he recibido las más desenfrenadas injurias, desde los más diversos ángulos, sin que esos a los que el señor Roşu denomina «amigos» míos se hayan sentido obligados, no por mí, sino por ellos mismos, a pronunciar una palabra que me dé la razón.

En cuanto a «las revistas que tengo a mi disposición», basta con decir que a lo largo de cinco meses, desde que soy diana de todos los ataques posibles, solo he conseguido publicar un artículo como respuesta, y con un retraso de cinco semanas. En cambio, el señor Roşu puede imprimir en quince sábanas un inmundo y alegre panfleto en una revista con la que colaboré y en la que mis textos fueron solicitados en incontables ocasiones con una insistencia abrumadora.

Mañana, el señor Roşu o cualquier otro podrá escribir sobre mí que he robado, he incendiado y he asesinado, sin que yo tenga dónde publicar un par de palabras en mi defensa.

Este es el «trust de prensa» que me atribuye mi furioso adversario en un momento en el que mi única arma y mi única alegría es la soledad.

¿Qué significa ser judío? Estamos ante un testimonio que desnuda con lucidez y valentía los horrores de la Europa de entreguerras.

Desde hace dos mil años, publicada en 1934, es una de las grandes novelas-testimonio del siglo XX europeo. En ella, Mihail Sebastian, figura clave de la vida intelectual rumana de entreguerras, despliega una meditación narrativa de asombrosa modernidad sobre la identidad, la exclusión y la fractura interior de un tiempo a punto de estallar. En un tono que combina el diario íntimo, la crónica existencial y la observación política, seguimos el recorrido de un joven estudiante judío en la Universidad de Bucarest que se enfrenta al antisemitismo de sus compañeros y profesores. Ajeno al sionismo, crítico con toda forma de fervor ideológico, Sebastian escribe desde una posición tan incómoda como iluminadora: la del que observa desde dentro y desde fuera al mismo tiempo. Entre cafés, libros y debates universitarios, y bajo la sombra creciente del fascismo, el narrador asiste a la transformación de su país y de sí mismo, a la intemperie en una Europa que va cerrando puertas.

Esta edición supone no solo la recuperación de un texto esencial, sino también la primera traducción al español del polémico prólogo original de Nae Ionescu —mentor de Sebastian y antisemita declarado—, que el autor decidió conservar, en un gesto tan temerario como lúcido, junto a *Cómo me convertí en húligan*, un ajuste de cuentas

literario tras la traición de su maestro.

CITAS

«Uno de los libros más conmovedores que he leído nunca.» —Philippe Sands

«Una modestia, una franqueza y una sutileza de observación comparables a las de Chéjov.» —Arthur Miller

«Un relato elegante y sincero sobre la violencia y la sinrazón.» —*The Paris Review*

Mihail Sebastian nació en el seno de una familia judía en la ciudad de Braila, a orillas del Danubio, en 1907. Estudió Derecho en Bucarest, pero pronto descubrió que su vocación era la literatura. Convivió con figuras como Mircea Eliade, Emil Cioran y Nae Ionescu, aunque sus peculiares opiniones políticas y su condición de judío lo situaron pronto en los márgenes. Un año después de la aparición de su primera novela, *Mujeres* (1933; Impedimenta, 2008), publicó *Desde hace dos mil años*, donde reflexionaba sobre lo que suponía ser judío en la Rumanía de la época. Para el prólogo quiso contar con el apoyo de Nae Ionescu, que aceptó el encargo para luego salpicar su texto introductorio de comentarios violentamente antisemitas. Aun así, y a modo de venganza, Sebastian incluyó el polémico prefacio en la versión definitiva del libro y en 1935 publicó *Cómo me convertí en húligan*, una antología de ensayos y artículos en la que denunciaba el antisemitismo que subyacía a las críticas a su novela. Durante diez años, Sebastian escribió asimismo una serie de diarios que describían el clima cultural y político de la época. Aunque estos no se publicaron hasta 1996, mucho después de su muerte, generarían un debate considerable en la Rumanía de finales de siglo. Tras ser expulsado de su hogar en virtud de las leyes antisemitas promovidas por los alemanes, Sebastian se mudó a un piso de las afueras de Bucarest, donde siguió escribiendo. Murió el 29 de mayo de 1945 atropellado por un camión, pocas semanas antes de que los rusos ocuparan el país.

Título original: *De două mii de ani / Cum am devenit huligan*

Edición en ebook: octubre de 2025

Copyright de la traducción © Marian Ochoa de Eribe, 2025
Imagen de cubierta: Fotografía de Mihail Sebastian. Autor desconocido. Fuente: Teatrul, nº 4, abril de 1975, p. 6. Tratamiento por el equipo de diseño de Impedimenta.
Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2025
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

IMPEDIMENTA
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2024,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros)

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-37-5

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Aprovechamos esta nota introductoria para advertir a los lectores del significado de la palabra *húligan,* que nada tiene que ver con el anglicismo *hooligan* como «hincha violento» recogido en el DRAE. Nos acogemos así pues a la adaptación al castellano propuesta por Joaquín Garrigós en la novela de Norman Manea *Întoarcerea huliganului* (*El regreso del húligan*, 2003, Tusquets, 2005, p. 33) En la Rumanía de esa época significaba «gamberro», «vándalo», pero durante la etapa socialista fue adoptando progresivamente el matiz de «persona antisocial», «antisistema», «elemento subversivo». *(N. de la T.)*

[2] *Desde hace dos mil años.* Aletheia, 2008, pág. 9.

[3] Marta Petreu, *Diavolul şi ucenicul său: Nae Ionescu-Mihail Sebastian*. Polirom, 2009.

[4] Pueblo pescador de origen ruso que vive en el delta del Danubio. *(Todas las notas de* Desde hace dos mil años *son de la traductora.)*

[5] El 10 de diciembre de 1922 se celebró un congreso de las delegaciones de estudiantes de Rumanía para condenar el comunismo y la francmasonería. Los enfrentamientos con la policía duraron varias horas y se saldaron con arrestos y heridos. Esa fecha fue declarada a partir de entonces Día de los Estudiantes.

[6] *Cămin* significa «hogar» y también reciben ese nombre las residencias de estudiantes, ancianos, huérfanos…

[7] Ahasvero es uno de los nombres que se le ha dado tradicionalmente a la figura del «judío errante», un hombre inmortal condenado a vagar por la Tierra por haberse burlado de Jesús en su camino a la crucifixión. Este personaje se interpreta a menudo como una personificación metafórica de la diáspora judía.

[8] Lord Arthur Balfour, estadista y primer ministro británico de 1919 a 1922, da nombre a la llamada Declaración Balfour (1917), que apoyó las aspiraciones sionistas de crear un «hogar nacional» judío en Palestina, que en ese entonces formaba parte del Imperio Otomano.

[9] «Brote verde de guisante / ¡Qué pequeño y qué endiablado!»

[10] Ady Endre (1877-1919) fue uno de los grandes poetas húngaros del siglo XX, figura central de la revista *Nyugat* y renovador del modernismo en lengua magiar. Su poesía, de fuerte impronta simbolista y expresionista, lo convirtió en referencia intelectual en Hungría y Transilvania, donde alcanzó gran prestigio póstumo.

[11] La cárcel de Jilava, situada en las afueras de Bucarest, fue uno de los

principales centros de detención de presos políticos en Rumanía durante el período de entreguerras. Allí fueron recluidos tanto comunistas como legionarios y opositores al régimen, y se hizo célebre por sus duras condiciones.

[12] Constantin Tănase, actor y dramaturgo rumano, fundó el teatro-revista *Cărăbuș* en el corazón de Bucarest, y era famoso por encarnar el papel de ciudadano humilde y atribulado, siempre en contradicción con la burocracia del aparato estatal.

[13] Según la leyenda, el pastor Bucur fundó la ciudad de Bucarest, que lleva su nombre.

[14] Vasile Alecsandri (1821-1890) fue un famoso poeta, dramaturgo, político y diplomático rumano, fundador de la Academia Rumana.

[15] Aquí está la errata tipográfica en el original que será objeto de controversia en la posterior *Cómo me convertí en húligan*. En la primera edición aparecía la palabra *secure* («hacha») en lugar de *seceră* («hoz»).

[16] El «movimiento de 1923» alude a la oleada de disturbios estudiantiles antisemitas que siguió a la promulgación de la Constitución de 1923, que otorgaba ciudadanía plena a los judíos. Grupos nacionalistas organizaron huelgas, boicots y agresiones en las universidades de Bucarest, Iași, Cluj y Cernăuți, reclamando su exclusión académica.

[17] La Ley de Minas de 1924 exigía que al menos el 60 % de las sociedades mineras estuviera en manos rumanas. Presentada como defensa de la soberanía económica, generó polémica al favorecer a las élites locales y tensionar las relaciones con los capitales extranjeros, especialmente en el sector petrolero.

[18] Alexandru Ioan Cuza (1820-1873) fue el principal artífice de la unión política de los principados de Valaquia y Moldavia en 1862. Es considerado el padre del Estado rumano moderno. A él se debe la implantación de algunas reformas esenciales (secularización de los bienes de la Iglesia, reforma agraria, derecho al sufragio universal para los varones, adopción de un Código Penal y un Código Civil…). Un golpe de Estado lo obligó a exiliarse en 1866. Murió en Heidelberg.

[19] Ştefan cel Mare o Esteban el Grande, príncipe de Moldavia entre 1457 y 1504. Bajo su mandato, Moldavia se convirtió en un estado poderoso y floreciente. Gran diplomático y militar, alcanzó la fama en Europa por su resistencia ante los otomanos.

[20] Muntenia, Valaquia y Moldavia son las tres provincias rumanas que constituyen el núcleo fundacional del Estado rumano. Alexandru Ioan

Cuza instituyó los Principados Unidos gracias a la unión de los tres territorios. Ştefan cel Mare fijó en el rio Milcov la frontera entre Muntenia y Moldavia, y es el símbolo de la unión de ambas.

[21] Como se ha señalado en la introducción a este volumen, Mihail Sebastian pidió en 1931 a su maestro y mentor, el filósofo y profesor Nae Ionescu, que escribiera el prólogo de su novela. El texto que recibió en 1934, sin embargo, no fue una presentación literaria, sino un ataque frontal a su identidad judía y un alegato abiertamente antisemita. La publicación de *Desde hace dos mil años* acompañada de aquel prólogo desencadenó un escándalo de enormes proporciones y llevó a Sebastian a responder con su ensayo *Cómo me convertí en húligan* (1935). El texto de Ionescu, más allá de la relación personal entre maestro y discípulo, se ha convertido en un documento histórico que refleja con nitidez las tensiones ideológicas de una Europa convulsionada por el auge de los extremismos. En esta edición hemos decidido situar el prólogo tras la novela y no en su lugar original, a fin de devolver al lector en español la experiencia literaria en primer plano. De este modo, se atenúa la injusticia histórica que supuso que el debate en torno al «problema judío» desatado por el prólogo eclipsara en gran medida la recepción de la novela como obra literaria. El prólogo se ofrece así como lo que es: un texto revelador del clima ideológico de la época y de la fractura entre Sebastian y su mentor, pero no como filtro previo que condicione la lectura de la novela. (*Nota de los editores*.)

[22] Tanto Walther Rathenau, ministro de Asuntos Exteriores en la República de Weimar, como Fritz Haber, premio Nobel de Química, judíos ambos, desempeñaron un rol fundamental en la organización de la economía y los recursos alemanes al servicio de la guerra. *(Todas las notas del prólogo a la edición original son de la traductora.)*

[23] La *mamaliga* es una especie de polenta; el *sarmale* es una carne especiada envuelta en hojas de col o vid.

[24] El judaísmo rabínico (hebreo: תינברתודהי y 2; romanizado: Yahadut Rabanit), denominado también rabinismo o judaísmo defendido por los rabanitas, ha sido la forma principal de judaísmo después de la codificación del Talmud de Babilonia. A diferencia de otras corrientes judaicas, reconocen tanto la Torá Escrita como la Oral.

[25] El señor Ionel Tudoreanu me envió una vez, a raíz de unos repetidos ataques contra su literatura, un libro con dos líneas emocionantes,

escritas en la página de guarda: «sin cariño, con estima, mi saludo de armas». Le pido disculpas por la indiscreción, pero este «saludo de armas» es uno de los más bellos mensajes que debo a la literatura. Hay que conservar ese término. Ennoblece el oficio de escritor. *(Salvo que se indique lo contrario, todas las notas de* Cómo me convertí en húligan *son del autor.)*

[26] En general, el antisemitismo rumano es, de hecho, una realidad. De vez en cuando, sin embargo, se transforma en ideas.

[27] El huliganismo fue un fenómeno específicamente rumano y se refiere a los jóvenes que protestaban violentamente contra el marco de convivencia institucional burgués. En aquella época era también sinónimo de «antisemita». Con el paso del tiempo, adquirió el sentido de «antisistema». *(N. de la T.)*

[28] No quiero que piensen que se trata de una fábula inventada al servicio de la causa. La escena ocurrió en realidad. Los dos protagonistas eran Mihail Polihroniade y el ingeniero Belu Silber, militante de extrema derecha el primero y de extrema izquierda el segundo.

[29] «Pero te voy a demostrar, Mihail Sebastian, que tú no tienes derecho siquiera a respirar, mucho menos a escribir…, porque hay que limpiar la literatura de gente como tú, Mihail Sebastian.» (*Credinţa*, año II, núm. 171)

[30] Corneliu Zelea Codreanu (1899-1938) fue un político fascista rumano, fundador y líder carismático de la Legión del Arcángel Miguel, más conocida como la Guardia de Hierro, un movimiento ultranacionalista, profundamente antisemita y de inspiración religiosa ortodoxa que combinó misticismo, violencia política y ritualismo paramilitar. Codreanu construyó un culto personal que se manifestó en una organización disciplinada y jerárquica, cuyos legionarios vestían uniformes verdes y saludaban con el saludo romano; su movimiento alcanzó gran poder social y electoral, trascendiendo la mera protesta estudiantil para convertirse en una fuerza clave en la política rumana de entreguerras. *(N. de la T.)*

[31] Ronetti Roman (seudónimo de Aron Blumenfeld), fue un poeta y dramaturgo rumano, de origen judío, famoso por su obra de teatro *Manasse*, un drama en cuatro actos sobre el amor imposible entre un joven rumano y una muchacha judía. Ion Trivale (nacido Iosif Netzler) desarrolló una amplia carrera como crítico literario y traductor. Son famosas sus crónicas implacables sobre la escena teatral de la época.

Enrolado en el ejercito rumano, perdió la vida en el frente de batalla en 1916. *(N. de la T.)*

[32] Era el nombre real de Ion Trivale. *(N. de la T.)*

[33] «Se llama imponderable a lo que no se puede decir, no porque sea algo vergonzoso, sino porque no sabes por dónde empezar. Es una especie de eh-eh-eh de palabra y pensamiento, que, en una causa desesperada, se refugia en gestos con la mano. O con el puño. Quieres decir algo, lo tienes en la punta de la lengua, pero no puedes soltarlo. Por eso el buey no habla, sino que muge, no porque tenga una lengua gruesa, sino porque su mente y su espíritu están llenos de imponderables. ¡Im-pon-de-ra-bles!» (I. Ludo, *Judá debe sufrir porque es un ser sufriente*, pág. 23, Editura Adam)

[34] Ion Pribeagu (seudónimo de Isac Lazarovich) fue un humorista y poeta rumano nacido en 1887. Es autor de algunas de las melodías populares más conocidas, y su contribución al humor rumano está fuera de toda duda. Falleció en Tel Aviv en 1971. I. Ludo, seudónimo artístico de Isac Iacovitz Ludo, desempeñó una intensa carrera periodística en los medios literarios de izquierda. En los años de ascenso del fascismo rumano, se dedicó activamente a desenmascarar el nazismo y la política de los Estados fascistas. *(N. de la T.)*

[35] El Capşa y el Corso son célebres cafés bucarestinos situados en la Calea Victoriei. En la época de entreguerras, fueron punto de encuentro de escritores, artistas y políticos de la capital rumana. *(N. de la T.)*

[36] «… y también yo soy burgués.» (*Cuvântul,* núm. 2449, 15 de febrero de 1932)

[37] El diario *Cuvântul*, dirigido por Nae Ionescu y convertido en portavoz de la Guardia de Hierro, fue clausurado en enero de 1934 por el gobierno liberal debido a su deriva ultraderechista. La medida se inscribía en la represión impulsada por el primer ministro Ion G. Duca (1879-1933), líder del Partido Nacional Liberal, que previamente había ilegalizado el movimiento legionario. Pocos días antes del cierre del diario, el 29 de diciembre de 1933, Duca fue asesinado en Sinaia por un comando de la Guardia de Hierro. *(N. de la T.)*

[38] Alexandru Averescu (1859-1938), mariscal rumano y primer ministro en varias ocasiones, fue célebre por sus victorias en la Primera Guerra Mundial y por el liderazgo del Partido Popular. Mihail Sebastian considera a sus partidarios como ejemplo de un populismo crédulo y volátil, basado más en el culto al caudillo que en un programa

político, reflejo de la inestabilidad de la Rumanía de entreguerras. *(N. de la T.)*

[39] No quiero ofrecer nombres ni detalles. No me pertenecen. Hay sin embargo dos acontecimientos que voy a relatar, pues sus protagonistas hace mucho que perdieron el derecho al silencio.

[40] ¿Es necesario recordar que el protagonista de la novela *Desde hace dos mil años* no se llama Iosif Hechter, que ese nombre no aparece a lo largo del libro, que traerlo a colación no es sino la prueba de una lectura descuidada tanto del libro como del prólogo o bien una simple arma polémica?

[41] Se refiere a los disturbios antisemitas ocurridos en la Universidad de Oradea a finales de los años veinte, cuando grupos de estudiantes nacionalistas atacaron y boicotearon a sus compañeros judíos para imponer un *numerus clausus*. Estos episodios, repetidos en otras ciudades, como Cluj, Cernăuți y Bucarest, anticiparon la violencia política de la Guardia de Hierro. *(N. de la T.)*

[42] «Hoy, sin embargo, el señor Iorga anima a un judío a bautizarse… para que pueda crear en el seno de la cultura. Es la negación más categórica de ese credo nacionalista que él ha representado hasta ahora. Puesto que, o bien el paso al cristianismo es para un judío en el fondo imposible —es lo que nosotros pensamos— y entonces cometemos a propósito un acto hipócrita en el ámbito espiritual, o bien el judío puede despojarse en efecto del judaísmo y entonces —si la teoría de la nación elaborada por Iorga y asumida por nuestra generación es verdadera—, él no será sino un siniestro pecio espiritual, degenerado y condenado a la esterilidad.» (Nae Ionescu, «¿Por qué no te bautizas?», *Cuvântul,* 19 de agosto de 1928)

[43] Se refiere al Tercer Concilio de Constantinopla (680-681), que dogmatizó sobre las dos naturalezas de Cristo y condenó el monotelismo. Su canon 11, al que se refiere aquí Sebastian, reza: «Que ningún miembro del orden sagrado ni ningún laico coma de ahora en más del pan ázimo que entregan los judíos, o trabe amistad con ellos, ni los llame en caso de enfermedad y reciba curación de ellos, ni se bañe en los baños públicos en su compañía. Quien osare actuar de esta manera, si es clérigo, que sea destituido; si es laico, que sea excomulgado.» *(N. de la T.)*

[44] Resulta sorprendente, por ejemplo, su artículo «Entre sefardíes y askenazis» (septiembre de 1928), en el que analiza la ley de culto del

señor Lapedatu, señalándole algunos criterios legislativos para los hebreos sefardíes.

[45] No sé a través de qué misterio detectivesco el señor I. Ludo tomó parte en esa conversación, que resumió en su libro como sigue: «En un determinado momento, cuando Hechter, asustado por unas extrañas señales en el cielo ario del ricachón hebreo, quiso desaparecer con los huidos, el señor Nae Ionescu aplacó su sufrimiento subiéndole dos mil *lei* el salario. De ahí tal vez le vino a Hechter la idea de titular su novela *Desde hace dos mil años*. Exactamente así: un año, un *leu*, un año, un *leu*. En eso valoró el señor Nae Ionescu el sufrimiento milenario de Hechter. Y hay que reconocer que no fue demasiado tacaño».

[46] El 17 de noviembre de 1933, Nae Ionescu publicó en su revista un artículo en el que reclamaba el derecho de los rumanos a ser antisemitas. Seis días más tarde, fue el propio Sebastian el que publicó en portada, también en *Cuvântul*, un artículo en el que criticaba el antisemitismo rumano y la ingratitud de la sociedad rumana hacia la figura del patriota Ion Trivale, un escritor judío caído en la Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

[47] «Esa misma respuesta es la que ofrece tu novela», saltará indignado el crítico agudo y citará de nuevo la arriesgada página en cuestión. («Eres muy hábil —me interrumpió Vieru—. ¿No será que como el antisemitismo es eterno quieres declararlo inexplicable? ¿Y a los judíos, inocentes?») Sintiéndolo mucho, no voy a responder a esa cita apabullante. Creo que no hay nada más difícil en este mundo que demostrarle a alguien que una ironía es una ironía.

[48] «En la existencia de los judíos está el hecho trágico de que reúne en su alma dos sentimientos: el sentimiento de superioridad y el sentimiento de la estigmatización; debe vivir y debe acomodarse al choque permanente entre estos dos chorros de sentimiento. He constatado esa situación en casi todos los judíos con los que me he encontrado y constituye la parte más profunda, más difícil y más importante del problema judío. Contemplado, sin embargo, de manera sencilla y humana, existen tan pocos motivos para sentirte superior por el hecho de ser judío como para sentirte estigmatizado por el hecho de ser judío.» (Jakob Wassermann, *Mi camino como alemán y como judío*)

[49] El prólogo precisa que los sabotea del mismo modo que el cristianismo del primer siglo saboteaba los valores y los principios romanos. La

analogía es muy hábil, pero un tanto abusiva. La fuerza destructora del cristianismo se debe en primer lugar a su proselitismo activo. Procede a través de las conversiones, de conversiones muy amplias y profundas. No creo que el judaísmo haya hecho nunca proselitismo. La esfera de la nación y la esfera de la religión se solapan en su seno a la perfección, algo que hace no solo inútil, sino estructuralmente imposible toda adhesión externa, más allá del contexto judío. El cristianismo, por el contrario, era anacional y asocial (si no incluso antinacional y antisocial). De ahí su fiebre y su eficacia destructora.

[50] En *Desde hace dos mil años* Sebastian incurrió en el error de escribir *coasa şi ciocanul* («la hoz y el hacha») en lugar de *seceră şi ciocanul* («la hoz y el martillo»), emblema comunista. La crítica hostil convirtió esa errata en munición polémica.

[51] Es el nombre familiar que se utiliza en rumano para referirse a los judíos. *(N. de la T.)*

Índice

Desde hace dos mil años
Nota de la traductora
Desde hace dos mil años
Prólogo a la edición original
Cómo me convertí en húligan
Sobre este libro
Sobre Mihail Sebastian
Créditos
Notas